



UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
DEPARTAMENTO DE PSICOLOGÍA

Santiago Irrepresentable

Una búsqueda de ligadura entre la roca y la palabra

Memoria para optar al Título de Psicólogo

Autor: F. Felipe Campos Camargo

Profesor Guía: Danilo Sanhueza Órdenes

Profesor Patrocinante: Roberto Aceituno Morales

Integrantes de la Comisión Evaluadora: Svenska Arensburg, Pablo Cabrera

Santiago, Chile – 2017

Resumen

Se presenta el trabajo de (re)construcción de una escena de la Historia de Chile a partir de fragmentos materiales, visuales y discursivos encontrados en una esquina de la ciudad de Santiago y analizados mediante los conceptos y las teorías psicoanalíticas del trauma y de lo irrepresentable, utilizando el método abductivo y bajo un paradigma indiciario, entendiendo que cuando a la historia le está vedado desplazarse por vías simbólicas encontrará la forma de emerger a través de puestas en escena y acontecimientos condenados a repetirse mientras no atraviesen los trabajos de figurabilidad, elaboración y simbolización. Tanto los vacíos de la historia que dejan las crisis sociales como las condiciones de vida y los modos de producción actuales generan fallas en estos procesos ocasionando fracturas y desligazones en los vínculos, traduciéndose en un creciente malestar, de niveles críticos para la salud mental en la capital chilena. El abordaje de estas problemáticas no puede desatender las causas de fondo ni reducirse a la pura medicación y terapéutica individual, haciéndose necesario establecer diálogos interdisciplinarios y proponer innovaciones metodológicas para dar cuenta de las distintas formas en que la insistencia de lo *real* se presenta en la experiencia de los sujetos y los colectivos. Se trabaja a partir de los modos en que el malestar se inscribe en la esquina de las calles *Alameda* y *Victoria Subercaseaux*.

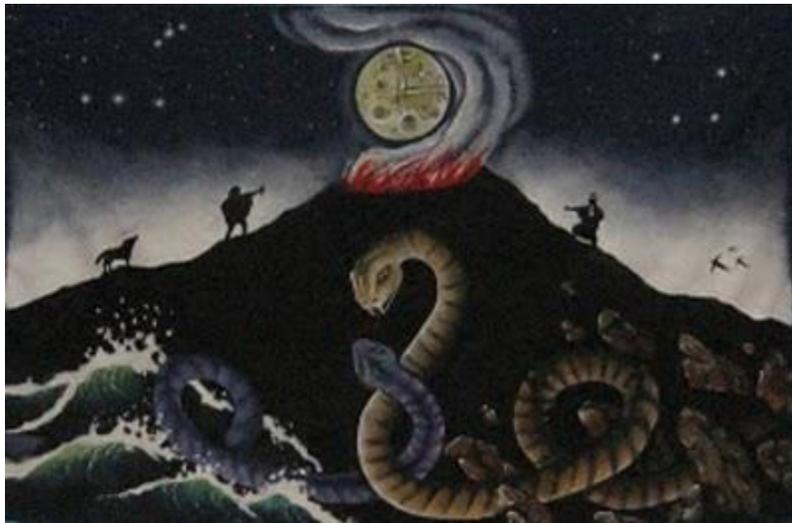
Palabras clave: Escena, representación, irrepresentable, trauma, materialidad, figurabilidad, simbolización, memoria, historia, cerro Santa Lucía, Paso Lira, Santiago.

A la ciudad



“Un día Caycayvilu, fuerza de las aguas, rompió las fuentes del gran abismo y las cataratas de los cielos fueron abiertas. La potente cola de Caycayvilu levantaba mareas tan enormes que toda la tierra se inundaba (...). Aconteció entonces que, por la boca de los volcanes, aparecieron los Pillanes para salvar a los hombres y a las bestias. Y los Pillanes llamaron a Trentrén, fuerza de la tierra y enemigo mortal de Caycayvilu. Y la tierra comenzó a levantar montes muy altos, empujada por la fuerza de Trentrén; los hombres subían y subían para no morir y los que no alcanzaban a ganar las cumbres eran convertidos en peces, en anfibios, en animales marinos, en aves del espacio y en bestias de las selvas. Fue muy larga la lucha; pero, al fin, triunfó Trentrén. En las cimas, junto a los bosques de pehuenes, los Pillanes cogieron a las mujeres que habían llegado hasta ahí y se machihembraron con ellas. Y así se multiplicaron y nació la raza mapuche que por eso significa hombres de la tierra. Y se fueron las aguas y en los cielos gobernó el sol y con su fuego hizo crecer árboles y vegetaciones abundantes y hermosas. Caycayvilu derrotado formó ríos y lagos que se mantuvieron prisioneros entre los brazos de Trentrén. Entonces, el jefe de cada familia subió solitario hasta la cumbre de la montaña y selló una alianza con las fuerzas de la tierra y con los animales y con los árboles y con las montañas para proteger a toda su descendencia...”

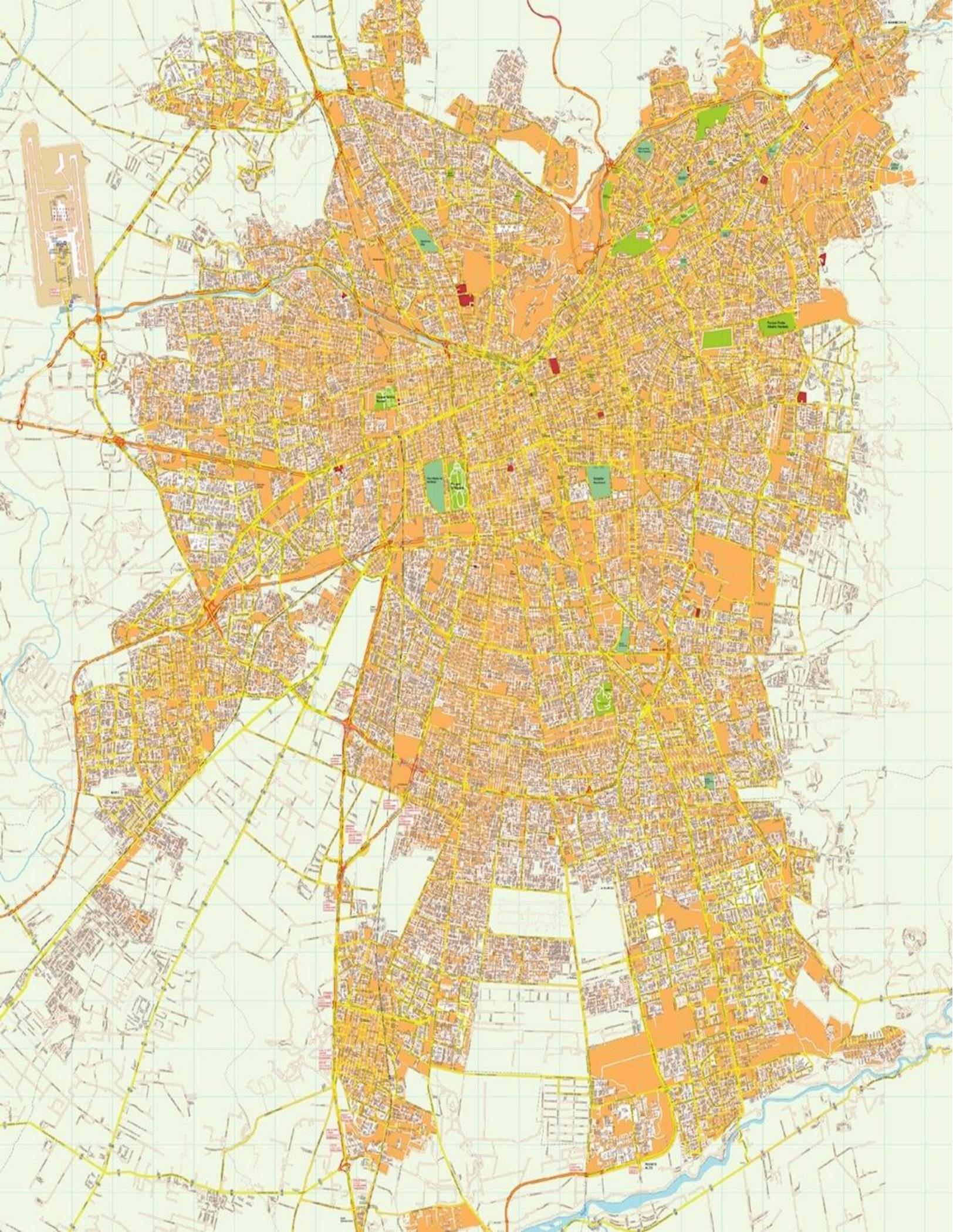
Leyenda mapuche sobre el Diluvio Universal



ÍNDICE

1. INTRODUCCIÓN	8
1.1. Planteamiento del problema	9
1.2. Antecedentes	14
1.2.1. Lo irrepresentable: de la represión a la desmentida	15
1.2.2. Encarnaciones del malestar en la ciudad	17
1.2.3. Santiago de Chile.....	17
1.2.4. La esquina	20
1.2.4.1. Los barrios	22
1.2.4.2. El cerro Santa Lucía	23
1.2.4.3. El paso Lira	26
1.3. Marco Metodológico.....	28
1.3.1. Pregunta de investigación.....	29
1.3.2. Objetivos.....	29
1.3.2.1. General	29
1.3.2.2. Específicos.....	29
1.3.3. Metodología	30
2. MARCO TEÓRICO	33
2.1. Lo irrepresentable en el sujeto.....	34
2.1.1. La marca de la ausencia	35
2.1.2. Transmisión, secretos y fantasmas.....	38
2.1.3. Acceso a lo irrepresentable.....	41
2.1.4. Las formas de lo extremo.....	47
2.2. Lo irrepresentable en la historia.....	57
2.2.1. El sujeto de la historia.....	58
2.2.2. Dificultades en el relato.....	59

2.2.3.	Dificultades con la imagen	60
2.2.4.	Dificultades para el acontecimiento.....	62
2.2.5.	La verdad en la ficción	64
2.3.	Lo irrepresentable en la ciudad	66
2.3.1.	La superación de las dicotomías.....	67
2.3.2.	El espacio urbano	68
2.3.3.	La memoria de la ciudad.....	69
2.3.4.	Fragmentos y huellas: la ciudad ausente	71
2.3.5.	Actos e imágenes: la ciudad como escenario	73
2.3.6.	Del vacío al espacio.....	76
3.	ANÁLISIS Y RESULTADOS.....	78
3.1.	Lo irrepresentable en Santiago de Chile.....	79
3.1.1.	Materialidad y acontecimientos	80
3.1.1.1.	Indicios de negatividad	81
3.1.1.2.	Positivización violenta	93
3.1.1.3.	Perversión	100
3.1.2.	Figurabilidad y búsqueda de ligadura.....	103
3.1.2.1.	Obstáculos	104
3.1.2.2.	Concurrencias	111
3.1.2.3.	Dando forma	118
3.1.3.	Micro y macro historias	135
3.1.3.1.	Fracturas actuales.....	136
3.1.3.2.	Fracturas históricas	139
3.1.3.3.	Fracturas originarias.....	149
3.1.3.4.	Recuperación, reparación y construcción	153
4.	CONCLUSIONES	157
5.	BIBLIOGRAFÍA	167



1. INTRODUCCIÓN

*“Nuestros viajes parten hacia la lejanía, para descubrir en ella lo que es presente entre nosotros,
pero que se ha vuelto irreconocible”*

Michel De Certeau

1.1. Planteamiento del problema

“Todo lo esencial se ha conservado, aun lo que parece olvidado por completo; está todavía presente de algún modo y en alguna parte, sólo que soterrado, inasequible al individuo”

Sigmund Freud

Las sensaciones de orden y optimismo que conviven con las de miedo, inseguridad y estrés hacen imposible tener una idea integrada y coherente del Santiago de hoy, en donde la modernización y el magnífico entorno natural se contraponen a los “precarios entusiasmos” y las “viejas culpas”. Sus rupturas constantes han llevado a que se le defina como una ciudad de “fragmentaciones y borraduras” (Ossa y Richard, p. 23), cuyas contradicciones parecen resurgir en distintas situaciones y escenas acontecidas a diario. Si a lo anterior agregamos la forma en que se establecen los vínculos sociales en Chile, principalmente a través de lo *no dicho*, “que se vincula con nuestra compleja relación a la raíz indígena de éstos, más cercano a la expresión gestual que a la verbalización” (Humphreys, p. 251), nos encontramos ante una situación crítica para la ciudad, en la que las posibilidades de elaborar el malestar social se ven reducidas, sobre todo en un momento global donde la existencia de fallas en los procesos mentales de abstracción y representación se constata cada vez con más frecuencia, y donde ya no es suficiente el recurso a la clásica concepción del retorno de lo reprimido para entender síntomas que tienen como fundamento secretos transgeneracionales de las familias de origen, falta de sostén del entorno, e historias borradas por violentos conflictos políticos y sociales. La existencia de estos acontecimientos sin registro en el plano simbólico puede llegar a tener efectos catastróficos para la subjetividad, a la manera de un *real* que se mantiene buscando una inscripción, insistente y dolorosamente, manifestándose de maneras no verbales en los padecimientos y actos encontrados hoy por la clínica.

Las diferentes modalidades de inscripción de la historia nos hacen entenderla no solamente como algo que se cuenta sino también como algo que acontece (se vivencia) y también se muestra (se pone en escena) haciéndose presente a pesar de no ser dicha o, tal vez, a condición de no serlo. Modos que hacen necesario encontrar o inventar nuevos dispositivos y metodologías con los que dar cuenta de otras formas de testimonio. Se trata no sólo de la historia de un individuo, sino también de su historia filogenética, de su pre-historia; del lugar donde habita y de quienes lo rodean; de imágenes y escenas que se despliegan en otros lugares además de la consulta clínica; de producciones visuales y materiales, además de verbales. Los sujetos, sus particularidades, sus formas de vinculación y sus construcciones inmateriales y materiales son síntoma de una conflictiva relación con la historia (simbolizada o no) de su pueblo y, por lo tanto, la psicología debe incluir en la revisión de los casos individuales una referencia a la historia, al contexto del individuo, a los procesos macrosociales en los que él se encuentra inmerso, al tejido social que lo define y que no está hecho sólo de palabras. “El espacio social puede (...)”

ser interrogado en función de zonas cuya figurabilidad requiere identificar algo más (o algo distinto, al menos) que órdenes de discurso, de representación y de acción, o más bien donde estos órdenes adquieren otro nivel de visibilidad crítica” (Baño y Aceituno, p. 16).

En Santiago es posible hallar lugares donde emergen estas figuras que parecieran querer mostrar algo de lo que no ha podido ser aún vehiculizado como discurso. En una de sus céntricas esquinas emerge la siguiente imagen: rejas que impiden el ingreso al Paso peatonal bajo nivel Lira, lugar construido originalmente pensando en facilitar la movilidad de las personas y luego clausurado por algún motivo, pasando a ser un obstáculo lo que en algún momento constituyó una posibilidad, dando origen a un lugar silenciado. ¿Será este silenciamiento la metáfora de algún indecible de nuestra historia o es un acontecimiento que en su misma materialidad pone obstáculos para la historización? Junto a él se encuentra el cerro Santa Lucía, parque urbano y testigo de la ciudad que, hasta ahora, siempre había sido indicado como el lugar donde ella fue fundada. Hasta donde se sabe, era llamado Huelén por los habitantes de la zona, que significaría (*aparentemente*, dadas las discusiones recientes) “dolor” en mapudungun. En la actualidad es uno de los hitos más representativos de Santiago y de nuestra historia, además de uno de sus atractivos turísticos obligados, motivo de orgullo que conserva, sin embargo, resabios de antiguos dolores como lo indica su hoy cuestionado nombre prehispánico. Muchas de estas situaciones han sido superadas, pero hay otras que insisten en repetirse incluso con el cerro actualmente enrejado y custodiado. Accidentes, hurtos, prostitución, alcohol y drogas, estafas, “cruising”, si bien ocurren de manera más acotada que antaño, siguen amenazando los anhelos de higiene y orden de una ciudad que desea verse a sí misma moderna y triunfante. La tendencia a parchar los problemas más que a darles solución de fondo ha encontrado en el control del acceso y en la vigilancia un recurso cuestionable porque centra la atención en las *transgresiones*, buscando expulsar a los individuos que las cometen para resguardar la seguridad de los *buenos* ciudadanos, quedándose en una posición dicotómica que invisibiliza y toma los efectos por causas. Los discursos oficiales tienden a dejar fuera toda marginalidad que amenace el relato de la historia según sus criterios gloriosos, donde el orden imperante en vez de generar las condiciones para elaborar sus duelos suele preferir acallar las expresiones que develan sus máculas. ¿Qué es lo que denuncian estas expresiones?, ¿Son reminiscencias de otro tiempo o es algo actual?, ¿Qué pistas habría que seguir para saberlo? Mediante una metodología basada en la búsqueda de señales e indicios, la

presente investigación recoge elementos discursivos, figurativos y materiales en el sector y los articula con las categorías de lo irrepresentable, lo traumático, lo actual, lo histórico y lo originario, para intentar dar cuenta de la escena de fondo que ahí se está poniendo en juego, con miras a una mayor comprensión de los procesos implicados en la construcción de la subjetividad en la ciudad entregando, además, un punto de partida para poder detectar, mostrar y pensar las posibles fracturas en las rutas de procesamiento y liberación del dolor y el malestar, teniendo como horizonte aportar en la construcción de la historia o las historias que aún no han podido escribirse. La propuesta implica llevar teorías psicoanalíticas sobre el trauma y lo irrepresentable fuera del ámbito 'clínico-individual' y articularlos con teorías provenientes de autores que desde la sociología, la antropología, la historia y la filosofía han pensado el espacio urbano, como un avance en el trabajo transdisciplinario necesario para abordar problemáticas complejas.

El recorrido se inicia con una presentación de los antecedentes de la ciudad y sus problemas, y del lugar elegido como objeto de estudio, así como su entorno inmediato: la esquina de *Alameda* Bernardo O'Higgins con Victoria Subercaseaux, que colinda con el cerro Santa Lucía y el barrio Lastarria. Además, Victoria Subercaseaux es la continuación de la calle Lira hacia el norte, conectándose ambas en el Paso bajo Nivel y sirviendo de vínculo entre los barrios al norte y al sur de la *Alameda*.

En la segunda parte veremos las teorías necesarias para un abordaje del problema de lo traumático y lo irrepresentable, en tres momentos: primero, una exposición de cuáles son los efectos de lo irrepresentable en los individuos, para lo que se revisan las principales concepciones que, desde el psicoanálisis, han ampliado las teorías freudianas y postfreudianas, centrándonos en temas como la negatividad, lo extremo, la transgeneracionalidad y la figurabilidad, entre otros; segundo, cuáles son las maneras en que lo irrepresentable afecta a la transmisión de la historia en sus modalidades de relato, imagen y acontecimiento, y si se puede encontrar una salida a la disputa entre verdad y ficción; y tercero, cuáles son las maneras en que un trabajo con lo irrepresentable en los espacios (urbanos) puede llevarse a cabo, problematizando el tema de la historia y la memoria en la ciudad y presentando métodos y técnicas para recuperar fragmentos, trabajar las ausencias y generar enlaces.

En la tercera parte se presenta el análisis y los resultados de la investigación, el cual también se divide en tres momentos presentados en una secuencia que transcurre a la manera del proceso de abstracción: una primera parte de, a veces sutil y a veces

desbordante, vacío, materialidad y acontecimientos, donde predominan la sensorialidad, el cuerpo y los actos; una segunda parte en la que se hace el ejercicio de ligar y dar forma a los elementos encontrados, revelando algunas figuras, imágenes y escenas que permitan apalabrar los indecibles, los inenabrables y los impensables dando cuenta, además, de las obstrucciones y desatascos a la hora de hacerlo; y una tercera parte donde se privilegian las narraciones y opiniones de los entrevistados, en un relato que articula sus historias personales con los procesos históricos de nuestra ciudad y país.

Finalmente, se concluye con una propuesta de *tejido* de los elementos encontrados, tanto los materiales como los figurativos y los verbales, a la manera de una escena que permite avanzar camino hacia lo irrepresentable de Santiago.

1.2. Antecedentes

“Una de las características más llamativas de este cerro es que en distintos puntos, y particularmente en la cima, es posible encontrar columnas basálticas. Estos, corresponden a estructuras prismáticas alargadas en forma de columnas de sección hexagonal. Se denomina disyunción columnar, es un tipo de diaclasado que se forma por tensiones cuando la lava o magma se enfría”

Daniel Sellés, Geólogo

1.2.1. Lo irrepresentable: de la represión a la desmentida

Dentro de los procesos psíquicos suele prestársele mayor atención a la producción de elementos discursivos a partir de elementos imaginarios (capacidad crítica), dejando en segundo plano a la producción fantasías o escenas imaginarias a partir del impacto de lo real (capacidad artística o creadora). Ambos “constituyen los dos motores de la abstracción. Lo real alcanza el nivel discursivo gracias a estas dos funciones ejercidas en forma sucesiva. Son las responsables de que lo real sea asimilado por el ser humano” (Martínez-Bouquet, p. 174).

Diversas vicisitudes pueden obstaculizar este proceso de transformación, impidiendo al sujeto obtener datos que lleguen a la conciencia a partir de elementos de la realidad, los que quedan sin representación. Sin embargo, la marca de ausencia representacional cumple una función sobre las tramas representables, “más aún, lo que distingue al campo psicoanalítico en su especificidad respecto al de las ciencias es precisamente el valor que en él se otorga a la **residualidad** que resta sin simbolización” (Basch, p. 175), aludiendo a una primera marca de algo inscripto pero fuera del campo de lo simbólico, que es a su vez causa de que haya palabras y condición de existencia de la representabilidad (Lacan, 2007). Los elementos sin representación tienden a deslizarse hacia el cuerpo y la acción como pura cantidad pulsional en forma de afecto sin significación, pudiendo dar lugar a variados fenómenos clínicos: toxicomanías y adicciones graves, trastornos alimentarios, enfermedades somáticas invalidantes, trastornos de identidad, estados extremos de angustia, derrumbe o desamparo, situaciones de gran precariedad, suicidio y conductas de riesgo, violencias y delincuencias sistematizadas, entre muchas otras. Se trate de “nuevas enfermedades del alma” (Kristeva) o de una actualización descriptiva de situaciones habituales en una época donde “todo lo que no es programable deviene trauma” (Laurent, p. 2), la comprensión y el tratamiento de estas problemáticas ha estado en el centro de la atención en los últimos años.

En el estudio del sujeto contemporáneo y de aquello que lo enferma, las nociones de representación y fantasía son esenciales para abordar las clásicas psiconeurosis, pero parecieran insuficientes para enfrentar estos casos llamados **límites**, de borde o de frontera. Sin embargo, el trabajo freudiano, a pesar de ser “fundamentalmente una teoría centrada en la representación, no es menos cierto que facilita perspectivas capaces de amplificarlo más allá (...). Una lectura atenta revela toda una vía de la negatividad”

(Botella y Botella, 2003, p. 24), del trauma y de las violencias externas. Estas nociones se han continuado trabajando posteriormente, llegando a introducirse una distinción crucial para el trabajo clínico entre **dos registros**: el de la *fantasía*¹ (modelo del sueño y trabajo de representancia) con la noción de inconsciente *reprimido*, y el de *la verdad histórica vivenciada* (modelo del acto y trabajo de límite) con la noción de inconsciente *desestimado*, fundamental para el estudio de problemáticas límite así como para el análisis de *borderlines*, una de cuyas dificultades principales es la indistinción entre lo que les es propio y lo que viene del objeto, ubicándose en una zona fronteriza donde el yo se niega a zanjar en favor de la fantasía o de la realidad, adoptando una solución que contribuye a desunirlo. Tomando como paradigma el fetichismo (Freud, 1927) se ha puesto en relieve este proceso de escisión de la **desmentida** para articularlo con la estructura psíquica de la perversión, donde una parte del yo afirma la percepción de una realidad y otra parte la desmiente, coexistiendo esas dos respuestas contradictorias, sí y no a la vez. “Los mecanismos de proyección freudiana, de identificación proyectiva kleiniana y de forclusión lacaniana podrían ser considerados entonces más ampliamente que en su vínculo con lo reprimido” (Botella y Botella, 2003, p. 28), extrapolándolos además a condiciones intersubjetivas, sociales o políticas que deniegan las referencias al pacto social y al patrimonio memorial, y donde el otro “se encuentra cosificado en su experiencia” (Aceituno y Cabrera, p. 34).

Los *puntos de inflexión* que dan cuenta del límite en que se inscribe lo **traumático**, entre los dos registros, son: la historia real vivenciada; el más allá del principio del placer; una teoría de la desmentida; una teoría de la perversión del lazo social (Aceituno y Cabrera, 2014, p. 30). Los pilares para llevar a cabo este trabajo serán el reconocimiento de la condición real de la historia (juicio de existencia) y una puesta en escena e imágenes previa a la puesta en palabras (trabajo de figurabilidad).

¹ Se ha optado por este término en vez de *fantasma*, para reservar este último exclusivamente cuando nos referimos a lo *transgeneracional*.

1.2.2. Encarnaciones del malestar en la ciudad

Se entiende el *malestar* sociocultural como esta “modalidad de lo residual (...). Resto inasimilable al proceso de socialización que, al mismo tiempo, pone en funcionamiento toda socialización posible” (U. de Chile, p. 2), que encarna bajo formas no siempre discursivas, tensionadas entre representaciones y prácticas sociales, a veces latentes a veces manifiestas. La concentración y tramitación de este malestar tiende a darse en el espacio público, no sólo en las marchas que se toman las calles demandando soluciones a problemáticas concernientes a la vida pública misma, sino que este espacio “también es lugar de inscripción de otros malestares que recorren la ciudad con sus marcas (...) con sus circuitos y sus ocupaciones, al tiempo que (...) superficie de una efímera circulación de malestares invisibles o invisibilizados, sin representación, desprovistos de inscripción (...) la ciudad misma representa el decantado de historias colectivas e individuales de sufrimientos que definen, tanto zonas de dolor, de horror, de discriminación, como espacios de liberación, desentendimiento, resistencia o elaboración” (Baño y Aceituno, p. 9). Tanto a nivel individual como colectivo, el malestar “adquiere expresiones críticas ahí donde el lazo social no cumple su función organizadora (simbólicamente) y donde los repertorios tradicionales del ‘síntoma’, en el sentido psicoanalítico del término, encuentran dificultades para su representación psíquica o discursiva, adquiriendo más bien el carácter figurativo de experiencias que son ‘dadas a ver’ o ‘puestas en escena’” (Aceituno, 2013). Es necesario, entonces, señalar estos espacios de dolor o silencio, que son testimonio de la historia social y subjetiva, y hacer visibles las zonas en las que el malestar se inscribe.

1.2.3. Santiago de Chile

Un conjunto de aspectos de la vida subjetiva y social de nuestro país (la experiencia cotidiana en el trabajo, la salud o la educación; la desconfianza en las instituciones y en los actores políticos tradicionales; etc.) hacen que nos encontremos con “expresiones del malestar que resultan de problemáticas que, si bien ya existían, hoy adquieren modalidades críticas” (Baño y Aceituno, p. 7). A pesar de las crecientes movilizaciones, la comunidad política no ha llegado a ser la vía principal para manifestar

la queja colectiva, y “los conflictos y malestares sociales tienden a expresarse en términos psicológicos” (Aceituno, Miranda y Jiménez, p. 97). Tenemos así que una de cada tres personas presenta problemas de salud mental en algún momento de su vida, y a la ciudad de Santiago encabezando la lista de capitales con mayor número de trastornos ansiosos y depresivos en el mundo². Esto sin considerar los casos no pesquisados, que serían cercanos al 80%, convirtiendo a la salud mental en el área de la medicina que produce mayor pérdida de productividad para el país³. El stress, la inseguridad en el hogar, los trastornos del sueño, los síntomas depresivos, la discapacidad para desarrollar la vida cotidiana, también presentan en Santiago valores por sobre los del resto del país (MINSAL, 2014). Como si esto fuera poco, Chile es el segundo país de la OCDE con mayor aumento en su tasa de suicidios durante los últimos 15 años (OCDE, 2014). En infancia y adolescencia los destinos del malestar no son más auspiciosos: violencia física y/o psicológica, abuso sexual, altas tasas de adicción, bullying, delincuencia, institucionalización en hogares del Sename, muertes violentas, ya sea por suicidio o por homicidio, hacen que tengamos “una serie de indicadores que muestran que estamos atravesando por una gravísima crisis de salud mental inédita en occidente”⁴ que exige trascender el abordaje puramente médico-psicológico, entendiendo que no basta con “aumentar la cobertura de atención psicológica y psiquiátrica en los servicios de salud si no se interviene sobre el contexto: económico, social y cultural” (Aceituno et al, p. 98) buscando perspectivas pluridisciplinarias para el estudio antropológico y psicosocial “del marco de las condiciones del malestar en Chile. Desde este punto de vista, la salud mental –tanto a nivel individual como colectivo– requiere de un análisis complejo que la articule a otros fenómenos de relevancia social” (Aceituno et al, p. 89).

Observamos que, junto al malestar cotidiano y constante en la población, Santiago arrastra una historia de problemas que parecen llevarlo a estallidos cada cierto tiempo, como si de la actualización de antiguos traumas se tratara. “Para comprender el carácter de la crisis actual y su incidencia psicosocial, así como las prácticas sociales que han emergido en el último período y las formas de la subjetividad correlativa, es necesario tener en cuenta el proceso de elaboración social de dichos traumatismos” (Kordon y Edelman, p.109).

² Jiménez y Radiszcz, en <http://ciperchile.cl/2012/09/26/salud-mental-en-chile-la-otra-cara-del-malestar-social>

³ Paul Vöhringer, en <http://www.uchile.cl/noticias/121352/la-salud-mental-es-el-area-que-produce-mayor-perdida-de-productividad>

⁴ Rodrigo Paz, en <http://radio.uchile.cl/2013/09/24/chile-es-un-pais-brutalmente-enfermo>

Santiago es una ciudad liberalizada, con pocos marcos regulatorios y una planificación no integral, con políticas públicas muchas veces contradictorias, que se traducen en intervenciones equivocadas en el territorio; con una visión sectorialista y fragmentaria, carente de una autoridad mayor que articule los distintos municipios; monocentrista y tendiente a la expulsión, donde “el área central y el eje que articula el barrio alto son los mayores concentradores de servicios” (DIBAM, p. 27); fracturada por sus desigualdades físicas y sociales, por la segregación que impone a sus habitantes, por la existencia de “guetos” tanto en las clases más altas como en las más desfavorecidas; de extensión excesiva, fruto de un proceso de expansión permanente que se inicia desde fines del siglo XIX, principalmente por la búsqueda de nuevas localizaciones por parte de los estratos medios y altos, con una actitud que desestima la ciudad que existe y prefiere conformar una nueva; ciudad inacabada y en constante transformación, “históricamente, la ciudad de Santiago ha evolucionado en términos urbano-arquitectónicos mediante un proceso de ‘deconstrucción’ que da cuenta de una voluntad de transformación permanente que ha beneficiado la discontinuidad histórica. Nuestro desarrollo histórico, está marcado por quiebres, muchas veces, abruptos, y por el espejismo de un progreso la mayor parte de las veces imitativo y mal entendido (...) descartando y desprestigiando la herencia del pasado (...). Desempeña un rol determinante en la situación descrita (...) la condición sísmica local, lo cual impone una transformación del medio construido, sobre todo en el pasado” (Duarte, p. 2).

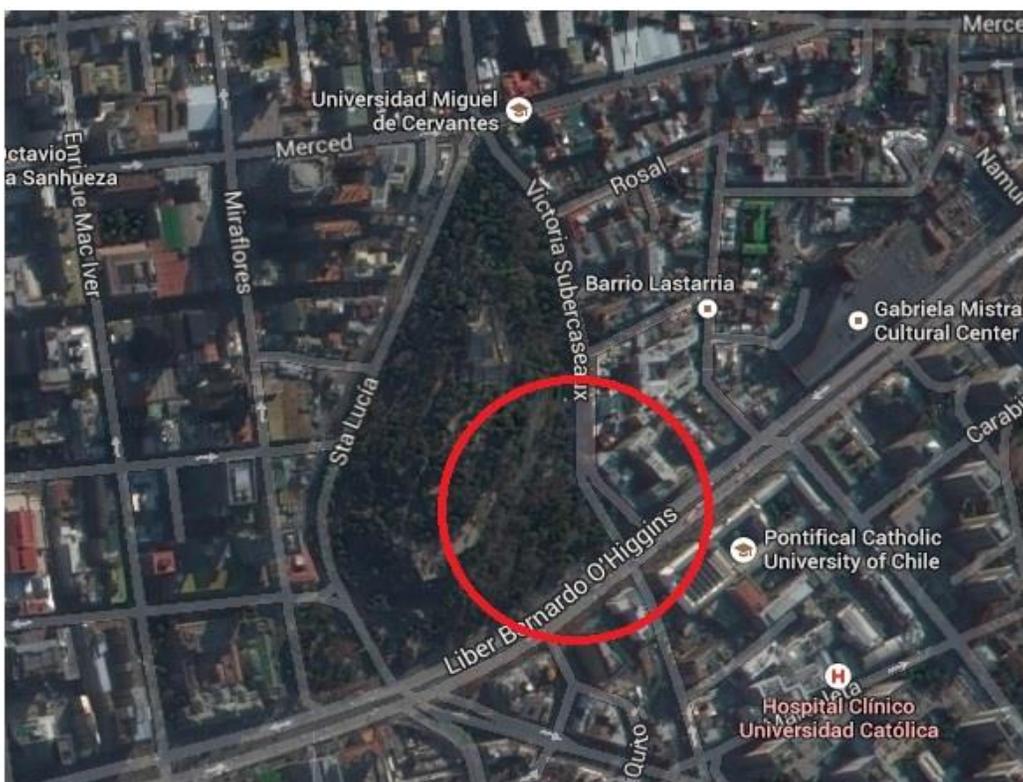
Divisiones, fracturas, borramientos, desmentidas. Pareciera que bajo las tensiones y las angustias de la ciudad operaran procesos de desligazón, falta de soportes y destructividad. Vivimos bajo un cierto orden, pero este no nos da tranquilidad. Secretos, violencias y negatividades nos llevan a uno de los grandes dilemas de la sociedad chilena: el representar ser lo que no es. ¿Qué soluciones pueden idearse frente a “la insistencia nacional a seguir operando bajo paradigmas dicotómicos que imposibilitan la inclusión de múltiples subjetividades” (Parada, p. 70)? Tal como en un trabajo clínico con lo traumático individual, orientarnos hacia la búsqueda de cosas perdidas, la revelación de negatividades, la puesta en figuras y el establecimiento de conexiones a modo de un tejido que permita construir aquello inexistente – sea porque no hubo condiciones o por su posterior destrucción – debería permitirnos avanzar algunas respuestas. Allá donde los efectos de lo irrepresentable – en sus formas espectaculares o solapadas – además de delatar el quiebre, entreguen las posibilidades de encontrar los fragmentos con los que iniciar un trabajo de (re)construcción.

1.2.4. La esquina



Calle Victoria Subercaseaux con avenida *Alameda* Libertador General Bernardo O'Higgins es una céntrica esquina de la ciudad donde emergen las enrejadas figuras de los ingresos a un antiguo paso peatonal bajo nivel, construido para facilitar la conexión entre las veredas sur y norte de la principal avenida de Santiago, pero clausurado posteriormente. Algunos pasan sin prestarle atención, otros se acercan y miran hacia su interior oscuro. Próximo a él se encuentra el cerro Santa Lucía (*Huelén*), parque urbano en la actualidad, y lugar en el que ha acontecido (y/o desde el que ha podido observarse) la historia de la ciudad. Territorio de conflictos y distensiones, ha llamado la atención de historiadores, antropólogos, arquitectos y un sinnúmero de profesionales, individuos y grupos que han investigado sus rocas, recorrido sus caminos y escrito sus historias. Esta presencia constante en diferentes proyectos, personales y colectivos, es prueba de su permanente magnetismo, pero existe también la idea del cerro como lugar peligroso y al cual es mejor no acercarse. Esta doble referencia para dar cuenta de la historia y la actualidad de la ciudad, más las figurativas manifestaciones que acontecen en esta esquina, hacen pensar en algo del orden de lo irrepresentable que pudiera estarse poniendo en juego ahí, en el encuentro de un lugar del que se dice tanto (el cerro) con un lugar del que se dice tan poco (el paso). Una zona donde el malestar se concentra e intenta elaborarse, individual y colectivamente. ¿Un lugar de ingreso a la fractura de Santiago?

Hasta el año 2015 todos los accesos de la ladera oriente del cerro se encontraban clausurados. La calle que circunda esa zona – Victoria Subercaseaux – es muy poco transitada peatonalmente en comparación con las demás del sector, no así en cuanto a tráfico vehicular, con automóviles que cruzan velozmente la *Alameda* por debajo desde la calle Lira a través del paso que lleva este mismo nombre. Los accesos peatonales de este paso bajo nivel también están clausurados hace años. Rejas, dificultad de acceso, falta de circulación. La pregunta por estas figuras (4 en total, 2 en la vereda norte y 2 en la sur de la *Alameda*) y su silencio, más la irrupción repentina de particulares escenas y personajes, constituyen el centro de esta investigación.



La esquina investigada es el punto de encuentro entre el cerro y el barrio Lastarria, pero también entre éstos y los barrios San Borja y San Isidro, porque aun cuando la *Alameda* funciona como una especie de barrera, el paso bajo nivel Lira los conecta.

1.2.4.1. Los Barrios

El barrio Lastarria se encuentra en los terrenos de una antigua viña propiedad de Bartolomé Blumenthal. Actualmente es un polo gastronómico, turístico y cultural, declarado Zona Típica en 1997. En él han vivido personajes importantes de la historia de nuestro país, políticos, intelectuales y artistas. Ahí se encuentra el Centro Cultural Gabriela Mistral, cuyo edificio fue sede de la III Conferencia Mundial de Comercio y Desarrollo, del Ministerio de Educación, de la junta de gobierno del Régimen Militar, y del Ministerio de Defensa.

Frente al cerro Santa Lucía, al Sur de la *Alameda*, están los barrios San Borja y San Isidro. En el primero se encuentra el campus Andrés Bello de la Universidad de Chile y la Casa Central de la Universidad Católica, además de la Remodelación San Borja, un conjunto de edificios construidos a fines de los '60 como solución habitacional para la clase media. En el segundo encontramos un incremento de las edificaciones en altura debido a los planes de repoblamiento de la comuna impulsados desde 1990. Originalmente estos barrios correspondían a terrenos que se inundaban, luego pasaron a convertirse en basural y más tarde albergaron a la creciente población *extramuros*, asociada al mal vivir, las enfermedades y todo aquello considerado bárbaro. Sobre estos 'barrios del sur' diría el propio Benjamín Vicuña Mackenna: "conocido el origen de esa ciudad completamente bárbara, injertada en la culta capital de Chile y que tiene casi la misma área de lo que puede decirse forma el Santiago propio, la ciudad ilustrada, opulenta, cristiana (...). Una inmensa cloaca de infección y de vicio, de crimen y de peste, un verdadero 'potrero de la muerte', como se le ha llamado con propiedad" (1872, p. 24). En el mismo texto, un inserto de Manuel Domínguez agrega: "Urge, pues, tomar medidas que hagan desaparecer los males apuntados (...). No existe otro medio que la DESTRUCCIÓN COMPLETA DE TODO LO QUE EXISTE y la promulgación de leyes y ordenanzas que obliguen a los que especulan en esta clase de negocios, a construir para el pueblo habitaciones que, aunque ordinarias y baratas, consulten las comodidades y ventajas indispensables a la conservación de su vida física y moral" (Vicuña, B., 1872, p. 28).⁵

⁵ El Paso Lira es una conexión entre lo que antiguamente era la ciudad propiamente tal y estos barrios del sur y que se convirtieron en el siglo XIX en el centro de la polémica 'Cuestión Social'.

Hallazgos realizados en la calle Marcoleta, una cuadra al sur de la *Alameda*, entre Portugal y Lira, bajo la actual Clínica de la Universidad Católica, permiten remontarnos más atrás aún al confirmar que “se trató de un cementerio indígena, caracterizado por bóvedas subterráneas (...). El uso del lugar se extendió hasta el período de los conquistadores europeos” (Stehberg y Sotomayor, p. 91).

1.2.4.2. El cerro Santa Lucía

En una ciudad cuyo paisaje natural se impone sobre cualquiera de sus figuras arquitectónicas, el cerro Santa Lucía adquiere especial relevancia tanto por su condición híbrida de hito paisajístico-arquitectónico – una mezcla entre formación natural y construida – como por el gran imaginario que existe en base a su importancia previa y posterior a la conquista española. Este eje, ícono, hito, opera como una referencia a la que se asigna gran valor y una fuerte carga simbólica.



Si bien la documentación hispana señala que el cerro era de propiedad del cacique local Huelén, “por sus características petrográficas particulares debió constituir una guaca para los contingentes incaicos (...). Las fisuras, hendiduras o cavernas eran particularmente veneradas debido a su poder de conexión con el mundo subterráneo. Son justamente estas fisuras en la roca del cerro Santa Lucía las que le habrían asignado su carácter sagrado” (Stehberg y Sotomayor, p. 129). El período al que corresponde este Huelén Prehispánico se ha llamado **cerro negro**, por el color de la roca volcánica. Luego de la ‘fundación’ de Santiago y “a poco de asentarse, los conquistadores procedieron a renombrar el cerro (...) marcando el inicio del proceso de transculturación” (Duarte, p. 7). De enclave defensivo español pasa a ser luego un espacio en desuso, hasta que Casimiro Marcó del Pont manda a construir dos baterías, entre 1814 y 1818, para el destacamento realista. El color del ladrillo de estas primeras edificaciones coloniales hace que en este período se le conozca como **cerro rojo**. Además, en este período también se habilita una fosa común

para los ciudadanos protestantes rechazados en el Cementerio General, y en 1849 se instala el primer Observatorio Astronómico Nacional. Con el paso del tiempo viene otra etapa de 'decadencia', en la que pasa a ser una árida cantera llena de basura. Ya en la segunda mitad del siglo XIX, se da inicio al proceso de transformación que terminaría por convertirlo en el parque que conocemos actualmente, con la denominación de **cerro verde**. Para Benjamín Vicuña Mackenna, intendente de Santiago que llevó a cabo esta hazaña, el Santa Lucía se instala como símbolo del triunfo del higienismo, pues "en el cerro no sólo había piedra, sino que también prostitutas, malhechores, cimarreros, a lo que podemos sumar su uso como basural, cementerio y sitio eriazos. En otras palabras, era un espacio donde la vigilancia, el orden de la ciudad no ingresaba (...). Lo que está inserto en la trama urbana pero no integrado por ésta, se vacía de aquello que justamente permite el funcionamiento de dicha trama" (Rivera, p. 25). Su transformación, parte del programa de modernización urbana más ambicioso de todo el siglo XIX es prueba, para algunos, del "rechazo del pasado en la cosmovisión del intendente (...). Copiar acríticamente soluciones extranjeras sin reflexionar sobre las peculiaridades de la idiosincrasia nacional (...) revela, asimismo, la paradójica resolución del problema de la identidad nacional (...). Demuestra también, una peculiar característica de la personalidad chilena: la tendencia a la auto descalificación de lo que le es propio y el uso peyorativo del propio vocablo patronímico, el menosprecio de lo 'chilensis' (...). En dos años, el peñón de Santa Lucía (...) es reforestado y edificado siguiendo una imagen tan distante como sintética de los castillos europeos" (Castillo, p. 63). Que esa imitación no deje espacio para la ruina en el sentido benjaminiano, o que la muestre, a fin de cuentas, será algo a discutir. Por lo demás, "Vicuña reutiliza, ve en los deshechos o remanentes una oportunidad de ahorrar" (Rivera, p. 75). También recibe donaciones, no sólo de dinero, para la construcción del paseo. Y



utiliza presidiarios como mano de obra gratuita. Logra congrega una diversidad de elementos y actores. Pero el Proyecto del Santa Lucía, pese a su envergadura, "no era capaz de paliar los males sociales causados por la cuestión social, sino que fue un síntoma de los mismos: su decadencia posterior bien puede ser considerada fruto de esas mismas diferencias sociales" (Rivera, p. 74). Con el tiempo, el descuido, la desidia, la

desaparición y destrucción de obras de arte al interior del cerro, lo han llevado a cierto abandono. A esto hay que agregar que el crecimiento de la ciudad lo ha ido dejando reducido a su mínima expresión, invisibilizándolo. “A modo de pequeña venganza, el cerro mantiene su carácter disruptivo del orden ciudadano. Los cimarreros continúan acudiendo, sus faldas se ven pobladas de gitanas y mendigos, y continúa siendo refugio para el amor, el diurno de escolares u oficinistas y el nocturno de parejas angustiadas y homosexuales variopintos” (Rivera, p. 93).

Actualmente, encontramos “diversas (y frustradas) iniciativas que buscan sumarlo a múltiples funciones, cada una de ellas buscando sacar provecho de sus cualidades (...). La gente (...) lo utiliza como refugio apartado de la vigilancia y la policía. El cerro, a fin de cuentas, va constituyéndose como *problema* (...) (y) posibilidad de brindar una solución (...) a diversas problemáticas” (Rivera, p. 8). A pesar de haber sido declarado Monumento Nacional y de los esfuerzos municipales por recuperar la grandeza de antaño, “no logra conciliar las imágenes contradictorias que delimitan las coordenadas del quehacer diurno y nocturno” (Parada, p.66). Refugio de marginados, funciona como un espacio regido por códigos desafiantes del rango de identidades aceptables para las elites de la sociedad chilena. “Espacial y psicológicamente, la voluntad de un Yo deseante cargado de instintos prohibidos encuentra, en un espacio urbano chileno acostumbrado desde siempre a abrazar gestos transgresores, una invitación a expresarse” (Parada, p. 69). La pesada reja de fierro instalada a lo largo del perímetro del cerro hace que vuelva a ser isla en la contemporaneidad. Con esto, las principales problemáticas del cerro han quedado relegadas a sus bordes, como se aprecia en la siguiente imagen⁶. Los puntos 3 y 6 se encuentran en la esquina elegida para la investigación.



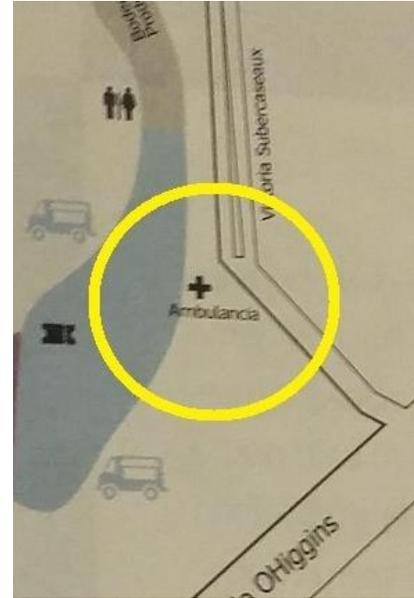
- 1- Prostitución
- 2- Gitanas
- 3- Encuentros sexuales (cruising)
- 4- Consumo de alcohol y drogas
- 5- Hurto
- 6- Accidentes automovilísticos

⁶ Diario La Segunda (29/04/2014)

Se encontraron en otros diversos medios de circulación **marcas** justo en esa esquina. Por ejemplo, a la izquierda, vemos un mapa desarrollado por los vecinos del barrio, junto a la organización “Barrios en Acción”, donde

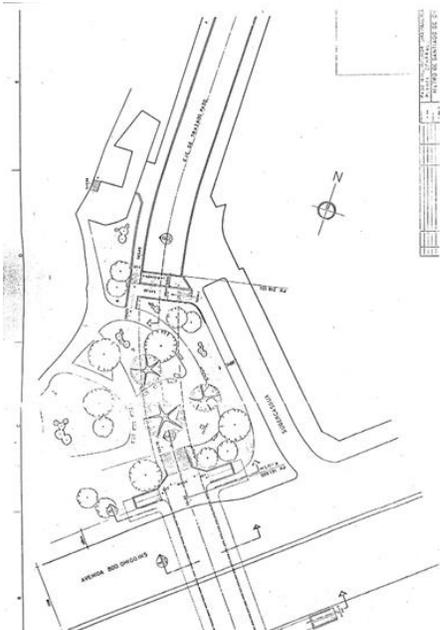


la esquina aparece como *zona insegura oscura*. A la derecha, mapa del Festival gastronómico Ñam realizado en el cerro, aparecido en revista V&D de El Mercurio, indicando que la esquina sería el lugar donde se ubicaría una *ambulancia*.



1.2.4.3. El paso Lira

Junto a la construcción de la línea 1 del metro se desarrollaron obras anexas. En 1974, uno de los cruces que se planteaba como conflictivo era el de Alameda con las



calles Lira y Subercaseaux, por lo que se propuso construir un paso vehicular a desnivel. Además, y dadas las características de circulación que adoptaría la avenida, se proyectó para los peatones la posibilidad de atravesar mediante pasos nivel inferiores a ambos lados de la obra, agregando que sería “importante proporcionar al peatón el mayor confort posible para incentivarlo a utilizar este paso a nivel inferior como vía de cruce” (Cetty, Pág. 15).

Ya hacia el año '85 había habido algunos elementos de delincuencia y se realiza el primer gesto de otorgar seguridad poniendo un guardia y construyendo rejas, las que se mantenían abiertas

durante el día y cerradas durante la noche. El siguiente gesto fue extender la reja hacia el

techo, y como aún había individuos que ingresaban por dentro del túnel vehicular, se hace un tercer gesto y se pone rejas al interior de éste, entre el paso peatonal y el de los autos. Finalmente, la reja de la superficie se deja de abrir durante el día, quedando el espacio peatonal clausurado en su totalidad.



Los subterráneos urbanos pueden funcionar como metáfora de la ciudad muerta, a la manera de una cámara funeraria, recinto arqueológico, catacumba en abandono que alberga en el centro de un laberinto el tesoro de Santiago, “como entierro o enterramiento: el Dorado o la Ciudad de los Césares (...). O bien el subterráneo como ciudad viva (...) pero de una vida penitente, de un purgatorio mitad usina mitad calabozo; averno de Santiago donde se decide el infortunio de los justos, donde se sellan los pactos secretos y se complota en pos de una gigantesca maquinaria política y económica, de dimensiones insospechadas para quienes habitan más arriba” (Castillo, p. 62)

Ramón Pacheco, con su libro *El Subterráneo de los Jesuitas*, y Benjamín Vicuña Mackenna, con la transformación del Santa Lucía, establecen una fantasía urbana, simultáneamente mito y fantasmagoría: “ambos saben que todo lo que tienen es un



caserío de adobe, una aldea de fin de mundo levantada en la precariedad de los recursos y en el temor de los elementos. Por eso intuyen que la gran ciudad sólo puede edificarse fuera del plano, pero no en un más allá horizontal sino en uno vertical, sobre él o bajo él, para darle un origen, un mito de fundación que el daría espesor, posibilidad” (Castillo, p.

57).

1.3. Marco metodológico

“La existencia de una conexión profunda que explica los fenómenos superficiales es reafirmada en el momento mismo en que se sostiene que un conocimiento directo de tal conexión no es posible. Si la realidad es opaca, existen zonas privilegiadas – señales, indicios – que permiten descifrarla”

Carlo Ginzburg

1.3.1. Pregunta de Investigación

Si la esquina de Victoria Subercaseaux con *Alameda* es una zona clave en la que lo irrepresentable de Santiago de Chile encuentra condiciones privilegiadas para provocar sus efectos, habría que indagar los modos en que la historia intenta inscribirse en ese lugar por caminos diferentes a los de la palabra y obtener elementos a partir de los cuales echar a andar los trabajos de figurabilidad, elaboración, simbolización e historización necesarios para aportar a una adecuada liberación del malestar en la ciudad, considerando que el camino desde lo real a lo simbólico requiere de una primera puesta en imágenes y escenas. Si mediante una construcción a partir de fragmentos se logra establecer una escena recortada por el trauma, para así generar un enlace que permita detener la repetición, es necesario encontrar esas huellas y fragmentos materiales para constituirlos. Entonces ¿Qué fragmentos son los que insisten y resisten en ese lugar, y cuál es la escena de la historia de Santiago (y tal vez de Chile) que se puede (re)construir con ellos?

1.3.2. Objetivos

1.3.2.1. General

Introducir los elementos para la (re)construcción de una escena de la Historia a partir de fragmentos materiales, imaginarios y discursivos presentes en la esquina de las calles *Alameda* y Victoria Subercaseaux.

1.3.2.2. Específicos

Establecer el estudio de la esquina como una posibilidad de comprensión de la subjetividad en la ciudad de Santiago.

Recoger elementos materiales, figurativos y discursivos (actuales e históricos) en el lugar elegido.

Hacer un trabajo de distinción del material recogido, entre elementos metafóricos y desmetaforizados, qué es representación y qué es sólo presentación.

Entregar indicios de las figuras y puestas en escenas que acontecen en la esquina.

Conectar los fragmentos de material encontrado, en un relato que a su vez dé cuenta del proceso investigativo.

Articular las historias personales de los entrevistados con los antecedentes que van apareciendo de la Historia de Chile.

Proponer una escena que integre los elementos recuperados, enlazando las nociones de originario, histórico y actual y el recurso a la propia biografía, para avanzar terreno hacia lo irrepresentable de Santiago.

1.3.3. Metodología

Los principales descubrimientos y aportes del psicoanálisis se refieren sobre todo a procesos y experiencias de la vida cotidiana aunque sus diversos derroteros hacia lo sectario y hermético tuvieron posteriormente a muchos pensando lo contrario. En el esfuerzo de mostrar su rendimiento más allá del encuadre clásico es que se realizó una investigación exploratoria donde herramientas tales como la *escucha* y la *transferencia* fueran fundamentales, pues más que una recogida de datos a los que se diera posteriormente un tratamiento 'analítico' la apuesta fue obtener el material con ayuda de dichas herramientas, para recuperar huellas, activar memorias, generar enlaces y trabajar las ausencias. Encontramos en el paradigma indiciario y el método abductivo la 'traducción' necesaria para dar cuenta de un trabajo de estas características en ciencias sociales, semejante a la actividad que hace el detective con la pista y que puede ser equiparada a la lectura freudiana del síntoma o del lapsus, pues más que datos se trata de vestigios, tal vez infinitesimales, que permiten captar una realidad profunda de otro modo inaferrable.

Las ciencias humanas han terminado por asumir cada vez más este paradigma **indicial**, como ya lo habían hecho antes la adivinación, la jurisprudencia, la filología, la medicina hipocrática, la paleontología, la historia, la arqueología, la geología y la astronomía física, profundamente impregnadas de diacronía, y cuyos procedimientos consisten en hacer profecías retrospectivas, descartando el paradigma galileano, pues

“cuando las causas no son reproducibles, solo cabe inferirlas de los efectos” (Ginzburg, p. 211), a través de lo que se ha llamado *desciframiento cinegético*, que es la capacidad de remontarse desde datos experimentales aparentemente secundarios a una realidad compleja no experimentada en forma directa. “Tales datos son dispuestos siempre por el observador de manera de dar lugar a una secuencia narrativa (...). El cazador habría sido el primero en ‘contar una historia’, porque era el único que se hallaba en condiciones de leer en los rastros mudos (cuando no imperceptibles) dejados por la presa, una serie coherente de acontecimientos” (p. 194). Este paradigma rinde para disciplinas eminentemente cualitativas, que tienen por objeto casos, situaciones y documentos particulares.

Respecto al método **abductivo**, emparentado directamente con el paradigma indicial, se trata de un razonamiento mediante hipótesis, un fognazo, una intuición (insight), de una manera de razonar que combina la lógica con el instinto. “La abducción es el proceso de formar una hipótesis explicativa. Es la única operación lógica que introduce alguna idea nueva (...). Ofrece sugerencias” (Peirce, 1903). Contrario a lo que sucede con los métodos inductivo y deductivo, el método abductivo no busca verificar; muestra, eso sí, una idea nueva que se tiene acerca de algo. Dicho método tiene fundamento en los procesos cognitivos pero no se agota ahí, sino que tiene en cuenta la experiencia del sujeto. “No se trata de una facultad mágica ni es suficiente para determinar nuestras adivinaciones específicas, pero ese instinto permite que el hombre sea capaz a largo plazo de descubrir la verdad. El ser humano se encuentra en armonía con el mundo: hay una cierta conmensurabilidad entre la mente del investigador y las verdades del universo. La mente es continua con el resto del cosmos y no hay nada que sea radicalmente incomprendible” (Barrena y Nubiola, 2007).

El material discursivo analizado corresponde a un total de 40 entrevistas no estructuradas que se realizaron entre los años 2014 y 2016 a usuarios, trabajadores, estudiantes y vecinos del sector, así como otros sujetos con experiencias directas o indirectas con el lugar, personas que por interés personal, laboral o académico lo investigaron o lo investigan. Adicionalmente se recopiló material visual, tanto imágenes fotográficas como dibujos o esquemas, capturados especialmente para la investigación o proporcionados por otros durante su transcurso. En paralelo, se hizo una revisión de los antecedentes históricos y actuales de dicho espacio.

También se analizó el material recogido durante el trabajo de campo, que incluyó observación abierta, desestructurada y participante, es decir: con adecuación a lo que surgiera en el momento, sin una guía preestablecida e involucrándome con el objeto de estudio, importante en el trabajo con lo traumático pues el investigador, tal como el analista, se verá interpelado por éste. Precisamente, se trata de un trabajo donde no está claro qué es lo propio y qué es lo ajeno. Los trabajos en doble, la producción de imágenes y la aparición de elementos ajenos que le son impuestos al investigador podrían revelar elementos recortados de la vida psíquica de un otro. En esta implicación resultan esenciales la atención a la propia biografía y la construcción de vínculos pero sobre todo un *dejarse llevar*, que se logra mediante el **recorrido**, técnica adicionada en varias disciplinas como una estrategia fundamental de investigación, pues “permite no sólo la evocación, sino la actualización de los sucesos que han determinado la realidad espacial del individuo y su colectivo social” (Montoya, p.173). El recorrido o deriva, “busca, a la vez, estudiar un terreno y *llegar a resultados afectivos desorientadores*. Mediante un estado personal de abandono y entrega *a las solicitudes del terreno*, levantar el relieve psicogeográfico de la ciudad según sus unidades atmosféricas, sus *ejes de paso*, sus *corrientes constantes*, sus defensas y *torbellinos* que dificultan el acceso o la salida a ciertas zonas (...). Quiero subrayar la poética de estas acciones, su deseo de extrañamiento – de extrañeza, de extravío – respecto del mapa oficial, pero también en relación al catálogo de las emociones (la deriva debe moverse en el *terreno pasional objetivo*) y a la idea misma de desplazamiento: existen también las derivas *estáticas*, como permanecer un día entero en una estación de trenes” (Santa Cruz, p. 239).

El material se analizó a la luz de importantes conceptos de las teorías del trauma y de lo irrepresentable, tales como la desmentida, la perversión del lazo social, la verdad histórica vivenciada, el malestar sociocultural, las formas de presentación de los efectos del trabajo de la pulsión de muerte. Dentro del mismo marco teórico también se encontrará con mayor detalle el modo en que se accede a lo irrepresentable del sujeto, de la historia y, por supuesto, de la ciudad. Esta imbricación entre forma y contenido me motivó a incluir en el relato mismo del análisis y los resultados los procedimientos llevados a cabo tanto para la obtención del material como para su presentación.

2. MARCO TEÓRICO

“Podría decirse que ‘el espíritu’ de una persona o de una cosa se reduce en última instancia a la propiedad que posee esta persona o esta cosa, cuando escapan a la percepción directa, de ser objeto de un recuerdo o una representación”

Sigmund Freud

2.1. Lo irrepresentable en el sujeto

“Las alucinaciones activan las zonas primarias de la percepción, las mismas que tratan la información sensorial externa...”

Esto significa que percibir un objeto e imaginarlo son finalmente la misma cosa”

Marc Jeannerod

2.1.1. La marca de la ausencia

Representación es la imagen que uno se forma de un objeto ausente. Lo que se presenta está *en lugar de* aquello que existió en el origen y que deja una proyección sobre su ausencia. Ante la persistencia de las necesidades biológicas y sucediendo al fracaso de la solución alucinatoria, el psiquismo se ve forzado a representarse el estado real del mundo exterior, transformando las cantidades de energía provenientes del cuerpo o desde el otro, en cualidad psíquica, como representaciones, afectos y deseos (Freud, 1895). “La representación de palabras surge de la ausencia del objeto investido e instaura, en el lugar del contenido alucinatorio, la representación del objeto sentido por dentro acompañada por la del reconocimiento de su ausencia afuera, en la percepción” (Botella y Botella, 2003, p. 54). Los elementos que componen la representación consciente son, por un lado, la representación-palabra y, por otro, la representación-cosa, que consiste en la investidura sino de la imagen mnémica directa de la cosa, al menos de huellas mnémicas más distanciadas derivadas de ella. “La representación consciente abarca la representación-cosa más la correspondiente representación-palabra y la inconsciente es la representación-cosa sola. El sistema Icc contiene las investiduras de objeto primeras y genuinas, el sistema Prcc nace cuando esa representación-cosa es sobreinvertida por el enlace con las representaciones-palabra que le corresponden” (Freud, 1915, p. 198).

Pero en ocasiones grandes montos de excitación no alcanzan la cualidad de representación psíquica, quedando como puros elementos sensoriales sobre los que el sujeto se ve incapacitado de operar. Estos fragmentos de realidad material insisten en retornar, intentando ligarse, en una compulsión de repetición. La constatación de que a veces el paciente repite en lugar de recordar llevó a la introducción del concepto de **pulsión de muerte** (Freud, 1920) para explicar los síntomas que no remiten como la irrupción de un trauma que no se puede procesar (y dando origen a la segunda tópica freudiana: ello, yo, superyó). Con el ejemplo de la formación de la perla a partir del grano de arena (Freud, 1905) se había ilustrado tempranamente el proceso de construcción de la vida psíquica sobre elementos del mundo real, en el encuentro entre la pulsión y el objeto, donde una parte de esta realidad exterior queda contenida en el mundo interior como realidad significada/simbolizable, y otra queda como resto no capturable en una trama simbólica. Un *imposible*, o *inasimilable*, que insiste en retornar, que “no deja de no

escribirse” (Lacan, 1973), “inminencia intolerable del goce” (Lacan, 2008, p. 207), lo real que subyace a toda simbolización: la “sombra del objeto”. Es posible rastrear la noción de **Irrepresentable** ya en La Interpretación de los Sueños (1900) con el concepto de *ombbligo del sueño* (punto donde ceden las asociaciones-representaciones) e incluso antes, con *la cosa del mundo*, ya se había hecho referencia a lo inasimilable e inaprensible de él (Freud, 1985). De este modo, la fundación misma de un sujeto puede conceptualizarse como del orden de lo traumático, pues cierto grado de frustración es necesaria para echar a andar la subjetivación. “Esto sería lo traumático estructural, violencia primaria imprescindible, con sus dos vertientes, el otro auxiliador no ‘es’, no ‘está’ todo lo que la omnipotencia y el desvalimiento del bebé ‘necesitarían’ y además lo erotiza sin ‘saberlo’” (García, S. p. 3). Debido a su carácter externo y, por lo mismo, imposible de controlar el objeto produce frustraciones que fuerzan al yo a modificarse, pero sólo hasta un punto: cuando el objeto es demasiado intrusivo o demasiado poco presente la frustración es intolerable, tornándose objeto-trauma, siendo rechazado por el yo, produciéndose su desinvestidura y un repliegue narcisista. El yo se defiende tanto de las pulsiones como del objeto, librando una lucha en dos frentes, volcando las pulsiones de destrucción sobre el objeto externo, o el interno, o el mismo yo, constituyéndose, en este último caso un narcisismo negativo, que tiende al “rebajamiento de toda libido al nivel Cero; aspira a la muerte psíquica” (Green, 1999, p. 260), resultando en una tendencia a desaparecer, relacionada a las patologías de frontera, en una búsqueda incesante de ligadura que repite sucesos del pasado que no entran en la zona de los impulsos eróticos reprimidos, traduciéndolos en un malestar sin salida, impidiendo al sujeto pensar, construir y proyectar su existencia, desarmando aquello que en lo **originario** se había construido, impidiendo la *traducción pulsional* que logran los trabajos de *figurabilidad, elaboración y simbolización* (Aceituno y Cabrera, 2014, p. 16), generando padecimientos que refieren a *fragmentos no integrados de lo originario*, en su diferencia con los retornos de lo reprimido.

Tenemos así el sufrimiento de la repetición del **trauma**, producto de un exceso de cantidad que provoca una herida en el aparato psíquico que sobrepasa la capacidad de elaboración y ligadura, o sea de representatividad (Freud, 1920). El trauma se entiende así como una **negatividad**, trabajo de la pulsión de muerte que consiste en “una *función des-objetalizante*, por medio de la desligazón (...). La manifestación propia de la destructividad de la pulsión de muerte es la desinvestidura” (Green, 1993, p. 122), mecanismo que implica pura separación (a diferencia de la pulsión de vida, que admitiría

la coexistencia de unión y desunión); desorganización brutal que no se produce por una percepción (un positivo cuantitativo), sino por la ausencia de sentido del violento exceso de excitación, dejando al yo en un estado de desamparo, imposibilitado de representarse lo que le pasa, no pudiendo constituir síntomas neuróticos, limitando sus expresiones al “carácter” (afectos o sensibilidades que pasarán por actitudes frente a la vida) y a síntomas “sin contenido” (como las inhibiciones y los estrechamientos del yo) que mantienen la prueba de realidad, haciéndolos difíciles de localizar, pudiendo sólo sospechar de su existencia a través de ciertos trastornos, “accidentes” de pensamiento que prueban la presencia de una perturbación por *no representación*. “Algo intrínsecamente evidente para el sujeto que tendría que haber ocurrido, no ocurrió, sin que éste perciba ese negativo y, a fortiori, se lo represente” (Botella y Botella, 2003, p.166). Esta reconsideración de la realidad exterior en la génesis de muchas patologías implica que “el paciente sufre menos por sus fijaciones que por traumas que han quedado sin respuesta y por la hipocresía de los adultos, reflejada a continuación en la de la sociedad, y luego en la del analista en la cura” (Green, 2014, p. 86) y que, desde el punto de vista terapéutico, la reproducción del trauma es, por sí sola, ineficaz” (Ferenczi, 1932).

La **angustia** originada por estas huellas sin retranscripción que dejan los traumatismos precoces difiere de la vinculada al fracaso de la represión y a las prácticas sexuales (obstaculización del principio del placer) y por eso debió ser replanteada como una vivencia de desvalimiento frente a la pérdida del objeto o a la amenaza al yo (angustia de separación y angustia de castración, respectivamente). Estas “angustias catastróficas o impensables, miedos de aniquilación o de hundimiento, sentimientos de futilidad, de desvitalización o de muerte psíquica (...) de precipicio, agujeros sin fondo, de abismo” (Green, 1995, p. 120) son anteriores al tiempo de la representación y se vinculan definitivamente con la pulsión de muerte cuando ésta pasa a considerarse como el motor de la vida psíquica (en vez de la pulsión sexual): ya no es la libido reprimida lo que genera angustia, sino que es la angustia, los sentimientos de culpa y las tendencias reparatorias que impulsan la relación libidinal y con ello el desarrollo de la libido (Klein, 1948). “La búsqueda del placer sólo es secundaria y defensiva con respecto a la inquietud de neutralizar el efecto de esas pulsiones de destrucción” (Green, 2014, p. 93) que aparece frente al vacío de lo irrepresentable y que corresponde a un “afecto de displacer más o menos intenso que se manifiesta en lugar de un sentimiento inconsciente en el sujeto a la espera de algo que no puede nombrar” (Chemama, p. 22).

2.1.2. Transmisión, secretos y fantasmas

Con la adición del trauma del nacimiento y las experiencias significativas vividas por la especie se abre camino a la investigación de lo histórico. En 1920 la última teoría de las pulsiones añade una dimensión fundada en la filogénesis que será retomada a partir de la década del '70, cuando el psicoanálisis francés comienza a interesarse en los procesos de **transmisión** psíquica transgeneracional y sus defectos, puesto que el origen de los síntomas de un sujeto no necesariamente se sitúan en traumatismos acaecidos en su propia infancia, sino que pueden proceder de la historia de uno de los padres, de ambos o incluso de un antepasado más lejano en el tiempo, siendo “imprescindibles al menos tres generaciones para construir y modelar el perfil de un ser humano” (Viñar, p. 63). Desde la etiología de la neurosis (Freud, 1896) se indica que las transmisiones operan tanto en la diacronía de las generaciones como en la sincronía de los contemporáneos, agregándose más tarde (Freud, 1912; 1914) la idea de una transmisión en *negativo*, además de la noción de patrimonio y de herencia arcaica, que incluye tanto las disposiciones como los contenidos, siendo estos últimos las huellas mnémicas relacionadas a lo vivido por generaciones precedentes. Lo que se transmite es el tabú y el sentimiento de culpabilidad, pero no de forma automática, sino a través de un proceso que involucra instancias que aportan importantes modificaciones (Freud, 1921; 1923) mediante la cultura, la tradición y las prohibiciones, que integran lo inconsciente. Con la idea de epigénesis se indica que la continuidad sólo está asegurada cuando las disposiciones psíquicas son estimuladas por las relaciones intersubjetivas, produciendo sentido mediante una transmisión y comprensión inconsciente de las costumbres, las ceremonias y los preceptos, permitiendo a las generaciones posteriores incorporar el legado afectivo de las precedentes. “Las vivencias del yo parecen al comienzo perderse para la herencia, pero, si se repiten con la suficiente frecuencia e intensidad en muchos individuos que se siguen unos a otros generacionalmente, se trasponen, por así decir, en vivencias del ello, cuyas impresiones (improntas) son conservadas por herencia” (Freud, 1923, p. 39).

Cuando se realiza mediante la palabra (transmisión transicional) lo transmitido es transformado y las *disposiciones significantes* que el sujeto encuentra en su experiencia corporal e intersubjetiva le ayudan a representarse su mundo, produciendo sus propias significaciones, pero si lo transmitido no es objeto de transformación resulta traumático: al no poder efectuarse *mediante* la palabra la transmisión se hará en formas de

simbolización parcial, principalmente de imágenes, pero sobre todo a través de los sujetos mismos, traspasándose cosas en bruto o vacíos, imponiendo a los descendientes “la necesidad de simbolizar aquello que lo fue sólo imperfectamente en los ascendientes” (Tisseron, 1997^a, p. 25), “lo que ha sido literalmente abortado de su representación imaginaria o del lenguaje. En este punto, la noción de trauma toma un relieve particular” (Aceituno, 2005, p. 180) donde ningún acontecimiento “significativo de una generación, más aún si es infamante u oprobioso, puede ser ocultado a la siguiente” (Viñar, p. 63) y aquello que pretenda esconderse aparecerá más tarde “como enigma, como impensado, es decir, incluso como signo de lo que no pudo ser transmitido en el orden simbólico (...). La carta llega siempre a su destinatario aún si él no ha sido instituido como tal por el emisor: la huella sigue su camino a través de los otros hasta que un destinatario se reconoce como tal” (Kaës, Faimberg, Enríquez y Baranes, p. 61).

Cada uno de nosotros vive en todo momento una experiencia compleja del mundo que implica una participación en diferentes dominios: representaciones e imágenes, afectos, potencialidades de acción, participaciones corporales. “El éxito de la introyección consiste en el hecho de que estas cuatro series de componentes de la experiencia quedan reunidas en la elaboración que el sujeto hace de ésta. Constituyen entonces lo que Nicolas Abraham ha denominado el ‘símbolo psicoanalítico’” (Tisseron, 1997^b, p. 151). Cuando un acontecimiento del progenitor no está disponible para sus hijos se imposibilita la introyección, produciéndose una ruptura de los diversos componentes de la experiencia, donde “cada uno evoluciona por su propia cuenta y puede ser total o parcialmente clivado. Así (...) el hijo se ve confrontado con la necesidad de simbolizar las emociones y los comportamientos enigmáticos del progenitor” (Tisseron, 1997^b, p. 152). La influencia de una generación sobre otra se ve afectada, porque el símbolo constituido presenta discordancias en sus distintos canales de comunicación (los ya mencionados representación, afecto, cuerpo y comportamiento) pudiendo haber falta, exceso o incongruencia entre ellos, provocando en el niño errores en la interpretación y creación de objetos parcialmente simbolizados y símbolos fracturados, por ejemplo cuando el objeto es comunicado por el progenitor a través de una de las modalidades pero desmentido en otra. Cuando un sujeto no logra elaborar un acontecimiento el sufrimiento psíquico resultante da lugar a una *inclusión* (o incorporación) en vez de una *introyección*, y si el acontecimiento es “condenado al **secreto**, el mecanismo dinámico puesto en juego es (...) la conservación del acontecimiento (...) y la secreta esperanza de hacerlo revivir en algún momento para otorgarle un nuevo desenlace” (Tisseron, 1997^a, p. 16), resultando

una configuración psíquica denominada *cripta*, donde el símbolo psíquico es partido en dos fragmentos en el sujeto traumatizado. Lo no dicho se transmitirá de forma inconsciente a alguien de su descendencia, quien se volverá depositario de un *fantasma* al verse obligado a simbolizar en relación con el primero para colmar la ausencia de palabras, portando los efectos de su cripta (su secreto inconfesable) en su propio inconsciente. “Mientras que la cripta es un clivaje con renegación que afecta esencialmente al yo y al preconciente-conciente (...) el fantasma consiste en el esfuerzo del sujeto inconciente por llenar una laguna del ello” (Nachin, p. 90). Mientras que la *incorporación* cede al análisis clásico, el fantasma se revela propiamente inanalizable por esos medios. “Por el contrario, sólo se verá convocado a desvanecerse cuando se reconozca su carácter de heterogeneidad radical respecto del sujeto. A quien nunca hace referencia directa, y a quien no se lo podrá relacionar como su propia experiencia reprimida, ni aún como experiencia de incorporación. Porque el fantasma que vuelve para habitar es el testimonio de la existencia de un muerto enterrado en el otro” (Abraham y Torok, p. 374).

La ‘transmisión’ de estos secretos inconfesables (crímenes, duelos no elaborados, vergüenzas) provoca trastornos en las **generaciones** que los reciben, en forma de actos, signos y síntomas incomprensibles. Un acontecimiento *indecible* configurará una cripta para la generación que lo calla dando lugar a depresiones, manías, sensaciones corporales extrañas, cleptomanía, fetichismo, alcoholismo y enfermedades psicosomáticas; la generación siguiente se verá enfrentada a este acontecimiento ya como *innombrable*, configurándose un fantasma que puede ocasionar dificultades de pensamiento, de aprendizaje, temores inmotivados, fóbicos u obsesivos; para la siguiente generación el acontecimiento será *impensable* (fantasma en segunda generación) con síntomas tanto en el campo de los aprendizajes como de los trastornos mentales (toxicomanías, alcoholismo, delirios) y si ambas generaciones parentales portan un secreto grave es probable encontrar trastornos psicóticos y/o psicosomáticos. Después de la tercera generación sólo aparecen comportamientos o afectos incongruentes e incluso la extinción de la descendencia cuando ésta no ha podido librarse lo suficiente de los traumatismos de sus ancestros “como para orientarse hacia las elecciones amorosas y familiares, a la edad en que eran susceptibles de tener hijos” (Tisseron, 1997a, p. 20).

2.1.3. Acceso a lo irrepresentable

Una serie de **mecanismos denegatorios**, tanto a nivel individual como colectivo, dificultan la elaboración de las vivencias impidiendo una transformación que garantice su transmisión transicional. Encontramos, por ejemplo, en la tendencia a prejuzgar muy rápidamente algunos hechos, una barrera para el despliegue de relatos y narraciones sobre ellos. De forma similar, la ‘fascinación por el horror’ deja “cazada” a la persona por las formas de lo extremo, ya sea por un testimonio o por ciertas imágenes, impidiendo también el despliegue de la historia, al ponerlos en una especie de pedestal de intocabilidad que no permite la risa ni la burla. La “fascinación del pensamiento mórbido, cataclísmico (...) (deja a) la *psiqué* (...) inmovilizada (...) (en) estas áreas de muerte (Davoine y Gaudillière, p. 77). Todas las tendencias a desconocer los datos de la experiencia impiden elaborar lo que está ocurriendo e imposibilitan el duelo, porque reconocer una parte de la realidad inmediata implicaría admitir la pérdida del objeto amado. “Los secretos encriptados pueden corresponder a un placer sexual clandestino (...) a un sufrimiento indecible (...) a un delito o a un crimen, ya sea que el sujeto haya sido participante o sólo testigo directo o indirecto de las escenas de que se trata (...). La renegación recae sobre el conjunto del problema psíquico en cuestión y, secundariamente, sobre todo elemento de la realidad externa que pudiera conducir a su evocación” (Nachin, p. 82).

Que criptas y fantasmas sean producto de una ausencia verbal no quiere decir que haya nula producción de palabras en torno a un irrepresentable, pero hay que distinguir cuándo estas palabras corresponden a representaciones (o fragmentos de historia) y cuándo tienen una calidad imaginaria, material o de velo. Las primeras huellas de la historia de un fantasma se manifiestan a través de **palabras fetiches o mágicas**, que encubren y señalan al mismo tiempo, “palabras ocultadas retornan, palabras e imágenes en el límite de la confesión, que escapan y son transcritas. Se revelan al análisis en su ambigüedad, su extrañeza, su repetición, y en una simbolización bloqueada (...) funcionan como ‘oculta-símbolos’. Abren la vía a cadenas asociativas que encierran fragmentos de la historia familiar y de sus secretos” (Rouchy, p. 180), pero su “escucha suele toparse con un discurso que escapa a toda tentativa de complementación según las reglas del análisis clásico” (Nachin, p. 64), sobre todo en el caso de los pacientes portadores de cripta, donde aparece un discurso en el que la proliferación de signos se

acompaña de un riguroso ocultamiento, y que varía dependiendo de si el sujeto ha sido partícipe del indecible o “sólo ha sido un testigo al que los otros han prescrito el silencio, lo que entraña un trabajo de lenguaje mucho más complejo en torno al *testimonio oculto*. Los criptónimos – las palabras que ocultan, que están presentes en el discurso, los episodios de vida y los sueños del paciente – no son ni ‘la palabra mágica’ que habita la cripta ni las otras significaciones de esta palabra en el diccionario (los alosemas), sino sinónimos de alosema que habitualmente ya no tienen relación fonética ni semántica directa con la original” (Abraham y Torok, en Nachin, p. 65). El trabajo de la criptoforia evoca la obra de Lacan, pero en la concepción de Abraham y Torok (2005) existe una diferencia esencial: el significado no es secundario. Por otro lado, el trabajo de lenguaje de los portadores de fantasma en primera generación no es más complejo que el de los portadores de cripta. “En los casos más elocuentes, lo que el portador de fantasma pone en acto son precisamente los criptónimos del padre portador de cripta (...). Un fragmento del drama oculto del que había debido recoger frases sueltas” (Nachin, p. 73). Cuando el trabajo del fantasma interviene en segunda generación la situación es más compleja, porque aparecen angustias sin nombre y síntomas corporales bizarros. También debemos prestar atención a las producciones verbales bizarras, palabras y sílabas repetitivas “que marcan el discurso del paciente, así como al sentimiento de ominosidad que éste manifiesta y puede hacernos sentir a través de algunas producciones fantásticas” (Nachin, p. 91). Lo importante es saber que en estas palabras cargadas de materialidad no hay verdadera simbolización y por eso “el trabajo analítico (...) no se presenta como un trabajo interpretativo que surja de las asociaciones verbales, pues no habría sujeto que recuerde, sólo presencia de lo acaecido sin posibilidad de nexos” (Green, 1995). De este modo es como “en la historia, los fantasmas y los aparecidos de las tradiciones populares se manifiestan como la objetivación tanto de criptas como de fantasmas” (Nachin, p. 87).

Suele ser en esta modalidad **desmetaforizada** (tomar al pie de la letra lo que se entiende en sentido figurado) y **objetivada** (lo sufrido no es una herida en el sujeto sino la pérdida de un objeto) como el fantasma o la cripta retornan. “Anulando el lenguaje figurado, la objetivación amuralla, oculta, encubre, disimula el acontecimiento intrapsíquico traumatizante con una experiencia externa” (Rouchy, p. 167), pero a diferencia de la forclusión, no es que lo traumático retorne desde afuera, sino que “la repetición a modo ‘alucinatorio’ del trauma constituye en realidad una primera forma de ligazón antitraumática. La fijación hipermnésica a elementos perceptivos elementales es un recurso último de defensa, una posibilidad de fijación a elementos figurables frente al

terror ante el vacío de representaciones” (Vidal, p. 384), permaneciendo la memoria traumática en el **cuerpo** (Ferenczi, 1997) donde otro tipo de retornos posibles, además del ‘alucinatorio’, son las formas psicósomáticas y las actuadas. “Toda la clínica del pasaje al acto puede leerse como un lenguaje del acto portador de un mensaje (no verbal) enviado a otro, una tentativa de comunicar, hacer compartir y encargarse de lo no simbolizado” (Chagnon, p. 195). El **acto** va en busca de un respondiente en una tentativa de ligazón que intenta contar a alguien un momento de la historia, presentándose como el acontecimiento en sí mismo, como pura materialidad. “El acto parece escindido del sí mismo, sin embargo, se repite escenificando una búsqueda de apropiación, parece imponerse desde la ajenidad” (p. 2) con tal fuerza que hasta es posible su emergencia a través quienes rodean al sujeto o estén vinculados estrechamente con él. Es así como en el análisis “el paciente comunica su mundo interno, traído desde la infancia, a través de las presiones y sentimientos que el analista siente en su propia mente y en su cuerpo” (Granieri, p. 288), pudiendo éste incluso llegar a personificar sus partes escindidas, negadas y proyectadas.

Frente a toda esta materialidad y sensorialidad los primeros esfuerzos de representación se inician en un proceso denominado trabajo de **figurabilidad**, donde los objetos *reales* van adquiriendo consistencia psíquica a través de una puesta en imágenes previa a la construcción de una trama narrativa. Este es el modo de ‘representación’ propio de lo primario, el primer medio de acceso a la nominación, “una actividad de representación que utiliza un pictograma que ignora la ‘imagen de la palabra’ y posee como material exclusivo la ‘imagen de la cosa corporal’” (Aulagnier, p. 16). En efecto, la imagen es el primer recurso para intentar dominar la excitación y por eso los traumatismos no superados pueden “alimentar prácticas creadoras de imágenes materiales en cada generación (...). Cuando (el sujeto) percibe la existencia de un secreto o de un sufrimiento (...) esta situación incita en él una necesidad representativa” (Tisseron, 1997b, p. 141). Las imágenes pueden funcionar como *indicio* (huella sensible del fenómeno, que opera por contigüidad de hecho con los objetos que evocan, como el humo del fuego o las improntas de pasos), como *ícono* (semejante al fenómeno, pero sin formar parte de él, como las señales del tránsito) o como *símbolo* (contigüidad arbitraria, instituida y aprendida con los objetos que designan). “Veremos que las imágenes psíquicas, en las influencias inter y transgeneracionales, tienden a funcionar más bien como **indicios**. Es decir que no remiten en forma precisa a una significación explícita, ni de orden analógico ni de orden cultural, sino que *apelan al sentido*” (Tisseron, 1997b, p.

145). La aparición de estas imágenes puede ser vivida por el sujeto como algo impuesto, que irrumpe con violencia, apareciendo “en la conciencia bajo la forma de ‘flashes’ fugitivos y angustiantes (...). Su aparición se acompaña habitualmente de un sentimiento de ominosidad, que a menudo constituye el afecto revelador de las huellas de secretos familiares que remiten a las generaciones precedentes” (Tisseron, 1997b, p. 154). En el caso del *secreto*, tanto en las imágenes como en las palabras, “la insistencia revela un indicio” (Rand, p. 105). “Las manifestaciones sensorio-motrices y emocionales del clivaje en el progenitor percibidas por el niño imponen a este un ‘existente’ de imágenes que responde al ‘inexistente de la comunicación verbal del progenitor asaltado por recuerdos indecibles (...). Estas imágenes construidas en segunda generación ya no están organizadas solamente a partir de experiencias vividas. También lo están a partir de palabras y de restos de palabras oídas por el niño (...) (que) reciben luego una traducción en imagen a partir del universo fantaseado (...). Pueden dar origen a imágenes aparentemente absurdas, pero cuya significación reside en su poder de evocación fonética” (Tisseron, 1997b, p. 163). A veces, incluso, se requiere de un ‘segundo psiquismo’ para esta puesta en imágenes, sobre todo cuando el pensamiento está muy empobrecido y alterado; entonces, el sujeto requiere del funcionamiento mental del otro para poder continuar con su existencia, como en el caso del *trabajo de figurabilidad del analista*, que aparece como la vía imprescindible para revelar lo negativo del trauma del paciente, recogiendo los fragmentos de elementos sensoriales no representados y dándoles forma, disminuyendo la desorganización y otorgando contención, un sentimiento de existir, de durar, pasando del puro sufrimiento a emociones que se reunirán en forma de recuerdo. “Se produce en el analista una figurabilidad, a menudo reveladora de algo irrepresentable que existe en el analizante (...). El analista vuelve inteligible una huella irrepresentable, ‘intraducible’ en representación de palabras” (Botella y Botella, 2003, p. 59). Por otro lado, un ejemplo del *trabajo de figurabilidad en la vida cotidiana* lo encontramos en la pesadilla, intensa vivencia de terror donde el psiquismo construye una escena a partir de restos desligados, logrando construir imágenes fuertemente cargadas de pulsionalidad, como una forma de vencer al vacío de la no representación. Experiencia muy vívida porque durante el sueño el sistema perceptivo-representativo toma el camino regresivo, excitando nuevamente las vías sensitivas que recibieron las impresiones de la realidad durante el día, provocando alucinaciones.

Habría que diferenciar, entonces, entre el mecanismo alucinatorio psicótico y la alucinación del sueño nocturno, y éstas a su vez de la alucinación accidental no psicótica.

En general, la aptitud normal del psiquismo para la expresión alucinatoria en vigilia es frenada por la necesidad de resguardar la prueba de realidad, pero esto no es siempre así: la vía **regrediente** de la psiquis también trabaja durante la vigilia, sólo que las alucinaciones de las “personas normales” conservan las investiduras de las representaciones de objeto y la prueba de realidad, haciendo que el yo experimente la imagen alucinatoria como una percepción falsa, un “accidente”, una regresión momentánea en el curso de los procesos psíquicos neuróticos normales. “Se trate del terror por la no-representación o del dolor del duelo, la vía regrediente del pensamiento es un medio para transformar la fuerza de estos afectos en ‘potencia sensorial’ de una figurabilidad” (p. 48), haciendo converger todos los datos del momento, estímulos internos y externos, en una sola entidad inteligible que ligue todos los elementos heterogéneos presentes. Durante la vigilia, los recursos que aparecen contra esta regresión son la convicción, la rememoración, la investidura homosexual narcisista, la alucinación, la formación reactiva, la amnesia, la suspensión, “el retorno del muerto”.

Cuando lo visual-escópico impregna todos los niveles de la vida psíquica, atestigua un fracaso parcial en los procesos de simbolización. “Una repartición armoniosa de las tres corrientes de la pulsión de **mirar** (mirar, ser mirado, mirarse) en la economía libidinal, es indispensable para el buen funcionamiento de todo individuo (...). El objeto-madre nace en la satisfacción, en cambio la percepción y la representación de la madre nacen en la sombra de la insatisfacción; los ojos del niño sólo se abrirán definitivamente en la frustración, en el odio. La ‘vista’ tendrá la tarea de colmar el vacío, de evitar el estado de desamparo; ‘la imagen’ advendrá para aliviar el terror dando forma al afecto. Con la pérdida del objeto-satisfacción, la ‘no-vista’ hasta entonces sinónimo del placer de la relación continua, será asociada al desamparo (...). El niño, ante el dolor de la pérdida, se instalaría en una dependencia absoluta respecto de la percepción de la madre, ‘se suspendería’ tanto de su vista como de su figuración, si sus tendencias autoeróticas no intervinieran al mismo tiempo” (p. 88).

Todos estos actos, sensorialidad, figuras y puestas en escena de las que hemos hablado, previas a lo simbólico, se encuentran en el orden de lo **imaginario**. Los podemos sentir con los ojos, con la vista, sobre nuestra propia piel, y es en este imaginario “en donde se encuentra el único punto que nos permite acercarnos a lo real” (Davoine y Gaudillière, p. 186) pues son fragmentos nacidos en el encuentro con él y que luego han sido transmutados en imágenes y, sobre todo, en escenas. Este pensamiento

pre-verbal, en **escenas**, se compone de un espacio, movimientos y personajes que interactúan y se vinculan entre sí en un clima de afectos entrelazados. Los individuos, los grupos y las sociedades están inmersos en un mar de escenas que constituyen el significado de múltiples significantes, uno de los cuales es la escena manifiesta que transcurre en el tiempo, mientras que la escena imaginaria se sitúa en otra temporalidad más concreta: el presente atemporal. En general, no estamos dispuestos ni preparados para percibir la escena imaginaria, “concentrados como nos hallamos en las estructuras que se dan en el espacio discursivo. A esto hace excepción nuestra habitual percepción de los afectos, elementos del mundo imaginario que invaden lo discursivo, y la tensión dramática, que es una red de afectos. El dramatizar, debido a su carácter evocador de escenas subyacentes, suele producir este pasaje a primer plano del espacio imaginario, rechazando a segundo plano al discursivo” (Martínez-Bouquet, p. 120). En el trauma encontramos significados de una dimensionalidad mayor que las escenas. En bruto, podríamos decir. Un individuo afectado intenta producir escenas, pero se angustia, en una especie de retorno al momento en el que huyó con pánico de la intensidad vivida, intentando saltarse ese trabajo de producción, “comportándose ante la experiencia como si fuera una escena o tomando una escena cercana al momento traumático para trabajar sobre ella (en una maniobra de distracción); suele obtener así, en este último caso, conclusiones distorsionadas debido a este proceso defensivo. Un signo de que el proceso patológico es defensivo lo da el haber obtenido elementos discursivos (conclusiones) cuando debía obtener escenas (...) lo que es índice de que se ha intentado un salto imposible desde entidades reales a discursivas dirigido a sortear el pasaje por lo imaginario” (Martínez-Bouquet, p. 154).

En estos casos (trauma y locura) en los que no ha habido aún una adecuada transmutación de lo real en discursivo, aparecen algunos **elementos peculiares** que indican un proceso tendiente a la ligazón, pero dificultado. Las experiencias de *detención del tiempo*, o las manifestaciones con *excesiva energía* serían una muestra de ello. Por su parte, la denominada *instancia de la dama* aparece en todas aquellas situaciones en las que el Nombre del Padre no funciona, como en las guerras y en las catástrofes sociales. “La dama lejana, la dama con la que uno no se acuesta, la dama inaccesible, es la dama de los pensamientos; sin ella el pensamiento o el pensar es imposible” (Davoine y Gaudillière, 2010, p. 68). No siempre tiene que ser una figura sublime, también puede ser la figura desidealizada y repugnante, pero está siempre allí y es indispensable en un análisis de trauma y de locura, así como lo es también el *ritmo sincopado* en un trabajo

que se encuentra lleno de obstáculos, donde “a cada éxito le sigue un síncope, le sigue un desmayo del trabajo y debemos reiniciarlo desde cero y recomenzamos y vamos un poco más allá, llegamos un poco más lejos” (p. 74). De igual importancia son las *casualidades, coincidencias y sincronías*, que tejen camino hacia el encuentro, hacia lo posible. “Para una mecánica perversa no hay casualidades pensables” (p. 152), por eso las casualidades son una forma de lucha contra la perversión. Los caminos para la (re)construcción luego de los traumas están llenas de coincidencias que ligan las diferentes historias, cosas que se encuentran inesperadamente y que hacen posible establecer un puente que permite que algo se mueva, que haya un avance en la investigación y el trabajo con lo traumático, con la acumulación de los detalles de lo que sucedió, en el cruce con otras historias. También se torna esencial, sobre todo para despejar los duelos centrales no elaborados, apoyarnos en dos ejes de trabajo: “el análisis de las fantasías de incorporación cuyas manifestaciones indican los *lugares* y las circunstancias de la pérdida; el análisis de las conmemoraciones, puesto que los trastornos evidentes se manifiestan en *fechas* o en períodos aniversarios de la pérdida o de momentos relacionales importantes con el objeto de amor perdido” (Nachin, p. 85). En los casos de criptas, “el analista es solicitado como un detective que debe remontar la línea del dolor del duelo hasta el momento y el lugar donde, en otro tiempo, se vivió una experiencia de gran importancia a causa del objeto de amor perdido” (Nachin, p. 86).

Por último, los traumatismos no elaborados pueden “ser objeto de una puesta en forma creadora” (Tisseron, 1997a, p. 20). Por ejemplo, estos sujetos pueden dedicarse a ocupaciones que impliquen la búsqueda del pasado, como la historia, la arqueología o el psicoanálisis.

2.1.4. Las formas de lo extremo

Lo negativo del trauma no pasa siempre inadvertido, de hecho puede positivarse, a veces violentamente. Cuando la pulsión de muerte se manifiesta mezclada con Eros, aparece como **agresividad**, como energía ligada, manteniendo el vínculo con el objeto y manifestándose en formas diversas como pueden ser el odio, el control, el sadismo, la culpa, y el autocastigo. En estado puro, libre de vínculo, la pulsión de muerte aparece como **destruictividad**: silenciosa, indiferente, sin comprensión ni sentido, es la forma más

dañina al buscar la desinversión brutal de lo que había logrado construirse. Se presenta en su máxima potencia como *aniquilación*, y en su forma amortiguada (como meta inhibida) la encontramos en el sentimiento de lo siniestro u *ominoso*, efecto de “la presencia latente en nosotros de los secretos dolorosos que nuestra propia familia intenta sustraernos” (Rand y Torok, p. 61). En la destructividad no hay vinculación con el objeto, el otro es cosificado por efecto de una función desobjetalizante donde opera el mecanismo perverso de la **desmentida**, actividad denegatoria que tiende a *destruir* (mientras que la represión tiende a conservar), a la *masividad* y el empleo de altas energías (mientras que la represión es selectiva y emplea energías medidas) y apunta a la *existencia* (mientras que la represión trabaja sobre el deseo y la figuración) (Aceituno, 2010).

Cuando la pulsión de muerte busca la *desinversión del yo* se genera una supresión del deseo donde el placer es reemplazado por lo neutro (ascetismo, anorexia del vivir, sentimiento de vacío). Cuando busca *desinvertir el objeto*, la agresividad va dando paso a la destructividad. Al tomar volumen y fuerza, del *masoquismo* se pasa al *sadismo*, ambos aún mezcla entre eros y tánatos. A medida que aumenta la disociación entre ambas pulsiones, encontramos manifestaciones que buscan mantenerlas a igual distancia como ocurre en la *dominación*, relación perversa y especular que intenta reducir la alteridad, y en la *relación pulsional por la percepción*, donde se satisfacen las mociones “de destrucción a través de percepciones específicas, por lo general el espectáculo del sufrimiento, de la degradación física o mental del otro, espectáculo al que el sujeto accede por su actividad profesional o por actividades benéficas, incluso caritativas” (Pommier, p. 52). Al continuar avanzando, el trabajo de lo negativo termina definitivamente con la relación para dar paso a la *aniquilación*, donde se configuran los siguientes elementos: un sujeto traumatizante, que apunta a hacer claudicar al individuo en su subjetividad; un sujeto vulnerado, que verá dificultados sus trabajos de figurabilidad, elaboración y simbolización; y unos elementos traumáticos que “tratan sobre la transgresión del pacto y la denegación de la deuda entre generaciones, la anulación de la diferencia y del juicio” (Aceituno y Cabrera, p. 16). En referencia al Holocausto, se ha llamado a este tipo de destructividad **El Mal**, desinversión fría y brutal del otro, que lleva a la aniquilación por *nadización*. “Esta forma de destructividad es más temible que la manifestada bajo el aspecto de un odio inextinguible (...) que reclama una venganza implacable (...) estrechamente intrínseca con la libido erótica (...). El Mal es insensible al dolor del otro, (...) no siempre es lo que anhela aumentar ese padecimiento. Peor: prefiere ignorarlo”

(Green, 2001, p.195). La tortura, la desaparición, la guerra, el genocidio (figuras de El Mal) no generan representaciones ni relato, sino “vacío representacional y por consiguiente lo ocurrido es difícilmente transmisible y compartible. La palabra catártica se vuelve robotizada y configura una parodia, un simulacro de su valor de intercambio entre humanos” (Viñar, Pág. 58). Quienes sirven a este tipo de mal se piensan a sí mismos como una especie de elegidos, proyectando su destructividad en un grupo o grupos que deben ser vencidos y exterminados, fantaseando que cuando esto ocurra se logrará el supuesto reinado sin rival de “la felicidad y el Bien. Así la culpa desaparece, porque las acciones más destructoras son acciones purificadoras. Amar el mal sin remordimiento se funda en la certidumbre de asegurar el triunfo definitivo del bien” (Grinberg, p. 7). Esto se explica porque “cuanto más el objeto es portador de un investimento rencoroso mal ligado, mayor es la búsqueda de un objeto de amor totalmente colmante, al servicio de la satisfacción del sujeto (donde la influencia toma un color perverso)”, dando paso a los fanatismos. Esto puede ocurrir tanto en períodos de gran convulsión social, en la devoción hacia líderes políticos, militares, religiosos, pero también de una forma más sutil y silenciosa en las prácticas burocráticas del cotidiano vivir, siendo más difícil de observar, denunciar y modificar y donde el sujeto deja de ser un fin en sí mismo para convertirse en un número más. Lo aterrador de las condiciones burocráticas de la modernidad es que incrementan lo que Hanna Arendt llamó *banalidad del mal*: “los individuos que cometen actos monstruosos no necesariamente tienen motivos malignos. Son individuos movidos por el deseo de complacer a sus jefes, pueden cometer los actos más horribles” (Grinberg, p. 8). El horror reside en reconocer que las monstruosidades fueron llevadas a cabo por hombres ordinarios y comunes, padres que son amorosos con sus hijos y que se conmueven “hasta las lágrimas escuchando a Mozart” (Kijak, p. 417). Las violencias traumatizantes de las catástrofes sociales “continúan desarrollando su trabajo de muerte mucho tiempo después para los sujetos víctimas y en las instituciones (...) impidiendo el trabajo de historización necesario (...). La violencia de los secretos provoca una forma de vergüenza en los diversos protagonistas. Cuando esta vivencia se potencializa con otras fuentes de desamparo social (...) puede inducir conductas tendientes a banalizar el mal (...) pero también movilizar mecanismos expiatorios que suscitan proyecciones sobre los más vulnerables de entre nosotros” (Drieu, p. 200).

Es posible extender esta hipótesis a toda la clínica de las herencias traumáticas (Freud, 1921): se recubre el objeto inasimilable por un ideal (prestado y protésico) que pretenda velarlo por entero. Así, “dos personas o grandes masas, pueden desentenderse

de recabar la validez de sus propios ideales (cosa que debe ser continuamente puesta a prueba por un sujeto mínimamente responsable de su accionar privado y público), como de vérselas con el objeto extranjero que siempre macula los sueños (más bien pesadillas) de pureza (...). Por ello la masa hace que el objeto que mancha sea imputado al otro, al prójimo. Que será vivido como culpable de la impureza que ridiculiza, que pone en jaque el conglomerado de perfección que se ilusionaba (...). El objeto heterogéneo es exterminado porque, por el mero hecho de existir, se burla de los afanes de pureza (...) ese afán exterminador culmina, como la historia nos lo ha hecho saber (y lamentablemente no sólo la historia pasada, sino también la más reciente y dolorosa) en el asesinato (...). Muchas veces se agrega a este cuadro letal la abolición de las honras fúnebres” (Amigo, 2015) a través de la desaparición sin ritual de los asesinados y la no investigación de las muertes. Este desconocimiento del sujeto como un fin en sí mismo y el derrumbe de las garantías basales para el ejercicio del pensamiento y cultura, tiene como destino “una política de la no-huella, de la no-inscripción (...) de la *desaparición*” (Aceituno y Cabrera, p. 29). Elementos provistos de representación pueden desligarse posteriormente como consecuencia de estas **violencias**, constituyéndose como irrepresentables y manifestándose en situaciones clínicas muy diversas, agrupadas bajo el nombre de psicopatología de las situaciones extremas (Pommier, 2011). “Lo importante es estar atento, a través del trabajo de lo negativo en lo social, a los mecanismos de defensa que se da una sociedad para esconder y esconderse lo que debe quedar a resguardo de la luz. También deberían incluirse los procedimientos de amnesia voluntaria. ‘Es tiempo de olvidar, de pasar la esponja, de perdonar’, dicen, con una generosidad que no les cuesta nada, los que prefieren blanquear su conciencia a bajo precio para tener paz. A estos mecanismos conscientes se les puede agregar otros más sutiles, inconscientes, que infiltran hasta las teorías de los intelectuales más rigurosos e íntegros” (Green, 2005, p. 121).

Lo extremo se pone de manifiesto en situaciones muy disímiles y, como dijimos anteriormente, no es necesariamente la espectacularidad lo que las caracteriza, contrario lo que pudiera pensarse, pues se refiere a las fronteras tanto en lo mínimo como en lo máximo. Puede tratarse de movimientos afectivos muy contenidos, internos, y a veces hasta muy confusos, dando lugar a la problemática de lo informe. También puede ocurrir que lo intrascendente y la intensidad coexistan, como en el caso de la cotidianeidad rememorada por los personajes de la literatura chilena. “De aquí que ese cotidiano esté hecho de detalles deshilvanados, de anécdotas inexplicablemente conservadas, de

rostros que perdieron su nombre, de rutinas (...) como si lo cotidiano fuese, después de todo, *el tejido mal hecho de una impresentable desmesura*” (Rojas, p. 241). “Allí en donde el acontecimiento no termina de irrumpir, allí en donde los presentimientos no encuentran ninguna evidencia que los desmienta o verifique, la realidad se articula como cotidianeidad y de esa forma ingresa en el lenguaje. Es decir, la cotidianeidad es el *cuerpo de lo impresentable*, destinado desde siempre al olvido. Esto significa: destinado a memorias estrictamente individuales, íntimas, privadas” (Rojas, p. 252).

Lo que le otorga el carácter de extremo a estas violencias es su negatividad: la propagación libre de la corriente mortífera, destructiva y desligadora, que conduce a la detención del pensamiento y al borramiento del sujeto, a su desaparición. Contrario a lo simbólico, que “viene de la palabra griega *symbolon* que quiere decir ‘poner juntos’, poner juntas cosas que quizás no tenían una causa para encontrarse y aquí se puede hacer el lazo (...). Hay una especie de trascendencia de la lengua que se debe al ritmo y que hace que las personas que se encuentran juntas ligadas simbólicamente, participen juntas en este ritmo. Lo contrario de esta acción de simbolización son las cosas diabólicas, diabólicas es lo contrario de sim-bólicas. El diablo es aquel que separa (...) hace enredos, enreda las cosas, las hace complicadas” (Davoine y Gaudillière, p. 140). Es en este sentido, de lo que une y desune, lo que muestra y esconde, o lo que ordena y desordena, que podemos entender las figuras del *guardián* y de la *resurgencia* del secreto familiar, vistas anteriormente. La función de guardián recae sobre aquél que “enmaraña las pistas por medio de expresiones que disocian los acontecimientos de la realidad. Ya no es posible distinguir lo verdadero de lo falso (...). También enmaraña las representaciones desacreditando a unos y otros, lanzando anatemas, acusaciones, calumnias en forma de revelaciones (Rouchy, p. 189) produciendo una información familiar fragmentaria. Por su parte, la función de resurgencia “termina situada en la periferia del grupo de pertenencia primaria (...). Esto me hace pensar en el idiota del pueblo que está al corriente de tantas cosas, ese que sabe, que puede decir lo que todo el mundo calla, pero que finalmente nadie toma en serio (...). El personaje de la resurgencia es la memoria de acontecimientos callados, pero no es fácil ni creerle ni preguntarle (p. 189). Las funciones de guardián y de resurgencia se siguen ejerciendo a través de la filiación de la red familiar. Así, “no habría solamente, a través de las generaciones, personas que se harán receptáculos del secreto, sino otras que, en contrapunto, se harán receptáculos de la resurgencia. Algunas personas serían receptáculos del guardián del secreto, y otras, depositarias de los restos de saber acerca de lo que pudo pasar” (p. 190).

En las **formas de presentación** de lo extremo siempre hay una puesta en juego del *cuerpo*, del *psiquismo* y de la *existencia social*, situando en primer plano la pregunta por los *límites* del sujeto, así como aspectos relacionados a la *angustia primordial*, los problemas de la *supervivencia*, la *muerte real*, la *desaparición* y la relación que el sujeto mantiene con la *imagen* de sí mismo (y con aquella que discierne o imagina en la mirada del otro). Estas formas de presentación dependerán del lugar donde el Otro queda ubicado: Si queda ubicado *dentro* del sujeto pero bajo una matriz persecutoria o ideal (como un perseguidor o un salvador) el sujeto mantendrá una relación consigo mismo que se manifestará a través de un trastorno somático grave y/o invalidante; Si el Otro está ubicado *fuera* de él se puede manifestar según dos posibles movimientos: uno retrospectivo, que dará origen a situaciones de maltrato; o un movimiento hacia adelante, donde aparecen la exposición al riesgo, el paso al acto, la rivalidad y lo sexual. Los contenidos vivenciales específicos con los que podemos encontrarnos son tan diversos que, a pesar de los intentos de ordenarlos y clasificarlos, siempre encontraremos matices, cruces, yuxtaposiciones y combinaciones, dando como resultado una dificultad de precisión para su localización psicopatológica, designándose más bien como “*pasaje*”.

Lo ominoso se refería inicialmente a aquello terrorífico, que provoca angustia, horror, desasosiego y que podía corresponder al retorno de un complejo infantil o a una reaparición del animismo de estadios primitivos (onto y filogenéticos) (Freud, 1919) donde se imponía la idea de lo fatal e inevitable, sin embargo Rand y Torok resignificaron el concepto como el efecto persistente de un secreto familiar incognoscible y devastador: “al niño criado en el secreto familiar no le es dado saberse aniquilado por su entorno” (p. 60). En ambas propuestas cobra relevancia el papel que desempeña el miedo a perder los ojos, ya sea como metáfora de la castración, para Freud, o como imposibilidad de ver, descubrir o indagar un secreto familiar, para Rand y Torok. También, “a menudo y con facilidad se tiene un efecto ominoso cuando se borran los límites entre fantasía y realidad, cuando aparece frente a nosotros como real algo que habíamos tenido por fantástico, cuando un símbolo asume la plena operación y el significado de lo simbolizado” (Freud, 1919, p. 244). Esto podemos encontrarlo en distintas figuras, como cuando ocurre la repetición no deliberada de algo que en otras circunstancias habríamos señalado como “casual” (podemos recordar aquí a Davoine y Gaudillière con las cosas que se *encuentran*); también en la figura del “doble” como aparición de personas idénticas, la sombra, la lectura de pensamiento, el muerto que vuelve como fantasma, el alma inmortal o el permanente retorno de lo igual. Todo recurso a la duplicación es una enérgica

desmentida del poder de la muerte y una forma de defenderse del aniquilamiento. Así, lo ominoso se asocia a poderes mágicos, fuerzas sobrenaturales y pensamiento animista, poniendo en juego el problema de la verdad psíquica versus la verdad histórica.

El énfasis en lo visual-escópico puede manifestarse también de diversas maneras, donde el placer de ver revela coincidencia entre las metas pasivas y activas de la pulsión, ver y ser visto. Es quizás en el paranoico donde encontramos los elementos clave para entender el papel de *la mirada* en la constitución psíquica, pues para él “la mirada procedente del otro, por benévolo que sea, es vivida siempre (...) como peligrosa, porque ‘ser mirado’ lo coloca en una pasividad insoportable (...). La forma activa ‘mirar’ es ejercida con facilidad; la forma pasiva ‘ser mirado’ es intrínsecamente inasumible; pero sólo en la vía media reflexiva, ‘mirarse’, en esta mezcla de actividad y pasividad, ser a la vez el sujeto que mira y el objeto mirado, se hunden probablemente las raíces de la paranoia” (Botella y Botella, 2003, p. 88). Desde el momento en que el paranoico accede a un cuerpo erógeno que él puede mostrar, exhibir, la paranoia pierde terreno, por lo que podríamos emplear “la fórmula siguiente: *la exhibición es el antídoto de la paranoia* (...). Su cuerpo vuelto erógeno marca una barrera de protección contra el impulso desmesurado que la propulsa hacia el objeto (...) prepara ahora un vínculo con el objeto, garantizando a la vez cierta distancia de este. De todos modos, aunque ciertamente pueda prescindir ahora de un objeto exterior perseguidor, no por ello deja de necesitar suspenderse del objeto exterior; para ser más exactos, tiene necesidad de su ‘mirada’. Pensamos que permanecerá en esta dependencia mientras no pueda acceder al ‘mirarse’ autoerótico” (p. 91). En este sentido es que el doble surge, frente al temor de la muerte psíquica, frente al riesgo de la no-representación, duplicada en una no percepción: de ahí el empuje hacia una representación alucinatoria del sujeto mismo (un doble) en la producción onírica. Mediante la percepción de un doble “material” narcisista, el sujeto busca desesperadamente en el exterior el espejo que le falta en el interior.

Lo sexual como forma de presentación de lo extremo está, en algunos casos, “al servicio de la violencia” (Green, 2014, p. 114). En otros, aparece como una protección contra el vértigo del pensamiento, como en el caso de “la ‘materialización’ del doble a través del anzuelo de la homosexualidad” (Botella y Botella, 2003, p. 97) En este caso, al encontrarse el sujeto desprovisto de un verdadero cuerpo erógeno que es la primera fuente del sentimiento de identidad, irá “en pos de una figura que refleje ese cuerpo, y buscará un doble. Un doble evidentemente del mismo sexo, pero no tanto por atracción

homosexual como con la esperanza de alcanzar su identidad, y ello sobre el modelo de la relación primitiva de espejo con su madre” (p. 91). Hay otros casos, como se ha visto por ejemplo en algunos toxicómanos, quienes “presentan frecuentemente tendencias homosexuales ‘sobregregadas’, ‘superpuestas’ a una heterosexualidad lograda, que parecen constituir tentativas de respuesta a sufrimientos familiares enigmáticos” (Hachet, p. 115). Desde otra perspectiva, el amor homosexual conviene mucho mejor a los lazos con la multitud, incluso cuando aparece bajo la forma de una tendencia sexual inhibida en su meta (Freud, 1921).

En la *toxicomanía* y las adicciones graves, el recurso al tóxico pretende expresamente borrar la vida psíquica, no pensar más; “la toxicomanía es simultáneamente una historia personal, una historia familiar y una historia social (...) con frecuencia encontramos viajes, expatriaciones, emigraciones –todos dolorosos – en la historia familiar: Se ha propuesto que la toxicomanía sería consecuencia de un duelo por la tierra de origen no hecho por los padres (...). Estos padres dejaron la tierra de sus ancestros (...) y los vínculos con su propia ascendencia se rompieron (...). En su infancia sus padres hicieron frecuentes y desestabilizantes mudanzas (...). También se puede destacar la frecuencia de las situaciones en que los ascendientes fueron realmente dañados, lesionados en su cuerpo (...). Por último es necesario mencionar la frecuencia de las situaciones en que un objeto de amor del toxicómano es herido de muerte (...). En todos los casos no pueden alcanzar una introyección lograda” (Hachet, p. 113). A esto debemos agregar que “el recrudescimiento de la toxicomanía va a la par con el de los duelos colectivos no realizados” (Hachet, p. 117).

Las *delincuencias*, como “pasajes al acto, no tienen siempre un carácter antisocial. Constituyen más bien, la ruptura en tanto medio de descanso frente a los montos de tensión intrapsíquica, en particular las suscitadas por el afecto. El investimento relacional o social amenaza al narcisismo (negativo) y a la identidad negativa” (Chagnon, p. 197), y en este mismo sentido podemos considerar las conductas de riesgo, ciertos *accidentes* y muertes prematuras.

La relación con el propio *cuerpo* pareciera enfatizada en los trastornos alimentarios, las manifestaciones psicósomáticas, y los estados extremos de angustia, entre otros, pero sobre todo en el caso de las enfermedades somáticas graves y/o invalidantes. Encontramos en el SIDA un paradigma que nos remite al problema del origen del sujeto y de desaparición del objeto (preconcepción de objeto, Bion) donde aparece, como en el

cuadro más general de la psicosis, ese ‘cuerpo fantásticamente imaginado’ estudiado por Aulagnier. Tanto en este caso como en el de las enfermedades genéticas no queda claro si el tipo de ataque es externo, o interno y hay una inversión de roles observador/observado, mirar/ser mirado.

En los síndromes depresivos profundos se debe hacer una distinción entre melancolía – psicosis unipolar o bipolar – y depresión neurótica. La melancolía es un “cultivo puro de las pulsiones de muerte” (Green, 2014, p. 130) y se puede entender como “la división del yo, entre una parte identificada con el objeto, para reemplazar su pérdida, y otra que sigue obedeciendo a sus funciones tradicionales (...). De allí la ambigüedad del *suicidio*. ¿A quién se mata? ¿A uno mismo o a la parte del otro que se hace reemplazar en su pérdida por una parte del yo? No siempre es fácil determinarlo” (p. 126). Sea cual fuere el punto de partida de la patología que lleva al suicidio, “el momento suicida es, sin duda, el de una inversión masiva de la destrucción, que se dirige contra el yo. Ese instante puede observarse en las estructuras más diversas (...). Se advertirá que no es posible invocar unilateralmente las fuerzas de destrucción, aunque en el momento de pasar al acto estas se movilizan al máximo. La agresión se dirige, sin duda, contra otra persona antes de enfocarse en el propio sujeto (...). En la depresión suicida no se trata tanto de frustración como de decepción (...). El deseo de autocastigo es patente, pero también lo es el de marcar a los otros mediante ese acto (...). Hay aquí una renegación del reconocimiento del amor que los otros sienten por el sujeto, una proyección sobre los otros de la incapacidad de amar” (p. 130).

Cuando hay gran precariedad e *Indigencia*, como en las personas en ‘situación de calle’, encontramos que casi siempre han tenido una infancia con importantes abandonos y rupturas de vínculos: traumatismos graves relacionados a situaciones de separación de la familia de origen para ser acogidos en hogares o instituciones, violencias físicas y psíquicas, y psicopatología personal y familiar importante, situaciones de sufrimiento que desembocan en comportamientos ulteriores de “sobrevivencia” (Pommier, 2011). En estos sujetos el deseo se encuentra oculto o reducido detrás de la preocupación por satisfacer las necesidades básicas.

Las situaciones de abuso, marginación y exclusión, han caracterizado la organización productiva y societaria en varios países de América Latina. A esto se suma las distintas formas de *violencia política*: tortura y desaparición, guerra y genocidio. Es la perversión la que convierte a la autoridad en una locura que no se reconoce como tal, cometiendo

abusos. Se la reconoce “por una desubjetivación total, una cosificación del sujeto, una insensibilidad, una manera de hacer sufrir, hacer sentir al otro sensaciones para vampirizarlo, un lazo social de corrupción” (Davoine y Gaudillière, p. 34). La *locura* es el combate contra la perversión. Ya sean los locos que se dedican al teatro (actores, acróbatas, juglares) o los locos de los asilos psiquiátricos, ambos luchan contra las perversiones, atacan los abusos del tiempo y desnudan a la autoridad. Tanto la creación artística como la creación perversa constituyen una desviación de la meta original de la pulsión sexual con el propósito de solucionar un conflicto psíquico, “la diferencia mayor es que el perverso se esconde, se disimula, en tanto que el artista expone su creación, ofreciéndola al juicio del otro” (Humphreys, p. 258). El campo del trauma es el mismo que el campo de la locura, en el sentido de que son una búsqueda para inscribir lo que ha sido borrado, traicionado, pero “en el caso del trauma la catástrofe está clara. En el caso de la locura, está perdida, hemos perdido su huella” (Davoine y Gaudillière, p. 149). Los acontecimientos terribles (asesinatos masivos, torturas, aniquilamientos) “en realidad desencadenan un proceso (...) que va hacia la inscripción de estos testimonios (...). Lo que nosotros llamamos los locos son testigos, a veces varias generaciones después (...) de hechos totalitarios y que buscan el testigo de su testimonio para autenticar los hechos” (p. 98).

La dimensión común a todas estas manifestaciones es el lugar del Otro ahí implicado: cuando se ausenta en su función de una mínima y necesaria garantía civilizadora; cuando participa como agente de una violencia que destruye la confianza mínima y necesaria del pacto (intersubjetivo o social).

2.2. Lo irrepresentable en la historia

“Yo no soy un enfermo, sino expresión de mi tiempo”

Jean Améry

2.2.1. El sujeto de la historia

En términos generales, la actividad de nuestro aparato psíquico parte de estímulos y termina en inervaciones, con un extremo sensible y un extremo motor (vimos anteriormente que este trabajo también se realiza en forma regresiva), proceso que produce huella mnémicas, es decir, modificaciones permanentes de los elementos del sistema. Para resolver la dificultad que supone a un mismo sistema retener fielmente modificaciones de sus elementos y aún conservar la capacidad constante de acoger nuevas modificaciones, se distribuyen estas dos funciones en sistemas distintos: uno que recibe los estímulos de percepción sin conservar nada de ellos y otro que transforma la excitación momentánea del primero en huellas duraderas, generando una distancia espacial y temporal (Freud, 1895). Esta distancia entre lo actual y lo originario da cuenta de inscripciones de experiencias: de una historia. Por lo tanto, podríamos decir que **la historia es tiempo que se espacializa**, y esa historia ES el sujeto, al haber un sentir que no se descarga inmediatamente, originándose un 'tiempo de espera', que es la vida.

Siendo lo más antiguo temporalmente, también lo más primitivo en el orden formal y lo más cercano en la tónica psíquica al extremo de la percepción, se esperaba que a través del análisis de los sueños se llegaría al conocimiento de la herencia arcaica del hombre, pues el acto de soñar es una regresión a las más tempranas circunstancias del soñador. Detrás de la infancia individual se encontraría la infancia filogenética y el desarrollo de la raza humana, porque "el individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario" (Freud, 1914), se encuentra dividido entre la exigencia de ser uno en su individualidad y de ser portador de las historias y los deseos eróticos de los otros que lo anteceden. Con el descubrimiento de un principio anterior al del placer, la nueva metapsicología entró a la subjetividad de manera más directa con el peso de la historia cultural y de las generaciones, así como de sus catástrofes, en lo que se transmite y en lo que el sujeto debe ligar para encontrar el modo de tramitar lo pulsional y dar nuevos destinos a eso que pulsa desde las inscripciones no sabidas (Aceituno, 2013).

La historia se transmite a través de cada una de las dimensiones de la experiencia: como *relato*, en la capacidad de sustituir simbólicamente las cosas; como *imagen*, en su condición plástica y figurativa, donde no se cuenta, sino que se muestra, se hace acto e

imagen, se pone 'en escena'; y como *acontecimiento*, viajando por caminos diferentes a la palabra y a la puesta en escena. Son los acontecimientos en sí mismos, anteriores a la significación o al sentido. Se trata de la voz de las cosas mudas pero vivas en su presencia real. Un testimonio material (Aceituno, 2013).

2.2.2. Dificultades en el relato

La narración es una forma de traer al ahora las huellas inscriptas en la distancia generada en la psiquis, mediante el trabajo de memoria. Si bien tradicionalmente la memoria había quedado excluida de la tarea historiográfica por su carácter subjetivo, selectivo y fragmentario, un cambio en los paradigmas ha hecho que se considere como un elemento necesario en el análisis del pasado. Los cambios en las nociones de verdad, objetividad y neutralidad, abrieron nuevas líneas de investigación que rescataron los relatos de vida, la experiencia cotidiana y el testimonio, y posibilitaron la participación de otros sujetos en los discursos y construcciones sociales, en una **lucha por las representaciones del pasado**, centrada en la obtención del poder, la legitimidad y el reconocimiento de los diversos actores interesados en oficializar su narrativa del pasado. “Lograr posiciones de autoridad, o lograr que quienes las ocupan acepten y hagan propia la narrativa que se intenta difundir, es parte de esas luchas” (Jelin, p. 36), dejando muchas veces silenciada la parte de la historia de los que no lo consiguen, junto con una acumulación de ‘escombros’.

Debido a la cantidad de información y hallazgos hoy disponibles, la historia como relato se ve impedida de contener narrativamente la abundancia de un pasado que no deja de crecer. “Esto es precisamente lo que requiere de una narración, porque de lo contrario, prolifera un cúmulo de noticias carente del relato que las articule (...). En efecto, el **despliegue inabarcable de acontecimientos** genera el fenómeno que algunos autores denominan *presentismo*: (...) vivimos inmersos en acontecimientos que vienen unos tras otros pero que no tienen relación entre ellos” (Rojas, p. 233).

Sin duda la forma más dramática en que la historia se ha visto amenazada por el silencio ocurre cuando tienen lugar eventos extremos cuyas características hacen fracasar cualquier intento de discurso que pretenda representarlos o aprehenderlos en su totalidad. Nos referimos a las grandes **catástrofes sociales** causantes de traumatismos

masivos, cuya comprensión y estudio por parte de las ciencias sociales se hace irrepresentable por la magnitud del acontecimiento, pero también porque estos 'proyectos de aniquilación' incluyen "no sólo (...) el asesinato colectivo de los sujetos, sino el asesinato de lo simbólico mismo" (Grinberg, p. 4). Lo ocurrido queda diseminado en miles de relatos, atrapados en las historias personales como un suceso que, "siendo colectivo, sólo puede ser vivido y hablado como una experiencia particular innombrable (...). Este espacio requiere que sea llenado con una historia, una narrativa, que dé cuenta de esta situación, que pueda llenar el vacío, que pueda reparar esa fractura. Una narrativa que esté estructurada en torno a la memoria, narrativa que se puede ir construyendo y no reconstruyéndose (...) en un espacio que se acerca más a la *textualidad poética* que plantea Nelly Richard diferenciándola del discurso científico" (Landa, p. 62), alejándose de lo que Isabel Piper define como retórica de la marca, lógica lineal y causalista que invita a la construcción del pasado como causa inamovible del presente. Los relatos que se entregan a la elaboración de memorias secundarias, "referidas a un pasado borroso y desconcertante, se desarrollan *en el lugar de la historia ausente*. Del terrible grandor de la historia, quedaron memorias individuales huérfanas de comunidad" (Rojas, p. 236).

2.2.3. Dificultades con la imagen

Aquello inenarrable puede ser puesto en imágenes y así la historia encuentra una forma de manifestarse. "Las imágenes sobrevivientes son los fantasmas, las formas que surgen después de una catástrofe, cuando nada está ligado, cuando nada puede ser contado" (Davoine y Gaudilliere, p. 71) y encuentran en la conocida fórmula de Wittgenstein la clave de su transmisión. Luego de la Segunda Guerra Mundial se fue estudiando de qué forma el acontecimiento hizo entrar en crisis a la representación: la "solución final" es irrepresentable no porque no hayamos podido ver el interior de una cámara de gas en funcionamiento, sino porque no por el hecho de verla entenderemos la magnitud de un hecho que supera cualquier intento de reconstrucción.

El desencanto con las posibilidades que los mecanismos de la modernidad ofrecían a la historia llevó a algunos planteamientos extremos, tales como la exaltación de la oralidad como posibilidad única de aproximación histórica a sucesos elevados a la categoría de intocables, descartando otras fuentes como las **fotográficas**. En su

imposibilidad de dar cuenta absoluta de la magnitud de un acontecimiento histórico la imagen no es una ventana que mira directamente al pasado, pero tampoco es pertinente poner frente a él el muro de lo inimaginable (Didi – Huberman), haciéndose necesario encontrar una salida a esta disputa entre su rotunda negación como fuente de conocimiento (Wacjman, Lanzmann) y el absolutismo pensar que las imágenes son más apropiadas para explicar la historia que las palabras (R. J. Raack). Una posibilidad es asumir la fotografía como **testimonio**, como denuncia, como un fragmento de memoria histórica, y otra es pensarla como un lenguaje propio, no sujeta a lo que se podría extraer de ella en cuanto a contenido sino como **vehículo** para el pensamiento, con posibilidades enormes y con resultados investigativos que arrojan perspectivas no alcanzables para la escritura y la oralidad (Ochoa, 2010).

Desde el psicoanálisis, la fotografía ha sido pensada como un elemento auxiliar para la asimilación psíquica del mundo, una prótesis tecnológica que permite guardar en una **cámara oscura** un instante de la realidad que no vimos, o que no fue posible introyectar en su momento, para posteriormente poder elaborarlo (revelarlo) cuando las circunstancias lo permitan. Metáfora del inconsciente, que ante un suceso traumático almacena de forma detallada los datos a la espera de ser procesados. Mediante la fotografía se realizaría esta función en un sentido individual, como una forma de introyectar lo real y, en un sentido colectivo, como una forma de revelar ante los demás el objeto o acontecimiento acaecido. La cámara fotográfica “es el más eficaz instrumento (...) de apropiación del mundo que el hombre haya puesto nunca a su servicio, ya que mantiene una continuidad inmediata con su vida psíquica” (Tisseron, 2000, p. 9).

El tiempo de la memoria no es lineal sino una mezcla de sucesos del antes y el después. En el **cine**, el travelling de la cámara “ordena de alguna forma ese collage temporal, esos fragmentos que no quieren convertirse en simples detalles, sino en las *sinécdoques* del tiempo escurrido” (Olhagaray, p. 1). El dispositivo de base del cine produce en el espectador una *identificación primaria* con la cámara y una *identificación secundaria* con el actor y/o los contenidos simbólicos. Al transitar de una a otra el espectador reproduce el proceso de construcción de la imagen haciendo posible que “el encuadre cinematográfico se instale en un doble juego, doble articulación: interior/exterior, visible/invisible, presente/pasado. Alternancia y confusión” (p. 4).

Por todo lo anterior, la imagen no es un mero recurso retórico para ilustrar o enfatizar una idea; “tiene, más bien, una fuerza expresiva propia, un potencial derivado

del hecho de que su forma y su contenido están intrínsecamente unidos” (Pinilla y Rabe, p. 290). Finalmente, más allá de la idea de la imagen como puente, vehículo o transición, “hay imágenes que no *representan*, sino que *presentan* las cosas; que no valen como signo, sino sobre todo como *presencias: hay imágenes que son cosas, cosas vivas*” (Zamora, p. 111).

2.2.4. Dificultades para el acontecimiento

La verdad histórica se define por una secuencia típica: “acontecimiento (traumático) inscripto sobre una materia prima muy antigua y poco diferenciada y, por este hecho, no memorable, represión, deformación, retorno en forma de repetición compulsiva con poder de actualización y que produce sólo una imagen transformada de lo que fue, pero basada en un núcleo de verdad a la vez insoslayable e incognoscible en cuanto tal” (Green, 2001b, p. 47). Cuando la historia no puede abrirse paso ni por vía simbólica ni imaginaria, el objeto psíquico ausente – y este es un punto esencial en el trauma – sólo puede volver desde el exterior. En condiciones muy regresivas la distancia entre representación y percepción desaparece y la realidad psíquica, dominada por un modo anímico del pensamiento, se abre directamente sobre la percepción de los órganos de los sentidos. Una carencia grave produce una conrainvestidura masiva de huellas perceptivas como protección, impidiendo evocar el pasado, condenando a vivir en el presente inmediato. Las huellas sensoriales liberadas ejercen tan fuerte impacto que se convierten en una máquina del tiempo que vuelve real un pasado desprovisto de recuerdos, un pasado a-histórico. El recuerdo “se revela entonces a partir de la vivencia de lo actual (...), nace de una relación directa entre los ‘restos sensoriales’ del pasado no representado y los estímulos del presente, absorbidos en un trabajo de figurabilidad” (Botella y Botella, p. 146). Ni psicosis ni neurosis, la supervivencia psíquica se organiza esencialmente sobre un predominio del sistema perceptivo y del acto; la vida representativa, destruida por el **acontecimiento** abandona la realidad psíquica para suscribir la realidad material. Es por eso que, a medida que nos adentramos en los territorios límites y nos acercamos a lo extremo, lo real de la historia, la verdad histórica vivenciada, dejada de lado durante años a favor de las estructuras, cobrará mayor importancia.

Cuando la vida psíquica ha sido vaciada y en vez de historias sólo quedan acto, cuerpo, dolor, enfermedad, repetición y muerte, debemos buscar las hebras con las que reconstruir, o construir, esa historia que falta. Este trabajo parte por una investigación del tiempo, de los acontecimientos y, sobre todo, de los lugares, si consideramos que “todo relato (...) es un relato de viaje, una práctica del espacio” (De Certeau, p. 128). Dentro de esto, es posible considerar al delirio como una búsqueda de la verdad histórica, una verdad que ha sufrido manipulaciones y que se encuentra oculta. Se ha mencionado el trabajo del psicoanalista norteamericano Ira Steinman, que ocupándose de pacientes catalogados como ‘intratables’, trabaja “únicamente sobre la historia (...) y va a sacar la zona de catástrofe (...) que está absolutamente oculta y ahí está la locura, es decir que la zona traumática está absolutamente recubierta, tapada, imposible de encontrar” (Davoine y Gaudillière, p. 150). Cuando no hay relato ni imágenes, pareciera que la historia se ha perdido para siempre, sin embargo ella insistirá en manifestarse de algún modo, y lo hará mediante fragmentos materiales. Cuando hay algún hecho desconocido y no podemos encontrar o recuperar la historia, podemos construir lo que está ocurriendo entre nuestra propia historia y lo que investigamos, y nos sorprenderemos de encontrar pequeñas huellas ínfimas de los acontecimientos que han sido anulados.

“Cuando hay represión, es decir, cuando las cosas ya están inscriptas en el inconsciente de la represión, lo que está reprimido es lo negativo; en la psicosis o en el trauma, donde no hay inscripción, no hay represión, sólo el recorte o la desestimación, todo lo positivo está recortado y sólo aparece lo negativo: los horrores, las violaciones, la des-subjetivación, la falta de esperanza, el fracaso repetitivo, la apatía” (Davoine y Gaudillière, p. 120). El no incluir la verdad histórica lleva a menudo a un reforzamiento de las defensas sin que se logre modificar el circuito compulsivo. “El reconocimiento de las huellas de una realidad sufrida es condición necesaria para alcanzar su desinvestidura. El pasaje por la visualización de la fuente externa del trauma, la escucha de ese dolor como paso previo a intentar su ligamen con los determinantes intrapsíquicos, evitará la reiteración en la transferencia de la vivencia traumática original: la desmentida por parte del objeto” (Vidal, p. 397). Hay que asignar al acontecimiento un exacto puesto temporal en la conciencia, a costa de la integridad de su contenido.

2.2.5. La verdad en la ficción

Si la enfermedad mental es una reacción al conflicto del medio humano, cuyos fundamentos se encuentran en sus condiciones sociales e históricas, debemos superar los psicologismos y entender que “sólo en la historia podemos descubrir las condiciones de posibilidades de las estructuras psicológicas” (Foucault, p. 102). Los silencios de la historia nos obligan a buscar más allá del método catártico y de la medicalización del problema, y enfocarnos en un trabajo de **historización** que articule el recuerdo y la convicción, en una construcción cuya condición nodal es la restitución de la existencia misma en la **relación con el otro**, donde la atención libre flotante es el anverso de la *función de historiador* que resguarda los archivos fragmentados y a veces mudos, para darles forma y lugar en algún momento, logrando una “reconstrucción de un pasado histórico, con *fragmentos de verdad*” (Botella y Botella, 1997, p. 18) recurriendo incluso a la propia biografía en momentos-instantes, creando piezas de acople y fuga – la construcción de lo originario – para inscribir, hacer huella y construir los lazos mínimos que pongan en curso la elaboración, un trabajo ligado al sostén y la función de *rêverie*, que permitirá echar a andar los procesos primarios de simbolización, abriendo paso a una trama que deje al trauma en un lugar de ocaso. No se trata solo de descifrar una verdad reprimida, sino de (re)construir una verdad anterior a las palabras. Esta inscripción tiene que tener una forma, un ritmo y una altura de tono. “Es la puesta en **forma épica**, que es la única posibilidad de transmisión de estas historias (...). Lo simbólico es aquello que toma nacimiento en la epopeya, para eso hace falta, al inicio, una calamidad, lo que se puede efectivamente llamar real” (Davoine y Gaudillière, p. 139). Es cierto que la simbolización teje una red de representaciones, pero “la historización da un paso más en esta construcción, la conduce a un grado superior de coherencia, le asigna una función explicativa” (Vidal, p. 396). Además, no basta sólo con escribir o contar, también es necesario que haya alguien que reciba eso que se escribe o se cuenta. “Los **testigos** – en singular y plural – son decisivos para que el narrador asuma la trasmisión de su experiencia. No hay narrador sin oyente, ni humanidad sin narración” (Viñar, p. 58).

La necesidad de contar con una historia lo menos lacunar posible obliga a unir lo real con el discurso, “y en las partes en que esa unión no puede ni pensarse, hacer *como si los uniera*” (De Certeau, 2006, p. 13). Los historiadores creen encontrar en los documentos aquellos restos ocultos que deja el lenguaje, traduciendo en nuevas

formulaciones el residuo latente en las palabras, pero otorgarle sentido a los discursos que se recuperan del pasado es una imposibilidad, y “la historia termina resultando la construcción de otra escritura (...) que no reconstruye el tiempo histórico sino que *construye* otro nuevo y diferente (...) donde el pasado y el presente se confunden” (Freijomil, p. 99). Frente a la inmensa carga de la ausencia, a veces se cae en la desesperación por recobrar un tiempo del que sólo se consigue restituir fragmentos a los que se le dará un nuevo orden de sentido. La **ficción** no es proponer engaños, sino elaborar estructuras inteligibles. Dicho esto, podemos revocar “la línea divisoria aristotélica entre dos ‘historias’ – la de los historiadores y la de los poetas – (...). El testimonio y la ficción corresponden a un mismo régimen de sentido (...). La cuestión no es decir que todo es ficción. La cuestión es constatar que (...) escribir la historia y escribir historias son hechos que reflejan un mismo régimen de verdad” (Ranciére, p. 47). Cuando todo lo demás falla, el recurso a la ficción puede conducir “los objetos sólidos de hoy a los estados fluidos donde sus relaciones con los humanos pueden tener sentido. Aquí nuevamente los sociólogos tienen mucho que aprender de los artistas” (Latour, p. 121). Lo irrepresentable se asienta en el corazón del arte para postularse como la posibilidad única de representar lo inhumano y “dicha posibilidad no puede quedar mediada ni por la representación según las formas tradicionales de la ficción ni tampoco yendo al pasado para reactualizar los efectos de sentidos silenciados por el horror de lo inhumano. De lo que se trata entonces es de crear una acción que empiece aquí y ahora, no levantar una representación de lo sucedido ni producir una ficción según los reglajes de la representación” (González, 2011). Este trabajo remite siempre a una selección, a una **articulación entre fragmentos**, donde se construye una relación entre algo visible y algún significado, entre una heterogeneidad de espacios y tiempos, una indagación, una búsqueda de huellas y de testigos que puedan hablar sin borrar su enigma. “La ficción construida para tal fin debe ser tratada como un acontecimiento presente en busca de lo increíble real que dice la palabra del testigo” (González, 2011). El arte, no como reproducción de algo visible, sino como la posibilidad de volver visible, “destablecer yuxtaposiciones semióticas, de manera que podemos ‘ver’ o ‘sentir’ aquello que ha desaparecido a pesar de que no esté realmente allí. Una herramienta poética como la metonimia, por ejemplo, puede ayudarnos a *sentir* lo que no está: un zapato, un anillo, un par de anteojos, o algún otro objeto personal que le haya pertenecido a una víctima ‘desaparecida’ puede aludir a la radical ausencia de un cuerpo real” (Lazzara, p. 166).

2.3. Lo irrepresentable en la ciudad

- “- De una ciudad no disfrutas las siete o las setenta maravillas, sino la respuesta que da a una pregunta tuya*
- *O la pregunta que se hace obligándote a responder, como Tebas por boca de la Esfinge”*

Ítalo Calvino

2.3.1. La superación de las dicotomías

El retorno de la víctima a su condición de sujeto, de ser hablante y de ciudadano, pasa por “romper la dicotomía falaz de que hay **afectados e indemnes** de esta noxa inexorable y temible que la civilización sigue produciendo (...). Trauma y exclusión (...) no son enfermedades del aparato psíquico de un individuo, sino enfermedades del lazo social” (Viñar, p. 61). Los intentos de ampliar las aplicaciones de las teorías psicoanalíticas del aparato psíquico más allá de la clínica individual, en general se han limitado a una función interpretativa, pero las vicisitudes de la pulsión de un sujeto aislado no son lo único a partir de lo que se construye la realidad psíquica y tanto la pulsión como el psiquismo no se apuntalan sólo en el cuerpo, sino además en la intersubjetividad. Por este motivo “el psicoanálisis (...) no puede ser (...) una experiencia solipsista (...) (ni) repartir entre dos negociados (lo **individual** y lo **social**), sino recorrer la implicación de lo propio y lo ajeno, de lo íntimo y lo éxtimo, de lo cultural y lo somático” (Marinas, p. 26). Asimismo, podría decirse que tampoco “existe relación alguna entre el ‘mundo material’ y el ‘mundo social’, porque esta división misma es una completa invención” (Latour, p. 112).

Esto ha dado lugar a esfuerzos investigativos con innovaciones metodológicas que permiten analizar cuestiones que se sitúan en la frontera de las disciplinas científico-sociales, como lo sería por ejemplo, el estudio del malestar. Ellos agregan a los discursos y las representaciones otros objetos de investigación **transdisciplinar** que dan cuenta de las variadas formas en que la insistencia de lo real se manifiesta en la experiencia de los individuos y las colectividades (Aceituno y Radicszs, 2013). Uno de estos objetos es el **espacio**, lugar de cruce de vivencias individuales donde se inscriben malestares y deseos subjetivos que son también colectivos, y que había quedado relegado a segundo plano dentro de las ciencias sociales hasta que la llegada del denominado ‘giro espacial’ de finales del siglo XX logró incluirlo como una dimensión de análisis para explicar los fenómenos sociales, como un elemento constitutivo de lo social y no sólo el reflejo de una realidad, dejando también de estar subordinado al tiempo. Son justamente las investigaciones sobre trauma las que han obligado a modificar las concepciones clásicas y encontrar nuevos paradigmas que permitan trabajar esta problemática tan debatida dentro de la teoría psicoanalítica sobre la articulación entre realidad psíquica y realidad material, entre pulsión y objeto, donde “realismo mecanicista o idealismo formalista amenazaban con encerrar el psicoanálisis en una impasse ideológica” (Vidal, p. 378). No

estamos separados del mundo, sino que somos-en-el-mundo, por lo que nuestra inmersión en éste implica una afectividad recíproca que teje la espacialidad rebosante de sensaciones y significados (Meraleau-Ponty, 2010). La integración del mundo material abre nuevas posibilidades de análisis, donde lo social no se hace visible hasta que se le permite colarse a través de agencias *no* sociales. “No puede uno considerarse un científico social y observar sólo algunos vínculos – los morales, legales y simbólicos – y detenerse en cuanto hay alguna relación física introducida entre los otros. Eso haría imposible toda investigación” (Latour, p. 115).

2.3.2. El espacio urbano

Suele asignársele al concepto de espacio una condición ideal, teórica, genérica e indefinida y al de lugar un carácter más concreto, empírico, articulado y definido hasta los detalles. En ambos casos tenemos la idea de un *a priori* kantiano, condición de una posterior existencia de nuestro aparato psíquico, sin embargo, “la espacialidad acaso sea la proyección del carácter extenso del aparato psíquico” (Freud, 1941, p. 302), no podemos tener certeza de eso. En esta investigación se considera al espacio, además de aquella dimensión física y temporal donde ocurre el cruce entre las experiencias individuales y colectivas, entre los pequeños relatos y la Historia, entre lo actual, lo histórico y lo originario, “un espacio intersubjetivo de vínculos imaginarios, de condiciones simbólicas ofrecidas por el lenguaje, los objetos, la función del Otro social y sus referencias culturales” (Aceituno y Radiczsz, p. 132). El espacio no es sólo el lugar donde se ubican los materiales o donde acontece la experiencia, sino que es parte constitutiva de ellos y es ahí, en este encuentro entre pensamiento y exterioridad, donde el sentido puede producirse como *acontecimiento*.

Es función de las ciudades proveer un lugar para la lucha y el intento de unificación entre la historia externa y la interna de nuestro tiempo, “en las que las corrientes contrapuestas y abarcadoras de la vida se encuentran y desenvuelven con los mismos derechos” (Simmel, 2001, p. 109). Allí “las formas de las cosas, la disposición de los territorios, los modos de las calles, de los mercados, no tienen sólo ni principalmente una lectura funcional, sino subjetual: qué hay del sujeto en ellas, qué va de ellas a lo inconsciente de los sujetos, que configura también la escisión del sujeto que somos” (Marinas, p. 91).

El espacio público constituye el lugar privilegiado para el encuentro, lugar sin dueño que nos pertenece a todos, “es donde mejor se ejemplifica la disolución de las fronteras de lo privado y de lo público (...). La calle, es el territorio capaz de desubjetivar a todo individuo y colocarlo en el campo reaccional del inconsciente colectivo” (Rodríguez, p. 146). Pero esos vínculos no siempre se pueden formar, ya que esos lugares donde la palabra podía ser escuchada, en donde el sujeto podía surgir, han ido desapareciendo, como en los centros comerciales, donde hay reunión de gente, de masa, pero no se constituyen lazos sociales fuertes. Por otro lado, el hombre moderno vuelve a su casa de noche, extenuado por un cúmulo de acontecimientos, sin que ninguno de ellos se haya convertido en experiencia. Al irse perdiendo cada vez más la vinculación entre los habitantes de la urbe desaparece la comunidad mítica, donde los espacios identificatorios, relacionales e históricos (**lugares antropológicos** para Augé, 2000) que dan cuenta de una memoria colectiva y de una vida en comunidad se ven reemplazados, muchas veces, por vínculos urbanos que se constituyen a través del miedo: existe la idea de que en la ciudad ‘pasan cosas inexplicables’, que hay un misterio y un peligro acechante. Así se va articulando el síndrome de paranoia propio de la ciudad moderna, donde el mito se va reemplazando por los rumores y finalmente se convierten en ‘mitos urbanos’, que tienden a funcionar como discurso generador de comunidad, pero no la comunidad mítica tradicional, oral y limitada. Se advierte así hoy una ciudad collage, “fragmentada en miles de ‘citas’ (...) rumor infinito que producen al caminar los anti-héroes anónimos (...) por los relieves que le son impuestos. Por los no-lugares se desparraman los paseantes, cuyos cuerpos escriben un cuerpo que no pueden leer. Los trazos de esas escrituras, infinitamente entrecruzadas, componen una historia múltiple de la que no hay autores, ni espectadores, hechas de fragmentos de trayectorias y de alteraciones. Contrastando con toda representación, permanece cotidianamente, indefinidamente otra” (Rodríguez, p. 13).

2.3.3. La memoria de la ciudad

Memoria e Historia se originan en una misma preocupación y comparten el mismo objetivo de elaboración del pasado. Como “en la ciudad el tiempo se hace visible” (Mumford, 1992), es precisamente ahí donde se despliega la difícil o, tal vez, imposible convivencia entre ambas, luchando cada una por la autorización para tratar con lo pretérito. “Más allá de la observación acerca de la evolución de la ciudad en la historia, se

ha podido revelar como la historia se ha incrustado en la ciudad; esto es, las ciudades no están en la historia: son historia” (Castells, p. 453). Por su parte la memoria, como inscripción de la experiencia en representaciones, nos entrega información sobre el pasado al reactivarse, sin conservar nada de la realidad material de donde éstas surgieron. Las huellas se encuentran no adentro sino afuera, en los marcos sociales de la memoria y, más aún, en la sociedad misma. (Halbwachs, 2004). Donde hay experiencia en el sentido propio del término, ciertos contenidos del pasado individual entran en conjunción en la memoria con elementos del pasado colectivo. Así “los cultos, con sus ceremonias, con sus fiestas (...) cumplían continuamente la fusión entre estos dos materiales de la memoria. Provocaban el recuerdo en épocas determinadas y permanecían como ocasión y motivo de tal fusión durante toda la vida” (Benjamin, 1939, p. 5) desplegándose en un marco espacial que los hacía duraderos. “Nuestras impresiones se expulsan una a otra, nada permanece en nuestra mente, y no comprenderíamos que pudiéramos recuperar el pasado si no lo conservase el medio social que nos rodea” (Halbwachs, p. 144). Paradójicamente, a la vez que sede material de la memoria, la ciudad presenta también obstáculos para su recuperación.

En primer lugar, en ella “la vida histórica avanza por demoliciones y reemplazos y (...) por lo tanto (...) es el sujeto de un conflicto estructural: la imposibilidad espacio-temporal de perdurar sin transformarse. Por eso la permanencia se convierte en un hecho excepcional – el monumento -, e implica siempre un debate sobre valores: qué debe ser salvado de la destrucción y por qué; qué debe ser reconstruido o cómo se debe recordar” (Gorelik, p. 2). Una respuesta a ese conflicto se encontró en los llamados **lugares de memoria** (Pierre Nora), sin embargo, estos no acaban por sí mismos con el problema: las amenazas a la memoria vuelven a invadir el espacio público de las sociedades occidentales cuando el recuerdo da paso a una ‘obsesión conmemorativa’ y se configura un ‘turismo de la memoria’ que revela un proceso de *reificación del pasado*, transformándose en objeto de consumo, fenómeno emparentado con ‘la invención de la tradición’. La obsesión memorialista se debe “ante todo a una crisis de la *transmisión* en nuestras sociedades contemporáneas” (Traverso, p. 14).

En segundo lugar, el habitante de la ciudad se ha convertido en un ser en constante tensión que ocupa diferentes mecanismos de protección para filtrar y reducir la enorme cantidad de estímulos que la vida urbana genera, previniendo la retención de estímulos y su impresión en la memoria. Esta experiencia del *shock* o proceso anestésico, genera un

empobrecimiento de la experiencia y una indiferencia frente a los demás, que se manifiesta como indolencia (Simmel, 2005).

2.3.4. Fragmentos y huellas: la ciudad ausente

La ciudad es una gran escritura palimpsestica donde las condiciones necesarias para acceder al tiempo, a la historia, a las huellas y los olvidos desde lo actual se encuentran en lugares que permiten experimentar la relación entre percepción y memorias inconscientes, en el “entramado que acontece entre la historia de la cultura, la propia historia subjetiva y la experiencia *in situ*, vale decir, con todo aquello ausente que logra hacerse ver” (Cabrera, p. 136) a través de espacios y objetos sobrevivientes.

Hay lugares donde aparece algo, un vestigio de cierta ruptura de la vida psíquica señalada por la violencia de los actos que allí acontecen o por el excesivo silencio que anula el flujo simbólico. Habría que pensar estos lugares como la muestra, o el negativo, a través del cual podemos tener indicios de una historia cuyos acontecimientos no han sido condición suficiente para sostener la posibilidad de una vida psíquica. Podría decirse que así como existen lugares de memoria también existen **lugares de amnesia**. ¿Será posible hallar en ellos indicios o restos de objetos que fueron testigos de otro tiempo y, por lo tanto, tener la posibilidad de enlazar un recuerdo ahí, en un espacio ahora de ausencia? El pasado puede hacerse presente si el azar pone a nuestro alcance el objeto material donde quedó prisionero, puesto que su encuentro libera a ese pasado que quedó atrapado en él (Benjamin, 2005). Otros objetos y otros lugares han hecho que un espacio sea un lugar en la actualidad, “a través de la mediación, ahora silenciada, de dibujos, especificaciones, madera, cemento, acero, barniz y pintura; por el trabajo de muchos obreros y artesanos que ahora han salido de escena porque dejan que los objetos continúen su acción *in absentia* (...). A la relación intersubjetiva (...) se debe agregar la interobjetividad que ha dislocado las acciones tanto que otro, desde algún otro lugar y en algún otro tiempo, sigue actuando en ella a través de relaciones indirectas pero plenamente rastreables” (Latour, p. 279).

En las ciudades modernas conviven los presentes y los ausentes y se unen en formas particulares la proximidad y la distancia; lo que las define no es simplemente aquello que está presente en la escena y por eso puede decirse que son **fantasmagóricas**. “El

advenimiento de la modernidad paulatinamente separa el *espacio* del *lugar* al fomentar las relaciones entre los ‘ausentes’ localizados a distancia de cualquier situación de interacción cara a cara (...). Lo que estructura lo local no es simplemente eso que está en escena, sino que la ‘forma visible’ de lo local encubre las distantes relaciones que determinan su naturaleza” (Giddens, p. 30), lugares donde confluyen lo visible y lo invisible, lo agradable y lo horrible, y donde la clave para su conocimiento está en poner atención a los fragmentos, a todo aquello aparentemente nimio, el detalle, lo breve, y también mediante el mecanismo de aprender a perderse (Benjamin, 1996), a recorrer como si no se conociera, en una especie de atención libre flotante urbana.

Es la calle la que conduce al *flâneur* a un tiempo desaparecido, a través de lo que el arquitecto Carlos González Lobo llamó ‘relingos’, aquellas cosas que quedan descosidas del tejido urbano y que aparecen en rincones de la ciudad en los que entra todo lo que no tiene lugar. Pero los relingos no están totalmente separados del tejido urbano-social; “es cierto que no tienen un trazado inicial intencionado, ni dueño formal (...) pero por esto mismo llegan a ser funcionales para un grupo de personas o en determinadas circunstancias” (Barragán, p. 424). Por esto, **lugares** y **objetos** tienen efectos que no pueden ser completamente explicados por sus usos o representaciones oficiales, ni reducidos a las respuestas del sujeto. También hay algo intrínseco al lugar en sí mismo, los significados urbanos son una propiedad de los espacios y los objetos y hay que inventar trucos específicos para hacer que hablen, es decir, hacer que ofrezcan “descripciones de sí mismos, producir guiones de lo que hacen hacer a otros, humanos o no humanos” (Latour, p. 117).

Se dice que posee ‘aura’ de la imagen que conserva las huellas originales de la situación en que fue creada. “Advertir el aura de una cosa significa dotarla de la capacidad de mirar. El aura es (...) ‘la aparición irrepitable de una lejanía’ (Benjamin, 1939, p. 31). También la figura del **lumpen** se presenta como el hilo conductor para retomar la memoria de lo que queda en las cunetas de la historia, “en esas esquinas vacías e inadvertidas, que quedan sepultadas como retales o desechos desde el viento del progreso y la historia triunfal” (Pinilla y Rabe, p. 296). Lo apartado, lo inconsciente, que asoma entre los modos de vivir para reconocer los elementos del plano anterior que nos trazó la vida, “explorar caminos de resistencia, de deseo, practicar los vacíos. Recuperar puntos de observación y con ello, establecer un diálogo entre la narración personal y la colectiva” (Recasens, p. 101). Pero aún en los lugares de memoria puede no

estar todo resuelto y faltar algo más que el descubrimiento de un secreto. “Cuando (...) visitábamos en Córdoba (...) el lugar de las torturas, sabemos que es allí y conocemos también los nombres de la gente que están marcados en el muro. Se ven sus fotografías en las calles y sin embargo, hay un movimiento iniciado que no ha terminado con la publicación de nombres y la publicación de fotos; que tampoco ha terminado con el proceso judicial que tiene lugar. Es otro movimiento que está en marcha en el cual los que llamamos ‘los locos’ tienen la responsabilidad y es ahí donde nosotros instituimos nuestro propio lugar como el lugar de co-buscadores, co-investigadores” (Davoine & Gaudillière, p. 37). Así nos damos cuenta que estamos en el registro donde los síntomas, más que representantes de un conflicto, constituyen la manera en que lo desligado intenta volver a unirse. Es en este sentido que el delirio no debe considerarse como el relato de una historia, sino como el espacio que se creó a partir del desencuentro con ella. “La locura es viaje, errancia (...) se trata de un relato que no cuenta nada, pero que en su materialidad misma hace posible otra memoria de las cosas” (Aceituno, 2013, p. 45).

2.3.5. Actos e imágenes: la ciudad como escenario

Hasta en los lugares más corrientes encontramos en actos y materialidad los efectos de lo no representado. “También en el espacio industrial, en la convulsa y brillante modernización surgen personajes, íconos, espacios, formas que por su rara encarnadura se convierten en vehículos para decir lo nuevo, lo que aún no tiene discurso” (Marinas, pág. 30), esquinas de la ciudad donde imágenes, actos, movimientos y recorridos delimitan **zonas de repetición** de aquello oculto en su excesiva visibilidad (Aceituno, 2013). La inscripción de signos o huellas ocurre sobre diversas superficies de los rincones más cotidianos, como si en ellos “se hubiese encriptado esa ‘gran historia’ que falta, como si el cuerpo de lo cotidiano estuviese constituido por las esquirlas de un gran estallido” (Rojas, p. 241).

Se trata de cosas que pueden ser puestas en **escena** en virtud de ser recorridas, indicadas por el movimiento del cuerpo, creando espacios que delimitan zonas de dolor, miedo, silencio, tristeza, o violencia, donde la imposibilidad de elaboración de las experiencias lleva a una mortificación de estos espacios en una compulsión a la repetición. Es ahí donde se requiere una (re)construcción de espacios donde el otro tome un valor fundamental, donde la vida en común, el encuentro a veces sorpresivo y

enigmático con otros que conocemos de repente y que parecen recordarnos una historia remota, es la única fuente de una elaboración posible de aquello que, resistente a su puesta en palabras, insiste en hacerse presente (Aceituno, 2013). Lo **imaginario** puede manifestarse espacialmente, en la forma de interjuegos de personajes, en un ambiente impregnado de afectos entrelazados que constituyen una tensión dramática. “Este objeto en apariencia único (la escena) se desdobra en dos objetos, la escena manifiesta y la latente. Y pronto advertiremos la necesidad de una investigación adicional cuando lleguemos a reconocer que la escena latente está ubicada en lo imaginario” (Martínez-Bouquet, p. 77). Hay también otra escena, otras escenas, en tanto lo que actúa al mismo tiempo en cualquier lugar proviene de muchos otros lugares, de materiales distantes y de actores lejanos. Desde esa perspectiva ninguna interacción es sincrónica, porque todos los ingredientes involucrados tienen diferentes edades y diferentes ritmos. El tiempo está siempre plegado, “muy pocos de los participantes en un determinado curso de acción están visibles simultáneamente en cualquier punto dado (...). Multitud de participantes no humanos, no subjetivos, no locales (...) se reúnen para ayudar a concretar el curso de acción y transportarlo a través de canales que no semejan un vínculo social (...). Cuando se sigue esta lista de características (...) se desconfía de los esfuerzos orientados a basar la sociología en las interacciones intersubjetivas, los cálculos individuales o la intencionalidad personal” (Latour, p. 286).

Personajes imaginarios van a tender a ocupar distintos lugares en una escena manifiesta, buscando expresarse o manifestarse. Para emerger en lo discursivo ellos no encarnan siempre en actores y, aunque lo intentan con mucha frecuencia, “no representan por fuerza a una persona o un aspecto de la vida de una persona. Deben ser discriminados de los actores que los encarnan y de las personas a las que suelen ‘ocupar’ (...). A veces no corresponden a personajes de la escena manifiesta sino que pueden ser o aparecer en ella como: ausencia de personaje, parte de un personaje, compuesto de partes de personajes, alguna relación entre personajes, objetos, etcétera” (Martínez-Bouquet, p. 104). Lo imaginario aparece en las escenas como un nivel subyacente a lo discursivo, dando coherencia a los fenómenos grupales, condicionando los caracteres de los personajes y sus vicisitudes, causando un desenlace de la puesta en escena. El concepto de *escena imaginaria* es muy cercano al de fantasía inconsciente, con la diferencia de que es el escalón intermedio entre lo real y lo discursivo, corresponde al mundo externo y no solamente al interno, tiene espacialidad y es material. “Al de

imaginario se opone el término 'ilusión', que entiendo como sustitución defensiva, negadora de un imaginario generalmente cargado de dolor" (Martínez-Bouquet, p. 112).

Una zona de lo imaginario de la que un individuo (o un grupo, o incluso una cultura) está defendido, puede de pronto imponer su presencia por aparecer en el 'hueco' que dejara su rechazo, tal como cuando la **ausencia** de una persona provoca la intensificación de una **presencia**, la de un personaje. Es importante reconocer que muchas de las conductas que pueden parecer extrañas, inhibidas o no adecuadas a una situación, se tornan coherentes si se agrega otros personajes en la escena manifiesta que estaban presentes en la escena subyacente. Interlocutores imaginarios pueden ocupar un lugar determinado o impreciso del espacio, encarnando a veces en uno o más miembros de un grupo. "Estos personajes imaginarios que producen diversos efectos en la vida cotidiana en razón de su tendencia a revelarse, es probable que hayan contribuido a forjar creencias tales como la de los lares, los fantasmas, los espíritus, al manifestarse por fenómenos que han sido atribuidos a factores sobrenaturales" (Martínez-Bouquet, p. 143). La existencia de estas otras escenas y personajes exige un análisis más allá de lo estructural individual, agregando la gran red de enlaces participantes. "En cuanto a 'emancipación', no significa estar 'liberado de ataduras' sino *bien-enlazado* (...). Cada ensamblado que paga el precio de su existencia en la dura moneda de reclutar y extender es, o más bien, *tiene* subjetividad. Esto vale para un cuerpo, una institución, incluso para algún acontecimiento histórico al que también se refiere como un organismo. La subjetividad no es una propiedad de las almas humanas sino de la reunión misma, siempre que dure por supuesto" (Latour, p. 310).

Una de las formas de inferir que una escena imaginaria está intentando emerger es percatarse de que están apareciendo muchos pensamientos discursivos: múltiples teorías, conclusiones, comentarios, críticas, etc., sin que se conozca el antecedente inmediato que los origina. En los casos de producción de múltiples escenas, podemos sospechar de un fenómeno análogo al antes descrito, pero esta vez nos encontramos ante el impacto de algo real: cambios en la composición de un grupo, sucesos intercurrentes importantes en la vida de sus miembros, actuaciones, situaciones exteriores que inciden sobre los individuos en conjunto, sociales, políticas, etc., son algunos acontecimientos que con frecuencia se encuentran como su antecedente. "El razonamiento seguido es el siguiente: si cuando observamos un abanico de elementos discursivos, existe siempre un antecedente imaginario, cuando observamos un abanico de

elementos imaginarios ha de haber un antecedente real” (Martínez-Bouquet, p. 161). Esto explicaría la forma en que, en la ciudad actual, el presente es asediado por un pasado que no se ha marchado: “el pasado se disemina en las historias de los individuos, una **memoria plural**” (Rojas, p. 242).

2.3.6. Del vacío al espacio

Evocar no es sólo recordar a modo de pasatiempo o un simple ejercicio de la memoria nostálgica. “Es, ante todo, darle fundamento al sujeto, volver sobre los instantes fundadores, recabar alrededor de los acontecimientos y lugares que por algún motivo para nuestra vida se tornaron fundamentales” (Rodríguez, p. 163). El problema es que esta evocación peligra ya no sólo con las experiencias traumáticas de la guerra o la catástrofe, sino por una serie de problemas en la actual organización familiar y social. La destrucción de las colectividades por el modelo neoliberal hace que nos vayamos convirtiendo en un pueblo de fantasmas. “El poblador era un sujeto político que había aprendido que el ejercicio público de su hacer era útil para solucionar la contingencia (...). Esos pobladores fueron eliminados abrupta e injustamente, de ahí su condición de espectros” (Sepúlveda, p. 90).

Las ruinas, además de indicarnos la eterna calidad presente de la catástrofe, nos invitan a considerar tanto nuestra relación con el pasado como la importancia del pasado para el futuro. No es suficiente la conservación física de los sitios, para que los lugares tengan sentido deben ser activados, entretejiendo los fragmentos en un contexto narrativo, donde el intento por restaurar lo que falta nos hará encontrar un sentido que no nos imaginábamos. Esto que ponemos a circular de sitio en sitio, es siempre en primer lugar una **forma**, “algo que permite a otra cosa ser transportada de un sitio a otro. La forma entonces se convierte en uno de los tipos más importantes de traducción. Tal desplazamiento de lo ideal a lo material puede extenderse a la *información*. Brindar una pieza de información es la acción de dar forma a algo. Pero ahora la palabra adquiere un significado muy mundano y práctico; puede ser un pedazo de papel, un documento, un informe, un relato, un mapa, cualquier cosa que logre concretar la hazaña increíble de transportar un sitio a otro sin deformación a través de enormes transformaciones” (Latour, p. 316).

Cuando un espacio se ficcionaliza, es decir, cuando deja de ser territorio y se convierte en **mapa**, es cuando se produce su reconocimiento. Reconocer un lugar y apropiarse de él requiere de las mismas operaciones con las cuales nos abrimos paso hacia lo irrepresentable, “de operaciones lingüísticas, nombrarlo, y de operaciones icónicas, dibujarlo – léase cartografía” (Sepúlveda, p. 83). Para investigar lo irrepresentable de la ausencia, del trauma y la locura, lo primero que hay que hacer es conseguirse un mapa y empezar a buscar. “Quizás es un modo de sacar el problema, de encontrarle un lugar, un lugar que sea propiedad de todo el mundo y que no está solamente inscripto sobre el cuerpo” (Davoine y Gaudillière, p. 117). Así es como “los sueños colectivos toman sus hebras de lo indecible y de lo pujante de las historias cuyo cabo no conocemos” (Marinas, p. 97). Su materialización invita a la planificación urbana “superar la dicotomía entre la ciudad legal y la ciudad ilegal, integrándolas progresivamente, construyendo no únicamente las estructuras urbanas básicas en las periferias marginales e ilegales, sino dotándolas de elementos urbanos de centralidad, tanto físicos como simbólicos” (Rodríguez, p. 149) donde la capacidad de amar sea entendida “no como solidaridad con el otro, sino como una profunda construcción subjetiva” (Rodríguez, p. 27).

Es deseable que el conjunto de las cosas pueda a largo plazo ser puesto en palabras, de modo que se inscriba en la memoria de la humanidad y ante todo en la de las personas implicadas directamente, de su familia y de sus descendientes. Pero hay horrores que no tienen palabras a su medida y que además difícilmente encuentren oídos que puedan escucharlos y comprenderlos; el sobreviviente de un drama en principio necesita un largo período, varios años, para realizar un cierto trabajo psíquico silencioso. Serán los ‘hijos’ quienes escribirán la novela de los padres, “porque se trata de un relato que ya no es posible terminar sin inventar, porque ese relato aún *está en suspenso*” (Rojas, p. 248). Por suerte las huellas no son sólo lo que queda cuando algo ha desaparecido, “sino que también pueden ser las marcas de un proyecto, de algo que va a revelarse” (Rodríguez, p. 11).

3. ANÁLISIS Y RESULTADOS

“Algo se puede desplazar, mandar a lo no dicho, pero de ese algo asoma arrogantemente una parte, punta, fragmento, sílaba, y entonces el vocablo que resulta es un híbrido inexplicable.

Un jeroglífico, un mitad león-mitad persona, que causa estupor en quienes lo intercambian.

Pero la cosa no queda en palabras. El asunto se pone más duro cuando no son las expresiones con las que uno trata de decir lo que quiere y en ese trance es llevado a otras gramáticas, sino que con las manos y con los pies, con el cuerpo entero, de obra y no sólo de pensamiento, se ve yendo por trochas que no pretendía”

José Miguel Marinas, La Ciudad y la Esfinge

3.1. LO IRREPRESENTABLE EN SANTIAGO DE CHILE

“Aquí nuestra canción se hizo pequeña, entre la multitud desesperada

Un poderoso canto de la tierra era quien más cantaba”

Silvio Rodríguez, Santiago de Chile

3.1.1. Materialidad y acontecimientos

“La desapacible impresión que me habían causado la ruidosa calle y la gente, fue reemplazada por la acogida que me brindaron los árboles y el silencio del entorno (...)

Pasé lentamente por su lado sosteniendo la mirada y me interné en los arbustos. Él me siguió un metro más atrás. El rugoso tronco de un pimiento se presentó como el lugar apropiado (...)

El silencio que me había llenado de tranquilidad en un comienzo, se había convertido en un vacío aterrador (...)

Lo que me forzaría a inventar una historia que pudiera justificar todo aquello”

Pablo Simonetti, Santa Lucía

3.1.1.1. Indicios de negatividad

Santiago. Algún momento de fines de los años '80:

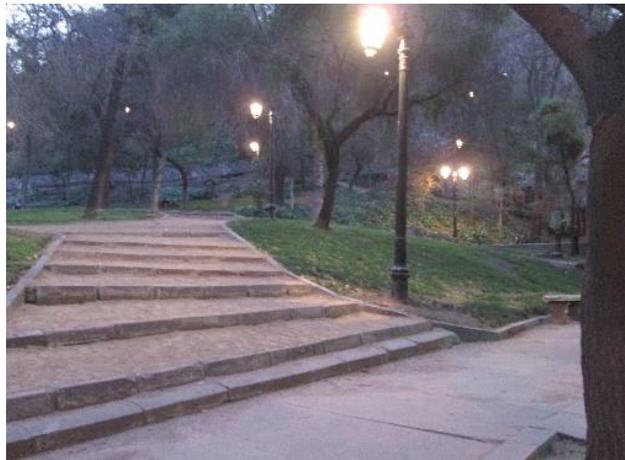
Camino junto a mi madre entre el cerro Santa Lucía y la *Alameda*, vereda límite entre la tranquilidad del jardín de las faldas del cerro y la velocidad de la transitada avenida. De pronto, observo el movimiento sigiloso de un sujeto que mete su mano en el bolsillo de la chaqueta de otro transeúnte (el común *lanzazo*), pero la 'víctima' se percató de lo que está ocurriendo, se voltea rápidamente y le da un grito al 'lanza' que, al verse sorprendido, corre hacia la calle sin precaución alguna. Mi madre, también en un rápido movimiento, me cubre los ojos con sus manos, por lo que sólo puedo oír el impacto del vehículo contra el cuerpo. Momentos después, puedo mirar cómo el '*lanza*' se levanta del pavimento y se aleja cojeando ante la mirada atónita de la gente. Unos metros más allá se acercan dos tipos a ayudarlo, 'cómplices' supongo, que se hacen visibles reconfigurando la escena a la de un ladrón no solitario. Este recuerdo me conmueve, no por el robo ni el posterior atropello, sino por el gesto de mi madre decidida a impedir que mis ojos presenciaran lo que se anunciaba como un evento impactante. Siempre me he preguntado de qué me estaba poniendo a resguardo realmente. Su acción veladora era a la vez desveladora de su temor por una posible escena que terminó siendo menos espantosa que la anticipada en su mente.

Santiago. Invierno de 2014:



Me siento en una banca del Jardín Alameda Exterior, nombre del parque que está por fuera de la reja, en la falda sur del cerro. Es un lugar muy tranquilo, cuando son un poco más de las cuatro y media de la tarde. Hay algunas parejas de enamorados y, más allá, un grupo de amigos. También algunos hombres solos. Algunos parecen pasear sin rumbo, como buscando o esperando algo. Tengo una sensación levemente inquietante, ¿generada por la excesiva quietud? ¿Qué voy a investigar en un lugar donde ‘no pasa nada’? El único movimiento que observo es el de las hojas de los árboles, pero me invade una sensación de una ‘densidad’ mayor que la del panorama que observo. ¿Será esa sensación una especie de aura de otros tiempos, o de cosas actuales, pero de algún modo invisibles? Bueno, sólo debo calmarme y esperar. Me dispongo a presenciar aquello que tiene que aparecer.

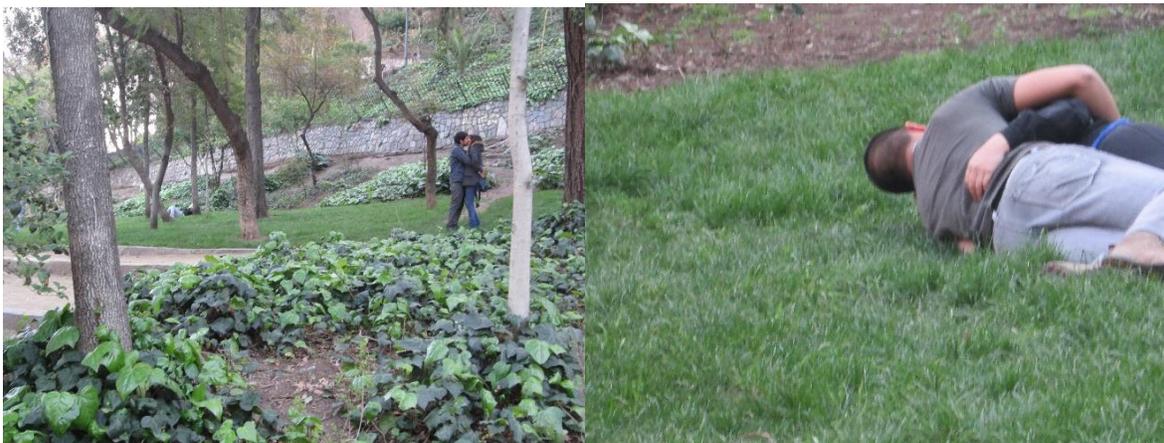
Pasan los días y el paisaje se diversifica. Es agosto, pero ya se puede ver más gente. Un picaflor aparece, como anunciando la pronta llegada de la primavera. Hace menos frío que en días previos, a pesar de estar ya oscureciendo. Esta noche hay luna llena, mientras las parejas se van retirando del lugar paulatinamente. De pronto, un sujeto sube corriendo por la falda del



cerro y se pierde entre la vegetación, en una mezcla de fugacidad y sigilo que me hace preguntarme si no fue una especie de alucinación. Luego de unos instantes otro sujeto se interna entre las plantas también. Me parece como si el cerro se los hubiera tragado y tengo una sensación de extrañeza nuevamente. Ya se han ido casi todas las parejas que hasta hace un rato disfrutaban del parque mientras el sonido de una sirena le da al momento un aire de agitación. Miro hacia el Paso Lira con la idea de “algo enterrado”, pero un auto frena bruscamente en la *Alameda* y me hace volver de mis pensamientos. Es hora de marcharme.

A medida que pasa el tiempo, voy apreciando los diferentes **usos** que la gente le da al parque: oficinistas que van a almorzar, extranjeros turisteando, algunos padres que traen a sus hijos a pasear y, sobre todo, las parejas de jóvenes enamorados que disfrutan

de este “lugar ideal para concretar los mandatos de Eros”⁷ (y luego veremos que también los de Tánatos).



Todo el Jardín Alameda Exterior es un lugar tranquilo durante el día. Su desnivel respecto de la calle actúa como una especie de barrera entre el parque y el resto de la ciudad. Entre los árboles se encuentra Gisela, la única estatua del lugar, cuya inscripción



reza ‘Tributo de Gratitud del Pueblo Alemán. 1951’. “Giselle* (sic) es la estatua que la colonia alemana residente, obsequió al pueblo de Chile en señal de gratitud, por la colaboración prestada durante la postguerra. Inaugurada a las 12 horas del 23 de agosto de 1957 (...). Recuerda, en parte el envío de ayuda a los alemanes en el transporte chileno Presidente Errázuriz, al que los niños de Hamburgo llamaron ‘El Barco de Hadas’”⁸

Diariamente acuden al Jardín Alameda Exterior diferentes personajes, algunos más habituales que otros, pero de todos ellos hay uno que pasa tardes enteras: Jorge, de unos 65 años, llega cada día a las faldas del cerro para deambular durante horas por el lugar. A veces se sienta en una banca y se queda

⁷ Roberto Merino, en Santiago de Memoria, 1997, Planeta (p. 63).

⁸ Hans Fiebig Müller, en <http://www.alertaaustral.cl/2006/1201/misteriosamujersantalucia.html>

inmóvil mucho rato, otras veces cambia constantemente de lugar murmurando o gesticulando. Su principal actividad es mirar a las parejas de jóvenes. He intentado acercarme a hablarle, pero me grita cosas incomprensibles con cara de enojado.

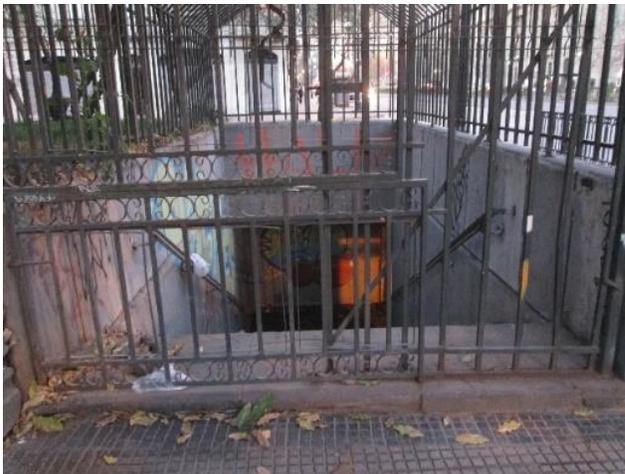


Sin duda, la figura más llamativa del lugar son los ingresos enrejados del ex Paso Peatonal Lira. La gente pasa por ahí y a veces los miran con curiosidad, mientras que otras pasan sin prestarles atención. Algunos turistas no entienden por qué tienen que ir hasta el semáforo que está algo distante, en vez de usarlo para cruzar hacia el frente. Aun así la municipalidad lo mantiene cerrado, entre otros motivos porque el ingreso de personas que traspasaban la reja y entraban a dormir hacía que fuera difícil mantener la limpieza. *“Se les entregaron las llaves al Departamento de Aseo (...) pa que barrieran con mangueras la mugre, la pudrición que había (...). Nosotros estábamos a cargo solamente de cerrar y abrir”* (Roberto).

No solamente para evitar el ingreso de los *homeless* es que está clausurado, “yo crucé varias veces, y te digo que era... era de miedo, era de terror... Si tú cruzabai (...) y desde el otro lado habían, imagínate, delincuentes esperando, y te veían entrar solo (...) ellos entraban y ahí adentro podía pasar lo que... ¿tú viste la película *Irreversible*? Ya, eso te podía pasar, o (...) que te tiraran donde pasan los autos, qué sé yo” (Vólker).



Pero, ¿se habían solucionado realmente aquellas problemáticas con el cierre o la reja sólo había operado como intento de silenciamiento de *síntomas* que, sin ese espacio para su manifestación, se desplazarían a otro lugar? ¿Tendría esto algo que ver con la densa sensación que percibía en el Jardín Alameda Exterior y en la calle Victoria Subercaseaux? Los accesos clausurados del Paso Lira, ¿símbolo de un silencio actual o

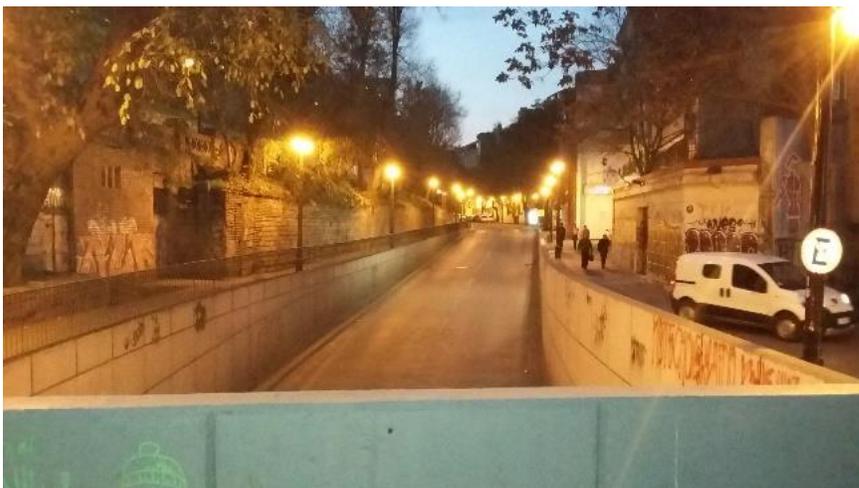


de un silencio pasado?, ¿símbolo o pura materialidad? De cualquier manera, es fuerte la sensación de que “algo hay” en ese entorno. ¿Algo no representado, tal vez algo borrado que hay que descifrar en clave de trauma?

En el polo más extremo y silencioso de la des-ligazón nos encontramos simplemente con la **falta**, con el desconocimiento que se produce no por falta de voluntad, sino porque aquello que deberíamos conocer ha sido transformado o destruido, desapareciendo. Si bien transita bastante gente por la Alameda, no es mucha la que se interna al parque, y es menos aun la que entra por calle Victoria Subercaseaux: “He trabajado en Lastarria, en José Miguel de la Barra, tengo amigos que viven por acá... y nunca había pasado por esta calle, te lo juro (...). ¿Sabís lo que pasa?, es que esta calle es súper oculta (...). A mí, por ejemplo, me pasa de que invito amigos o gente que me viene a buscar, y nunca encuentran la

calle. Como que nadie conoce Victoria Subercaseaux” (Marcela); “la (...) oriental es la parte más oscura, menos transitada (...), los accesos del Santa Lucía que están para ese lado están cerrados (...). Victoria Subercaseaux, que no se sabe si es peatonal o no, porque circulan autos (...), es un híbrido raro ese sector” (Vólker).

Desconocimiento u **ocultamiento**, de cualquier manera los fragmentos, restos y huellas que encontramos en la ciudad nos sirven como indicios para empezar a buscar aquello que no se ve. “El cerro santa lucia tiene pero una cantidad de recovecos extrañísimos, está lleno de túneles adentro (...), también hay partes donde hay como unas entradas raras que están clausuradas, que conectaban todo esto, el submundo” (Lizbeth). Pero pareciera que no a todos les interesa encontrarse con ciertas cosas y, a veces, además del desconocimiento aparece la evitación, donde el miedo, el temor o la desconfianza son, entre otras cosas, lo que subyace al **rechazo**. “Yo cuando paso por ahí, paso rapidito, como que no me importa (...). Es que el lugar, el cerro, como que tira una onda así como violenta” (David). Si bien recientemente la municipalidad instaló nuevas luminarias, el lugar sigue teniendo espacios estrechos y algunos recovecos que generan una sensación de inseguridad. “Por Victoria Subercaseaux en la noche no he pasado, lo evito (...), es que no hay nadie, hay dos o tres figuras, cachai, como que uno las ve a contraluz (...). Debe haber venta de drogas o quizás qué po, y claro, uno evita (...). Sigo mi camino derecho” (Ernesto); “hubo hartoo rato que para mí pasar por ahí era



todo un trauma, no quería (...). Todavía me da mucho recelo pasar por ahí de noche (...). No paso por el cerro, paso por el frente” (Priscila); “se siente una cierta sordidez (...) de noche especialmente

o al atardecer, esa esquina (...) te produce una cierta necesidad de pasar rápido (...). Sientes que pasas por un pasadizo en el que te pueden (...) golpear, asaltar, violar, cualquier cosa (...). Te gatilla temor (...). Como sentirte pelado, desnudo o vulnerable” (Danilo).



Aparece fuertemente la sensorialidad, las **sensaciones**, en primer lugar de manera tenue asociada a lo ominoso, lo informe, lo no definido, porque *“es un lugar oscuro, que no puedes ver, lo puedes ver pero no ves. Un hoyo negro. Es el misterio, te sientes expuesto al azar, a una cosa no definida”* (Danilo) y, además, una sensación muy cargada, concentrada, densa. *“El tema de la energía en este punto en particular es ‘power’ (...). Este lugar de aquí está pero tan cargado (...). Es impresionante”* (Lizbeth); *“es como una calle como casi que no tuviera que existir (...), yo creo que es como una calle que no se alcanzó a desarrollar (...). Cuando los lugares no son abiertos y son como éste (...) como que se concentran energías creo yo”* (Marcela); *“una sensación extraña, como de que algo pasó ahí (...), pero tampoco te lo sabría describir yo muy bien (...), no te podría decir que joh, siento que hubo muerte ahí!, pero sí me da una sensación extraña como de respeto, como de que hubo vida ahí y que a lo mejor esa vida dejó de ser vida ahí”* (María Raquel); *“como depresión, así, como... como un nudo, así, como algo así muy anudado, un nudo de cuerda bien grueso anudado hasta el infinito”* (David).

Y, en segundo lugar, también aparecen sensaciones más definidas, bruscas, hacia el impacto sensorial. *“Yo soy súper perceptivo, y con olores especialmente (...). Nosotros filmamos ahí por el costado (...) por Victoria Subercaseaux hacia el cerro (...). Hay una parte, deben ser tres metros o dos metros (...) y de ahí sale como un olor como de una canaleta, puede ser, pero de una orina intensa, rancia (...) y perturba mucho, porque tú llegas al cerro medio perturbado... como un olor a pescado, así muy desagradable, pero un olor como muy, ¿cómo te digo?, de desecho humano. Es como que se pudrió no sé qué hue’á, o hay olor a desagüe (...), muy de baño, muy íntimo (...). La sensación era terrible, porque tuvimos que grabar una escena de sexo en un árbol, arriba, que estaba colindando con una reja. Estas rejas que son bien expresionistas, diagonales, que están ahí. Y ahí fue terrible, el olor era una cosa pero... había caca humana (...). También restos de papel con el cual se había limpiado el ano ese personaje. La sensación era muy... el aire que pasaba era demasiado denso, todos estábamos incomodísimos y los*

actores lo único que querían era bajarse, pero para mí como director me gustó y me facilitó el trabajo” (Diego).

No debía asombrarme mucho que la mezcla entre sensorialidad y ominosidad también produjeran en algunas personas algunas vivencias relacionadas a lo **paranormal**. “Dicen que existen espíritus arriba que los empujan, que hablan, o que ven sombras que van caminando” (Roberto) y en “esta casa⁹, por ejemplo, que está en la esquina de Victoria Subercaseaux con Alameda, es enorme, la restauraron, quedó preciosa y llevará dos años sin arrendarse, por lo menos (...). Tiene un subterráneo (...). Decían que penaban así del terror, y algo pasa también en esa esquina, que no es al azar” (Lizbeth).



Así, el lugar tiene sus atractivos para sujetos interesados en el *trabajo con las energías*, ya sean luminosas u oscuras. Incluso algunos jardineros me dijeron que a veces encontraban tarros con sangre o pájaros sin cabeza, prueba irrefutable para ellos de ritos satánicos o magia negra. Que hubiese gente que considerara el lugar adecuado para esas prácticas demoníacas me parecía buen indicador de destructividad, recordando a Davoine y Gaudillière con su explicación de las cosas dia-bólicas y sim-bólicas. En internet puede encontrar también todo tipo de teorías conspirativas, mitos e historias que

⁹ Victoria Subercaseaux 7. Imagen extraída de Google Maps – Street View.

presentan una variedad de seres, desde extraterrestres, pasando por sectarios y hasta algunos incorpóreos. *“Desde que nació en Chile (...) esta criatura fue custodiada en las entrañas del cerro Huelén (...). Ese cerro invadido de oscuras entidades, bajísimas vibraciones y muerte (...). Sabemos que se sacrifican personas en el mismo cerro (...). Se alimenta a los reptiles de rango inferior, así como también al reptil ‘real’ (de realeza) que vive debajo (...). Le encantan los niños y se los entregan vivos para que se los coma (...). El resultado de nuestra acción fue excelente. Logramos bloquear el ingreso de miles de entidades oscuras pues sólo lograron pasar unos cuantos y logramos ingresar nosotros a la Tierra a más de 4.000 entidades de luz (...). Hicimos nuestro trabajo bajo una lluvia que fue planificada artificialmente para que evitáramos hacer lo que íbamos a hacer. Coincidentemente la lluvia cesó una vez que el enorme portal sobre Santiago de Chile se cerró¹⁰”*. Lo **subterráneo**, lo enterrado, los túneles y el submundo encuentran asimismo expresión en las constantes referencias al o los cementerios que se supone hubo en el lugar. *“Hay una estatua (...) y una inscripción (...) que recuerda a los caídos... y a los protestantes (...). Yo no tengo claro en qué lado estaba el cementerio, al parecer (...) en la ladera oriente”* (Alby).

Otras expresiones constantes que creo importante mencionar se referían a la **detención del tiempo**, en el sentido de que a lo largo de los años *“ha crecido la ciudad en torno a este cerro, no así ha evolucionado el cerro”* (Alexis B); o que *“es un sector que ni siquiera tiene vida (...), que está ahí como congelado”* (Alby); *“se armaba como una atmósfera así como que el tiempo se paralizara”* (Francisco). Otras expresiones parecían hacer referencia a la **masividad**, por ejemplo al imaginar los usos que se le podría dar al paso inferior Lira: *“No sé, por ser más grosero todavía (...), un gran café con piernas, enorme (...). Se va a llenar”* (Aldo). Era curioso como aparecía la prosopopeya o **personificación**, sobre todo para hablar del cerro: *“Como que tiene vida propia también (...). Como que el cerro presenció el acto, pero no fue culpa del cerro”* (María Raquel). Y, sobre todo, aparecen muchísimas referencias a la **excreción**, desde el uso del lugar como letrina hasta zona de concurrencia de aquellos que la gente suele considerar los “desechos de la sociedad”, personajes “marginales” de los que hablaremos más adelante. *“Tanto visualmente como tóxicamente en esa esquina de ahí de verdad que cada quince minutos o media hora tú ves una persona orinando, entonces eso no corresponde”* (Lizbeth); *“casualmente hoy día también ando con diarrea... sí po, hoy día ando como*

¹⁰ <https://elpoderdelaverdad.wordpress.com/tag/cerro-huelen/>

súper complicado de la guata y de hecho en momentos de la conversación he estado como ‘¿voy al baño, o no voy al baño?’ y he estado como aguantándome” (Ernesto).

Destacan también las varias referencias al oído, sobre todo en la forma de déficit, molestia o bloqueo. Pérdidas de audición por **ruidos** y tinnitus¹¹ aparecieron en algunos entrevistados como una forma de malestar. *“Me provocó una tinnitus (...), entonces yo pongo para dormir, ópera (...). Pedí hora al otorrino y me dice ‘esto es consecuencia de la gente que vive en Santiago’” (Héctor).* Pero más destacable aún es el hecho de que en la mayoría de las entrevistas solían aparecer ruidos constantes, a veces molestos, como algún ventilador u otras máquinas funcionando, también música, o el tráfico, ruidos que me hacían pensar en *algo* queriendo manifestarse, o bien en una dificultad para que la grabación quedara ‘limpia’ e inteligible.

En esta misma línea y de manera más abundante aparecía la dificultad de ver, la **ceguera** o la miopía, el miedo a perder la vista, o problemas de visión en los entrevistados, infecciones y hasta pérdidas oculares (uno de los *homeless* que habitaba el Paso Lira había quedado tuerto en una pelea). Surgía así el cuerpo como lugar de síntomas, **dolencias** y discapacidad: *“Esta cuestión también me bajó de repente la audición (...). Más encima que ando cojo” (Jorge); “tengo un puro pulmón y el otro lo*



tengo perforado (...). Tengo muchas puñaladas en el cuerpo (...), como 59, y sigo en pie porque Dios me tiene con vida (...). Este dedo no lo siento, está muerto” (Homeless).

En la foto, Aragorn, perro mastín de una de las entrevistadas, casi ciego por un problema de nacimiento

El tema de **la mirada** y las constantes referencias a lo visual estaría muy presente durante toda la investigación, haciéndome mucho sentido por la *puesta en imagen* como el primer paso al trabajar con lo irrepresentable. Desde hace años acuden al cerro voyeristas tanto en grupos como en solitario, principalmente hombres, que observan a las parejas mientras se acarician. Algunos de ellos llevan años yendo al lugar y son ya

¹¹ Fenómeno perceptivo que consiste en escuchar zumbidos, siseos o campanilleos que no proceden de ninguna fuente externa. De causas aún poco claras y sin tratamiento efectivo, también se le conoce con el nombre de acúfenos.

conocidos por los guardias, con quienes conversan. *“Yo vengo a mirar no más, ya cuando llegan al acto mismo yo me voy, pero así me incentivo, llego a mi casa y tengo buenas relaciones con mi señora”* (Voyerista). En otros casos aparece la mirada como algo más desligado de la meta sexual, relacionado al trabajo de captación y elaboración posterior de acontecimientos: *“A mí me interesa ir a instalarme allá un tiempo con una cámara a observar a los transeúntes (...). He ido varias veces y siempre hay algo interesante”* (Ernesto).



Estas muñecas y cabezas de muñeca de la foto miran por la ventana del departamento de Lizbeth hacia el cerro, y fueron lo que me motivó a entrevistarla. Ella es actriz, diseñadora de vestuario y directora creativa: *“Yo he hecho muchas sesiones de fotos en el cerro (...). Ese muro de allá, pucha, le hemos sacado el jugo (...). Siento que en estos cuatro años he visto toda la concentración del centro, de lo que pasa en la ciudad, en un puro lugar, como muy de espectador”* (Lizbeth). Otro de los vecinos de la falda oriental del cerro es Elton, extranjero Albanés, que arrienda un departamento justo frente al Santa Lucía, también en calle Victoria Subercaseaux. Por su ventana, curiosamente, no puede ver el cerro pero sí los otros departamentos, cosa que le parece muy interesante, porque es *“como la película de Hitchcock, Rear Window”*¹² (...). *Es lo más interesante, que es como una película de la vida chilena”* (Elton).

Es importante mencionar, en este punto, que cuando Pedro de Valdivia renombró el cerro lo hizo en honor a Santa Lucía¹³ de Siracusa, mártir cristiana y actual patrona de la vista y de los ciegos, cuyas representaciones iconográficas suelen mostrarla a menudo

¹² La Ventana Indiscreta, 1954.

¹³ Lucía significa luz.

con una bandeja en la que reposan sus ojos eviscerados. Interesante también es que el cerro haya sido usado como marcador de horizonte por los



pueblos precolombinos, como mirador de la ciudad y puesto de vigilancia por los españoles, y posteriormente también como observatorio astronómico¹⁴. A esto podemos sumarle otras referencias a la vista encontrados en el barrio, como alguna consulta oftalmológica, los espejos y cámaras que tiene Carabineros del sector para vigilancia, o el ojo del logotipo del instituto Arcos, cuya Escuela de Teatro se ubica en el lugar. O que a Maximiliano, vigilante de Victoria Subercaseaux 181-191, otro de los entrevistados, se le presentara una infección muy fuerte en uno de sus ojos. Fue él quien me advirtió que a veces era mejor no escarbar en ciertos ‘asuntos’ dada la existencia de gente con algún grado de poder a la que podría parecerle mal, siendo preferible resguardar la propia seguridad, mientras me ponía cara de “a buen entendedor, pocas palabras”. Fue *desvinculado* poco tiempo después. En su relato el tema de la visión se liga con el estar **alerta**: *“Veo todo lo que tengo que ver y, por ejemplo, cosas que no se deberían verse (...). Tengo que estar alerta (...). Es un estrés que a nosotros se nos forma”* (Maximiliano). La relación entre la calle y la vista tiene importancia para varios entrevistados, a quienes les gusta la posibilidad de tener una *“visión periférica (...), ver como las situaciones, ver quienes circulan, en qué andan (...). Eso te lo da la calle, no te lo dan los espacios cerrados”* (Francisco); *“hay gente que se espanta (...) cuando va a la Chimba (...), a Independencia (...), Yungay (...), Matta y (...) se encuentra con la gente en las calles (...) ocupando las veredas, sentados, conversando (...). Esa gente que está en las veredas está haciendo uso del espacio público y además está **vigilando**, entonces es una manera también incluso de protegerse”* (Vólker).

Esta alerta de los sentidos ante posibles peligros genera adrenalina, que prepara al cuerpo para reaccionar frente a **riesgos**, peligros y desafíos, temas que nos empiezan a sacar de la pura sensorialidad, llevándonos a lo motor: *“Yo andaba desafiando el cerro por así decir, desafiando la suerte, porque yo me sentía que era una persona que no me iba a fallar nunca la suerte, protegido por mi familia, protegido por mí, por Dios”* (Marcelo). La búsqueda de actos arriesgados, que hacen pasar de la ansiedad a la adrenalina,

¹⁴ Se construyó en 1849, cuando llegó al país una expedición de la marina de Estados Unidos que tenía como objetivo calcular la distancia de la Tierra al Sol. Finalizada la expedición, el 17 de agosto de 1852 el presidente Manuel Montt compró las instalaciones del cerro a la comisión extranjera, pasando a convertirse en el primer Observatorio Astronómico Nacional.

apareció más temprano que tarde. *“Ni siquiera como que la parte sexual fuera tan importante, si no que era (...) como lo que te provoca esa adrenalina de que va a llegar alguien (...). La adrenalina, que es la adicción que yo creo que tengo”* (Francisco) hace que se presenten conductas de **transgresión**, de maneras diversas, como ir contra la moral establecida o



ingresar a un lugar prohibido, cruzar un límite, una reja. En ese sentido, la esquina presenta una potente dualidad refugio-transgresión. *“Efectivamente, ha sido un espacio para ciertos segmentos de la sociedad que de alguna manera se ven rechazados (...). Una especie de escondite natural dentro de la ciudad, que te permite traspasar barreras (...) que la ciudad te impone”* (Vólker); *“yo una vez entré ahí con una amiga, a curarnos un poco (...). Bajamos y recorrimos todo ese lugar, con un poco de miedo (...). Es súper tétrico, pero vimos los autos pasar (...), nos sacamos fotos (...). Nos dimos cuenta que no tenía candado ni seguridad, entonces como que llegamos, la abrimos, bajamos. De curiosas”* (Priscila). Tal vez las transgresiones en la esquina nos den una pequeña pista para acercarnos a la escena imaginaria con la que pudiésemos comprender el temor constante de los habitantes de Santiago a ser invadidos, y que causa algo de gracia a los extranjeros: *“La primera cosa que me llama la atención es que hay rayas (sic) en todas las ventanas... rejas (...). ¿Por qué la pone la gente esa cosa?, es un poquito como raro, ¿me entiende? (...). Me imagino que no hay tanto robo en Chile... por estadística no hay”* (Elton).

3.1.1.2. Positivización violenta

A medida que nos alejamos de lo tenue y lo difuso y nos acercamos al extremo de la espectacularidad las sensaciones van dando paso a situaciones, **actos** y puestas en escena que involucran al cuerpo en su parte motora, si bien la mayoría de la gente dice que todas estas cosas que ocurren en la esquina son menores comparadas con lo que pasaba antes en todo el cerro. El lugar parece convertirse en escenario de resabios de otras épocas y lugares, en una especie de fantasmagoría. *“Yo diría que la violencia fue erradicada casi completamente, no ha habido crímenes así de primera página o asaltos de primera página”* (Héctor), sin embargo, Victoria Subercaseaux con *Alameda* se

transforma de todos modos en *“un feature (...) de la ciudad (...), un minicosmos de cosas de la ciudad”* (Elton), donde *“en la noche es complicadísimo (...), se junta gente ahí mismo, frente a esa caseta, hacia arriba pegado al muro, y ahí toman, pasa de todo”* (Alby).

Como buen escenario, debe estar lleno de personajes que encarnen los roles que la historia demanda. ¿Qué historia es la que se quiere contar? Personajes extraños repiten sus escenas a diario en una especie de ensayo eterno. Uno de los que suele visitar el lugar *“es una señora flaca (...), debe tener trastornos mentales, habla sola, fuma, es muy muy muy delgada (...), uno la ve por todo el barrio, se sienta ahí en la esquina y anda siempre dando vueltas y hablando (...). A mí me dijeron que parece que su marido había sido detenido desaparecido, como que tenía una historia como súper fuerte que la había dejado ‘pelando el cable’”* (Lizbeth); *“vimos también a un tipo, era un esquizofrénico, un viejo, estaba vestido de manera muy elegante con una voz como muy de ‘pepe pato’, así, y nos empezó a gritar que cuáles eran nuestras intenciones acá, que por qué estábamos acá, que qué queríamos mostrar”* (Diego); *“Al Divino Anticristo (...) le doy un poquito de rabia porque me grita siempre... cuando estoy con mi novia (...) hablando en albanés, cuando escucha idioma extranjero se pone nervioso, pero no es peligroso (...), sólo grita, nada más”* (Elton). Si la **locura** es pura materialidad y búsqueda de cosas perdidas, tal vez lo híbrido de estos personajes puede leerse como restos o fragmentos que aparecen aglutinados en un mismo cuerpo, como si el personaje manifiesto se hiciera cargo de varios elementos subyacentes de la escena imaginaria. Detenidos, cables, elegancia, Albania... de alguna forma habría que leer todo esto. Por mientras, había que empezar a guardar estos fragmentos para ver a dónde me conducían. Pensando en la hibridación, el travestismo no es algo que se vea mucho en el sector, aunque sí se observan personajes con vestimentas peculiares, *“me acuerdo de uno en particular que era un tipo que tenía barba, tenía el pelo largo, tenía una chaqueta de cuero y tenía patas de leopardo, o sea como estas patas largas que ocupan las minas, apretadas... ¡Calzas! Son calzas, calzas de leopardo¹⁵. Y salió y se fumó un cigarro y nos miraba, fruncía el ceño, como que le estábamos ocupando su lugar”* (Diego). Una especie de mala imitación

¹⁵ Empiezo a hacer el ejercicio de relacionar algunos elementos que iban apareciendo con ciertas historias que iba conociendo en paralelo. A modo de ejemplo, ligo esta materialidad a lo que se conoció como El Plan Leopardo, nombre con que la prensa encubrió la operación diseñada por la DINA que consistió en acercarse a militantes de izquierda y comprometerlos a tomar parte en una supuesta "acción de rescate de prisioneros políticos recluidos en Tejas Verdes", entre los que se encontraba un gran número de pobladores de La Legua. Cinco miembros de una célula comunista de esta población fueron ejecutados el 21 de diciembre de 1973, acusados de participar en dicho plan.

de lo femenino a modo de mascarada, en un lugar que de noche casi no admite la presencia de mujeres. Como curiosidad, el mismo Benjamín Vicuña Mackenna – ideólogo del *transformismo* del cerro – en 1851, con 20 años, luego de ser encarcelado por participar en la fallida revolución contra Manuel Montt, se fuga supuestamente vestido de mujer” (Rivera, p. 18).

La **enfermedad mental** se hacía presente en estos personajes, pero no sólo en ellos, sino también bajo otras formas diferentes a la locura, encontrando otras salidas clínicas en las vivencias de los propios entrevistados, y de gente cercana a ellos, como familiares o amigos: *“Conozco muchos bipolares, esquizofrénicos, eeh, aspergers, gente con problemas como de autoestima”* (Francisco); *“soy soldador al arco, tenía una buena pega, pero caí en depresión (...), me hice tratamiento por alcohol y droga, estuve internado (...). No me dio resultado y estoy acá”* (Homeless); *“mi mamá igual era depresiva, cachai (...), yo soy una persona (...) bipolar ¿cachai o no? Yo puedo estar un día bien, un día mal (...), pero nunca me he tratado, nada, nunca me diagnosticaron, pero yo soy bipolar (...). Hereditario de mi familia pero entera po, supongamos mi hermano, mi mamá, todos somos bipolares”* (Moreno).

En cuanto a las adicciones, lo que más resalta son las **toxicomanías** y, como en varias de las dimensiones que han surgido, acá también podemos apreciar desde las formas leves hasta las más extremas. El Jardín Alameda Exterior es un lugar con un inconfundible olor a marihuana, durante gran parte del día se puede ver gente fumando, sola o en grupo y si bien se realiza de forma tranquila, de todas maneras la mayoría de los desalojos que ocurre en la actualidad es por consumo de marihuana y alcohol. En la noche el ambiente ya no es tan tranquilo, transita gente alcoholizada por el lugar, también hay venta de droga, y suelen surgir *situaciones*. *“Cocaína, alcohol, Cidine, anfetaminas, neoprén (...), éxtasis, ácido (...). Hice como varios tipos distintos de rehabilitación (...). cada vez me iba metiendo más en cosas y llegó un punto en que empecé a tener alucinaciones”* (Francisco); *“esa vez también recogimos a este gallo que estaba con los pantalones abajo, con un chichón gigante (...) – estaba lloviendo – estaba tirado en el pasto, entonces lo empezamos a levantar y de repente como que empezó a tomar conciencia, estaba ultra borracho y después se puso violento y fue como ‘ah, ya, que lata’ y lo dejamos. Antes de navidad (...) también, dos niñas borrachas se metieron ahí al cerro, sin saber a dónde se metían, las asaltaron, una se fue no sé a dónde, otra quedó ahí tirada, le robaron los zapatos, la cartera, estaba casi inconsciente, entonces salí de*

nuevo, la metí al pasillo, le di agua (...). Debe haber tenido 20 años, una cabra universitaria, entonces esas situaciones como que te hacen partícipe del entorno, pero



también uno tiene que mantenerse alejado” (Lizbeth), aunque son de una potencia tal que lo hacen pasar, a uno, de la posición de espectador a la de actor.

Lo sexual es otro de los temas de gran

insistencia en el lugar, con “situaciones un poco excesivas” (Carlos P). Durante el día, “lo que te impresiona si caminas por la calle es la cantidad de parejas que están por el lado del cerro” (Elton), atrayendo a los voyeristas, de los que hablamos anteriormente. “Hay, de hecho, un degenerado que viene muy seguido, yo lo tengo más que cachado, que se pone aquí en el pasillito y están las parejas ahí y él se está tocando. Yo he llamado a carabineros (...). Un viejo, sí, y que camina chueco (...). ¡Me da un asco! Es medio loquito. Es un personaje del lugar” (Lizbeth). Lizbeth se refiere a Jorge, el personaje que me correteaba cuando intentaba acercarme a hablar con él y que me costó casi dos años poder entrevistar. Más adelante entraré en más detalles al respecto, pero él reconoce que “al cerro me voy a entretenerme (...), a mirar mujeres, todavía me quedan recuerdos que yo era joven (...). Ahora, los pololos como tú así ¿a’onde les sale más barato?, ir al cerro Santa Lucía po. No tienen que gastar na, y más encima les compran un chocolate a las chicas y con eso pasan toda la tarde (...). Yo he visto montones de compadres haciendo el amor ahí, sobre todo cuando se oscurece, ¡chhh!, el cerro Santa Lucía le dicen el hotel, hotel ese, pasan todos haciendo el amor ahí” (Jorge). Las situaciones románticas del día algunas veces tienen connotaciones más sexuales, pero es en la noche donde el lugar adquiere ribetes de mayor desenfreno, principalmente para la homosexualidad. “Como te digo, aquí en la noche (...) llegan locos a tener relaciones con ellos, muchos homosexuales se quieren meterse p’allá y uno tiene que pararlos (...) porque piensan que uno presta esa hue’á pa culiar con los hue’ones. O piensan que uno está en esa situación abajo ¿ah? ¡A mí me gusta la vagina, me gustan las mujeres, en primer lugar no me ha gustado nunca un hue’ón!” (Homeless). La otra cara de la moneda son los sujetos que se

consideran a sí mismos como heterosexuales y, sin embargo, van al lugar en busca de encuentros con otros hombres: *“Mira, yo tengo tres hijos, tengo mi señora, pero de repente me descarrilo y camino pa sentir otras sensaciones”* (Moreno). La prostitución se da en alguna medida, aunque está más consolidada cerca de la ladera poniente. También existe delincuencia asociada, donde los ‘clientes’ son asaltados impunemente, pues rara vez realizan la denuncia por temor a exponer los motivos por los que se encontraban en el lugar al momento de ser asaltados.

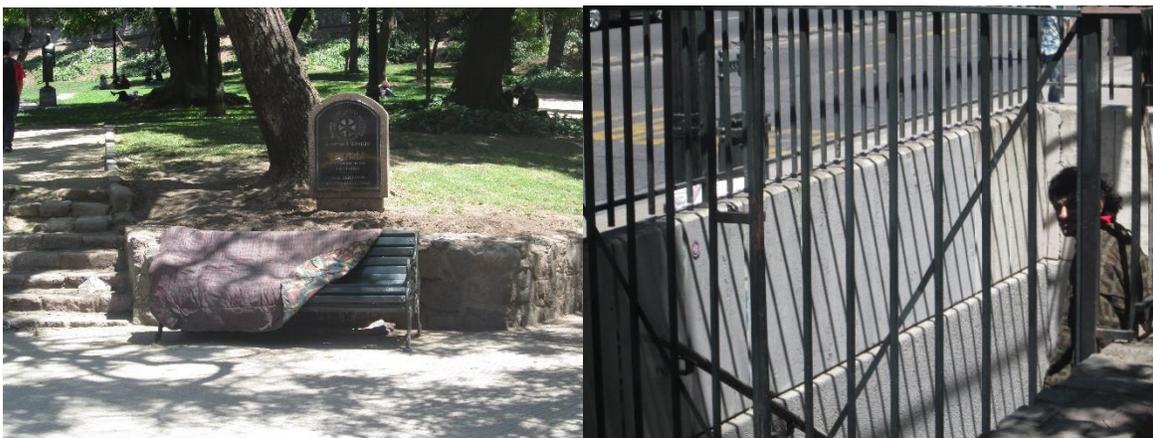
Las **disputas por el territorio**, frecuentes en el ámbito del sexo y la prostitución, ocurren también entre los habitantes de los barrios colindantes, los comerciantes y la población flotante, que ha aumentado en los últimos años. *“Indudablemente van a tener que regular el tema del turismo y cuidarlo, porque son hoteles caros, entonces tú no te vas a arriesgar que asalten, que anden prostitutas, ni nada de eso (...). Siempre los vecinos conversamos que lo que nos aterra es que esto se convierta como en Bellavista (...). Hay comercio ambulante, que no había antes”* (Héctor). Además, el auge del turismo en la zona ha dividido a los vecinos entre los que están a favor y los que están en contra. A esto se suma la creciente gentrificación del barrio Lastarria y el choque entre la



municipalidad y los *homeless*, pero también entre ellos mismos, dándose muchas veces una lucha ‘cuerpo a cuerpo’: *“Hay que estar armado, hay que tener tu cuchillo... no sabís como son las personas acá adentro (...). Uno tiene que estar arriesgándose a cualquier cosa. Anoche llegó un hue’ón con una pistola (...), con dos o tres locos a tirar piedras p’abajo, pero los locos igual arriesgados porque ellos iban a entrar p’adentro, y yo adentro yo pillo un loco (...). aunque tenga que perder la vida, la pierdo, pero la pierdo defendiendo mi lugar”* (Homeless). Estas disputas muchas veces terminan en **daño** físico, poniendo nuevamente al cuerpo como superficie que se marca: *“A mí me colocaron 7 puñaladas en mi cuerpo, 8 con la del ojo. Y me pillaron durmiendo”* (Homeless). La indigencia y **gran precariedad** de los *homeless* va asociada otras temáticas, como la **orfandad**, la soledad y la falta de

cuidados. *“De chico fui garabatero, porque me crie solo. Mi mamá trabajaba, me dejaba*

solo en la casa (...). Yo tenía como tres años, tenía un hermano (...), quedábamos los dos juntos, no comíamos na, por esa hue'á se me reventó este oído, de debilidad (...). Entonces yo no me acostumbro a que me den nada, si no me dieron cuando chico ¿por qué me van a dar ahora?" (Donoso).



Con respecto a las **delincuencias**, se encuentran referencias al cerro como lugar de delito en el que se daría principalmente “como una mezcla, homosexuales y delincuentes, que conviven ahí casi todos los fines de semana (...). Han llegado personas con las manos ensangrentadas que les pescan los cuchillos pa que no los asalten” (Roberto); pero también como lugar desde donde se sale a cometer delitos: “5, 6 tipos bajan la ladera corriendo y asaltan al que va pasando (...). Va en descenso porque ahora es acotado casi a los fines de semana” (Roberto); y lugar hacia o por donde se huye luego de cometer un delito: “los lanzas del centro robaban collares, supongamos, en el sector Alameda y salían arrancando p'al cerro, porque atravesaban hacia el otro lado, hasta Merced (...). Uno de ellos que le llamaban El Medalla, que se dedicaba solamente a robar medallas en el centro” (Roberto). En general se trata de sujetos que aprovechan la oportunidad, lanzas, como se les conoce coloquialmente. Tienen particulares ética y modus operandi: “Te soy sincero, yo ando movilizándome, salgo a choriar, todo, no le falto el respeto a nadie, a mí me gusta ganarme la plata con los hue'ones que tienen plata (...). Yo vengo p'acá y a los hue'ones que vienen saliendo del Bella (...), mira, pa que veai, yo estoy siendo súper sincero contigo y súper realista, súper legal contigo, mira (...), raspo cualquier pastilla, cualquier hueá, la envuelvo y se las vendo a ellos... y me las compran, y yo me gano lucas con eso, yo me puedo llevarme cien lucas, setenta lucas, en un rato más, cuando ya los hue'ones andan ebrios y andan buscando, andan buscando

desesperados falopa (...). Es tanto el copete que tienen en el cráneo que ya no tienen, no tienen reacción, no tienen ni idea ni noción de lo que están haciendo” (Moreno). Aunque en general se trata de robos menores, estos causan una fuerte conmoción en los despojados, por lo sorprendente: “Estaba esperando a una amiga para que fuéramos al teatro (...) y de repente siento que me ponen como algo en la cabeza, miro hacia el frente y era un tipo (...). No le entendí nada porque estaba con los audífonos puestos (...), tenía un arma, me quitó los audífonos... mi pendrive... y me dijo que contara hasta cien, que si no me iba a pegar un balazo. Yo en pánico conté hasta cien, él se fue (...). Yo, por lo que me acuerdo no pensaba nada, yo estaba esperando que alguien saliera del Arcos o que mi amiga llegara (...), se había demorado más de lo normal (...), la obra era a las 8:00 (...), Al Volcán se llamaba, y se trataba de unos tipos que habían quedado enterrados en la nieve, que eran milicos” (Priscila).

La **muerte**, como última puesta en escena, también ha rondado el lugar. Una de las formas de presentación, si bien no la más usual, han sido los **asesinatos**: “Cuando no tenía reja hubo crímenes en el cerro Santa Lucía, yo recuerdo haberme levantado un día y había una mujer, estaba muerta al frente... antes que pusieran la reja, debe haber sido en los años '80” (Héctor). Más comunes son los **accidentes**, pero a pesar de presentarse con mayor frecuencia, no es usual que terminen en muertes, aunque sí han ocurrido situaciones bastante dramáticas: “La directora de jardines anterior que hubo (...) estuvo en un juicio (...). Tuvo que poner abogado particular, por una persona que se había caído” (Alby); “mucha gente se cae y se resbala porque arriba los peldaños de la parte superior es roca (...). Cuando llueve nosotros cerramos el cerro para evitar caídas (...). En el año 2006 (...) un joven como tú, el Richard (...), la polola de la capilla le estaba sacando una foto y él se subió arriba de la roca del quiosco, se resbaló y cayó, cayó encima del quiosco, cayó abajo y se reventó, le salía sangre por todos lados” (Roberto). **Suicidios**, “aquí han existido muchos (...). El 2012 hubo un suicidio de una persona que se ahorcó ahí en la terraza Caupolicán, pero la generalidad de antiguamente era que en primavera o cuando estaba por terminar el año escolar, venían jóvenes y se tiraban p'abajo (...). Generalmente se da mucho en primavera, no sé qué pasa (...). Había una niña que llevaba como dos horas sentada en un banco (...) ahí pensativa (...) y de repente la niña se para, sube la pierna arriba del pasamanos y se tira p'abajo (...). No se mató pero quedó parapléjica (...). Mira, la única vez que me dejó marcado algo y no podía dormir durante una semana fue que un tipo se subió arriba del ascensor, de los barandales del ascensor y se tiró p'abajo (...). Me impresionó mucho de que le bailaban los ojos, blancos

totales, y esta mano derecha la tenía recta, dura, no se la pude bajar, y traté de moverlo porque tenía la cabeza media caída en un escalón con otro, y le meto la mano y me sale llena de sangre, caliente así (...). Llegaron la ambulancia, llegaron los bomberos (...) y se lo llevaron. Y esa noche no puede dormir, pero, pensando 'puta, el cabro era joven, por la cresta' decía yo, 'no pude salvarlo, no pude llegar antes', me cuestioné mucho. Y después leo en el diario La Cuarta de que el tipo había matado a su señora y a su hijo, ¡y yo no dormía pensando que 'pobre cabro, hue'ón, que se mató!' Después dije yo 'bien muerto está, porque mató a la señora y al hijo antes de matarse él', cachai... cambió mi percepción" (Roberto).

Hasta acá, hemos visto una serie de acontecimientos que, repeticiones o no, pueden ser considerados como intentos de ligazón, de buscar o hacer aparecer cosas perdidas, desaparecidas; o simplemente de mostrar algo y, en ese sentido pueden leerse como denuncia o petición de ayuda. Por lo tanto, consideramos que constituyen un trabajo hacia la simbolización incluso si aparentemente han fracasado. Pues aun cuando alguno de estos movimientos termine en una muerte, el trabajo *de vida* estaría realizado si se ha logrado dejar una marca, una huella que pueda ser transmisible, que alguien pueda volver historia.

3.1.1.3. Perversión

"La diferencia con la gente que está allá (...) es que ellos van por una emoción, por algo que sea adrenalínico, algo que los motive, me entendís, esa es la diferencia, a nosotros nopo, a nosotros nos motiva la plata porque tenemos que trabajar, porque es nuestra pega" (Maximiliano). Por muy violentas que sean las situaciones del apartado anterior, debe considerarse que los sujetos partícipes de ellas están realizando esfuerzos de ligazón en una lucha contra la destructividad y, por lo tanto, son víctimas. Reaccionan exacerbando la sexualidad, la excreción, las sensaciones, la violencia y todas aquellas cosas que de un modo u otro, son muestras de humanidad. Una exacerbación de los desechos, de lo *bajo*, de lo carnal, implica que en algún lugar cercano hay excesiva idealización, una búsqueda de algo muy elevado o afanes de limpieza y pureza.

En ese sentido y, siguiendo las características del verdadero Mal, los victimarios serían en primer lugar todos aquellos que participan de un sistema perverso que impone

el orden, el control, que quiere máquinas en vez de personas y que, por lo tanto, cosifica a los sujetos hasta llevarlos a situaciones límites, situaciones que cuestionan y desafían la 'normalidad'. El cerro ha sido víctima de esta banalidad en las forma de **abandono**, exclusión e indiferencia. *"No tenemos contrato que mantenga todo lo que son las edificaciones (...). Los muros, los balaustros, todo se está desmoronando (...). También tenemos que reconocer que ha habido muchas décadas en que la historia no tiene ningún valor y que 'tenemos que mirar para adelante' (...), si aquí no vienes a recoger un billete o sea, '¿a qué vienes?' (...), ahí hay también una búsqueda de otros intereses (...). Por ahí por el '87, llegó un funcionario nuevo a trabajar en mi taller, ingeniero geomensor, entonces yo le digo 'mira los levantamientos que tengo yo aquí del año '76 en que medíamos a huincha' (...). Entonces me dice 'ah, eso bóvalo si eso ya no va a servir (...), además si tú no lo botas (...) no va a haber trabajo para los demás' (...). Entonces ¿qué es lo que es la historia?, es papel amarillo, es basura, ya no sirve, a nadie le importa"* (Alby); *"la gente que había vivido ahí nunca invirtió, entonces está súper deteriorado, cuando se fueron se llevaron hasta las tinas (...). Este edificio, todo el lado de allá está también vacío, el primero y el segundo piso lleva tres años sin que se arregle, lo empezaron a arreglar, pararon, creemos que había algo medio raro ahí de tráfico de cosas porque lo compró una inmobiliaria (...). Esos dos están abandonados y los dos de arriba, había una oficina, y también se fueron"* (Lizbeth).

En segundo lugar, el cerro también ha sido víctima de la destructividad de aquellos que de forma consciente lo depredan. **Aprovechamiento**, usufructo, explotación, ambición y corrupción. *"Le roban las estatuas, le roban las esculturas... también ha estado expuesto siempre a eso (...). A nosotros el año pasado nos robaron una escultura (...), no era fácil el lugar donde estaba, tiene que haber sido todo un encargo, todo el mundo me decía que fue un encargo, porque fue un procedimiento súper pulcro, no quedó huella de nada, no se quebró ni una rama, no quedó ni una pisada en ninguna parte, no se dañó ninguna punta en la reja. Fue una situación muy, muy particular"* (Alby). La limpieza y pulcritud de quien no quiere dejar rastros que delaten sus actos (versus la suciedad y el desorden de las marginalidades de la esquina), son muestra de que *"no han sido robadas por un delincuente, sino que las mismas administraciones las han cambiado pa otro lado, a lo mejor se la han llevado pa la casa"* (Roberto). Peor aún es cuando estos aprovechamientos se hace bajo la legalidad, bajo una normativa que lo ampara: *"Hay información de que los eventos del Castillo Hidalgo utilizan los resquicios y no dan cuenta de lo que debieran pagar (...) porque dentro del contrato que hay con ellos hay un vacío,*

entonces hay una serie de cosas que hay que corregir ahí” (Alby). Y cuando son las mismas autoridades o quienes detentan el poder quienes en vez de entregar marcos de protección no sólo no lo hacen, sino a veces incluso ellos mismos cometen los atropellos. “El Hogar de Cristo se convirtió en un negocio, como todo se convierte en negocio, así que ahora los pensionados entran ahí, por qué, porque el Hogar les pesca la mitad de la pensión a algunos que son más cuerdos y a los que no son cuerdos se la llevan toda (...). Estamos hablando... sinvergüenzas... de aprovechadores po. Es que no debería ser, no debería ser porque hay instituciones que son para ayudar” (Homeless); “yo soy, en este momento, un hombre muy cuestionativo de las autoridades, sobre todo de Carabineros, que se basan en cifras pero no hacen nada, o sea yo veo que llega Carabineros acá arriba del cerro y se ponen a conversar dentro de su vehículo y capean, y no hacen su trabajo” (Roberto).

La explotación, el dominio y el **sometimiento**, “de alguna manera, en este caso por ejemplo de las violaciones, los robos, la sensación de que uno tiene más el poder que otro (...), ‘me siento poderoso y cómo puedo cagarme a otro’, en el fondo, y eso siento que es como la energía y me hace sentido como el tema de los detenidos desaparecidos, de que el cerro tiene como unos suricatas que andan así como, que uno los ve así como que aparecen entremedio como de las plantas esta gente y como que, brup, salen (...) y como que te agarran” (Lizbeth), **impunemente**. La **maquinación** es una de las formas para conseguir el dominio: “Todo es mentira, todo es ficción (...), parece que no se fundó acá (...). El cuadro fue un encargo de la Exposición Universal de París. Entonces es un encargo europeo, francés que hacen a los chilenos (...). Yo veo que en el cuadro¹⁶ hay (...) esa intención, esa perversidad” (Ernesto); “hay un escrito de Pedro de Valdivia que le manda al rey que habla de esto de dolor y desdicha (...). Si tú tienes que retirar a gente de su pueblo y que no vayan a este cerro (...) lo mejor es ponerle un nombre de dolor” (Verónica).

Finalmente, la desaparición y el **borramiento**. “La labor que hacen las empresas de mantención en áreas verdes es titánica, manteniendo todo sin rayas (...), todos los días borrando” (Alby); “Cuando se construyó el cerro no se consideró para nada el pasado indígena. El cerro no tiene nada indígena, incluso el Caupolicán que está ahí (...) nunca fue pensado como Caupolicán (...). No hay ningún monumento pensado para conmemorar el lugar sagrado indígena” (Patricio).

¹⁶ La Fundación de Santiago, de Pedro Lira, 1888, Museo Histórico Nacional.

3.1.2. Figurabilidad y búsqueda de ligadura

*“Y se encontrarían mil intermediarios entre la realidad y los símbolos
Si se diera a las cosas todos los movimientos que sugieren”*

Gaston Bachelard

3.1.2.1. Obstáculos

Santiago, algún momento cercano al año 2000:

Alrededor de mis 20, me encuentro una tarde en el cerro Santa Lucía conversando con una compañera de universidad, con quien me había puesto a descansar en el pasto, detrás de unos arbustos. En aquella época nuestras conversaciones eran extensas, así que no nos dimos cuenta cuando se hizo de noche. Al volver a la *realidad*, nos levantamos y nos dispusimos a bajar para marcharnos, pero nos encontramos con la sorpresa de que las rejas de ingreso ya habían sido cerradas; seguramente el guardia que desaloja a los visitantes no nos había visto. Aún incrédulos de la situación, entre risas y nervios empezamos a buscar otra salida, pero continuábamos encontrando candados cerrados y ninguna presencia humana cerca, mientras oscurecía cada vez más. Seguimos recorriendo, pensando que en algún lugar tal vez la reja sería más baja y podríamos treparla, pero no. Nos devolvimos para subir por la escalera que da al Castillo Hidalgo, pues creímos ver gente allá arriba, pero nadie nos veía ni nos escuchaba desde esa distancia. Ya asumiendo que no acudirían en nuestra ayuda, continuamos la búsqueda de una salida a como diera lugar... subimos y bajamos escaleras, recorrimos los senderos, trepamos muros y bajamos colgando por unas enredaderas... Cansados, sudados, sucios y con una mezcla de desesperación y adrenalina logramos llegar al sector del ingreso principal, donde se escuchaba música, gente y se veía mucha luz... ¡Había un paso! Salimos y fuimos a caer en un escenario donde estaba teniendo lugar una presentación folklórica justo en el momento en que el público rompía en aplausos. Era una situación muy extraña pero, por suerte, habíamos logrado liberarnos.

Santiago, 2016:

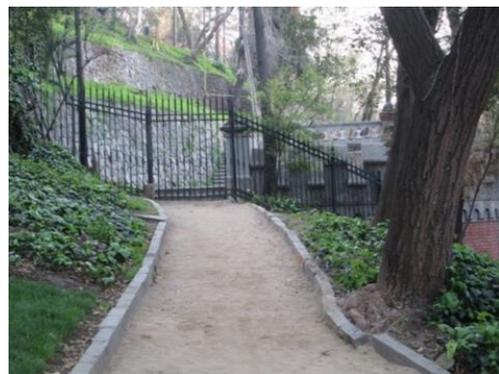
El proceso de poner en palabras, desde el contacto sensorial con un elemento real y pasando por su puesta en imágenes, puede presentar muchos obstáculos, sobre todo cuando hay elementos de la realidad que deliberadamente han sido escondidos o borrados. En este caso, es indispensable un trabajo inicial de búsqueda de una materialidad de la que pueden quedar tan sólo fragmentos desenlazados, muchas veces esparcidos. Estas dificultades para la ligazón pueden originarse en impedimentos *externos* o *internos* al sujeto.



Dentro de los primeros, encontré la **falta de condiciones** del espacio para una adecuada tramitación de la energía del lugar, que posibilite movimientos hacia inscripciones más *elaboradas* que las que existen actualmente: *“Aquí en el cerro deberían, sobre todo en la terraza, todos los fines de semana tener actuación, una obra de teatro (...), entretener a las personas, que lleguen*

al cerro a visitarlo (...). Tampoco tenemos columpios o alguna entretención para los niños, los niños lo único que hacen es corretear por las terrazas o subir y bajar las escaleras con el peligro de caerse” (Roberto).

A esto puedo sumar la **dificultad de acceso** a las inmediaciones del lugar: el cerro está casi completamente enrejado, el cruce peatonal subterráneo también. Se está en una especie de territorio *intermedio*, una especie de pasadizo forzado. *“Que esté enrejado me molesta como visualmente y (...) el hecho de no poder traspasar (...). Si quiero subir (...) verticalmente, no lo puedo hacer po, me tengo que dar una vuelta... sí, te obligan a seguir un circuito”* (María Raquel); *“la forma siempre es iluminar, es poner guardia, y no cerrar las cosas, porque qué pasa, que cuando cierras el que quiere igual va a meterse, pero la gente común y corriente es la que queda afuera, ¿me entiendes?”* (Pamela). También existen algunos **obstáculos para la captura de imágenes**, sobre todo en la cuadra donde se encuentra el edificio Victoria Subercaseaux 181-191, entre Padre Luis de Valdivia y Rosal, principalmente porque junto a él se encuentra Arsenales de Carabineros. *“Vaya a sacar fotos al lado a ver si va a sacar (...). Si lo meten p’adentro no sale nunca más para afuera (...), porque no le van a permitir sacar fotos (...). Si se ve una persona mucho rato me llaman al tiro (...). Yo no le quito el bolsón (...) porque lo conozco. No debiera entrar con el bolsón p’adentro”* (Elías). Los edificios que componen esta comunidad se ubican sobre un pasaje que los atraviesa de una forma extraña,





cuya entrada puede apreciarse en la fotografía¹⁷. Es como si fuese una calle interior o privada, pero es pública. El edificio está encima del pasaje y, aunque los vecinos lograron cerrar el paso a los vehículos instalando una cadena, no pueden impedir el tránsito peatonal. Los vigilantes de la caseta que allí se ubica tienen órdenes de no dejar que se tomen fotografías pero, por otro lado, tuve conocimiento de que departamentos de ese edificio han sido arrendados para varias filmaciones de teleseries y películas, entonces tenemos un lugar ‘prohibido’ y a la vez ‘facilitado’ para ser puesto en imágenes, con la diferencia de que el permiso para hacerlo se otorga previo pago y lo mostrado corresponderá a una ‘ficción’. Las únicas cámaras que observan constantemente y sin limitaciones son las de Carabineros.

El cerro mismo también ha sido considerado una especie de obstáculo, desde que Santiago empezó a extenderse más allá del damero fundacional y posteriormente para los flujos de movilización urbana, introduciendo una **discontinuidad** espacial en el entorno, porque *“rompe la ciudad, el centro lo divide, es algo como a lo que hay que hacerle un poco el quite”* (Danilo); *“yo, estando dentro del cerro no siento la ciudad (...), me siento tranquilo, no siento el ruido de las micros (...), disfruto la paz del cerro”* (Roberto); *“crea un microclima, como un muro (...) y este lado es absolutamente distinto del otro (...), es otro mundo, es un barrio que no tiene nada que ver el uno con el otro”* (Carlos P). Y también discontinuidad temporal: *“El cerro, al final, es un accidente que, después de Benjamín Vicuña Mackenna no sé si se lo volvió a intervenir demasiado (...). El contexto evoluciona (...) y el cerro queda aislado”* (Alexis B). El cerro es sólo un ejemplo más que resume la realidad capitalina, porque una de las características del Gran Santiago es estar constituido por una serie de *discontinuidades*. *“Pa mí, Casa Central nunca fue sinónimo de Santa Lucía (...). Si bien están muy cerca físicamente, sí están desconectados (...). De*

¹⁷ Imagen obtenida de Google Maps, Street View.

hecho nadie de aquí de los estudiantes, por lo menos de los que yo conocía, suelen ir para allá” (María Raquel); “no hay como – disculpe mi español – pero no hay como, ¿cómo se dice?, calificación urbana bien planificada (...). Tú estás caminando, hay una mansión, la casa es bella, entonces vivía gente rica y ¡pum! Hay un edificio de, no sé, 200, 300, 400 departamentos, que se ve raro de afuera, no hay como continuación (...). Si estás en Las Condes puedes estar en cualquier lugar de Europa del este o el oeste, o en Canadá, en distintos lugares, después te cambias por el otro lado, te vas en, no sé, Recoleta, otro país, totalmente otro país, eso es algo también bien raro, algo que yo no me esperaba” (Elton); “los espacios urbanos están hechos para desconectarse no para conectarse (...), entonces vamos tapando las plazas con cemento, vamos echando a los vendedores ambulantes (...). Tenís una ciclo vía que dice ‘inicio de ciclo vía recreativa’, tres cuadras y dice ‘fin ciclo vía recreativa’, ¿y qué haces con la bicicleta, por dónde te la metes?” (Carmen).

Entre demoliciones y remodelaciones, las **transformaciones** de la ciudad van borrando elementos que permitían a los sujetos acceder de manera sencilla a los elementos materiales de la historia. “Jaime Ravinet (...) sacó todo el pavimento de la calle Victoria Subercaseaux, no dejó nada (...) y lo hizo todo de nuevo, cambió las luminarias (...) y todo esto desapareció” (Héctor). Estas desapariciones del testimonio material irían generando efectos cercanos a lo innombrable y lo impensable: “Cuando recorrimos la alameda me di cuenta que el 459 era parte del cerro, pero obviamente yo me negaba que fuera parte del cerro porque me parecía imposible que hubieran casas” (Verónica), efecto que se provoca claramente con las **deformaciones**, las invenciones y las mentiras de la historia como relato, y que pueden originar actividad fantasmática en los sujetos de una colectividad o, cuando menos, llevar a confusiones, inexactitudes y, sobre todo, desacuerdos. “El 13 de diciembre era juliano, no es gregoriano, un dato que no lo encuentras en ninguna Historia de Chile (...). El calendario juliano es hasta 1582, entonces hasta esa fecha, cualquier fecha que tú quieras citar de la Historia de Chile son diez días menos con respecto a la fecha actual” (Alexis L). El **secreto** se constituye como una de las causas principales del trauma porque se quita la base del proceso de simbolización; el material original a partir de la que se inicia el proceso de abstracción. “Este es un país de secretos, las cosas no se dicen nunca claramente, entonces lo más probable es que quede todo



metido debajo del colchón” (Carlos P); “¿por qué se perdió justamente la página de Vivar que da cuenta de la fundación de Santiago? Ese no es un dato menor, es ¡esa página! No hay más cosas perdidas, sólo ese folio” (Alexis L). Es en este sentido que aparece también el **despojo** como privación de un objeto afectivamente vinculante que se presta a la transmisión. La experiencia del hurto o robo en ese lugar volvía a aparecer en las entrevistas: “Era una cadena súper especial para mí, porque era de un familiar que había fallecido” (María Raquel). Me preguntaba cómo podían leerse estas escenas desde las **dificultades de transmisión**. ¿Se producía una desconexión cuando ocurría un robo o la escena era más bien el encuentro entre dos figuras previamente separadas y, entonces, la transmisión se realizaba? Junto a la problemática de la transmisión aparecía la de la **filiación** porque, en la línea del retraso de la parentalidad como algo común en estos días, me encontré con comentarios que señalaban al habitante típico del sector como alguien tendiente a no tener hijos, con lo que podemos pensar la dificultad y el desinterés como dos maneras en el que el problema de la descendencia se manifiesta. “Algunos optan por tener hijos mayores, como a los 35 (...), hay unos que no tienen, también hay mucha pareja homosexual, entonces por eso no hay tanto niño acá” (Pamela); “mira, yo me casé a los 35 años, ¡35 años! Yo tengo 39 años (...), disfruté de todo lo que tenía que disfrutar... claro, yo retrasé” (Maximiliano). El **desinterés** por lo familiar se daba en algunos casos en la forma de rechazo de la búsqueda de mayor conocimiento o reconocimiento de la ascendencia: “A lo mejor me debería interesar en los orígenes de mi familia, pero tampoco me interesa en este momento, a lo mejor en el futuro sí” (Francisco).

Cuando la simbolización aparece explícita y directamente implicada, las dificultades para la transmisión se hacen más evidentes: “Don Elías no sabe leer... él nunca lo ha reconocido... sí, dice que se le quedaron los anteojos, se le perdieron los anteojos, siempre” (Héctor); “mi madre era analfabeta igual como soy yo, yo también soy analfabeto” (Homeless); “Acabo de reprobar un curso completo de comprensión lectora porque no entendieron nunca, ninguno leyó y eso que les hice leer unos libros que les hacen leer en el colegio, porque si les hago leer un libro como corresponde a los que están en la universidad, entonces se van todos al psiquiátrico” (Héctor).

La **desconexión** total puede verse como uno de los grados máximos de dificultad de simbolización y transmisión: “Tenían que irse a un espacio más pequeño porque la señora estaba enferma y tenía alzhéimer, entonces guardaba las cosas, y esconder las

cosas en un departamento tan grande... para el hombre era terrible, así, buscar algo” (Pamela); y en grados menores, vuelve a aparecer el desinterés: “Ah, pero esa hue’á me importa un pico. Me importan los hue’ones que anden pescándose (...), no estoy ni ahí con los Incas” (Moreno); y la evitación: “La gente no se va por ahí. Los que vivimos o vivíamos en Victoria Subercaseaux hacia el lado de Rosal o Merced nos damos la vuelta por Lastarria y giramos por Padre Luis de Valdivia y ahí salíamos, para evitarnos ese pedacito (...). De hecho, tengo un amigo que vive exactamente ahí, exactamente en el paso (...), no daba la vuelta por la esquina sino que se devolvía por Padre Luis de Valdivia y salía por Lastarria. No pasa por ahí, siendo que le quedaba hasta más cerca” (Alexis L).

Encontré otras manifestaciones de dificultad con el lugar en la sensación de **inadecuación**, de estar mal ubicado en el territorio: “Estaba viviendo y haciendo algo que no me hacía sentido para mi vida (...), de hecho siempre, cuando estaba aquí estudiando Derecho, tenía la sensación como de ‘¿qué estoy haciendo acá?’” (María Raquel); y en mecanismos **denegatorios** o desmentidas, en las formas de **prejuicio**: “Mucha gente con corbata, uno va a preguntarle la hora y lo primero que te dicen ‘no tengo, no tengo plata’ (...). No tienen el respeto de escuchar a las demás personas y ¿a dónde cresta se meten su cagá de educación?” (Homeless); y variadas otras formas de **rechazo**. “Aquí mismo en este momento a nosotros se nos han acercado tres personas a pedirnos plata, entonces tú los miras y ¿qué son?, son gente desaseada, son gente desdentada, son gente pobre, son gente que te da susto por todo lo que te han enseñado (...) de la bruja, del hombre del saco, del pobre (...), entonces yo veo mucho de eso en el cerro” (Vólker); o la exposición al riesgo que, en algunos casos, puede ser un mecanismo de **contrafobia**: “De repente tú mirabai p’abajo y veiai esas situaciones (...). Era como la adrenalina de que en cualquier momento, o sea de tantas veces que iba, en algún momento me iba a tocar a mí algo (...). Cuando me pasó yo, como canté victoria antes de tiempo, porque terminé de decir ‘no me pasó nada’, jajaja (...) y cuando me voy devolviendo había dos tipos más que me agarraron inmediatamente (...). Iban directamente al reloj, era un reloj caro, un Citizen automático que era de mi papá” (Marcelo).

Si el impacto de lo real produce **multiplicidad de escenas y discursos**, uno puede hipotetizar que ese es el motivo por el que “hay mucho relato sobre el cerro Santa Lucía” (Ernesto); “una tremenda carretilla de cosas acá, una hebra que no termina” (Alby). Efectivamente, llegó un momento en que la cantidad de material que había recogido

empezaba a ser desbordante y continuaba apareciendo más y más. Uno de los primeros ordenamientos que pude darle a esta información fue en la forma de **dualidades** que, si bien constituyen un primer paso para la formalización, también dejan en evidencia la existencia de extremos que dificultan un trabajo de integración. *“Es un país que es de esas polaridades muy marcadas. Eso se puede estar dando de nuevo, más fuertemente... los lugares son, claro, la representación en miniatura de todo lo que pasa en general”* (Carlos P). Encontré muchos comentarios **positivos**¹⁸ sobre el lugar: *“Es agradable (...), está bastante limpio, está bien cuidado, es seguro (...), sé que te pueden asaltar, pero como te pueden asaltar en cualquier parte. No, no hay mayor incidencia de asaltos ahí”* (Pamela), como también muchos **negativos**: *“Cuando yo era chica todo el mundo decía que era peligroso el cerro Santa Lucía. Me acuerdo de una cuestión muy tonta (...): Dijimos ‘oh, vamos a pasear al cerro’, y yo tenía la sensación de ‘no puedo sacar mi cámara fotográfica aquí’ y no saqué ninguna foto (...), me sentía vulnerable”* (Claudia). En general, las personas que residen en el lugar parecen ser quienes tienen una visión más positiva sobre el mismo, mientras que quienes no lo hacen son quienes tendrían una visión más negativa, aparentemente la más generalizada entre los Santiaguinos: *“Todo el mundo te decía ‘ten cuidado en el cerro, porque en el cerro pasan cosas’ (...). Mi papá me aseguraba de guata que sí existen las violaciones en el cerro”* (Marcelo); *“a mi juicio, la carga negativa del cerro viene de los ‘80s (...), el cerro no tenía reja (...) y uno se iba a hacer la cimarra (...), ibai a fumar al cerro (...). Las primeras discusiones respecto al cerro a finales de los ‘90s tenían que ver con que era un lugar poco seguro (...) y las críticas de los vecinos tenían que ver con eso, que era un lugar donde la gente orinaba, defecaba, donde la gente tenía sexo, donde habían marihuaneros. Eso es lo que el cerro acumuló”* (Alexis L).

Otras dualidades encontradas fueron una marcada diferencia entre lo que ocurre en el **día** y en la **noche**: *“De día es un patrimonio histórico, es un lugar para pasear en familia (...) y de noche se transforma en un lugar orgiástico (...): hay un énfasis en el sexo casual, sexo anónimo, sexo homosexual”* (Diego); las diferencias **generacionales**: *“Tengo 40 años de diferencia con mi mamá, lo que significa que tenemos vidas completamente distintas, visiones de la vida distintas (...) porque ella, al ser mayor, vivió otro Chile, distinto”* (Francisco); diferencias entre lo que se ve y lo que es, una especie de **exterior** versus **interior**, en cuanto a la apariencia y las fachadas: *“Están haciendo unos*

¹⁸ Aquí utilizo *positivo* y *negativo* como metáfora moral.

departamentos gigantescos, preciosos por dentro, pero por fuera no se ve eso, porque uno ve el edificio viejo” (Héctor); la separación entre **hombres** y **mujeres**: *“Las mujeres (...) hasta las doce (...), después puros hombres. ¿Por qué? Porque es un riesgo pa ellas, como te digo esta hue’á se vuelve un campal en la noche”* (Homeless); la brecha entre **ricos** y **pobres**: *“Y aquí, en esos años que habla usted, existían las callampas, las poblaciones pobres. Al otro lado del río estaban los que tenían plata”* (Donoso); *“en su tiempo, este fue recinto de la high society, absolutamente (...). La servidumbre entra por aquí (...) y de ahí a la cocina y a una habitación”* (Vecino 181); la diferencia entre el **pasado** y el **presente**: *“Cuando yo era chico los espacios urbanos como de sexo eran más frecuentes, más comunes, porque no había internet, no habían los ciber con cabinas, no existía ese otro mundo como para relacionarse entre hombres, solamente existían los espacios públicos”* (Francisco); *“era bueno pa nadar, súper bueno (...). Yo nadaba y les pescaba las piernas a las chicas por debajo del agua y se asustaban porque eran pocas las que sabían nadar, ahora todas saben nadar, tienen todas piscinas en sus casas (...). Así es la vida ahora”* (Jorge).

3.1.2.2. Conurrencias

Mientras encontraba por un lado dualidades que me parecían brechas, por otro iba dándome cuenta de que algunas de ellas presentaban sus extremos a veces tan próximos entre sí que ya no podía catalogarlas como divisiones. El lugar se prestaba para que esas mismas polaridades que a veces aparecían tan marcadas, en otros momentos y en otras ‘encarnaciones’, tendieran a mezclarse. En ese sentido, la convergencia de elementos permitía la aparición de figuras que, aunque muchas veces bizarras, lograban establecer un lazo ahí donde antes aparecía un abismo. No podría hablar de integración, sino más bien de una tendencia a la **hibridación**. Así, por ejemplo, lo **interior** se mezclaba con lo **exterior**: *“Era un lugar abierto y cerrado, era una dicotomía”* (Diego); lo **bueno** y lo **malo** podían aparecer en el relato de una misma persona: *“Igual viví momentos buenos, aquí conocí al primer pololo (...), ese es como un recuerdo bueno, pero por otro lado tengo ese recuerdo muy malo que ya te dije, como de un año pésimo”* (María Raquel); un lugar de **fragilidades** y de **prepotencias**: *“Ahí hay una relación de fragilidad con solidez (...): la flor y la roca (...), fragilidad, prepotencia (...). Para el paisaje es muy violento y muy*

prepotente una irrupción de una roca volcánica” (Ernesto); de mezcla entre lo **público** y lo **privado**: “A la vez ocurren cosas tan privadas (...), tan íntimas, en un lugar que está abierto (...). Guarda estos secretos y (...) los expone también, de alguna manera” (Diego); “un administrador (...) le puso privado (...) y quisieron cerrar (...). Es pública la calle, no pueden cerrar. Aquí me discutían, me discuten todos pero eso es problema de ellos, pero esto es público” (Elías); la extraña mezcla entre **sexo** y **delincuencia**: “La fantasía era terminar, eeh, teniendo sexo con el delincuente, aunque él fuera heterosexual” (Francisco); un lugar tanto de **exclusión** como de **inclusión**: “Vicuña Mackenna, que era católico, les hizo un homenaje a esos protestantes, entonces instaló una estatua, una escultura que homenajea justamente a los de otra religión!” (Vólker); el cerro como un elemento **femenino** y **masculino**: “Es eyaculatorio en la noche (...). Es piedra, es materialidad, es arena, es pasto, hiedra (...) y de origen volcánico (...). El falo y la eyaculación, el volcán es eso” (Diego); “es muy impresionante. Es Santa Lucía, LA, es mujer. Entonces hasta en eso, a mi juicio, hubo un ‘respeto’ al carácter. Huelén es otra cosa, Huelén es un macho” (Alexis L); el encuentro entre **ricos** con **pobres**: “Es todo un surtidero, tenís gente de todo tipo de clase, ahí no distingue la clase social: que pobre, que rico (...), hay de todo aquí” (Maximiliano); “el Castillo Hidalgo (...), muy exclusivo, eeh, se presta por ejemplo para fiestas de muy, de gente de muy, de la alta sociedad (...) pero también, por ejemplo, gente de escasos recursos, colegios por ejemplo, hacen fiestas de graduación ahí, porque pagan el arriendo” (Vólker). En la **corrupción** se da uno de los ejemplos más interesantes de hibridación, donde finalmente no se sabe quién está de qué lado: “Está lleno de guardias, y ¿pa qué?, si hasta los guardias se arreglan. Todos los gallos que están ahí en las casetas como guardias son buenos p’al copete y toda la onda” (Jorge); “yo digo que raptan fiscalizadores honrados, y en realidad si tú (...) querís fiscalizar y pasar una multa preferís arreglarte (...) y la corrupción sigue por debajo, cachai, entonces yo soy muy crítico de la sociedad en que estamos viviendo (...). Si yo te contara, denigraría al cuerpo de Carabineros, pero no puedo” (Roberto). El mundo de arriba se une con el de abajo y aunque las rejas limiten el ingreso tanto a uno como a otro el lugar logra a su manera que el **cerro** se encuentre con el **túnel**, que los cielos encuentren una conexión con los infiernos. Finalmente, los **rumores** y los **mitos** como ejemplo de hibridación entre fantasía y acontecimiento, entre mentira y verdad. Las cosas



ocultas, desconocidas o traumáticas terminan apareciendo con otros ropajes, porque si bien la fantasía constituye un distanciamiento de la realidad, un escape, no es menos cierto que termina dando luces de ella aunque lo haga de una manera ficcionada. *“La gente está constantemente necesitando ver objetos en el cielo, cachai, sean ovnis, sean espíritus, ¿hay cachado estas, por ejemplo la gente de campo, las viejitas de campo?, místicas a cagar todas, escuchan que están penando, vieron duendes”*; *“yo escuché que habían atacado a una muchacha allá abajo (...). Pueden ser rumores urbanos”* (Pamela); *“todo el mundo dice que son túneles (...), que por ahí entran los cabros que van a ser sacrificados al cocodrilo (...). Cuando encontré la historia esa de mito urbano, lo encontré fantástico porque es Tentén que sigue viviendo en la base del cerro, la serpiente que vive en la base del cerro. Nadie sabía este cuento de Tentén (...) pero estaba la historia circulando en términos de mito urbano, contemporáneamente”* (Alexis L), tal como vimos anteriormente, al mencionar la atracción que el lugar ejerce sobre personas o grupos que buscan llevar a cabo sus ritos o sus prácticas respectivas.

Pero esta **atracción** o magnetismo, este poder convocante del cerro, tiene efecto no sólo sobre ellos, sino sobre personas muy diversas y de diferentes intereses. *“Es como que el espacio los llama a ciertos sujetos (...). Algunas personas y algunos lugares tienen como una especie de imán”* (Francisco); *“me acuerdo que pasaba y me acuerdo que miraba esta calle, que es donde vivo ahora, y me gustaba mucho el parque”* (Pamela); *“ahora yo no frecuentaría esos lugares pero en ese momento me atraían”* (Paulina). Algunos de ellos llegan a vivir ahí, otros lo visitan frecuentemente y otros lo trabajan, ideando proyectos. Ya sea a partir de pequeñas inquietudes o de grandes obsesiones, la gente que se dedica a investigar el cerro es más de la que uno cree. Cuando la búsqueda de ligadura se realiza conscientemente aparecen **investigaciones** que dan cuenta de una voluntad de encuentro y elaboración: *“lo que yo quiero en verdad es hacer el rescate de nuestra historia, mi colección de vestuario son vestuarios de época, herencias familiares, que siento que hay que preservar, hay que contar su historia, de dónde vienen, cómo se hicieron, quién los usó”* (Lizbeth); a veces no se tiene tanta claridad, por ejemplo puede encontrarse el objeto, aunque no se esté tan seguro de la motivación: *“Estuve 10 años afuera (...) y me empecé a interesar por el cerro Santa Lucía, pero a través de internet*

(...). No sé por qué me puse en verdad a buscar sobre, información sobre el cerro Santa Lucía, simplemente lo hice, cachai, durante harto tiempo” (Ernesto); “él muere en 1907, el mismo año que le compran la casa, pero también sabía que habían expropiado los terrenos mucho tiempo después, entonces ese sitio debía haber quedado para la municipalidad o traspasado a otro dueño (...). Él, en 1905 ofrece el sitio para hacer el ascensor, y eso es lo que yo conecto: este Onofre Reynolds que nombra, en el libro *El Santiago que se Fue, Oreste Plath*”. Y a veces también se recorren los lugares sin saber que hay algo que se está buscando, y tal vez trabajemos sólo recolectando datos, estableciendo contactos o trazando senderos para una ‘investigación mayor’ que nos es desconocida, mientras creemos estar ocupados con nuestros pequeños quehaceres cotidianos: “llegué a los tres meses al sector de Lira (...). Cuando chica venía al parque casi todos los sábados y, después (...) empecé a tomar unas clases de ballet. También eran por aquí, entonces estaba siempre cruzando” (Pamela). **Recorridos**, viajes, errancia. “Soy caminante (...), me gusta andar de un lado a otro (...). Yo me he ido caminando de aquí hasta San Antonio¹⁹, también a Curicó. Yo llego a todos lados caminando” (Homeless); “iba frecuentemente a lugares cercanos al cerro (...). Es que no sé por qué, es que ese no era mi camino” (Paulina); “me gusta caminar, caminar, ¿cachai?” (Moreno); “Me fui a dar vueltas (...) pensando en lo que podía hacer y así llegué al cerro” (Alexis B).

En ocasiones estos recorridos implican grandes desplazamientos y **migraciones**, que a veces son reencuentros con los lugares de origen de nuestros ancestros; a veces son los reencuentros de fragmentos de historia que quedaron repartidos luego de grandes catástrofes y guerras; a veces simplemente son la posibilidad de una construcción inédita. “Sobre todo a los que me acercaba era gente extranjera, cuando veía que (...) había un gringo ponte tú, andaba con su cámara, le decía ‘oye sabes qué, ten cuidado porque (...) blablá, en todo caso yo voy a subir si quieren vamos juntos’. A veces los acompañaba y en esa me hacía más amigo de ellos y les aprovechaba de contar otras cosas” (Marcelo); “dado que crecí en Albania²⁰ me daba la sensación de ‘casa’ (...). No sé si tú tienes la idea de la arquitectura del comunismo, se ven así, como una masa, pero con mucha

¹⁹ Lugar de ubicación de Tejas Verdes, regimiento militar y primer centro de experimentación y tortura, utilizado para formación de agentes de la DINA. En ese lugar era el supuesto rescate de prisioneros políticos del anteriormente mencionado Plan Leopardo. También fueron trasladados allí varios pobladores de La Legua que habían permanecido en Londres 38.

²⁰ País europeo cuya dictadura comunista duró casi cuatro décadas / La Operación Albania o Matanza de Corpus Christi fue un golpe de la CNI al FPMR, llevado a cabo en 1987, en el que fueron asesinados 12 miembros, y que cumplió la función de venganza definitiva por el atentado a Pinochet realizado el año anterior.

gente viviendo adentro (...). Por ejemplo la torre del Tajamar (...), yo viví en un edificio así (...). Me sentía un poquito en casa” (Elton). A lo largo de la investigación aparecieron muchas referencias a otros países, sobre todo de **Europa**; y a otros procesos históricos, sobre todo a las **guerras** mundiales: “por parte de mi papá sé que mi abuelo fue reclutado en el ejército de Francia para luchar en la Primera Guerra Mundial y antes de la guerra los tipos se escaparon en barco y llegaron a Argentina” (Ernesto); “es el peso de la historia, por ejemplo si tú vai a Polonia, Auschwitz, a los campos de concentración, veís que todavía están las cenizas, cachai, de millones de millones de judíos quemados. Te vai a sentir incómodo en ese lugar y vai a, te van a pasar cosas” (Diego). Y junto al Holocausto se hizo presente, por supuesto, el **nazismo**: “él siempre vende ese (se cae un plato o algo) libro raro de los nazis, de la guerra mundial, vende los libros allá en Lastarria (...) y siempre hay como fotos de Hitler, de nazis, no sé qué (...), me da un poquito de miedo de pararme y ver qué pasa” (Elton); “Miguel Serrano vivía ahí (...). Lo conocí mucho, pero mucho, de hecho estuve en su departamento y vi el famoso altar a Hitler que yo pensé que era un mito, y no” (Héctor); “hay una historia oculta súper nazista aquí en el cerro, que yo no la conozco, pero (...) piden permiso todos los años (...) y le hacen un homenaje a Pedro de Valdivia en la última terraza (...). Son un grupo como de diez personas y tienen una oficina por aquí cerca” (Alby); “lo divertido es que ellos se van a encontrar con un montón de gente que es la que ellos desprecian” (Pamela); “lo más terrible de ver es cuando los nazi le pegan a las personas... cuando le han pegado sus botellazos a la gente indigente que está durmiendo en la calle. Yo creo que se ha calmado un poco el racismo y los nazi. De que existen los nazi, existen” (Homeless); “el mundo nazi es una cosa delicada, con mucho espectáculo, pero es muy subterránea en Santiago” (Danilo).

Todas las referencias me daban la sensación de un rompecabezas de enormes dimensiones que necesitaba ser armado, con demasiadas piezas. Sin embargo, cuando la historia está mal contada, cuando ha quedado esparcida luego de la catástrofe, ocurren cosas misteriosas para ponerla en orden y pareciera que los sujetos son ubicados en ciertas coordenadas témporo-espaciales para que ocurran encuentros que los lleven a su destino. Y cuando el rompecabezas está muy desarmado y sus piezas muy dispersas, estos encuentros tomarán la forma de coincidencias, sincronías o **casualidades**: “a mi juicio, es un sincronismo magnífico porque el año 2000 estábamos en la Plaza de Armas... Si yo no vivo en ese edificio yo no descubro lo que descubrí, es así de simple” (Alexis L); “nos recibió un guardia que se llamaba Guillermo, lo que a mí me hacía sentido

(...) porque mi ancestro era William, entonces sentir que uno va como cerca (...). La verdad es que yo me dejo llevar” (Verónica).

Carmen fue secuestrada dos veces durante la dictadura. En una de esas oportunidades fue dejada en libertad en el Paso inferior Lira. Al conocer esta información, sentí que ella podía ser uno de los puntos de conexión esenciales para la investigación y la busqué para entrevistarla. Me sorprendió saber que había vivido en el lugar previamente. *“No vivía cerca de ahí en el momento que me secuestraron, pero sí viví antes. La primera vez que yo me fui de la casa me fui a arrendar un departamento en Lira con Alameda por la vereda sur poniente, al lado del paso. Me pasaban las micros por la ventana... yo tenía 21 años (...). Pero no tiene nada que ver con el paso bajo nivel, si a ti te interesa el paso bajo nivel yo es re poco lo que te puedo aportar (...) porque fue el punto de liberación solamente”.* Mi sorpresa aumentaba a medida que avanzaba la entrevista y sí aparecía más material que ella podía aportarme, dado que efectivamente había sido usuaria del paso de manera cotidiana: *“en Lira, yo te diría que alcancé a vivir como 2 años (...), de hecho cuando yo iba al centro me iba caminando por el paso (...) vivía en la vereda sur poniente, yo me iba caminando por el costado donde estaba Canal 13”.* Y más adelante, vuelve a aparecer una nueva coincidencia: *“me contó una persona que también había sido botada (...) ahí después de haber sido torturada (...). No recuerdo quién en este momento, pero recuerdo que alguien me hizo el comentario, me dijo ‘qué coincidencia, a mí también me botaron ahí’”.*

Hacia el final de la investigación y por motivos ajenos a la misma, tuve que ir a realizar un trámite a Lira 17, edificio que se ubica justo en la esquina donde Carmen relata haber vivido, como si *algo* me llevara a vivenciar materialmente un lugar del que se había hablado. Una especie de *regrediencia* desde la palabra al acontecimiento. Me referiré a estas *transmutaciones* más adelante con mayor detalle, pero pequeñas cosas como esta me ocurrieron, en general, durante todo el proceso: “casualidades”, extrañezas, detalles inspiradores que me hacían pensar en un sentido mayor, un destino, algo que sólo podría comprenderse a posteriori. Varios de los entrevistados compartían este sentir o esta forma de entender sus investigaciones o algunas de sus vivencias personales: *“yo sé que llegué a este lugar por algo. He visto una cantidad de historias desde mi ventana”* (Lizbeth). Una especie de **insistencia** de los lugares: *“Cuando estaba en el colegio (...) venía para el cerro con mis primeros pololos (...), después vine a hacer preuniversitario (...) y desde ahí nunca más me he ido de acá en verdad (...), estoy trabajando aquí (...).*

*Igual es fuerte, no había hecho la relación. La persona que te dije que falleció y que es la de la cadena, falleció aquí en el hospital (...) y claro, y aquí al frente me robaron la cadena” (María Raquel). Tal vez aquello que aún debe ser recuperado encuentra las maneras de **resistir** para así preservar los vestigios y que algún día puedan ser recuperados por alguien. Por gente que llega atraída por el lugar, por gente que llega expulsada de otros lugares: “veías gente distinta de la que estabas acostumbrado a ver, un poco como salirse de esa burbuja en la que uno vivía, para empezar a ver una realidad (...) que estaba presente para todos, menos para los que vivíamos en Vitacura (...). Siempre fui más como de la calle, no sé, me rompía la ropa e iba a pedir monedas, ponte tú, iba a hacer cosas así, como salirme de mi realidad e ir a vivir otras realidades (...). Pedía porque quería vivir otra vida, porque quería ser otra persona” (Francisco). Gente que, por diversas causas, vio aspectos de su vida detenidos (o en algunos casos, su vida entera) para que pudieran coincidir dos tiempos. “Entonces vas armando una historia que quiere ser contada (...), que busca ser contada (...). De alguna forma yo pienso que mi vida, y las cosas que no me resultaron (...), me llevó a esto, a decir ‘ah ¿y si me dedico a buscar la historia de mi familia?’ (Verónica). Una búsqueda **transgeneracional**, de la familia y los ancestros. “Yo fui tres veces a este pueblo hasta encontrar a mi tatarabuelo y pensé que no lo iba a encontrar (...). No sabía de qué pueblo era, recorrí como cuatro (...). La tercera vez yo veo un pedacito así y voy con mis hijos, con mi esposo (...), y dije en voz alta ‘¡aquí está, lo encontré!’, y después ellos me dijeron ‘¿cómo lo encontraste?, si no se veía nada’. Era como el borde de una letra y al final era casi como que quería ser encontrado (...) y reconstruimos la lápida casi completa, armamos el rompecabezas” (Verónica).*

A veces pareciera que no será posible continuar la historia, pero entonces aparecen allí **otras posibilidades de transmisión**, nuevos herederos: “es que don Elías vivía en el 181, donde vivo yo. Él trabajaba para una señora que era anticuaria. La sorpresa es que cuando muere esta señora le dejó todo a don Elías, y la señora no tenía... no tenía descendientes, era sola” (Héctor). Por otro lado, la transmisión no opera sólo verticalmente, ni sólo entre cercanos. A través de diferentes puestas en forma es posible transmitir cosas, imágenes o palabras: “el grafiti, por la calle, es muy increíble en Santiago (...), la gente que lo hace son bien talentosos. Yo lo encuentro impresionante (...). También esa parte del edificio gris, la gente pone muchas cosas políticas... no sé, cosas, stickers (...). Siempre hay algo... de situación política en Chile... de la justicia” (Elton). Tal vez sea Santiago el que quiere decir algo y hace que sus habitantes marquen

sus murallas: *“hacía grafitis y desde chico, de los 12 años más o menos hasta los 20. Cuando una vez me fui de Santiago y ahí dejé de hacer grafitis”* (Ernesto). Aquí es cuando la **necesidad de mostrar** emerge con fuerza. *“Yo he hecho hartas fotos igual, del barrio, de las cosas que pasan acá, y tengo un video de una persona así cagando pero de una manera descarada, sábado a las tres de la tarde, que ya... como que ‘lo voy a grabar, porque esto es ya es un descaró’. Hacer funas artísticas, cachai, poner, imprimir en un papel barato, en estos mismos que hacen los afiches pa los recitales, con fotos de estas personas en estas situaciones, como cagando en grande, cachai (...), todas las situaciones raras que pasan”* (Lizbeth). ¿A quién habría que funar?, ¿A quién se están cagando en grande? ¿Es esto la materialización de otra escena? ¿De otro tiempo o de otro lugar? Nuevamente me surgía la idea del camino inverso, de la palabra al acontecimiento, el camino de la desmetaforización.

3.1.2.3. Dando forma



Tal como se puede hacer “desmembración de las palabras, mediante la cual se aclara la verdad”²¹, también es posible deconstruir las imágenes buscando el acontecimiento original. Con La Fundación de Santiago, *“si tú agarrai el cuadro y le*

sacai todos los personajes podría ser un paisaje realista, cachai, porque las coordenadas donde están ubicados los elementos, la cordillera, la roca, el agua (...), tienen coherencia.



Si uno va hoy día al cerro Santa Lucía pude mirar el cuadro de Pedro Lira sin los personajes (...), podriai sacar una fotografía y está el escenario que soporta todos estos personajes” (Ernesto). Esta necesidad de deconstrucción, de ir nuevamente al ‘pasado’, está dada por la pérdida del objeto original, pues su representación, al no poder dar cuenta de él a cabalidad

²¹ Definición de *etimología* de Dionisio Tracio, en Gramática/Comentarios Antiguos (2002, Gredos, p. 130).

siempre nos parecerá insuficiente. El acontecimiento, si no es elaborado, insistirá en repetirse. *“Cuando estuvo el 2011 full tema estudiantil (...) te juro que era ver mapuches y españoles. El guanaco hasta acá (...), los cabros ahí escondidos en el cerro. Era una guerra”* (Lizbeth). Así es como las escenas actuales se componen de reminiscencias de otra escena. Cuando en alguna entrevista me dijeron que *“los locos aparecen en la noche (...), se meten y algunas veces yo (...) veía que desfilaban locos por ahí abajo, se veía (...) algunos que son cabros del bando contrario”* (Guardia Caseta), algo de gracia me causaba. ¿Desfilaban? ¿Del bando contrario? No sabía si me estaba hablando de la actividad nocturna del lugar o de la actividad en un regimiento.

Para intentar llegar a las escenas imaginarias a partir de escenas manifiestas tenemos – en el caso del trauma – elementos que suelen aparecer como casualidades, otros como repeticiones o insistencias, a los que ya me he referido. Podemos agregar otros, como la **instancia de la dama**: *“voy a buscar a la mujer que me mandó preso. De una y otra forma la aprendí a quererla y a respetarla. Voy a buscarla porque he sabido que le están dando mala vida, que está como una perra de flaca, que anda toda meá y cagá. Cuando yo la conocí, la conocí así, pero la hice cambiar y la hice convertirse en señora, en mujer”* (Homeless); también el **doble**: *“estaba la cabra con la que yo había soñado, las mismas características, pelo liso negro, tenía las uñas pintadas (...). Me dio como un miedo, me entró algo extraño, porque yo había soñado con ella, y yo decía ‘¿cómo puede ser que yo esté ahora aquí sentada si yo la soñé?’ (...). Teníamos hartas cosas en común y yo como que en ella igual me vi reflejada”* (Priscila); y, sobre todo, debo mencionar momentos que podría llamar de **transmutación relato-acontecimiento**: cuando un suceso no logra ser transmutado totalmente a la dimensión simbólica encontrará su vía de acceso a la consciencia a través de una figurabilidad y, en los casos donde la desligadura haga imposible la traducción, el acontecimiento se hará presente materialmente en el cuerpo o en acciones, sobreviniendo una repetición. Eso era algo que tenía en mente en ciertos momentos de la investigación en los que me encontraba trabajando en un nivel verbal y bruscamente era llevado a otro cercano a lo *real*. Por ejemplo, ocurrió más de alguna vez durante la escucha, lectura o transcripción de alguna entrevista la irrupción de un acontecimiento: peleas entre los perros de mi casa mientras transcribía, el choque del bus en el que iba leyendo una entrevista, etc. que de alguna forma señalaban o marcaban algún momento en el texto. Y aún más revelador era cuando estas irrupciones se presentaban en el momento mismo de una entrevista.

Una forma leve en que esto sucedía era cuando en un relato el entrevistado se interrumpía a sí mismo para señalar algo del entorno, dando cuenta de una especie de inversión desde las huellas mnémicas hacia el polo perceptivo (regrediencia). Creo que la entrevista con don Elías fue una de las más particulares en ese sentido. No me era claro, en un principio, hacia donde iba su relato y mucho menos el porqué de los saltos entre temas. ¿Había otra escena que intentaba aparecer?: *“eso se cerró porque era el puterío más grande el que se armaba ahí (...), lo cerraron porque había una señora aquí que era la senadora del presidente (...) Jorge Alessandri (...), ella le reclamó (...) y le dijo que en el cerro estaban haciendo el amor y todo, entonces don Jorge le dijo ‘oiga Mariita’, le dijo, ‘no mire p’allá’, le dijo, así le dijo él. Ahora, ¿ve unos árboles que hay allá? Eso es piñón. Piñón. Allá están los pimientos. Ahora, las preguntas que me hacen ustedes que son inteligentes, de pelo corto, creen que son generales, ¡el general soy yo! En alguna parte tienen que haber piedras con plaquitas en el cerro, tienen que haber arriba piedras (...). Un día que vaya le voy a mostrar yo la placa en Bueras, es hecho el 1940 en donde yo vivo y está la plaquita que se hace. Aquí estaba por ahí también, pero la borrarón”* (Elías). ¿Por qué pasaba de su relato a indicarme los árboles? ¿Cómo encajaban las piedras y placas con el resto del relato? ¿Cuánto de actual y cuánto de pasado había en ese momento? Tenía nuevamente la sensación de estar ante una diversidad de escenas que formaban parte de un todo mayor que no veía, donde cada pequeño relato me entregaba una parte del rompecabezas, como si un foco iluminara una parte incompleta del escenario. Por ejemplo, Diego me cuenta una de las escenas que filmaron en la misma ladera que Elías me indicaba: *“al final del sendero se encuentra con el hombre (...) que le produjo esta atracción y es ahí donde tienen sexo, se besan, se tocan, y tienen sexo apoyados contra un pimiento”* (Diego). Al parecer, se trata de uno de los mismos pimientos que me señala Elías, como si la escena por la que la senadora le reclamaba a Alessandri fuese la misma que Diego filmaría posteriormente (y que Pablo Simonetti había narrado en el cuento que lleva por título el nombre del cerro). Escena tal vez acontecida muchas veces, encarnada en algún momento por actores y en otros por hombres satisfaciendo su lascivia. Una especie de acontecimiento que se repetía una y otra vez y que ahora era transmitido en imágenes bajo la dirección de Diego, o en palabras en el relato de Elías.



Acá podemos apreciar otro ejemplo similar pero con matices: *“me encuentran los Carabineros (...) y en mi carnet yo no aparezco con esta vista mala; aparezco con mi vista*

bien. Pescaron mi carnet y lo quebraron, ¿dime que no es discriminación! Si mi carnet (...) vence el 2018. Me lo hicieron pedazos para que yo sacara otro carnet” (Homeless). En ese instante el entrevistado se levanta y le grita a unos sujetos que estaban orinando hacia el interior del paso: *“¡yo también vivo ahí, oye!... Pajarones culia’os, estaban meando p’abajo, ¿te dai cuenta?”*. Tanto el relato como los acontecimientos *complementarios* (¿o era el relato el que complementaba el acontecimiento?) mostraban una falta de respeto hacia los *homeless*. Una historia re-actualizada quizás cuántas veces, ahora era transmitida a la vez en acto, imagen y palabras. ¿Será que cuando un relato se aproxima mucho a un irrepresentable la imposibilidad de las palabras da paso a la manifestación insolente de una materialidad que viene a exponer aquello innombrable, y la historia encuentra la forma de hacerse presente? Carmen me relata su secuestro: *“entonces me toman, me llevan a, a un lugar que estaba cerca de la playa (...). Se nota que pasan los peajes, y nadie ve que hay un ser humano maniatado y, después (...), cuando ya la presión se hace mucha (...) me traen de vuelta en la madrugada...”*. En ese preciso momento entra un insecto volador velozmente por la ventana. No distingo bien si es una especie de moscardón o abejorro pero su tamaño era, sin duda, mayor al de una mosca común. Su presencia se hizo sentir a tal punto que interrumpió la conversación. *“Entró un animal, entró un espíritu”* – exclamó Carmen, lo que le dio una relevancia mayor para mí, sobre todo por el contenido del relato en ese momento. *“Y me dejan ahí en la madrugada, antes que amanezca, o amaneciendo recién”* – continua Carmen.

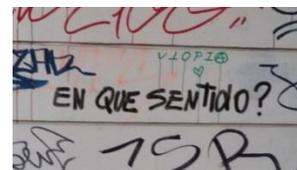
La aparición de elementos que interrumpían el desarrollo de muchas de las entrevistas me dejaba algo conmovido. ¿Era una materialización que continuaba el relato o la distracción de su desarrollo? ¿Era el llamado de algún testigo imposible – a la manera de un fantasma – o alguna fuerza desconocida que quería asegurar la inscripción del relato cuando lo que se ponía en juego era una historia de difícil transmisión? Por ejemplo, la entrevista con Diego comenzó en uno de los locales del Subcentro de la estación de Metro Escuela Militar, primera ubicación que debió ser cambiada por el ruido excesivo que había dentro del local y que podía interferir con la calidad de la grabación. Primera interrupción. Entonces, nos ubicamos en unas mesas que había fuera, pero no pudimos estar mucho tiempo ahí porque ya era la hora de cierre y comenzaron a guardarlas. Segunda interrupción. Nos volvimos a mover, ahora a una mesa en la que se encontraba un joven *chateando* por celular. A Diego no pareció importarle y seguimos la entrevista, hasta que en un momento el joven se va, despidiéndose de nosotros, en una última interrupción. ¿Simples avatares, o el destino quería que algo de lo que hablábamos

llegara a sus oídos y se encargó de movernos hasta llegar junto a él? En casi todas las entrevistas aparecía este tercer elemento o tercer sujeto, una visita o un oyente, a modo de testigo o aparición. En otras oportunidades una llamada telefónica o alguien que entraba en la habitación. Las interferencias constantes de ruidos fue algo que también se repetía: un ventilador prendido, música en algún local, el tráfico vehicular, etc.

Con respecto a los contenidos, empezaban a surgir **referencias** a la desaparición: *“le decían, yo me acuerdo, en esos tiempos el año '84, el año '85 (...), le decían el antro de la perdición, o el hotel verde”* (Roberto); a la persecución, aunque fuese como broma: *“a mí me anda buscando la policía así que... no, no... Bueno mi nombre es Maximiliano Allende... No me lo gaste mucho que todavía me andan buscando”* (Maximiliano); y a los interrogatorios: *“no se hace así la entrevista, yo también hice entrevistas pa mi tesis y todo y te lo digo, tienes que aprender, y perdona que sea pesá contigo pero no, no... (...) no te va a servir de nada toda la información que yo tengo porque tú no me la sacas, entonces tú tienes que preguntar, quizás tienes que preparar una pauta y no esta cosa tan ‘a la que te criaste’ y llegar acá sin ninguna pauta, tienes que tener una pauta y pensarla (...), ¿qué es lo que quieres tú?, ¿tú quieres mi visión política de la época, tú quieres mi visión que yo te dé ahora? Tú me estás dando opiniones, que yo no estoy de acuerdo en nada de lo que tú has hablado, ¡en nada! (...). Usted tiene que guiar la entrevista, no yo, usted tiene que aprender eso, como psicólogos nosotros tenemos un rol, nosotros no podemos esperar que el paciente por ejemplo, ¿no cierto?, venga acá y nos regale en una cajita dorada toda su información (...). Entonces por eso pregúnteme, hágame una pregunta concreta, lo que quiera, yo le contesto con toda honestidad, aunque sea amplia la pregunta”* (Carmen). Me exigía que yo le hiciera preguntas directas y concretas mientras yo, más que preguntas específicas, sólo atendía a lo que pudiese emerger y no puedo negar que con cierto cuidado de no incomodarla, por tratarse de un tema delicado.

En alguna otra entrevista también me pareció hallar referencias a interrogatorios: *“me está colocando pentotal para contarle toda la verdad de Santiago ¿ah?, jajaja... No... Hay mucho, mucho. No es fácil la investigación que está haciendo usted porque es buscar lo que no aparece en los libros, y para eso tiene que buscar a las personas que sepan de la historia”* (Carlos L). El entrevistado usa la expresión “me está colocando pentotal” como una metáfora, pero como en el trauma la simbolización está afectada aquello que quedó sin ser representado tenderá a manifestarse en su materialidad misma. Esto no significa que el entrevistado Carlos L. en particular tenga fallas de simbolización. Si bien el uso de

expresiones idiomáticas podría indicarnos cierta dificultad de abstracción – al utilizar moldes prefabricados para expresarse – también podemos argumentar lo contrario, dado que el carácter micro-narrativo de estas expresiones da cuenta de su complejidad. La metáfora es clara pero ¿por qué usa esa expresión en vez de otra? Las historias en vías de ligazón encuentran la forma de emerger, primero materialmente o en forma de imágenes, para luego ser introducidas en las cadenas asociativas de la simbolización. La frase ¿es representación del estado de ánimo del entrevistado; o una transmutación de las escenas imaginarias que nos rodean; tal vez la re-presentación de una escena de interrogatorio real, una verdad histórica vivenciada? Si no se le presta atención a esta dimensión puede perderse información valiosa y, aunque el direccionamiento hacia una temática específica puede aparecer como forzada en un principio (que yo quiera que me esté hablando de “detención y tortura”), la atención a la propia biografía más la acumulación de otros fragmentos permite que ciertos elementos que aparecen, ya sea durante una entrevista, al leer un documento, u al observar el entorno, adquieran un aura de señal que tal vez otra persona no habría advertido. Un aborto que se había realizado mi madre, del cual conocí más detalles en forma paralela a la investigación, incluía el uso de pentotal como anestésico. Con este antecedente sumado a que el tema de la dictadura, la tortura y la desaparición habían empezado a hacérseme presentes, no es difícil imaginar cómo la frase tenía para mí una vibración especial. Me ‘resonaba’ y, por lo tanto, no podía apartarme de su sentido literal. Pero lo inverso también ocurrió: en una entrevista lo literal fue erróneamente entendido, al principio, como metáfora. El fragmento curiosamente también hace alusión a la desaparición – y a otras cosas que comentaré más adelante – y corresponde nuevamente a la entrevista con don Elías, uno de los vigilantes del edificio Victoria Subercaseaux 181- 191, donde había vivido Salvador Allende²². Le estaba preguntando, frente a las faldas del cerro:



- *¿Usted conoció a Allende?*
- *Sí, mucho, sí, lo conocí, claro... conocí a la señora, todo... Sí, lo conocí (...). No tengo opiniones malas de él, tengo opiniones buenas. Fue valiente, fue todo, no fue cobarde...*

²² Departamento 26 del número 191. Edificio construido por el Seguro Obrero, al que Salvador Allende y Hortensia Bussi se mudaron un poco antes de casarse en 1939.

En ese momento un joven cruza desde la vereda en la que nos encontramos hacia el cerro. Cuando va en mitad de la calle se le caen unas monedas, las recoge y sube por la ladera del cerro...

- *¿Se le cayó la moneda?* – me pregunta don Elías. Pero yo sigo con las preguntas.
- *¿Y al general Pinochet también lo conoció?*
- *Pero mucho también.*
- *¿Y qué opinión tiene de él?*
- *Bueno, es más mejor que la otra* – me dice.

El diálogo se ve interrumpido por gente que pasa conversando y riéndose (“...Hue’ón... *You’re fucking me!*”, se alcanza a escuchar). Vuelvo a mirar hacia el cerro, pero el joven de hace unos segundos ya no está...

- *El niño al que se le cayeron las monedas subió y desapareció... Cruzó la calle y subió... acaba de subir y desapareció, ¿cómo puede ser eso?* – le digo a mi entrevistado.
- *¿Sí? ¿Subió p’arriba? Nopo, si no tiene salida el cerro p’allá* – me dice.
- *¿Y dónde se habrá metido?... ¿Le pasa a usted que de repente ve gente y se desaparece?* – se me ocurre preguntarle.
- *“Oye, si un día hasta vi unos pájaros que caen en la noche... puta, caen unos, unos así grandes y de repente vuelan cuando... ah! Si hay tanta cuestión acá po. Un día había un gallo en la mañana... y no lo pude agarrar... Sipo, de arriba... Y no lo pude agarrar... Tiene que haber sido de alguien, claro. Pero apareció ahí, claro, apareció ahí”.*

En primer lugar, me asombro al entender que lo que yo había considerado una expresión zoonímica (cosa habitual en el habla de los chilenos) para referirse a un hombre no era tal cosa. Don Elías hablaba efectivamente de un ave, un gallo propiamente tal. En ese momento, aparece nuevamente el joven de las monedas, que estaba detrás de una palmera y por eso había desaparecido de nuestra vista.

Y acá el segundo punto: al *gallo* se le *cae La Moneda* justo entre la pregunta por *Allende* y la pregunta por *Pinochet* para, unos momentos después, *desaparecer*. Ante mi pregunta por la desaparición, Elías me responde con unos *pájaros que caen en la noche* y

de repente *vuelan*²³. Es interesante como el tema, un tanto complicado para el entrevistado, pasa de manifestarse mediante palabras a manifestarse mediante una puesta en escena: la tensión es rota mediante risas y bromas (de las personas que irrumpen en la escena) y por el ‘acto’ de un joven al que primero se le caen las *monedas* (figura no poco relevante, considerando el contenido de la conversación) para luego internarse en el cerro y *desaparecer*. Lo irrepresentable de ese punto de la historia queda de manifiesto en el corte de la cadena discursiva y en las acciones que aparecen, dando cuenta de una negatividad que se positiviza. Allí donde no hay palabras la historia se manifiesta con acciones, para posteriormente poder continuar sólo mediante una figurabilidad: los extraños *pájaros* que refiere el entrevistado y, finalmente, un real en la figura de un *gallo* (ave) que, sin embargo, se le escapa, dando cuenta de un imposible de aprehender. Los significantes ‘pájaros’, que podrían ser ‘jóvenes’, y ‘gallo’, que podría ser un hombre – como si esos animales estuviesen en lugar de alguien *no presente* o *no conocido* (“tiene que haber sido de alguien”) – dan lugar a ese tipo de juegos. Las referencias a apariciones y desapariciones, como la del joven de las monedas o del gallo, pueden ser apreciadas también en otros momentos como en mis primeras observaciones del Jardín Alameda Exterior, donde misteriosos sujetos literalmente ‘desaparecían’ al internarse en la oscuridad del cerro. Posteriormente, las menciones a sucesos de la **dictadura** ya aparecía de manera más explícita: *“en esta misma calle yo he sabido...*



gente que aquí al frente... bueno, eso tiene que haber ocurrido en muchos barrios... escondía perseguidos por la dictadura, o que el Restaurant Squadritto que está más allá era un centro de detención... un hotel de milicos, algo muy raro era ese lugar (...). Claro, de hecho por aquí pasa poca gente, la gente circula por allá... pero yo he escuchado historias, por ejemplo allá en la casa que estaba al lado del Biógrafo, ahí hubo gente refugiada durante los primeros días (...) del golpe, me lo contaron de gente lo vivió ahí” (Carlos P); *“están haciendo un centro de memoria, no sé si*

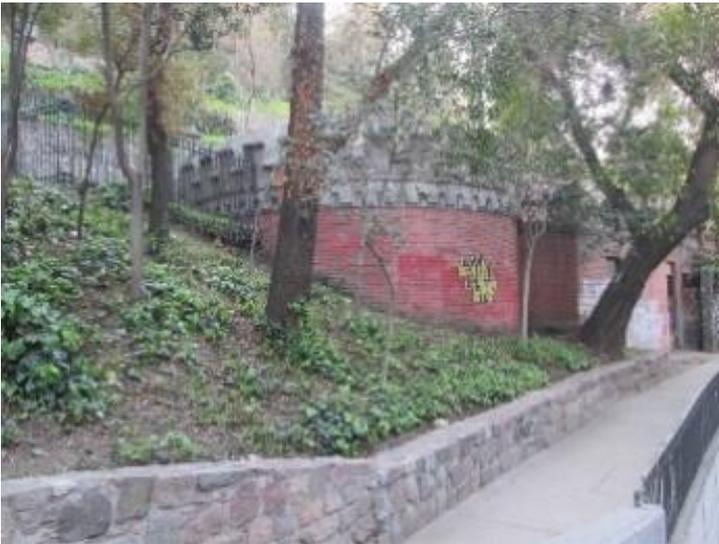
lo has visto, Santa Lucía 124²⁴, donde estuvo la clínica, claro, entonces también está

²³ Allende → La Moneda cae → Pinochet → vuelos de la muerte → desaparición

²⁴ Se refiere a Santa Lucía 162, Clínica Santa Lucía, casona al lado poniente del cerro que fue utilizada por la DINA como centro de secuestro, tortura y exterminio, en el que la práctica de la medicina fue puesta al servicio del terrorismo de estado. En la actualidad es Sitio de Memoria y Archivo Documental, abierto a la comunidad. En la fotografía, aparece indicada con un círculo rojo.

marcado lo tenebroso por la presencia, en dictadura, de ese espacio de represión, digamos, y hay que decirlo, digamos, hay que contarlo” (Vólker); “este lugar es súper sagrado y emocionalmente para mí también porque... aquí se torturó, este era un centro de torturas de la CNI, y si ustedes miran por ese hoyito adentro hay un auto que era de la CNI, todavía está, ahí hay cosas intocables, pero además, por una de esas cosas casualidades raras de la vida mi abuela era suiza (...) y llegaron aquí, entonces también tiene para mí una cosa familiar, imagínense que la casa de mi abuela era un centro de tortura, un sitio patrimonial” (Patricio); “yo estuve detenido varias veces, pasé a fiscalía militar también un par de veces. Soy de la generación perdida (...) yo perdí muchas amigas y amigos que ya no, no están, que tenían los mismos sueños, tenían los mismos ideales, teníamos la misma lucha” (Humberto).

Aparecieron, de igual modo, muchísimas referencias al **encierro** concentradas, sobre todo, en la edificación de ladrillos con forma de fortaleza pequeña y puertas metálicas que está justo en el sector que los entrevistados indican como el más solitario,



oscuro y de una energía más densa. Esa es la esquina evitada por mucha gente, donde también es potente el tema de la mirada, de lo que se ve, que se muestra, o que no se quiere ver, donde elementos como las muñecas y cabezas de muñeca; las casetas de observación, con espejo y cámaras; y el instituto Arcos, son algunos de los varios ojos que miran hacia allá, otorgándole un carácter de lugar *vigilado* donde, además, se viven sensaciones de encarcelamiento y retención.

En esta fotografía, tomada desde la vereda frente al cerro, cruzando Victoria Subercaseaux, se produce el efecto de unión en un único plano del muro de ladrillos de la ladera del cerro con un dibujo hecho en el muro baranda de la entrada del Paso Lira. Es la imagen de un hombre en posición horizontal, atado y amordazado, que podría estar encerrado en el interior del muro o enterrado bajo él.



“Igual pasan harto los pacos por ahí, entonces cuando uno ve pacos en un lugar uno sabe que pasa algo raro”, me dice David. De pronto, se nos acerca un sujeto y casi por instinto guardo mi celular rápidamente: *“chiquillos, los molesto... amigos, socio, háganme una paleteada... no, compadre, no lo agarre, si no ando robando”*. Continúo con la entrevista: *“ohhhh, ¿y si hay detenidos desaparecidos? Ahí así como excavando pa’ dentro”*. Se acerca un segundo sujeto: *“chiquillos les puedo pedir un favor, se los suplico*



con harto respeto, vengo saliendo de Colina... voy al puerto de San Antonio²⁵. Estoy juntando p’al Pullman, llevo como...”. David continúa, luego de que el sujeto que pedía monedas se retira: *“hay como un secreto”*.

“Cuando uno viene para acá muy seguido se da cuenta de muchas cosas (...). Tenís que descubrirlas, nadie te las puede decir” (Chico en el cerro); *“la energía que hay se siente, si uno es perceptivo lo logra captar (...). Toda esa pared que está allá es una pared que tiene miles de años, o sea no sé si miles de años, pero muchos años y la gente lo raya (...). Todo ese sector de ahí donde están las casetas de los jardineros, donde guardan sus herramientas, toda esa esquinita de ahí es un baño público, de gente así que viene a hacer pichí, que viene a hacer caca (...). Yo he pensado proyectos pero le he comentado a la municipalidad, a la junta de vecinos, pero aún no se ha logrado concretar nada muy real”* (Lizbeth); *“yo creo que igual es como un desfiladero ahí (...). Se produce un caminar*

²⁵ Nueva referencia al puerto.

estrecho, ¿no cierto? En que te ves vigilado (...), tienes que mirar a todos lados por si viene alguien, porque si vas derecho por este lado y viene alguien allá no tienes escapatoria, no puedes subir p'arriba, no podís arrancar, no podís... sí, encerrado, sí, sí, es raro... hay proyectos, hay que cambiarlo, pero no, yo creo que no se van a concretar” (Carlos P). Incluso una propuesta de intervención del lugar pensando en minimizar ese carácter, termina refiriendo el cautiverio:

“algún tipo de uso de servicio donde la gente recurra ahí, en el paso, así no está medio muerto. Tiene que tener una clientela cautiva” (Aldo).



“Ahí hay medidores, está la sala de bombas y eso, registros de los servicios

eléctricos y de agua (...). Adentro hay una terraza donde están las bombas que impulsan el agua (...), al frente de eso está la salida del alcantarillado del cerro (...). ¿En el muro que da a la calle? (Tose)... ¿Cómo sabes que habían unas puertas? (le comento sobre don Elías) Qué bonito. ¿Y Allende vivió ahí en el borde? (...). Es que eso es lo que tiene también el cerro, hablaba el otro día con un estudiante, que él estaba buscando el ‘anticerro’ más o menos... quería hablar de todo lo que no se dice y... ¡ay, se me fue la onda!... jaja... (...). ¿Qué te iba a decir yo? Ah, que el barrio es muy aristocrático (...). A mí me da miedo ir ahí, yo tengo mucho temor de ir a ese lado. Y un día vine en vehículo y me morí más del susto. En vehículo peor, fue más terrible porque una vez que entré – y no estaba consciente que la calle no tenía salida, siempre pensé que la salida era angosta (...) y además ahí no tienes como darte vuelta, entonces como que te quedas retenida adentro (...) – me sentí como presa de la situación, fue súper complicado. Pero justamente yo venía a observar ese lado del cerro porque yo, de que asumí el cargo, me he ido dividiendo el cerro por todos sus rincones (...). Eso fue el año pasado también,



pero como le tenía miedo a andar a pie me vine en vehículo, pero fue como esa sensación al final de quedar presa. No me pasó nada. Y también hay mucho Carabinero que ronda ahí, ¿ah? (...). (¿Túneles?) Sí, existen (...), pero aquí con los pasos bajo nivel se cerraron todos los túneles (...). Lo cerraron con llave y nadie encuentra la llave, entonces el día que lo abramos tengo que cambiar los candados y quedarme yo con la llave (...). Aquí es un drama el

tema de los candados, te diré. ¡Uy! yo no tenía idea de lo que puedes hacer con un candado” (Alby).

“Estábamos durmiendo y me desperté a las 4 de la mañana (...). Un grito y dicen: ‘lahhh! me están violando, me están violando!’ (...). Me asomé por la ventana y vi la imagen ahí (...) en esa esquina (...), y una sensación de angustia terrible, y llamé a Carabineros (...). ‘¡Guaaa!’²⁶, grité por la ventana, la cerré y me quedé como atenta (...). Lo estaba violando este loco. Después (...) lo empezó a ahorcar (...) así: ‘¡pásame la plata!’ Este gallo gritaba ‘¡me están ahorcando!’ a toda boca (...) y salieron estos vecinos con un palo (...): ‘¡ya, suéltalo!’ Qué sé yo, y de repente se dio vuelta la historia y la víctima (...) empezó a defender al otro. Decía: ‘¡No, ustedes qué se meten, vienen a meterse acá!’ El otro gallo decía ‘¡este lugar es mío, este lugar me pertenece!’ (...). Era muy carcelaria la situación que se daba y (...) después les decía ‘¡Ah, yo me meto con quien quiero!’ (...). Es como por poner una de las situaciones más dramáticas. Este hue’ón con los pantalones abajo, no sé qué, y al final empezaron a gritar y se fueron juntos” (Lizbeth).

Además de estas temáticas que iban apareciendo, como el encierro o la dictadura, hubo otros elementos que, por su insistencia, intensidad y sobre todo por el juego que introducían entre **metáfora** y **demetaforización**, se constituyeron en elementos **emergentes** muy importantes de destacar. Entre ellos están los **pájaros**²⁷, usados como metáfora: “Se ponen unos tipos a engrupir a los extranjeros (...). ‘A vuelo²⁸ de pájaro’ es una situación de estafa” (Vólker). También utilizados en metáforas lingüísticas o fósiles: “ganaba harta plata como chofer de micro, y ahí había que robar también (...). Te subíai tú, te sacaba el rollo mío, y te daba una paloma²⁹, tú no sabíai, te daba un boleto, entonces la plata era para mí, a fin de mes, o sea al fin del día sacabai la cuenta y toda la onda (...). Aquí estoy en la casa estadía donde estamos. Todos los gallos que están acá son gallos de distintas partes que han llegado aquí a la casa. Pagan mensual” (Jorge). Otra utilización era a modo de referencia o ilustración: “caí detenido y no siendo culpable (...). Igual que un pájaro enjaulado, si a un pájaro enjaulado le gusta la libertad, le gusta

²⁶ Escena semejante a la pesadilla. Las imágenes como intento de ligar restos sensoriales. La angustia crece y la escena culmina con un grito.

²⁷ La utilización de nombres de aves se encuentra, por ejemplo, en los grupos de inteligencia de la DINA que formaban parte de la Brigada Caupolicán y en algunas operaciones, como el plan de coordinación entre las cúpulas de los regímenes dictatoriales del Cono Sur de América, denominado Cóndor.

²⁸ Como *vuelos de la muerte* se conoce a la operación de la DINA consistente en utilizar helicópteros para arrojar cuerpos al mar, amarrados con alambre a un riel y envueltos en sacos, para hacerlos desaparecer.

²⁹ Nombre que se le daba a los boletos mal cortados, o ‘falsos’, en el sistema de microbuses anterior a la implementación del Transantiago.

volar” (Homeless); *“hay momentos que tú de repente quieres tu libertad, ser libre, no saber de nada, ni señora ni hijos, ninguna cosa, no tener deudas, casa, vivir como los pájaros, como viven ellos (...). Nosotros en esta vida somos como chumango³⁰ (...) significa ave de paso”* (Maximiliano); Y finalmente, los pájaros en tanto animales, sin darles un uso metafórico: *“Los tuiques son de este porte, son pájaros grandes, pero esperan ahí, yo puedo salir de la terraza y pasar por el lado de estos pájaros, ni se mueven”* (Héctor); Tal como en el ejemplo del gallo de don Elías, aparecía este juego constante entre significado y significante: *“¿No hay visto al pollito? Un cabrito, un jovencito, ¿sí?”* (Moreno), que terminaba dejándome con la duda de cuál era la realidad a la que se hacía referencia.



El Agua: *“Por aquí pasa mucha gente, y todos dicen ‘el barrio Lastarria’ (...), pero Lastarria (...) no es la calle Lastarria (...) ¡Hay un mar de diferencia! (...). El lugar en sí está súper cargado porque ha pasado por aquí mucha agua bajo el puente”* (Lizbeth). Tal como en el ejemplo previo del gallo, las frases ‘un mar de diferencia’ y ‘ha pasado mucha agua bajo el puente’ aparecen en un primer momento claramente utilizadas como metáfora, pero efectivamente en el pasado el lugar se inundaba debido a las crecidas del río Mapocho. Debemos recordar que el cerro Santa Lucía se encontraba en medio de dos brazos del río, una especie de isla que logró ganar terreno cuando se hizo secar La Cañada y se canalizó el río. Más aún,

la frase de Lizbeth no sería sólo una metáfora o una referencia al pasado, ya que en la actualidad el agua (ahora de manera artificial) sigue pasando materialmente por ahí y, a veces, se desborda o estanca: en varias oportunidades frente al edificio de la entrevistada encontré pozas de agua provocadas por problemas con las cañerías. Además el lugar ha sufrido inundaciones actuales en diversas ocasiones, sobre todo el paso bajo nivel, como muchos de los pasos en la ciudad que durante el invierno dejan al descubierto la poca capacidad de Santiago para hacer frente a las lluvias. *“Hay unas bombas que las usa el personal del metro y cuando llueve quieren ir al tiro a hacer funcionar esas bombas para que no se inunde”* (Guardia Caseta); *“se tapó el alcantarillado, hace unas dos semanas*

³⁰ Expresión magallánica para referirse al tuique común, cuyo nombre científico es “tuique chimango”. Ave falconiforme natural del cono sur de América. Se puede encontrar en los mismos países que participaron de la Operación Cóndor.

atrás, que conecta con el alcantarillado del cerro Santa Lucía y rebalsó durante una semana completa hacia la calle de abajo” (Matías); “es la mierda así saliendo y, claro, y corría y corría la cuestión (...) Habían empezado a salir bichos y todo lo que significa agua tóxica” (Lizbeth). El Huelén era un cerro Tentén, donde se rememoraba el mito fundacional mapuche. Efectivamente, el cerro protegía de las inundaciones, 40 aproximadamente entre 1540 y el año 2000: “se ahogó gente en el medio de la ciudad, ahogada por las crecidas del río (...). Hoy día el cerro, simbólicamente, sigue estando rodeado de agua porque tiene dos estatuas de Neptuno en cada punta (...). Entonces hay una serpiente ‘simbólica’ (...) que se eleva en medio de este flujo que, además, lo rodea” (Alexis L).

La **electricidad**, también utilizada tanto como metáfora: “tiene una chispa así como que está en un tema y lo va cambiando a un tono humorístico (...). Sigue igual con sus cables pelados” (Tito); y como materialidad: “rompían (...) y dejaban los cables a la vista, entonces ya no funcionaban las luces, hubo un tiempo que estuvieron haciendo eso, no sé bien por qué” (Pamela); “abrieron una cosa de Chilectra (...) y estaban viviendo allá abajo, porque parece que habían unos transformadores, entonces es calentito” (Tito); “y al divino anticristo se lo llevaron así, a la fuerza (...), y le aplicaron electroshock (...). Antes usaba vestido, después del electroshock que ya no usó más vestido. Pero igual se amarra el velo en la cabeza” (Tito).



La(s) **Moneda(s)**, apareciendo en distintas acepciones y con distintos significantes: “este departamento fue muchos años un jardín infantil³¹ medio terrorífico y estuvo como dos años abandonado y claro, estaba súper deteriorado. Y yo cuando entré acá también, aparte de la energía que había dejado la gente que se fue que debieron plata que... bien raro, lo sentía muy cargado” (Lizbeth); “era una residencia, vivían curas y vivían numerarios³² que son los civiles que hacen votos de castidad (...). Un mozo pasaba toda la comida para que no se vieran las mujeres (...), entonces ellas estaban detrás de unos muros” (Carlos P). Que el nombre del jardín infantil que había en la esquina signifique moneda, que los dueños hayan quedado debiendo dinero, que haya habido numerarios en la residencia del Opus Dei, que también significa monedas según la tercera

³¹ Jardín infantil y sala cuna Pitielín (1. m. fest. coloq. Chile. dinero (|| moneda corriente).

³² Moneda acuñada, o dinero efectivo, en la tercera acepción de la RAE.

acepción de la RAE, más todo el relato del joven al que se le cayeron las monedas, que detallé previamente, le daba a este emergente una carga muy potente: *“los gringos tiraban monedas p’adentro de la pileta que hay ahí y ellos se tiraban piqueros para sacar las monedas”* (Donoso). Más interesante aún fue que cuando me di cuenta de la aparición de un nuevo significado para la palabra: el Palacio Presidencial, actual sede de gobierno. *“Me bajo en la estación Moneda y llego a la universidad donde hago clases”* (Héctor); *“y aquí tenemos la entrada española y un tremendo escudo, que es un escudo español (...) que estuvo mucho tiempo en La Moneda”* (Patricio).

Por último, hubo elementos emergentes también de mucha importancia, pero que desde un principio de revelaron en su sentido material, como las **plantas**: *“en todas partes planto plantas”* (Donoso); *“la tumba de mi tatarabuelo tenía una planta (...). Sacamos la planta³³ – estaba seca – para ponerle una nueva (...). Debajo de la tierra había adornos de navidad antiguos, o sea alguien los puso y los dejó en la tumba y después plantó. Y esa navidad puse los adornos de navidad en el ataúd”* (Verónica). En la foto puede verse la publicidad en la forma de mural³⁴ en una pared



perteneciente al instituto Arcos, correspondiente al estreno de la película *Las Plantas* (Roberto Doveris, 2016), que trata sobre una joven (Florencia) que debe hacerse cargo de su hermano (en estado vegetal) y que descubre un comic sobre la invasión de espíritus vegetales durante la luna llena. Al mismo tiempo, comienza a explorar su sexualidad con desconocidos a través de internet; *“de hecho nosotros hace como un año atrás, con unos amigos, estuvimos dándole la vuelta un poco a un proyecto para hacer (...) una florería o un stand de flores en esa esquina (...), justo donde están esas dos casetas”* (Lizbeth). Acá aparecen las flores como solución para un espacio que ella considera sucio, feo y abandonado, entonces tenemos el uso de las plantas como algo que tapa, *encubre*, una realidad diferente. En ese sentido, recordemos que todo el parque fue instalado *artificialmente* sobre roca, principalmente volcánica, en la transformación del cerro llevada

³³ Sacar la planta que está sobre la tumba.

³⁴ Des-cubre las plantas.

a cabo por Benjamín Vicuña Mackenna, que dio origen a este híbrido natural-artificial. *“Tuvieron que hacer todo un sistema de ingeniería para regar el cerro, porque si no no sería posible tener los árboles y el pasto que tiene el cerro”* (Vólker). Si uno tuviera que aventurar una hipótesis, diría que hay algo enterrado bajo las plantas y los árboles del cerro, y no solamente me refiero a las rocas, ni a los restos del antiguo cementerio indígena, ni del cementerio de los ‘expatriados del cielo y la tierra’. A esta hipótesis se suma la constante referencia a los **árboles**, sobre todo asociados a lo escondido, velado o perdido. Acá nuestro algunos ejemplos: *“árboles exquisitos, que es como que igual me hacen un bloqueo y me entregan un sonido mucho más hermoso que el de las micros”* (Marcela); *“se empiezan a perder y nunca toman los caminos tradicionales (...), se pierden en los árboles (...). A la vez, los árboles te tapan”* (Diego); *“había estos tres tipos de personajes: las parejas homosexuales, las parejas heterosexuales, y los mirones y los ladrones, que andaban así moviéndose detrás de los árboles”* (Pamela); *“es un lugar precioso, cachai. Yo antes por ejemplo estaba en Salvador, en pleno Salvador con Santa Isabel, y yo donde miraba veía cemento (...) y a mí me encanta esta hue’á porque mira el medio árbol que tengo yo adentro. En la mitad p’allá te da Sol, la mitad p’acá te da sombra”* (Marcela).

Las **pedras**: *“es como una especie de solidez pura donde no cabe nada (...). Me da como una cierta paz pensar en las piedras, porque adentro de ellas no hay circulación de nada, no hay ni vida ni muerte, hay simplemente este campo sólido que se expande y no, no... no cabe nada digamos, es como una especie de no espacio”* (Ernesto); *“es muy probable que las piedras que están puestas en la base de la iglesia San Francisco (...) sean del Santa Lucía (...). El aprovechamiento del cerro partió muy tempranamente (...), no me sorprendería que la Casa Colorada esté hecha con piedras del cerro (...). En algún minuto hubo una ordenanza que prohibió seguirle sacando piedras”* (Alexis L).

El **fuego** aparece, primero porque en el lugar han sido quemados varios contenedores de basura durante muchas de las marchas pasan por ahí, lo que generó algunos conflictos entre la municipalidad y los vecinos: algunos solicitan su pronta reposición y otros no, porque la población flotante los usa durante todo el día para echar basura adicional a la de ellos, sobrepasando su capacidad de contenerla. También el fuego, lo quemado o incendiado que apareció en algunas entrevistas *“me empieza como a aporrear todo y se me va todo pa la guata y necesito como ir al baño (...). Mira, ahora pensando, me acuerdo que estábamos mirando estas figuras (...) de madera que hay en*

la terraza Caupolicán³⁵ (...), que yo me di cuenta que estaban quemadas” (Ernesto); “vinieron un grupo de mapuches y anarquistas y subieron a la terraza Caupolicán y se quisieron tomar el cerro (...). Empezaron a quemar el cerro aquí... los árboles, quemaron dos tótems que habían puesto las mismas agrupaciones de indígenas que eran como los dioses que miraban al suroriente (...). La base de cañón que era de madera también la quemaron (...). Tenían tomado el cerro y los vigilantes tuvieron que arrancar p’acá p’abajo, y Carabineros con las puertas cerradas no podían subir porque ellos les pusieron cadenas, ellos mismos traían cadenas y candados. Por la causa mapuche, para que soltaran a los presos políticos. Eso es lo más grande que hemos tenido” (Roberto).³⁶

Estos emergentes parecían indicarme un camino inverso a la metáfora y también inverso a la progrediencia, haciéndose cada vez más intensa la aparición de las cosas en su materialidad. Si consideramos que el parque es en realidad una fachada que cubre la roca y que la roca volcánica fue originalmente fuego, ¿podemos pensar que la naturaleza primitiva del cerro fue dominada mediante el uso de la vegetación y que estas escenas que irrumpen con violencia son ‘microvenganzas’ con las que el cerro nos recuerda tanto su origen como su poder?

³⁵ Brigada Caupolicán, la de los nombres de pájaros.

³⁶ Sin embargo, hay otro evento relevante: el monumento conocido como la ‘Llama de la libertad’, antorcha encendida por Pinochet para conmemorar el golpe de estado, se ubicó en la terraza Caupolicán del cerro Santa Lucía entre 1975 y 1982. El 28 de abril de 1980, un comando del MIR intentó dinamitar el monumento, sin resultados, pero generando un enfrentamiento armado en el que murió el carabinero que la custodiaba. Esto dio lugar a intensos operativos en los que resultaron detenidas más de 500 personas.

3.1.3. Micro y macro historia

“La humanidad tendrá que esforzarse por tratar de escuchar los fantasmas del pasado para, luego, hacer el intento de restituir la condición humana”

Miriam Grinberg

3.1.3.1. Fracturas actuales

Santiago, enero de 2005:

El festival de música electrónica *Love Parade*³⁷ se realizaba por primera vez en Chile, en el Parque Forestal. Un ambiente muy encendido, camiones que lanzaban agua, una multitud bailando al ritmo de la música frente al Museo de Bellas Artes y otros *carreteando* bajo los árboles del parque. Latas, cajas y botellas – de cervezas, vinos y demases – circulaban de mano en mano. Mis amigos y yo disfrutábamos, mientras un trago llevaba al siguiente. En algún momento me separé de ellos y no los pude volver a encontrar. Luego, mi consciencia oscila (...). Despierto tirado en el pasto, bajo un árbol. Ya es de noche y el público va retirándose. Unas jóvenes se acercan y me dicen que debo salir del lugar, ‘sería peligroso quedarme ahí solo y en ese estado’. Trato de levantarme pero no puedo, todo da vueltas a mi alrededor. Tengo que encontrar a los demás, ¿cómo era posible que se hubieran ido sin mí? (...). No sé cómo ni en qué momento pude moverme, pero me encuentro conversando con dos desconocidos que me proponen salir del lugar con ellos. Tampoco recuerdo sus rostros ni mucho más, sólo el alivio que sentía al pensar que me ayudarían a salir de ahí (...). Mi siguiente recuerdo es estar en la ladera poniente del cerro Santa Lucía sentado en una banca con los tipos. Perdía la consciencia y la recuperaba (...). Despierto. Estoy tirado boca abajo entre enredaderas, con uno de ellos sobre mí. Intento zafarme pero ellos tienen más fuerza que yo (...). Vuelvo a despertar. Logro incorporarme, mientras veo que se alejan con prisa (...). Reviso mis bolsillos y los encuentro vacíos (...). Caminando por las calles desiertas a esas horas de la noche, con algo de frío, sin dinero ni teléfono, sucio y aún mareado, me pongo a pensar en la forma de llegar a casa.

Santiago, 2016:

En el trauma, a falta de un gran relato encontramos miles de relatos individuales diseminados por la ciudad. Hay datos, fechas, anécdotas, pero no se han terminado de

³⁷ Se inició en Alemania, Berlín Oeste, en 1989, meses antes de la caída del muro de Berlín. Fue un fenómeno de gran éxito que se replicó en varias ciudades del mundo, hasta que en 2010 dejó de realizarse debido a una estampida humana que dejó 21 muertos y cientos de heridos en un túnel de Duisburgo, Alemania.

tejer como una Historia. La ciudad es como un enorme palimpsesto donde otros tiempos y lugares se van superponiendo, y cuyas marcas hay que ir descifrando. Para esto son esenciales los encuentros sorpresivos con personas cuyas andanzas los han llevado a los mismos sitios, porque lo simbólico nace en ese encuentro, en ese vínculo que se forma al compartir con otro, en sus diferencias y en lo que ese otro tiene que decir. Así se hacen nuevos descubrimientos. *“Cada vez que me piden charlas, si tengo tiempo voy y las hago porque (...) empieza a salir información, todos tenemos información, pero además al tratar de contarles a otros uno ve más de lo que ve cuando va solo”* (Patricio), y así la investigación de cada persona puede unirse con la propia, en una construcción colectiva. Toda revelación permite dar una nueva mirada a lo que creíamos sabido, abriendo nuevas posibilidades de comprensión. *“Mi mamá hacía árbol genealógico, mi abuelo hacía árbol genealógico. Ahora entiendo por qué mi abuelo los hacía: porque él a los 21 años ya no tenía padres ni abuelos, empieza a reconstruir su historia y ahí armó unos vacíos y una generación que habían eliminado, por eso no calzaban las fechas, habían más William Yates para arriba, entonces faltaba uno, no sé si me entiendes, por eso se repetía el nombre”* (Verónica). Así es como la gran Historia y las pequeñas historias se encuentran.

Las grandes crisis sociales tienen su correlato en las vivencias individuales de los sujetos. Nuestro país, al igual que los otros, ha sufrido catástrofes cada tanto y se ha visto golpeado por la aniquilación y la indiferencia. *“La otra vez yo escuché a una señora que decía ‘oye ya, pero que le ponen con los detenidos desaparecidos, si ya, ya, ya fue ya po’. O sea claro, si no es tu hijo el que fue un detenido desaparecido es re fácil decirlo. Pero ¿qué pasó? Que no pudiste hacerle un funeral... no hay un duelo, no termina el duelo (...). Eso es Chile... ¡Querer borrar! O sea, ‘esto no ocurrió, esto no ocurrió no más’... es terrible... (Prende el ventilador). Chile estaba lleno de movimientos esotéricos, lleno de movimientos culturales, lleno de movimientos intelectuales, lleno de movimientos artísticos y ‘de un suácate’ no quedó nada, ¿con qué lo reemplazas tú? Con el Festival de la Una... y con ir a comprar. Lo reemplazas con la tele y lo reemplazas con el mall, en desmedro de la plaza, ¿te fijas? (...). ¿Te has dado cuenta lo que han hecho con los espacios públicos? La plaza Perú, en La Reina, un espacio de árboles añosos (...), lo aserraron y le pusieron cemento y estructuras de fierro, y la transformaron en una plaza dura (...), en un espacio ‘decorativo’ (...). El espacio donde uno se podía relacionar está cada día más cerrado, cobrando una entrada más cara, ¿me entiendes? (...). Es la desconexión”* (Carmen).

No es solamente el trauma del exilio, la tortura o la desaparición lo que está en el fondo de nuestro malestar actual. También los atentados a los derechos fundamentales que han significado las transformaciones profundas y persistentes de la sociedad chilena: las reformas laborales, las reformas en salud y educación, las reformas tributarias, las reformas en el sistema de pensiones, las privatizaciones del sector productivo y de los recursos naturales, el enriquecimiento ilícito, la prohibición de sindicalizarse, de informarse, de expresarse, de organizarse, de vivir en el propio país. Todas Las reformas sociales impuestas por la dictadura se ejecutaron mediante una *“simbiosis entre uniformados y empresarios (...), fue una complicidad material y efectiva (...), una malla delictiva, una mafia³⁸”*. Las **críticas a este sistema** capitalista, al consumo, a la desvinculación y a la banalidad son parte de las opiniones de la mayoría de los entrevistados, que han *“visto como la gente en Santiago ha ido cambiando (...). Dejó de ser amable, dejó de ser cortés (...). Aquí, el santiaguino ha perdido la bondad, ha perdido la generosidad (...), todo lo realizamos por plata”* (Maximiliano); *“todo este tema ahora del consumismo excesivo, la gente individualista, ‘me compro esto, chao, lo boto, me compro otro’. Vamos a estar tapados en basura textil en pocos años más (...). Todo es, así, desechable”* (Lizbeth); *“mientras sigamos en una sociedad, esencialmente, que te dice que eres exitoso si tienes lucas, y que si tienes un Mercedes Benz o un Audi o un Porsche (...) y con unos índices de salud mental pobrísimo porque estos mismos tipos que pagan 23 millones por un auto tienen hijos con intentos de suicidios, ¿me entendís tú?, gente deprimida, depresiva, por unos conflictos personales que ¡te podís morir!”* (Carmen); *“un sistema capitalista totalmente injusto que genera expectativa en la población, que el sistema no cumple, por lo tanto hay un porcentaje enorme de la sociedad que se frustra (...). Todas estas bandas que asaltan las bombas bencineras, que revientan los cajeros automáticos, no son bandas que asalten por necesidad, son bandas que para satisfacer su inserción en el sistema capitalista requieren recursos, y los roban po, y ¿qué hacen con esos recursos? Se van de viaje, se compran ropa de marca, se compran vehículos. Generan dentro de sus poblaciones, entre comillas, un ‘sector privilegiado’ que tiene acceso a todos esos beneficios”* (Humberto); *“La Faena, donde yo iba a hacer movimientos culturales ahora es un refugio de delincuentes, ahí donde hacíamos teatro callejero, donde hacían pinturas en la calle, ahora se tienen metralletas suficientes como pa hacer disparos al aire y tirar bombazos”* (Carmen); *“ta lleno de pobres adentro, presos, en la cárcel ta reservada de gente pobre. Y el que tiene abogado y tiene plata, hace*

³⁸ Dauno Tótoro prologando A la Sombra de los Cuervos, de Javier Rebolledo. 2015, Ceibo ediciones.

cualquier robo, asalto y pa' juera, porque tiene plata. Así es este país” (Jorge); “este país fue transformado (...). Ahora hay una intención de descultura (...), tenemos una raza de gente que produce, que son como hormigas obreras y que no piensan (...). Este trauma mató a una generación completa, la mató cerebralmente. Tenemos un grupo etario que es incapaz de comprometerse emocionalmente, afectivamente (...). No voy a entrar en detalles quién es el culpable, ¡yo creo que todos fueron culpables! (...). Ese trauma produce un cisma tan grande (...) que son dos países diferentes, y que esa sed que había de evolución interna, de evolución intelectual, de aprender, de leer, de todo, está relegada a pequeños espacios muy elitistas” (Carmen).

3.1.3.2. Fracturas históricas

Dos quiebres o inflexiones históricas principales en nuestra conformación propiciaron una alteración radical de las condiciones previamente imperantes, originando procesos de rechazo de la realidad existente: tanto la Conquista española, con la interrupción abrupta del desarrollo cultural precolombino, como la Independencia, con la instauración de un modelo republicano inspirado en el liberalismo dieciochesco para superar el sistema imperial impuesto en América, “anularon premeditadamente la tradición cultural que se había logrado consolidar en el curso de los años. Cada etapa histórica presenta, a su vez, subdivisiones menores que, igualmente, dan cuenta de discontinuidades y cambios de dirección. En el período republicano, y particularmente en el caso chileno, hay dos sub-etapas: la primera adquiere una connotación oligárquica, si bien está imbuida del espíritu liberal independentista, y la segunda – a partir de la tercera década del siglo XX – en que, finalmente, se instaura con propiedad dicha concepción política” (Duarte, p.3). Por su parte, las masas desplazadas y explotadas han intentado construir un proyecto propio de país, que una y otra vez alcanza importantes grados de maduración, pero son sistemáticamente reprimidas por la oligarquía librecambista (Batalla de Lircay 1829 y Constitución de 1833 frente al proyecto federal, pipiolo y artesano productivo) o por la mesocracia nacional desarrollista (Código del Trabajo y Constitución de 1925 frente al movimiento sociocrático assembleísta) o por ambas (Burocracia gubernamental de la Unidad Popular y Golpe Militar de 1973). “*El gran movimiento de los años '20 cuando se produce la posibilidad de derrotar fuertemente a la oligarquía chilena*

y de instaurar un sistema político en favor de las clases más populares; después en el tiempo de la Unidad Popular, que se vuelve a traicionar al movimiento social y que es la misma izquierda quien traiciona el movimiento social. Evidentemente la derecha y la Democracia Cristiana hicieron todo lo indecible por derrotar al gobierno de la Unidad Popular, pero el gobierno de la Unidad Popular se derrotó desde dentro mismo de la Unidad Popular, cuando partidos como el Socialista, el Comunista, terminan neutralizando todo el movimiento social que se había generado (...). Y la tercera traición es la Concertación, esas son las tres grandes traiciones que la elite política le ha hecho al movimiento social chileno” (Humberto).

El cierre, tanto del cerro Santa Lucía como del Paso peatonal Lira, se pueden asociar a este tercer período mencionado por Humberto, una **tra(ns)ición** post-dictadura en que el que puede verse un paralelo entre el aumento de la cantidad de rejas instaladas y la neutralización de los movimientos sociales, los acuerdos tácitos y los pactos de silencio. *“El señor Ravinet, que era Alcalde en ese tiempo (...), debido a los muchos reportajes que se hacían (...), que salían fotos de homosexuales agachados en acto sexual oral, cachai, entonces dijo ‘voy a intervenir el cerro y voy a poner más seguridad’ (...). Hizo un proyecto para enrejar todo el cerro, porque antes existían solamente estas rejas principales y las laderas eran peladas y no existía reja para arriba” (Roberto).* Uno podría preguntarse ¿por qué en ese momento?, si hemos visto que el tema del sexo en el cerro tenía una larga data. ¿De qué protege la reja realmente? ¿A quiénes protege? ¿Por qué cuando debían volver las libertades viene el cierre de estos espacios públicos?: *“El hecho que alguien ponga el tema en valor y empiece a darle y a darle no significa que antes no haya existido, pero bueno así funcionan las cosas, entonces yo creo que a la municipalidad le convenía tener un tema para poder cerrar, y ese fue el tema de los encuentros sexuales (...). Tengo entendido que fue porque se dio justo en el momento en que se concesionó el Castillo Hidalgo, entonces había que dar también seguridad al concesionario” (Tito); “al pueblo se le sacó del cerro y ahí también viene un fenómeno bien interesante, que es el fenómeno de (...) la prostitución masculina y el tema de los transgéneros y travestis en el cerro, que es otro tema que sobre todo en la década de los ‘90 adquiere mucha connotación (...). Bueno, cuando cerraron el cerro eso fue terrible porque ya no había ninguna forma y al final termino siendo tan marginal la cosa sexual que la gente terminó teniendo sexo en el sector que da hacia la Alameda (...) donde habían unos matorrales enormes (...) y ya después (...) esto se fue asociando con delincuencia, con drogadicción, con prostitución” (Humberto), manifestaciones que tal vez*

encubren una realidad que desea ser ocultada, tal como el travesti juega a desmentir su masculinidad, o como Vicuña Mackenna vistió al cerro de verdes ropajes para desmentir su aspereza. No vaya a ser cosa que lo desmentido retorne en toda su materialidad y, al igual que la virilidad del travesti aparece para jugar a ‘sorprender’ al cliente, el verdadero cerro despierte y nos dé una sorpresa a todos. No está de más recordar las palabras de Eduardo Galeano sobre la transición: “Se acabó la censura, se alza el telón, el público estalla en aplausos; pero, cuidado, esa bella señorita llamada democracia puede ser un travestido: se desnuda y aparece un coronel”³⁹. Es curioso que sea en ese período cuando se produce una neutralización de las expresiones espontáneas y resistentes al control que acontecían en el cerro, y que a la fuerza se vieron reducidas a un espacio acotado, mínimo. *“La Concertación surge básicamente en ese contexto (...). Se apropian del movimiento, de los movimientos sociales, y cuando finalmente se logra, ellos logran hacer que triunfe el No, ellos terminan – con las maquinarias políticas – terminan neutralizando todas, todas las organizaciones sociales (...). El año ‘90 se produce una neutralización total y absoluta de las organizaciones sociales, y con eso se pierde completamente, se pierde todo el trabajo que se había hecho entre el año ‘79 y el año ‘87, ‘88, que fue todo este trabajo de base. Por eso cuando a mí se me pregunta ‘¿por qué no votaste?’, yo no vote por eso, porque yo tenía la certeza que jugar en el terreno de la dictadura era entregarle todas las condiciones pa que la dictadura terminara imponiendo su modelo, imponiendo su constitución, imponiendo todo. Pero bueno, esa es la historia de Chile”* (Humberto).

La **dictadura**, situación traumática tanto para las víctimas directas como para el cuerpo social en su conjunto, ha tenido y tendrá, de esta forma, un impacto sobre varias generaciones, pues “la impunidad actúa como un elemento de retraumatización (...). Lo reprimido, renegado o silenciado intrapsíquicamente tiene un correlato en los pactos denegativos o pactos de silencio en el vínculo” (Kordon y Edelman, p.117). Es curioso que en este período el paso inferior Lira estuviera abierto durante tantos años, cuando *“abajo era Sodoma y Gomorra, es decir, tú pasabas por abajo manejando y de repente mirabai y era un tiradero gigantesco, no sé, habían 7, 8 personas, pero hacían de todo ahí, sexo oral, sexo anal, qué se yo, pero era de todo, entonces indudablemente que ahí asaltaban a mucha gente porque iban, me imagino, muchos prostitutas que eran violentos que en el fondo amenazaban a las personas con que tenían sexo, los obligaban, les quitaban los*

³⁹ En <http://www.blest.eu/doxa/galeano87b.html>

relojes, las billeteras” (Héctor); “yo venía al cerro, a todo este sector de Lastarria desde que era chico, así como que mis primeras arrancadas al centro de Santiago fueron aquí al cerro Santa Lucía y fueron a la avenida, la calle Lastarria, que había ahí como una cosa de la CNI... no sé, como que de repente se veían unos autos echando metralletas en la maleta” (Francisco); “Este barrio, fue sexo, fue el sexo lo más característico de los años ’80 (...), yo creo que el gran auge del sexo en Chile es en la dictadura (...). Era una especie de escape (...) parece que ellos se dieron cuenta de que había que soltar la mano por un lado y la soltaron por el lado del sexo, que era lo más como inofensivo, no era política” (Héctor), entonces no interesaba enjear lugares para impedir actos que, inmorales o no, parecían no constituir verdadero peligro. Por otro lado, se tenían métodos más eficientes que una reja, para poder reprimir las verdaderas disidencias. Y, sobre todo, impunidad. “A ver, sí... yo podría decirte y sonaría muy coherente que porque es un lugar oculto y oscuro, y es mentira porque a mí me tomaron (...) ¡a plena luz del día! en Presidente Riesco (...), entre Vespucio y Alonso de Córdova (...), y yo toqué la bocina y habían guardias en la Escuela Militar, de las casas de los oficiales que están ahí que dan a la calle, y yo me colgué de la bocina. Y me podrían haber tomado en la Alameda a las 12 del día y hubiera dado lo mismo, o sea no había una intención de ocultar el hecho (...), tenían impunidad (...), que les permitía actuar a plena luz del día sin temor” (Carmen).

El barrio Lastarria, en esa época, era un híbrido incluso más bizarro que algunos de los actuales personajes con los que me topé durante la investigación. “Habían agencias de prensa que eran absoluta y totalmente opuestas a la dictadura. Si no me equivoco estaba France-Presse; me recuerdo también tenían su oficina varios periodistas que trabajaban en ese tiempo investigando temas contra la dictadura (...). En la calle que da por detrás del edificio Diego Portales, Villavicencio, en una esquina había un edificio de los años ’40 y ahí (...) vivía una amiga mía que era militante del MIR, y vivía toda su familia y eran militantes del MIR ahí, en esa esquina (...), y estaba a 10, 15 metros de la entrada del Diego Portales. Te estoy hablando año ’80, ’81, entonces súper loco (...), era una cuestión bizarra. Santiago era bizarro, ¿te fijas? (...) todo daba vuelta ahí, entonces cuando empezaron las protestas muchas veces uno se juntaba ahí en **esa esquina**, se armaban las manifestaciones en esa esquina, después la gente salía marchando. Claro y cuando comenzaron las manifestaciones recién se había recuperado La Moneda como palacio de gobierno (...). En el edificio Diego Portales estaba el poder legislativo, que era la sede de la junta (...). La Moneda se reinaugura el año ’82... y Pinochet se traslada a La Moneda y la junta de gobierno queda en el Edificio Diego Portales junto con el Ministerio

del Interior (...). Bueno, después termina la lucha contra la dictadura y me acuerdo que viene la campaña del No y el comando del No se instala también ahí en el barrio (...). Entonces nuevamente el barrio vinculado a esta característica bizarra (...), que es una cuestión muy extraña, muy muy extraña” (Humberto).

Durante la dictadura los movimientos de pobladores fueron desarticulados, transformando el tipo de relación que ellos habían logrado construir con el Estado. A esto se sumó el traslado de muchas poblaciones hacia sectores de menor valor y menos visibles de la ciudad. “Santiago, en los años ‘80 se atomizó (...), se sacó la población marginal de lugares céntricos y se les llevo a la marginalidad (...). Bajo el concepto de que tenían casas propias se les instalo en casas indignas, no se les dio ninguna posibilidad de trabajo, mucha de esa gente vive de los subsidio estatales, y esa es gente que no tiene educación de calidad, que no tienen salud de calidad” (Humberto). Pero hubo en esa época un hito de la **resistencia** en el que se articuló el mundo de la cultura con lo político y lo social, y que tuvo como uno de sus principales objetivos re-vincular a los pobladores del gran Santiago para restituir el tejido social. Este espacio de expresión y lucha se encontraba exactamente en la esquina objeto de estudio de esta investigación, en Victoria Subercaseaux con la *Alameda*.



Edificio calle Victoria Subercaseaux N° 7.

En la calle Victoria Subercaseaux N°7, al costado del cerro Santa Lucía, en pleno centro de Santiago, funcionó el Centro Cultural Mapocho entre 1984 y 1989 (había partido en 1981 en otra casona del mismo barrio). “Era una casona antigua e inmensa, de cuatro pisos, con una cafetería muy sencilla y hermosa, situada en la altura, desde donde se dominaba el extenso panorama del país en dictadura (...). Era una época donde había pocos sitios para reunirse en Santiago” (Aguilera, p. 43). Presentación de estrenos de teatro, danza y conjuntos musicales, exposiciones de fotógrafos y pintores, películas y documentales prohibidos que se exhibían semiclandestinos; además de acciones en la vía pública, actividades con presos políticos, encuentros de agrupaciones, etc. “La importancia durante esos años del Centro Cultural Mapocho tuvo su punto

culmine en el evento denominado 'Estallido de la Creación'⁴⁰. Fueron tres días en que se abrieron puertas para que los artistas se tomaran el lugar y se expresaran. Los pintores más jóvenes pintaron la fachada, los más viejos (...) paredes y pisos (...). Federico Asler, el escultor, armó una **serpiente**⁴¹ que bajaba por un sendero del cerro Santa Lucía⁴² (...). Al tercer día fuimos allanados por Carabineros y varios cayeron detenidos. También borraron la pintura de la fachada, esa gran flecha⁴³ que se extendía desde el techo hasta la vereda y que según la dictadura simbolizaba el grito de las protestas: '¡Y va a caer, y va a caer!' Algo que ni siquiera nosotros, los del No, imaginamos, pero que la mala conciencia de la tiranía adivinó"⁴⁴. En la tarde de ese último día, el TEUCO (Teatro Urbano Contemporáneo) presentó en la calle la obra "**Caicavilú y Tentenviló**"⁴⁵. Fue súper potente la energía que irradiaba ese lugar, "*asociado al tiempo de pelea contra la dictadura (...). Recuerdo haber ido a peñas también, sí en esa esquina*" (Humberto).



De esta manera, el Centro Cultural Mapocho se constituye en uno de esos fondos positivos⁴⁶ de los que hablan Davoine y Gaudillière, que se encuentran tapados por todo lo negativo, como son los actuales dolores, situaciones y escenas tormentosas de la esquina. Si logramos cruzar esa zona de muerte, podemos llegar a recuperar historias como esta, cargadas de vida, compañerismo y esperanza. "La esquina de la calle Victoria Subercaseaux con la avenida Alameda se declaró zona libre de represión y oscuridad cultural (...). Se trataba de oponer la creación al aniquilamiento" (Iglesias, p. 65).

⁴⁰ Vemos así que, previo a las acotadas situaciones que ocurren actualmente, la esquina tuvo acontecimientos y puestas en escena cargadas de masividad que ya daban cuenta de una lucha de la vida contra la destructividad.

⁴¹ Una nueva aparición de la figura de Tentén.

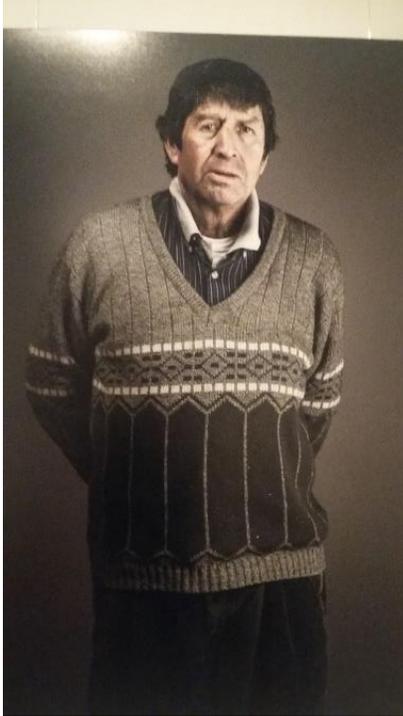
⁴² También quedó, en la vereda, una extraña creación suya titulada "Acontecimientos oscuros".

⁴³ La flecha es otra marca más que señala hacia la pequeña construcción de ladrillo con puertas metálicas, mencionada más arriba como el lugar de mayor concentración de energías.

⁴⁴ Mónica Echeverría Yáñez, en Centro Cultural Mapocho: una Historia por Contar, 2014, Ceibo ediciones.

⁴⁵ Más referencias al mito fundacional Mapuche.

⁴⁶ En el sentido de la metáfora moral.



Casi dos años después de haber intentado sin resultados entrevistar a Jorge, el personaje que visita casi a diario el cerro para observar a las parejas, una ‘casualidad’ me lleva a una exposición fotográfica organizada por la Fundación Gente de la Calle en la comuna de La Reina. Ahí, entre las fotografías de personas que viven o habían vivido en la fundación me lo encuentro, ocupando toda una pared. Gracias a esto fue posible realizar gestiones para tomar contacto con él, logrando al fin la entrevista de la que ya han aparecido algunos extractos a lo largo de esta presentación. Siendo él la persona que más insistentemente se me aparecía en el Jardín Alameda Exterior, lo veía como una clave de conexión entre las figuras de la esquina y alguna historia de la ciudad que tuviera que ser recuperada. Su historia efectivamente

tenía dos conexiones principales que, a pesar de lo anterior, fueron para mí sorprendentes. Una me llevaba hacia la historia de mi familia y la otra hacia la Historia de Chile. Actualmente él vive en la antes mencionada Fundación Gente de la Calle, residencia de acogida para hombres sin casa. Ahí pude entrevistarle y, aunque yo llevaba años observándolo, él parecía no haberme reconocido. *“Me arreglo, dan almuerzo y me voy pa cerca del Santa Lucía, a mirar las minas y a ver tanta cosa que se ve en el centro (...). Voi pal lado de San Antonio⁴⁷, Mac-Iver, esa parte de la Plaza da Armas (...). ¿Por qué, digo yo, no se dan cuenta que esa Plaza de Armas es lo más peligroso que hay en Santiago? Es más peligroso que estar en La Legua⁴⁸, que estar en la cana o en cualquier parte (...). Oye, si este país está muy malo”* (Jorge). Más adelante en la entrevista surge un interesante recuerdo. El recorrido que hace a diario tiene como uno de sus destinos el punto de partida de un recorrido que hizo en su juventud:

⁴⁷ Antes había aparecido en otras entrevistas significando la ciudad puerto. Esta vez es la céntrica calle de la capital.

⁴⁸ Una de las primeras poblaciones de la capital, bastión de resistencia a la acción de las Fuerzas Armadas y Carabineros el 11 de septiembre de 1973, mediante la confluencia de pobladores, militantes y dirigentes de izquierda, junto a trabajadores de Indumet y Sumar, que rechazaron en combate abierto el golpe de estado. Por este motivo fue bombardeada y posteriormente allanada, en una represalia brutal. Fue mencionada también por otros entrevistados, aunque no aparece en la edición final de este trabajo.

“La casa que tengo allá en El Barrero⁴⁹, de ¿cómo se llamaban eso de...?, tomas de sitio antiguamente, yo tomé todo un sitio... el tiempo de Allende (...), la población se tomaron ahí (...) y ahí estuve, sufrí harto esa cuestión (...). Un sitio pela'o, después con unos palos para'os, como una pieza, durmiendo ahí... una casita más o menos”.

- ¿De la época de la dictadura se acuerda? – le pregunto.

*“Sí... locura total, mataron mucha gente inocente que no tenía por qué morir. El cabro joven⁵⁰, el estudiante, pongámosle así como tú, te tomaban y se daban cuenta de que tú no participabas pa la (...) derecha, te pescaban y te llevaban preso, y eras capaz de morir al tiro (...). En el río Mapocho iban los cadáveres dando vuelta, después los pescaban y los tiraban arriba de un camión, muertos. En todas esas partes del sur hay varias partes donde está la gente muerta... la isla no sé cuánto, hay varios (...). Cuando estuvo el **golpe** yo estaba trabajando en el Ministerio de Defensa⁵¹ de junior (...). El Ministerio de Defensa quedaba al frente de La Moneda, ahí en la calle... (...) no me puedo acordar, Nataniel parece que era... sí, no, la otra (...) ahí al lado de Nataniel⁵² (...). Iba arrancando pa mi casa yo, lo único que sentía que La Moneda⁵³... miraba p'atrás y La Moneda ¡pah! Unas bombas que iban cayendo ahí. Yo iba arrancando pa la casa, iba a encerrarme al llegar a la casa. Yo tomaba la micro en ese tiempo en Mac-Iver, San Antonio, no me acuerdo, y de ahí pasaba la micro p'abajo, pa Recoleta. Tomé la micro y llegué a mi casa, asustado. Y después, en el golpe... porque después andaban en las poblaciones, eeh, tomando detenidos (...). A los más jóvenes (...) los llevaban a un cerro ahí y los ponían ahí, les preguntaban el nombre y toda la onda, y los tenían ahí los milicos. Ahí daba un poco de miedo” (Jorge).*

⁴⁹ Terrenos, en la actual comuna de Huechuraba, que fueron tomados por varios grupos de familias en los años '60 y '70. Con altos índices de delincuencia, cesantía, deserción escolar, allegados, hacinamientos, embarazo precoz, inundaciones, enfermedades, *homeless*, drogadicción y violencia, es una de las denominadas “zonas rojas” de Santiago: aquellos sectores donde las compañías de servicios no llegan, por el robo de cables; además de esto, mi madre vivió en su infancia en una casa frente a esa población, dentro de lo que en esa época era un fundo de la familia Montt, pues mi abuelo trabajaba para ellos. Actualmente el terreno está dividido entre el centro de eventos Los Almendros y la Universidad Mayor, entre otros.

⁵⁰ ¿Pájaro?

⁵¹ Luego del golpe de estado, fue trasladado al Edificio Diego Portales, en el barrio Lastarria. Actualmente sigue funcionando en la torre ubicada detrás del GAM, si bien las autoridades civiles de Defensa se han instalado nuevamente en la calle Zenteno, como era antes del golpe.

⁵² Se refiere a Zenteno 45.

⁵³ Los mismos sucesos, recuperados a través de la figurabilidad que aparecía en el relato de don Elías, eran narrados ahora como verdad histórica vivenciada por Jorge.

La figura de **Allende** había empezado a surgir en los inicios de la investigación, primero en la forma de coincidencias, como el apellido de uno de los vigilantes o luego al enterarme que el ex presidente había tenido un departamento junto al cerro, para luego aparecer con más fuerza en algunas entrevistas: *“En el mes de junio del año ‘73 se revela la Armada (...) y le ponen en bandeja a Allende la posibilidad de generar desde la Armada un movimiento político militar que permitiera efectivamente terminar de controlar las cuotas del poder necesarias para instaurar efectivamente el programa de la Unidad Popular como estaba dado, y ¿qué es lo que hace Allende?, traiciona a los marinos po, y todos los marinos, que fueron más de 300 los amotinados, pasaron a consejo de guerra, fueron detenidos, fueron torturados, muchos de ellos después del 11 de septiembre fueron hechos desaparecer (...). Eso de que ‘el socialismo con vino tinto y empanada’... no existe, ¡no existe! (...). La historia demostró a sangre y fuego que la oligarquía chilena jamás iba a entregar el poder (...). Allende tuvo una responsabilidad, en la derrota de la Unidad Popular, enorme. Allende no es el héroe popular inmaculado (...) pero se reivindicó el 11 de septiembre en La Moneda entregando su vida, porque esa es su reivindicación, ese día él se dio cuenta lo equivocado que había estado”* (Humberto). Y, finalmente, su aparición casi material, a través de objetos y lugares con los que había estado en contacto: *“El doctor Allende tenía un departamento aquí po (...), lo tenía pa las pololas, ahí donde yo vivo (...). En el diario Clarín salí... Ese diario Clinic, ¿cuánto se llama? (...). Inés Moreno, esa señora (...) lo vendió, por eso yo vivo ahí (...). Me quitaron el patio a mí po. Claro, un patio que lo tenía don Salvador Allende adelante con unos murciégalos (sic) pero de género figurados en la muralla. Tenía una camelia, tenía una tinaja y esas yo todas las*





regalé (...). El teléfono guardé, lo único que tengo es el teléfono, nada más, la camelia se la di a la señora María Angélica Eva, y la tinaja. Y tenía ahí las sillas también, las sillas porque él arregló el patio, así pa él po, así bien bonito, bien arreglado. Y a mí un gallo que, puta, me quitó el patio el hue'ón po... uno que manda allá me dijo que no era del departamento el patio, y me lo quitó. A mí me dio rabia, le dije 'ahí está el patio, siembre papas'⁵⁴, le dije yo. Siembre papas, ¡siémbrelas!'” (Elías).

Esta es la manera en que la esquina de *Alameda* con Victoria Subercaseaux me había llevado por diferentes caminos a lo que había sido nombrado, en aquel famoso documental, como **La Batalla de Chile**⁵⁵. Curiosamente, la misma ladera del cerro Santa Lucía había sido, años antes, testigo y escenario de otro de los trágicos momentos de nuestra historia, conocido como **La Batalla de Santiago**⁵⁶: “El 2 de abril de 1957 (...), durante la presidencia de Carlos Ibáñez del Campo (...), en el violento movimiento de protesta que se genera a partir del alza de las tarifas del transporte público, el cerro Santa Lucía emerge como bastión simbólico de la oposición al gobierno. Sus laderas serán ahora testigo mudo de la violencia con que el aparato policial y militar del estado reprime el discurso discordante del pueblo chileno (...). Cerca de las 7 de la tarde del 3 de abril (...) la 'labor de despeje de ese paseo público, que algunos elementos de las pobladas habían tomado como refugio', culmina con un tiroteo en la ladera oriente. Más de un centenar de individuos serían detenidos y puestos a disposición de los tribunales y, según los rumores, los cuerpos de las víctimas de la matanza policial habrían sido sacados del cerro la madrugada del jueves durante el toque de queda. La justificación de la brutalidad policial quedaba avalada por el valor metonímico de la vestimenta; todos los hombres incapaces de explicar por qué se encontraban en el cerro 'sin vestón' (...) a esa hora del día, fueron identificados por las autoridades como elementos subversivos” (Parada, p. 66). Nuevamente creía ver en ciertos momentos de las entrevistas referencias a esos sucesos.

⁵⁴ Durante la dictadura, cadáveres enterrados en diferentes fosas clandestinas fueron exhumados y hechos desaparecer nuevamente, en lo que se conoció como Operación Retiro de Televisores. Uno de esos lugares fue la cuesta Barriga, en Curacaví, desde donde los cuerpos fueron removidos utilizando *sacos de papas*.

⁵⁵ Patricio Guzmán, 1975-1976-1977.

⁵⁶ Protestas del 2 y 3 de abril de 1957, por las cuales el Gobierno declaró Estado de Sitio y sacó al ejército a la calle.

Carmen me menciona el año de su nacimiento, que curiosamente es el mismo de este hecho, cuando me cuenta que la primera vez que se fue de su casa arrendó un departamento en Lira con Alameda, al lado del Paso: “Yo tenía 21 años, yo nací el año ’57, saque usted la cuenta... “; o en la dedicación a la ropa y el vestuario de dos entrevistados cuyos talleres están ubicados en Victoria Subercaseaux: Carlos P. y su tienda atelier, casi en el extremo norte de la ladera oriente, y Lizbeth y su hogar y taller, casi al extremo sur de la misma ladera, como si confeccionaran los trajes que hubieran salvado a aquellos *elementos subversivos* abatidos sobre el cerro por “no llevar vestón”.

Los conflictos van provocando nuevas fracturas y sumando nuevos escombros, en una repetición y acumulación de violencias previas. ¿Cuáles serían los acontecimientos originarios, si consideramos todos estos eventos como la repetición traumática de ellos? No sabemos si originario, pero sin duda previo a todas estas quiebras está *“la pacificación de la Araucanía, la conquista formal de parte del Estado chileno del territorio mapuche. Ahí es cuando se produce el ¡crac! (...), la fractura se produce ahí (...). Esas heridas todavía están presentes, estas tensiones, estos dolores, estos traumas (...) no se han resuelto, y no se han resuelto justamente porque no entendemos el problema de la identidad nacional como más que la suma de las partes que lo componen”* (Alexis L).

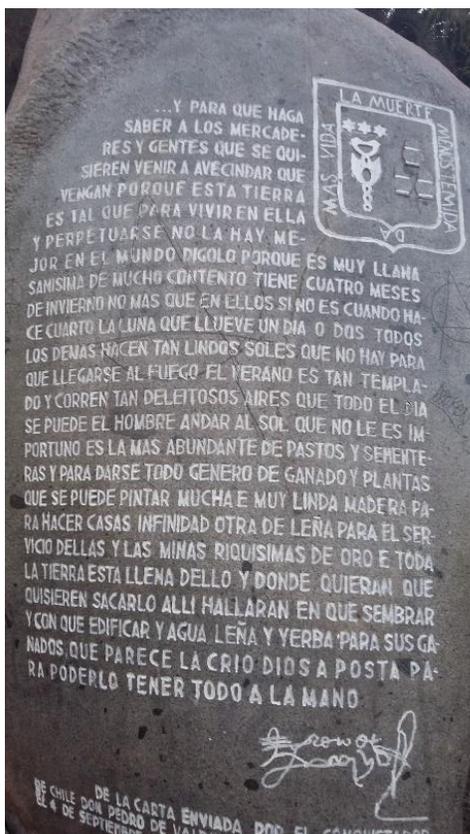
3.1.3.3. Fracturas originarias

Teniendo presente que la violencia más mortífera no es la de los enfrentamientos sino la de los secretos, los vacíos y las ausencias, debemos sumar a todos los conflictos expuestos anteriormente el hecho de que “ninguna historia americana reconoce acaso orígenes más oscuros ni fuentes más escasas que la contemporánea de Chile” (En Vicuña, M., p. 38). La aparición de recientes investigaciones sobre el origen de Santiago han llegado a remover paradigmas y refutar la creencia instalada por la historiografía oficial de que Pedro de Valdivia llevó a cabo la fundación en lo que era una especie de descampado: ‘Mapocho incaico’ (Stehberg y Sotomayor, 2012), ‘Astronomía, topografía y orientaciones sagradas en el casco antiguo de Santiago’ (Bustamante y Moyano, 2012) y ‘El secreto de la fundación de Santiago’ (López, 2013) entregan fuertes evidencias de la existencia previa, en el valle del Mapocho, de un centro urbano-administrativo incaico completamente organizado, gobernado por un representante de la autoridad imperial. “Los

primeros cinco años de la conquista de Chile (...) carecen de documentos originales escritos durante ese período. Todo lo que documentalmente creemos saber (...) entre 1540 y 1544 fue básicamente escrito de memoria, con posterioridad a los hechos que se relatan (...). El llamado 'Libro Becerro', las actas del cabildo de Santiago (...), se quemó el 11 de Septiembre de 1541 junto a la naciente ciudad (...). Todos los autores convienen en que fue el año de 1541 el de la fundación (...) y casi todos discuerdan en el día (...). Como si (...) fuera poco, a la primera de las crónicas escritas en Chile (...), de Jerónimo Vivar, justamente le falta (...) la hoja (...) donde precisamente debería haberse relatado la fundación" (López, p. 7). El registro de la fundación donde, además de las actas del primer Cabildo, aparecían los detalles de la incipiente vida urbana fue arrasado por el incendio del 11 de septiembre de 1541 llevado a cabo por el cacique Michimalonco. Después de muchos avatares el primer libro de nuestra historia pudo ser reconstruido, sin embargo, al poco tiempo fue devorado por perros en la Plaza de Armas. Y eso no es todo, porque luego vendría una tercera versión y, asimismo, un tercer desastre: "En mayo de 1557 (...) arriba a la capital una columna de hombres fuertemente armados. Vienen de La Serena en representación del nuevo gobernador don García Hurtado de Mendoza. La partida penetra violentamente en el recinto del Cabildo para imponer la voluntad del nuevo gobernante. Incluso traen las mechas de sus mosquetes encendidas, listos para disparar. Producto del innecesario despliegue de violencia, las pavesas de las mechas caen en la mesa del Cabildo sobre las tapas del *Libro becerro*"⁵⁷. Todos estos acontecimientos muestran en el maltrato sufrido por el primer libro de Chile, una especie de imposibilidad de inscribir la historia de la fundación. ¿Accidentes o alevosía? Cuando la realidad se ve drásticamente modificada en un relato que intenta dar cuenta de ella tendemos a inclinarnos por lo segundo, sobre todo cuando sabemos que hay grandes intereses de por medio, como sería el caso de por qué Pedro de Valdivia habría ocultado la existencia de una ciudad inca completamente operativa a su llegada. "*Lo que pasa es que esa carta la estaban mandando a España para que mandaran plata, ese era el fin de la carta, entonces había que contar una historia*" (Tito). También los folios que han sido arrancados de documentos esenciales de nuestra historia serían el trabajo no sólo de individuos, sino también de grupos que buscaban (y buscan) si propio beneficio. "*No me pidas que lo diga formalmente en términos historiográficos, no puedo, pero en términos novelados, a mi*

⁵⁷ Gonzalo Peralta, en <http://revistasantiago.cl/la-historia-material-de-los-libros-por-gonzalo-peralta>
Actualmente El Libro Becerro, que contiene las Actas del Cabildo de Santiago entre 1541 y 1557, se preserva en la bóveda del Archivo Nacional de Santiago.

juicio hubo intención de parte de algunos personajes, lo voy a decir en la novela: son los Jesuitas (...) que ocultan estos hechos (...), queman las páginas” (Alexis L).



Habrá que confiar en que las historias sumergidas encuentren las vías para salir a flote. Es mucha la gente abocada a la recuperación de trazos, al establecimiento de conexiones y a la construcción de plataformas que nos permitan seguir avanzando en el camino hacia la verdad. *“Ya está probado que Santiago no se fundó, sino que Santiago era un centro religioso incaico donde Pedro de Valdivia en forma muy grosera utilizó el mismo trazado (...). No, no fue fundación, fue una superposición (...), simplemente se instaló en lo que ya estaba, y el cerro siempre tuvo esa connotación (...), el Santa Lucía siempre fue un lugar ceremonial, incluso el nombre Huelén hoy día está absolutamente cuestionado” (Humberto); “entonces donde era el lugar ceremonial se instala don Pedro de Valdivia (...). Éste pudo haber sido un camino del inca,*

obviamente tiene que haber habido un camino aquí (...): iba por la Alameda hacia arriba y después tomaba por Lira, porque están los planos coloniales del puente colgante del inca, que era la continuación de Lira, entonces tiene que haber habido también una red de caminos” (Patricio); “yo creo que ha habido mucho interés, de parte de ciertos grupos, de mantener oculta cierta parte de la historia que da cuenta de cómo fueron los hechos realmente en el momento de la fundación, porque si no, hubiéramos sabido siempre que acá había un gobernador que se llamaba Quilicanta, que vivía en Santiago, que vivía en la cancha que iba a ser la Plaza de Armas, en el tambo que está ahí que va a ser el actual Correos de Chile, que había una guaca puesta donde está la Catedral, que el cerro Santa Lucía cumplía funciones de marcador de horizonte y que se hacían ceremonias en función de eso y se subía el cerro ceremonialmente para ver la salida del Sol (...). Todo eso, como relato, hay que reconstruirlo” (Alexis L).

En todo nuestro recorrido, los elementos que hemos ido encontrando tienen la forma de pájaros, de árboles y de monedas; de agua, piedras y fuego. Ellos están en el

origen del cerro Santa Lucía. De la energía al fuego, del fuego a la piedra, y así luego los minerales, los vegetales, los animales y la historia han ido apareciendo. Y en una dirección inversa la historia y la vida también son borradas, aparentemente, cada tanto. Tal vez los aniquilamientos de nuestra historia son la repetición de uno originario, y el cerro Santa Lucía está ahí para recordárnoslo, porque sus piedras *“son los restos que quedan de la gran erupción del volcán (...) Maipo (...)”*. Eso también es un tema que no se cuenta, que la cuenca del Mapocho y del Maipo fueron borradas, literalmente, por una *erupción volcánica*” (Humberto). Las investigaciones así parecen demostrarlo. “La mayor parte del suelo de la cuenca de Santiago que pisamos a diario, guarda en sus entrañas las cenizas que son prueba de esta violenta erupción (...) hace más de 400 mil años (...), un evento cataclísmico (...) con la capacidad de cambiar por completo la geografía del área donde ocurre. O en este caso, donde ocurrió. Y más allá de las fronteras geográficas de nuestra ciudad capital, hay abundantes registros que un área que abarca buena parte de las actuales regiones 5ª y 6ª fue bombardeada por bólidos, piedras incandescentes despedidas desde el cráter del Maipo que se desploman sobre el terreno a velocidades cercanas a la del sonido, como verdaderos misiles de la naturaleza⁵⁸”.



⁵⁸ Francisco Ortega, en <http://fortegaverso.blogspot.cl/2010/05/la-pompeya-santiaguina.html>

3.1.3.4. Recuperación, reparación y construcción

“Me interesaría que la gente viera la historia más que como ‘quién le disparó a quién, quién mató a quién’, lo cual a mí me afecta personalmente, yo fui víctima de la violencia. Me importa más que, antes de que se me repare a mí o antes de que se le repare a un deudo que se le murió, me interesa reparar un país, un país donde la gente vuelva a pensar, donde la gente vuelva a sentir, donde la gente no tenga miedo de tomarse la mano y no piense que si alguien te toca es pa robarte (...). Es un trauma que va más allá de en qué lugar político te situaste en el ’73 (...). Cuando a mí me estaban golpeando, en el segundo secuestro, yo hacía un ejercicio de meditación mientras me golpeaban, o sea antes, entre que me golpeaban (...) hacía un ejercicio de meditación pa parar mi cabeza, porque si no me volvía loca. Y en un momento yo logré lo que muy poca gente logró, logré que me llevaran al baño, porque en general dejaban que la gente se hiciera de todo no más (...). Y cuando yo estaba en el baño el tipo me dijo ‘oiga’, me dijo, ‘¿usted es así como yogui, algo así?’ ‘Sí’, le dije, ‘algo así’. Ese tipo no pudo patearme de nuevo, porque se había conectado conmigo. Me patearon los otros, pero él no me pateó” (Carmen).

La conexión es la posibilidad de algo nuevo, algo diferente, aunque en un principio pueda parecernos extraño. Lo híbrido, incluso lo aberrante, está tal vez en la base de nuestra constitución, tal como el magma enfriado por el agua constituyó extrañas formaciones rocosas, veneradas primero y desmentidas después. ¿Cómo sobrevivir cuando llevamos en nosotros sangre de ancestros que intentaron matarse unos a otros? ¿Cómo integrar a nuestro español invasor y a nuestro mapuche dominado? ¿Cómo integrar a nuestro torturador y a nuestro torturado? *“Tenemos cosas aberrantes, tenemos senadores de la república que, no te lo voy a decir con nombre y apellido porque me van a demandar, pero un Senador de la República estuvo presente en el asesinato de una mujer embarazada en el Estadio Nacional, que le sacaron la guagua y el senador de la república tomó la guagua y se la llevó a los mejores amigos (...). Yo lo sé porque yo atendí a la guagua, la atendí como una mujer adulta que se intentó suicidar y llegó a mi consulta desesperada porque se acababa de enterar de su origen, de que el tío querido que había sido su padrino toda esta vida era el tipo que había estado presenciando la muerte de su madre” (Carmen).*

“Frente a esa situación uno no se puede quedar como callado, entonces grité, ¡Guaaa! grité por la ventana” (Lizbeth); “pero también lo encuentras el hua en muchas culturas, con g, con w, con ua, y la empiezas a encontrar en todo el mundo y al final de tanto leer llegué a que es el sonido del llanto – mira qué lindo – de la guagua al nacer” (Verónica). ¿De qué escena se trata finalmente? ¿Del grito inaugural que inicia la vida como gesto primario frente a la ausencia?

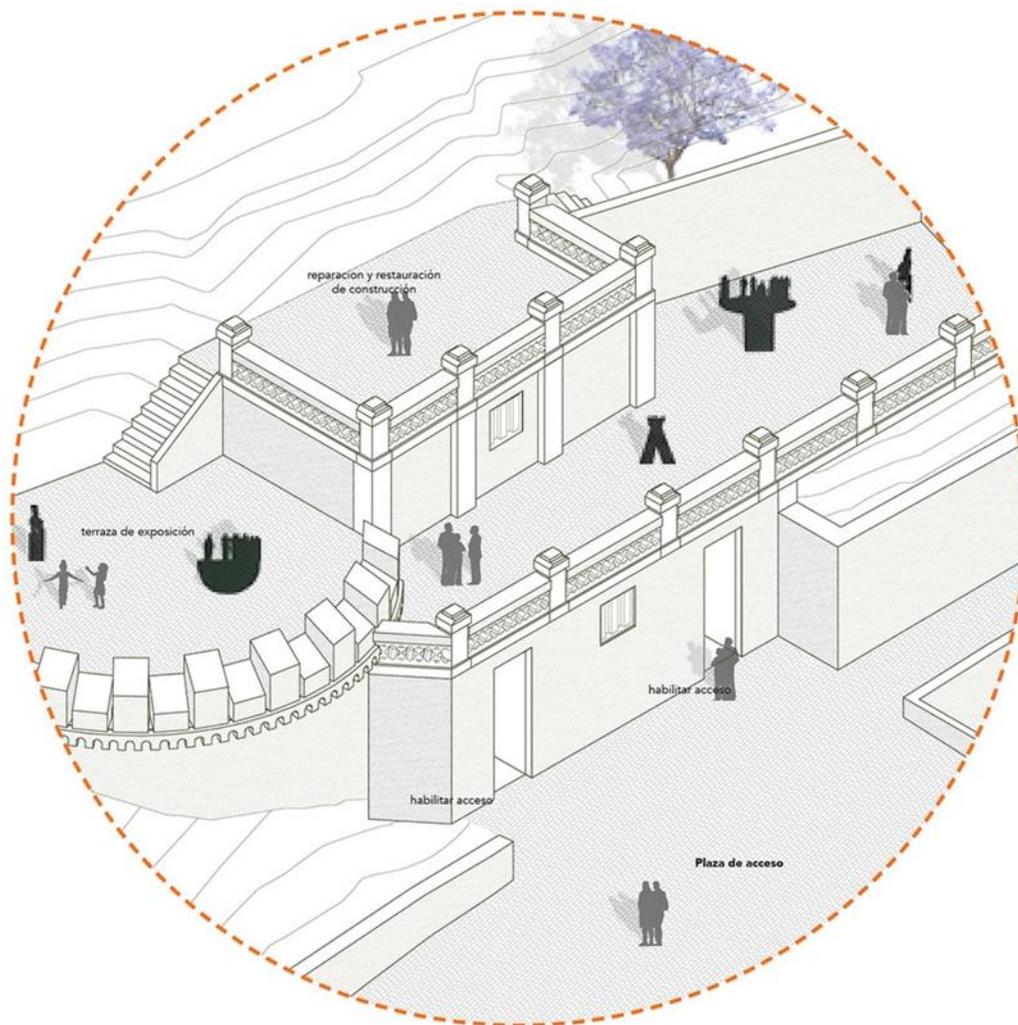
Si fuego y agua pudieron dar origen a una elevación sobre la cual hoy se desarrolla la vida, debiéramos ser capaces de construir nuestro futuro reconociendo lo aberrante de nuestro el pasado y establecer una conexión tal como lo hacen las células que nos componen, cada una de las cuales tiene el poder de autodestruirse en algunas horas. Su sobrevivencia depende de que encuentren, en el medio ambiente de nuestro cuerpo, las señales que les permitan reprimir día tras día el desencadenamiento de su ‘suicidio’. “El destino de cada una de las células depende de la calidad de los **vínculos** provisionarios que ha tejido con su entorno (...). Todas las neuronas están programadas para morir. La apuesta es el establecimiento de un contacto estrecho con una compañera. La ‘relación’ triunfa sobre el aislado individual. Son igualmente pasibles de la sanción mortal las que han establecido conexiones aberrantes” (Green, 2014, p. 171). Pero *“mientras no llegemos a eso y tengamos clarito que son todos los ancestros importantes, independiente de cuáles sean, vamos a seguir con esto. Y no es valorar más ni a unos ni a otros (...). Un chileno no puede hacer la escisión (...). Depúrate la sangre que tenís indígena o europea, si no puedes. Chile es justamente eso, y en la medida que entienda que es eso, tiene destino” (Alexis L). Los hechos de nuestra historia reciente vinieron a remarcar esa escisión, impidiendo integrar, impidiendo pensar. La esquina de Victoria Subercaseaux con Alameda aún padece de los efectos de los vacíos de esta historia, así como de otras previas. En una ciudad con grandes dificultades para elaborar su pasado, es necesario recuperar el **fondo bueno** que los efectos del trauma esconde: *“era un barrio increíble, lleno de gente, lleno de vida (...), no pensabas ‘esto es mejor’ o más elegante o más fino, o más con onda, las cosas eran no más, entonces a veces convivían cosas muy distintas (...), estaba lleno de lugares, de rincones, de cosas sorprendidas, no así 5 estrellas ni nada de eso... mucho más vivas” (Carlos P); “yo soy torrante, vivo en la calle, pero a mí me gusta mantener una limpieza (...), barrer, limpiar, tratar de ordenar (...). Yo lavo mis cosas, lavo mi ropa, no soy igual que todos los torrentes, los torrentes algunos andan todos hediondos, pasa’os a pichí, a caca. Yo no. A mí me gusta lavarme, hacer aseo. Igual soy indigente, igual que los demás” (Homeless); y es esperanzador**

encontrar hoy señales de esto: *“tiene escala humana (...), tenís esa sensación de vida de barrio”* (Pamela); *“se ve más gente de conversación (...), lo que en otros lados no se da (...), se dan tiempo para conversar”* (Maximiliano); *“yo creo que estamos en ciclo de reapertura de los movimientos sociales (...), que hoy día se llaman movimientos ciudadanos (...). Hoy día los movimientos sociales son absolutamente transversales en este país”* (Humberto); *“en los años ’80 tú, para tener sexo con un hombre, tenías que pagar o tener suerte de encontrar a alguien que revelara su tendencia, pero hoy día no (...). Hoy día yo me fijo que los chicos que son homosexuales son muy amigos incluso a veces del más recio del curso, y no tienen sexo, simplemente son amigos (...). La gente joven es muy espontánea con su sexualidad”* (Héctor); *“si me preguntai a mí si el cerro va a tener su próximo auge dentro de los próximos años, y más todavía con lo que ya salió: el revuelo de Huelén o Santa Lucía, que no te quepa duda de que se va a consolidar (...), todo ese espacio”* (Alexis B).

El año pasado fueron anunciados los ganadores del Concurso Arquitectónico de Ideas que busca recuperar y rescatar la infraestructura del cerro Santa Lucía, en el contexto de un plan maestro elaborado por la Municipalidad de Santiago. El primer lugar, obtenido por Jadue Livingstone + Juan Hurtado Arquitectos, propone la apertura del cerro hacia la ciudad, con el objeto de disminuir la fragmentación entre los sectores oriente/poniente. La imagen corresponde a una proyección de cómo quedaría la ladera oriente, que colinda con calle Victoria Subercaseaux.⁵⁹



⁵⁹ Imagen obtenida de <http://www.plataformaarquitectura.cl/cl/764650/jadue-livingstone-plus-juan-hurtado-arquitectos-primer-lugar-en-concurso-de-ideas-para-cerro-santa-lucia>



SALA DE EXPOSICIONES / SALA DE MAQUINAS

Se habilita construcción en desuso (sala de máquinas) y se incorpora nuevo programa para exposiciones que se vincula con barrio Lastarria
 Se propone plaza de acceso sobre paso bajo-nivel calle Subercaseaux

En esta imagen⁶⁰ se observa el proyecto para la sala de máquinas, la pequeña edificación de ladrillos con puertas metálicas que está ubicada en la esquina investigada y que concentraba la mayor 'carga energética'.

⁶⁰ <http://www.plataformaarquitectura.cl/cl/764650/jadue-livingstone-plus-juan-hurtado-arquitectos-primero-lugar-en-concurso-de-ideas-para-cerro-santa-lucia>

4. CONCLUSIONES

“Estoy convencido de que se aproxima una etapa importante del pensamiento humano, en la que lo fisiológico y lo psicológico, lo objetivo y lo subjetivo confluirán efectivamente; en la que la será resuelta la angustiosa contradicción entre mi conciencia y mi cuerpo”

Ivan Pavlov

Ha sido un largo recorrido, en el que me vi conducido hacia vivencias, encuentros y descubrimientos. Con anécdotas varias, como haber perseguido a Jorge por Santiago para ver hacia dónde me conducía – porque no dejaba que me acercara a él – convirtiéndome en la materialización de sus posibles paranoias; o haber perdido mi (carnet de) identidad en el barrio Lastarria, cuando acompañaba a Elías a su (de Allende) departamento en Bueras y nos detuvimos para votar en la consulta ciudadana sobre si el cerro debía llamarse Huelén o Santa Lucía⁶¹.

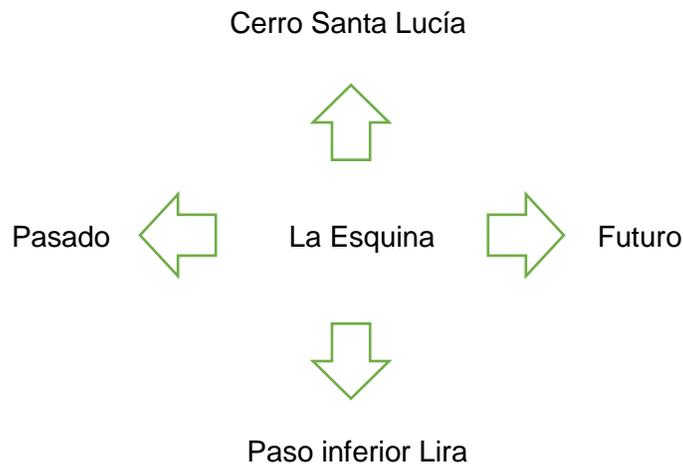
Como todo trabajo con el trauma y lo irrepresentable, hubo mucha implicación física y emocional y una progresión de ritmo *asincopado* que me obligaba a tener que parar por algunos períodos en los que me sentía perdido, agobiado o estresado, para luego volver a encontrar el rumbo. Grandes fuerzas intervinieron, facilitando o dificultando las diferentes partes del proceso, a veces costaba y otras veces era como si los ancestros, en palabras de Verónica, “lo tomaran a uno de la mano para indicarle el camino”. Esa misma dualidad, entre posibilidad e imposibilidad, caracteriza a la esquina de las calles *Alameda* y Victoria Subercaseaux y genera extrañeza. No es un Lugar de Memoria (como los plantea Nora) ni tampoco un Lugar Antropológico (como los plantea Augé), pero tampoco es un No Lugar ni un lugar de Amnesia. Es cierto que su configuración provoca desconexión (cerro, rejas, paso bajo nivel) y ha sufrido intervenciones que lo han modificado completamente (construcción del parque, desaparición de las casas, intervenciones subterráneas) borrando las huellas del pasado, sin embargo también es una ‘plaza’ que permite las *convergencias* que se dan en los espacios públicos. Junto a las *divergencias* propias de los sitios urbanos con intervenciones viales (conectan y favorecen algunos flujos mientras desconectan y obstruyen otros), aparecen las *emergencias* (accidentes, asaltos), las *insurgencias* (ocupación, asedio, daño) y las *urgencias* (excreción y sexo) a las que invitan los lugares cercados, estrechos y con recovecos. La presente investigación ha dado cuenta también de una serie de *resurgencias* del pasado, una zona de acceso al tiempo, no en el sentido histórico oficial o memorial, sino más en el sentido de la memoria involuntaria: materialidad pura, desmetaforizada. Un acceso a ese pasado que, carente de simbolización, se manifiesta como puro presente, constituyéndose en una zona clave de la ciudad de Santiago, un espacio privilegiado para acceder a elementos no

⁶¹ Consulta ciudadana hecha por la Municipalidad de Santiago, donde se impuso el nombre de Santa Lucía por sobre Welén, con un 54,23% de los votos. Desde 2010, el nombre oficial del cerro era Santa Lucía-Welén, sin embargo esto es desconocido por la mayoría de las personas.

representados del tejido social y a las rupturas de la trama simbólica. Es en este sentido que las expresiones actuales que ahí surgen corresponden no sólo a un ejercicio de malestar sino que, además, muchas de ellas son del orden de lo traumático, apareciendo como 'puestas en escena' de acontecimientos cuyas características los hacen difíciles de ser vistos, pensados, ligados y transmitidos, desanudando el lazo social e impidiendo su registro histórico, forzándolos a repetirse.

Fui conducido a entrar en contacto con estas materialidades, en una especie de recorrido inverso en el que desde la palabra se llegaba al acontecimiento. Por ejemplo, lugares que primero me aparecían en relatos reaparecían posteriormente de forma material: era llevado a recorrerlos 'casualmente', como el edificio donde vivió Carmen, al que tiempo después llegué por motivos 'ajenos' a la investigación. ¿Por qué tenía que presentarse como acontecimiento algo que ya me había sido transmitido verbalmente? ¿Había algo que la narración había dejado fuera? Me hice la misma pregunta frente a la adaptación del cuento de Pablo Simonetti, Santa Lucía, en el cortometraje dirigido por Diego. Si la escena de sexo junto a un pimiento, que seguramente se había repetido muchas veces (recordando el relato de Elías sobre Jorge Alessandri y la Senadora), había sido puesta en palabras por el escritor, ¿no era esto suficiente para que dejara de repetirse? La verbalización no parece ser siempre la meta final y en este caso Diego, a partir del relato, construía una escena material para, además, hacerla transmisible en imagen. Esto apoya la idea de que más que el recorrido en una sola dirección – del acontecimiento a la palabra – la historia necesita transmitirse en sus tres modalidades: hay cosas que *deben* ser narradas, cosas que *sólo pueden* ser mostradas y cosas que simplemente *acontecen*. Las vías progrediente y regrediente se activan y reactivan manteniendo, al parecer, un equilibrio entre lo real, lo simbólico y lo imaginario

Alturas enrejadas y profundidades enrejadas. La esquina es una especie de pasadizo que, además de poner en juego la vida, opera contactando el pasado con el futuro, los cielos con los infiernos. También una suerte de obstáculo: no es un lugar en el que se pueda acceder verbalmente al pasado sin un trabajo de figurabilidad previo, constituyéndose como un eterno presente de puestas en escena sin historización, y por lo tanto sin conclusión. Su materialidad tampoco permite el ascenso ni el descenso sin mediar transgresión.



Así como la palabra no está separada de la carne, tampoco lo está de las piedras; y si la distancia ha puesto un abismo entre ellas, es posible volver a enlazarlas. Todo aquello que intente ser ocultado o amputado de las cadenas asociativas emergerá con mayor fuerza, encontrando las vías para *presentarse*. Es de esta manera que las cosas que ocurren en la esquina investigada aparecen no como metáfora de conflictos de la ciudad, no como su representación, sino más bien como la materialización en elementos muy básicos de otras escenas tal vez menos espectaculares visualmente, pero sin duda más aberrantes: el abandono, la violencia, el travestismo, la locura, la vagancia, la voluptuosidad y el desenfreno allí presentes son pequeños fragmentos que denuncian los quiebres y las fracturas de la ciudad; son el positivo de situaciones invisibilizadas, calladas o desmentidas en lo simbólico y que deben volver a enlazarse para que dejen de ser padecidas. Considerando el panorama de la salud mental en Santiago actualmente, quiero insistir en lo importante de las formas de abordaje y reparación en conjunto también fuera del 'espacio terapéutico clásico'. Esta investigación da cuenta de esa posibilidad.

También me parece importante aclarar que la enorme carga del lugar se presenta principalmente en *negativo*, con irrupciones esporádicas en que esta falta se positiviza violentamente. Una de mis aprensiones era sobre la apreciación que se podía tener al leer el texto. Si uno nunca ha estado en el Jardín Alameda Exterior podría pensar que el

exceso está presente en todo momento. Sobre todo con *Materialidad y acontecimientos*, la primera parte del análisis, se podría sentir algo parecido a cuando se mira el noticiario por televisión abierta, donde el cúmulo de hechos impactantes tienen un efecto distorsionador de la realidad. Es el riesgo que se corre al presentar más de dos años de tiempo en sólo algunas páginas, por eso consideré importante separarlo en tres partes que permitieran dar cuenta de lo necesario que es atravesar la a veces excesiva oscuridad y otras veces excesiva sensorialidad para no quedar preso en la ‘fascinación del horror’, que inmoviliza, prejuicia y espanta. Al cruzar esos excesos del polo perceptivo se logran encontrar las historias y nos damos cuenta de que bajo las las violencias y las suciedades hay personas con las que se puede entablar una conversación, con las que se puede construir algo. Si bien esos tres momentos implican una división, espero haber logrado enlazarlo en una continuidad que fuera reflejo del proceso.

Si lo que genera el trauma es, finalmente, el secreto más que el acto violento, debiera repensarse la categoría de gravedad que le otorgamos a ciertas acciones. La desidia y la banalidad del mal, como manifestaciones mayores de la pulsión de muerte, tendrían que ser más ‘sancionadas’ que las violencias *positivas* que, si bien son más espectaculares, están un paso más cerca de la vinculación con el objeto. Los sistemas sociales que cosifican a los individuos, y los desconectan de la vida colectiva, amenazan a los clanes y a las familias. Terminan socavando las bases sobre las que se construye la vida psíquica y, por lo tanto, trabajan para la destructividad y la muerte por más que algunos de sus defensores se autoproclamen como pro-vida o pro-familia. No es necesario hacer un análisis muy profundo para constatarlo. La desconexión es el problema de fondo, la violencia sólo una reacción de quienes están siendo desconectados.

Pero recordemos que estamos bajo un paradigma indiciario y un método abductivo, por lo que más que de deducciones o inducciones de lo que aquí se trata es de descubrimientos y posibilidades: no podría decir que he llegado a descubrir cuál es EL secreto que la esquina esconde – tal vez son demasiados – pero puedo avanzar en algunas construcciones. Si la figurabilidad y las puestas en escena de la esquina son manifestaciones de lo irrepresentable en la ciudad, ¿cuál es la escena de su historia que insiste en repetirse ahí y que habría que (re)construir? La escena que propongo contiene agua, piedras, fuego, monedas, electricidad, árboles, pájaros. También encierro, sexo, robo, vulnerabilidad, aprovechamiento, despojo, traición. Antes de sugerirla, quiero

mostrar un ejercicio en el que se aprecia como enlace, repetición y coincidencias me permitieron ir (h)ilando los elementos que iban apareciendo.

La investigación me conducía constantemente a historias relacionadas a detenidos desaparecidos, sobre todo mediante juegos de palabras. Era como si estuviera siendo guiado de un significante a otro constantemente. Como si sus juegos hicieran posible que me enterara de cosas, descubriera hechos, conociera historias. Se mezclaba principalmente el cerro, la dictadura, la fundación de Santiago y mi propia historia y la de mi familia: por ejemplo **Carmen**, la entrevistada que había sido secuestrada en la dictadura y liberada en el paso **Lira**, vive en La **Reina**. En esa comuna, si recordamos una de sus citas, se ubica una **plaza** de árboles añosos que fue transformada en una **plaza** dura, en una especie de inversión de lo que Vicuña Mackenna hizo cuando transformó el cerro de un lugar rocoso y agreste a un parque arbolado. En esa misma comuna vive Verónica, la entrevistada que hizo la investigación sobre las casas y la gente que había en el cerro antes de la expropiación de los terrenos. En la **Reina** también se ubicó el centro de exterminio Simón Bolívar de la DINA, Brigada **Lautaro**, quizá la más brutal y despiadada. Sabemos que **Lautaro** es uno de los personajes principales del período de la Conquista, además de personaje (uno de los centrales, también) del cuadro La Fundación de Santiago de Pedro **Lira**. Del centro de exterminio Simón Bolívar nadie salió vivo. Ahí fue asesinada **Reinalda** del **Carmen** Pereira **Plaza**, una de las nueve mujeres **embarazadas** detenidas desaparecidas, cuya historia siempre me ha conmovido. Trabajaba como tecnóloga médica en el Hospital Sótero del Río, cercano a mi casa y principal lugar de atención de mi familia, donde hay una **plaza** que lleva su nombre junto con una placa para recordarla. Priscila, otra de mis entrevistadas, tiene como apellido artístico **Reynolds** (como Onofre **Reynolds**, uno de los personajes que Verónica no lograba encontrar durante su investigación), en referencia a su segundo apellido, que es **Reinaldos**. Al igual que **Reinalda**, Priscila estuvo **embarazada**, y me relató su pérdida durante la entrevista. Viene a mi mente el nombre **Odlanier**, del ex director de la CNI, aparecido también durante la investigación. Me doy cuenta de que, leyéndolo de derecha a izquierda, este nombre ¡es **Reinaldo** al revés! Busco información y encuentro que efectivamente su padre, de nombre **Reinaldo**, lo llamó así a propósito. En el capítulo de Análisis y Resultados mencioné un **embarazo** de mi madre no llegado a término, para explicar la forma en que lo había ligado al uso del Pentotal en los **interrogatorios** de la dictadura. **Carmen** me había retado durante su entrevista porque yo no le hacía preguntas directas, y lo que yo trataba de evitar era que la entrevista se convirtiera en un

interrogatorio. Podrán imaginarse la *resonancia* con que se me aparecían ciertos vocablos cuando la misma semana en que estoy escribiendo esto fallece la actriz **Debbie Reynolds** con gran cobertura de los medios por haber fallecido el día después del deceso de su hija, la también actriz Carrie Fisher. Sigo investigando. El ex – director de la CNI, ‘**odlanieR**’ Mena, fue declarado reo en 2013 como coautor del asesinato de **Augusto** Carmona, cuya última pareja fue **Lucía** Sepúlveda. **Augusto** y **Lucía**, qué ironía. El escritor **Reinaldo** Marchant era vecino de **Augusto** en el momento de su asesinato y presenció el crimen. Testifica 35 años después y por eso, en 2013, 8 ex militares serán procesados por delitos de lesa humanidad, entre ellos **Odlanier**, quien se suicidó el mismo año en su casa, haciendo uso del beneficio de la salida dominical, y cuyo prontuario incluye, además, secuestros, muertes, desapariciones, múltiples falsos enfrentamientos, además del encubrimiento en la Operación Retiro de Televisores, solución que dio Pinochet para encubrir las matanzas ocurridas a lo largo de Chile tras el golpe, donde uniformados hicieron desaparecer por segunda vez, lanzándolos al mar, dinamitándolos o quemándolos, los cuerpos de detenidos sepultados previamente en fosas clandestinas, para impedir su hallazgo⁶². La operación fue dictada por ordenanza del mismo Pinochet a través de *criptogramas* que se enviaron a los regimientos del país y cuyo primer episodio fue el caso de los desentierros de Calama, ciudad a la que ‘casualmente’ tuve que ir por trabajo hacia el final de la investigación. Otro de los desentierros, desde donde se sacaron cadáveres usando sacos **paperos**, fue en la cuesta Barriga cerca de Curacaví, localidad donde viví en los primeros años de mi vida, si bien había nacido en el Hospital de la Universidad Católica al otro lado de la Alameda, frente al cerro Santa Lucía. Conectaba diferentes lugares de mi vida con la Historia.

Hubo muchos momentos en los que iba (h)ilando de esta manera. Verónica me había dicho que, al recuperar la historia de uno de sus ancestros, había descubierto que su falta era la causa por la que ese nombre se repetía en su familia. Insistencias y repeticiones parecieran señalar un borramiento, alguien que fue recortado de la historia familiar. Haciendo un trabajo parecido fue como descubrí un secreto de mi familia: que el hijo que mi madre había abortado no era de mi padre como siempre se había dicho sino de otra persona, llamada **Reinaldo**, nombre que se me repite varias veces en el texto de arriba, enlazándose con el resto de las historias.

⁶² 12 cuerpos procedentes de la *masacre de Mulchén*, fueron exhumados y calcinados en un horno de ladrillo en Concepción, al igual que lo habían hecho los **nazis** durante la II Guerra Mundial. Oficiales del ejército habían aprendido a **incinerar** cadáveres en un curso que habían hecho en Alemania.

Las insistencias, las hibridaciones, los juegos de palabras, las cosas que aparecen juntas, las sincronías, pueden estar haciendo un llamado de atención para indicar algo que se debe recuperar, algo que debe ser enlazado. Investigando la historia de Reinalda Pereira encontré un ejemplo que puede ilustrar de alguna forma la extrañeza que provocan ciertas convergencias. ‘Casualmente’ aparece en una misma portada⁶³ tres ‘diferentes’ aberraciones:

Algo es desmentido (‘no hay tales desaparecidos’) generándose un recorte que deja un vacío →

Aparece un híbrido entre medio (‘nació ternera con 2 cabezas’). Parece lo más aberrante, pero contiene la clave. Es grotesco porque denuncia las otras dos aberraciones. Dos cabezas, hay una repetición cuando algo falta, cuando se desmiente la muerte →

Algo distrae o encubre (‘danza de dólares en el festival de Viña’), mantiene un velo, pero su exceso, banalidad y sensacionalismo lo delata como mascarada →

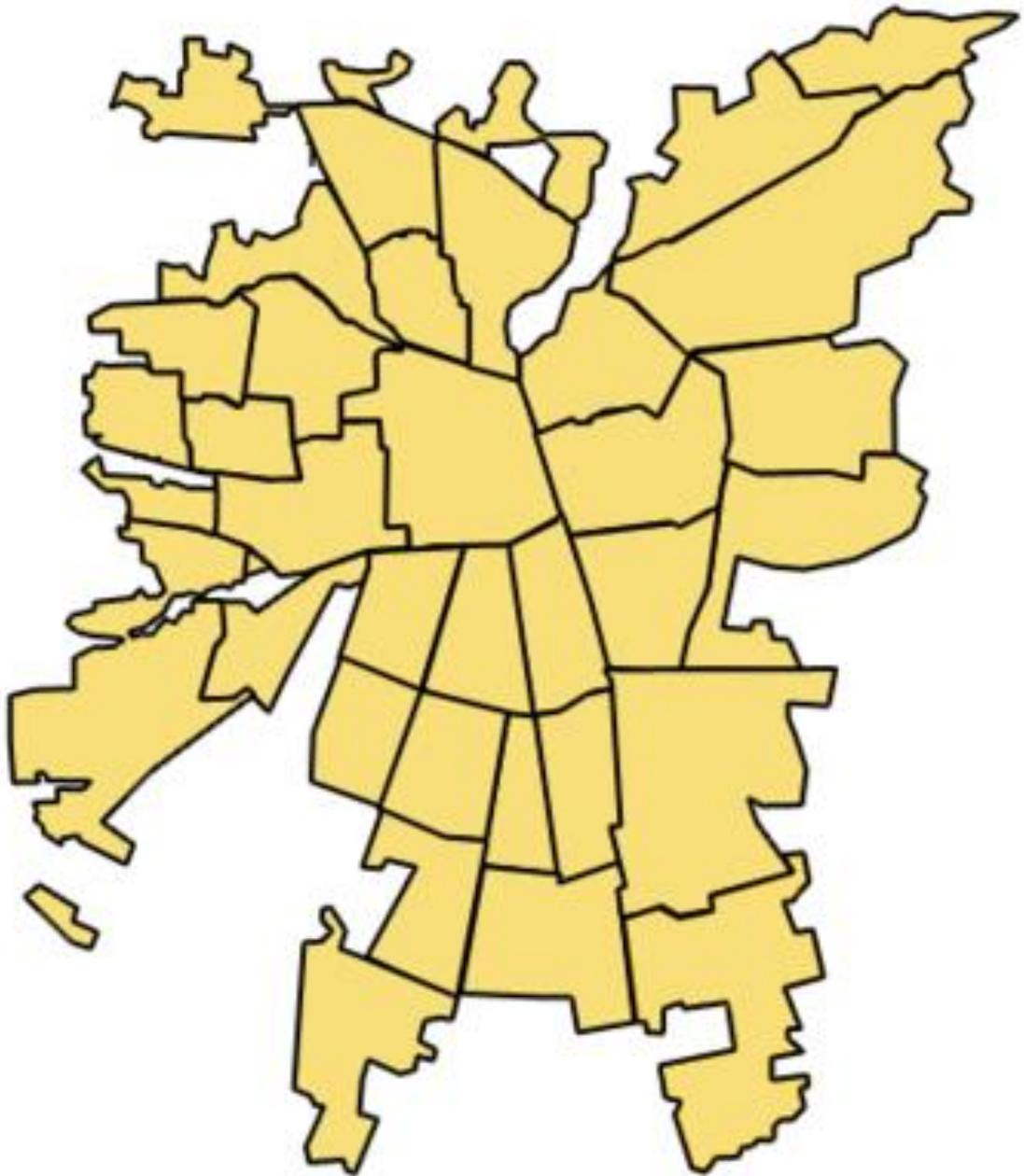


Luego de mostrar esta forma de proceder, puedo concluir diciendo que una de las principales escenas imaginarias (subyacentes) recuperada a partir de diferentes escenas manifiestas en la esquina de *Alameda* con Victoria Subercaseaux corresponde *posiblemente* al trauma de la dictadura (que es a su vez reactualización de traumas previos, algunos mencionados en el capítulo precedente): las **monedas** son el palacio de gobierno. Y también el dinero, causa de la mayoría de las *perversiones* entre los hombres. (El Santa) Lucía y las monedas (allí robadas o perdidas), otra ironía. El **fuego** es el bombardeo a La Moneda en el golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973 y el que transforma los cadáveres en cenizas para no dejar rastros. El barrio Lastarria es Chile en pequeño, con sus bizarrerías y con una vida muy efervescente y mucha cultura antes del golpe, y gentrificado después de la dictadura dando paso al lujo, los hoteles de 5 estrellas

⁶³ La Segunda, 9 de febrero de 1977, sobre el denominado *Caso de los 13*, entre los que se encontraba Reinalda Pereira: El Juez da por cerrada la investigación declarando que ocho de los trece desaparecidos han salido hacia Argentina por el paso Libertadores, según certificados de viaje expedidos por Investigaciones y aportados a la causa por el ministerio del Interior. Resoluciones posteriores confirmaron la falsedad de esta información, que fue una maniobra para favorecer la impunidad.

y los restaurantes caros. Los **pájaros** son las personas. Por un lado las víctimas, que son los pájaros descabezados y los *pollitos*, los pájaros que *caen* y *desaparecen*. El resto de los pájaros son los victimarios, partiendo por el *gallo*, que es Pinochet en su ascensión al poder, mientras que las aves grandes o rapaces, como cóndores, águiles, halcones y cuervos, son sus secuaces. También son los aviones que bombardearon La Moneda, la Operación Cóndor, y los helicópteros desde donde se lanzaron los cuerpos al mar. Mar que aparece en el **agua** que se desborda y se estanca, pudriéndose y ensuciándose. La sensación de **encierro** es la detención, el secuestro y el cautiverio, mientras que la **electricidad** es la tortura. Las **plantas** son la fachada tras las que se esconden la infamia, el peligro, la muerte y los cuerpos. Son las que ocultan, además de señalar, aquello que hay que des-cubrir. Los **árboles** son los espíritus de todos los muertos ocultados. Aparece en el entrevistado Elton la hibridación, por un lado la Operación Albania y por otro el comunismo. El resto de los personajes **híbridos** y travestidos son la concertación y la transición, con sus pactos, silencios e impunidades. Las **rejas** son la falta de acceso, la desconexión y los problemas de simbolización que ha provocado la instauración forzada del sistema neoliberal, donde el Castillo Hidalgo es ese negociado entre los capitales y el Estado. Las céntricas marginalidades y las expresiones transgresoras son la resistencia frente a la banalidad y al control. Además, ellas repiten y muestran la dominación, la violencia, el despojo, el saqueo, la estafa, los fraudes y todas las perversiones del lazo social.

No está de más reiterar que no es la única escena a recuperar de este palimpsesto que son el cerro y la ciudad, idea que se refuerza con todos los otros fragmentos encontrados, de las casas, las batallas, las fiestas, los desmanes, los amoríos. Cada etapa de la historia de Santiago tuvo al cerro como testigo, y las escenas continúan repitiéndose en los tres niveles de la realidad: en la materialidad de estos acontecimientos encontrados, en las imágenes y puestas en escena como las aparecidas durante la entrevista a don Elías, y en los relatos como el de Jorge de aquel día de septiembre, narración que además nos conecta de forma directa con esta verdad histórica vivenciada, estableciéndose así una ligazón entre los tres niveles de la realidad y las tres maneras en que la historia se transmite. Las imágenes y las puestas en escena (en este caso de la esquina) son los elementos que permiten construir el puente que une la roca con la palabra, y son tal vez la forma mediante la cual podemos hacer aparecer a los **Reinaldos** de nuestras historias y a las **Reinaldas** de la Historia.



5. BIBLIOGRAFÍA

- Abraham, N., Torok, M. (2005). *La corteza y el núcleo*. Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Aceituno, R. (2005). Trauma, Memoria y Transmisión. Notas sobre historia y psicoanálisis. En *Revista de la Academia*. N° 10, 177-183. Universidad Academia de Humanismo Cristiano. Santiago, Chile. <http://bibliotecadigital.academia.cl/bitstream/handle/123456789/2810/177-183.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Aceituno, R. (2010). *Espacios de tiempo. Clínica de lo traumático y procesos de simbolización*. Santiago: Universidad de Chile.
- Aceituno, R. (2013). *Memoria de las Cosas*. Santiago: Ediciones Departamento de Artes Visuales, Facultad de Artes, Universidad de Chile.
- Aceituno, R., Cabrera, P. (2014). Elementos introductorios para una clínica de lo traumático y su elaboración. En Cabrera, P. (comp.). *Construcciones: Clínica de lo Traumático y Figurabilidad* (p. 13 – 35). Santiago: FACSO / El Buen Aire ediciones
- Aceituno, R., Miranda, G., Jiménez, A. (2012). Experiencias del desasosiego: Salud mental y malestar en Chile. En *Revista anales de la Universidad de Chile*. Séptima serie. Número 3. <http://www.anales.uchile.cl/index.php/ANUC/article/viewFile/21730/23040>
- Aceituno, R., Radizszcz, E. (2014). Psicoanálisis e investigación social: la herencia freudiana. En Canales, M. (coordinador). *Escucha de la escucha: Análisis e interpretación en la investigación cualitativa*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Agamben, G. (2007). *Infancia e historia. Destrucción de la experiencia y origen de la historia*. Buenos Aires, Argentina: Adriana Hidalgo editora.
- Aguilera, O. (1996). *Operación Albania... sangre de Corpus Christi*. Santiago, Chile: Oscar Aguilera – Familiares y Amigos de Mártires de Corpus Christi.
- Amigo, S. (2015). *Lo heterogéneo. ¿Cómo operar con lo diferente en el lazo social?* Diario literario digital. En <http://www.letrasopacas.org/2015/08/lo-heterogeneo-como-operar-con-lo.html>
- Arias, A. (2013). Repensando el espacio público desde la sexualidad. En Blog de gestión de la ciudad y urbanismo. <http://ciudad.blogs.uoc.edu/post/65427871560/repensando-el-espacio-desde-la-sexualidad>

- Augé, M. (2000). *Los no lugares. Espacios del anonimato*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Aulagnier, P. (2007). *La violencia de la interpretación: del pictograma al enunciado*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Bachelard, G. (1965). *La poética del espacio*. México: Fondo de cultura económica.
- Baño, R., Aceituno, R. (2012). *Políticas del sujeto: malestar en la cultura, salud mental y vida cotidiana en Chile*. Proyecto fondo de investigación/creación Iniciativa Bicentenario de revitalización de las humanidades, las artes, las ciencias sociales y ciencias de la comunicación 'Un Proyecto para Chile'. Universidad de Chile. En <http://www.lapsos.cl/wp-content/uploads/2013/03/Postulaci%C3%B3n-a-Bicentenario-LaPSoS.pdf>
- Barragán, L. (2010). Prácticas cotidianas de personas adultas jóvenes que viven en la plaza Zarco (Ciudad de México). En *Revista latinoamericana de Ciencias Sociales, niñez y juventud*. Vol. 8 n.1. P. 411-427. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/pdf/rllcs/v8n1/v8n1a20.pdf>
- Barrena, S., Nubiola, J. (2007). Charles Sanders Peirce. En *Philosophica: enciclopedia filosófica on line*. Recuperado de <http://www.philosophica.info/archivo/2007/voces/peirce/Peirce.html>
- Barros, D. (2000). *Historia General de Chile*. Tomo I. Edición digital basada en la de Santiago de Chile, Editorial Universitaria y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, efectuada por CEME, Centro de Estudios Miguel Enríquez. En http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/barrosa_d/barrosa_d0006.pdf
- Basch, C. (2000). Lo irrepresentable, sólo indirectamente. En *Revista de psicoanálisis-Buenos Aires*. V. 57 N° 1, P.165-186. <http://bibliotecadigital.apa.org.ar/greenstone/collect/revapa/archives/20005701p0165.dir/REVAPA20005701p0165Basch.pdf>
- Benjamin, W. (1939). *Sobre algunos temas en Baudelaire*. Edición electrónica de www.philosophia.cl Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. Recuperado de http://www.archivochile.com/Ideas_Autores/benjaminw/esc_frank_benjam0012.pdf
- Benjamin, W. (1996). *Escritos autobiográficos*. Madrid: Alianza editorial.
- Benjamin, W. (2005). *Libro de los pasajes*. Madrid: Akal ediciones.
- Botella, C., Botella, S. (2003). *La figurabilidad psíquica*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.

- Botella, C., Botella, S. (1997). *Más allá de la representación*. Valencia: Promolibro.
- Bustamante, P. (2014). *El Cuzco del Mapocho*. Charla y caminata guiada por el centro de Santiago. 18 de Octubre. Residencia Cancha. Santiago, Chile. Presentación disponible en <http://docplayer.es/16945502-El-cuzco-del-mapocho-patricio-bustamante-investigador-en-arqueoastronomia.html>
- Bustamante, P., Moyano, R. (2012). *Astronomía, topografía y orientaciones sagradas en el casco antiguo de Santiago, centro de Chile*. Resumen enviado al XIX Congreso Nacional de Arqueología Chilena (Arica). En https://www.academia.edu/8199662/Astronomia_topografia_y_orientaciones_sagradasen_el_casco_antiguo_de_Santiago_Arica_2012
- Cabrera, P. (2012). Actualidad de las piezas de museo: Freud y la ecuación etiológica ampliada. *Revista de Psicología, Universidad de Chile*. V. 21. N° 1. P. 135-157.
- Carbó, A. (2011). El ver que excede la vista en Maurice Merleau-Ponty y Jan-Luc Godard. En *revista Convivium n 24*. Departament de Filosofia Teorètica i Pràctica. Facultat de Filosofia. Universitat de Barcelona.
- Castells, M. (1986). *La ciudad y las masas. Sociología de los movimientos sociales urbanos*. Madrid: Alianza editorial.
- Castillo, G. (2007). El mito vertical: dos fantasmas del Santiago decimonónico. En *Aisthesis*. Número 41. 57-67. Pontificia Universidad Católica de Chile. Santiago, Chile. En <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=163219817004>
- Cetty, M. (1974). *Proyecto paso nivel inferior Lira – Subercaseaux*. Memoria para optar al título de Ingeniero Civil, Facultad de Ciencias Físicas y Matemáticas, Universidad de Chile. Santiago de Chile.
- Chagnon, J. Y. (2010). Sufrimiento psíquico y fenómenos de exclusión social; a propósito de una investigación-acción en curso en los post-adolescentes. En *Duelo, pérdida y separación: figuras del sufrimiento humano*. Valparaíso, Chile: Ediciones universitarias de Valparaíso.
- Chávez, S. (2012). De resemantizaciones, remedos y reminiscencias. El cerro Santa Lucía y su intervención. En *Dossier Thématique - Image de la nation: art et nature au Chili*. *Artelogie*. N°3. En http://cral.in2p3.fr/artelogie/IMG/article_PDF/article_a141.pdf
- Chemama, R. (1996). *Diccionario del psicoanálisis*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Corporación Cultural de Santiago. (2014). Bases Concurso público de ideas www.concursosantalucia.cl

Davoine, F., Gaudillière, J. M. (2010). *El acta de nacimiento de los fantasmas*. Córdoba: Ediciones Fundación Mannoni.

Debord, G. (1967). La sociedad del espectáculo. En *Revista Observaciones Filosóficas*. <http://www.observacionesfilosoficas.net/download/sociedadDebord.pdf>

De Certeau, M. (2006). *La escritura de la historia*. México, D.F.: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

De Certeau, M. (2000). *La invención de lo cotidiano. 1: artes de hacer*. México, D. F.: Universidad Iberoamericana, Departamento de Historia, Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente.

De los Ríos. V. (2008). Desde la ciudad nerviosa. La ciudad mediada de Enrique Vila-Matas. En *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*. N° 8. Recuperado de http://www.bifurcaciones.cl/008/pdf/bifurcaciones_008_DelosRios.pdf

De Ramón, A. (2000). *Santiago de Chile (1541 – 1991). Historia de una sociedad urbana*. Santiago, Chile: Editorial Sidamericana.

De Stefani, P. (2009). Reflexiones sobre los conceptos de espacio y lugar en la arquitectura del siglo XX. En *Revista electrónica DU&P. Diseño urbano y paisaje*. Volumen N°16. Centro de estudios arquitectónicos, urbanísticos y del paisaje. Universidad Central de Chile. Santiago, Chile.

DIBAM (2012). *Seminario Santiago, desde la ciudad de Benjamín Vicuña Mackenna a los desafíos del siglo XXI*. Santiago, Chile: Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna.

Drieu, D. (2010). Las violencias transubjetivas: sus efectos negativos en la adolescencia y en las instituciones. En *Duelo, pérdida y separación: figuras del sufrimiento humano*. Valparaíso, Chile: Ediciones universitarias de Valparaíso.

Duarte, P. (2003). Reflexión sobre una intervención histórica en la ciudad de Santiago: el caso del cerro Santa Lucía. En *Revista de urbanismo*. N°7. Universidad de Chile. En <http://www.revistaurbanismo.uchile.cl/index.php/RU/article/viewFile/6211/11827>

- Errázuriz, P., Valdés, C., Vöhringer, P., Calvo, E. (2015). Financiamiento de la salud mental en Chile: una deuda pendiente. En *Revista médica de Chile*. RevMedChile 143: 1179-1186. Sociedad médica de Santiago.
- Ferenczi, S. (1997). *Sin simpatía no hay curación: el diario clínico de 1932*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.
- Forer, G. (2005). *Clínica Psicoanalítica: De construcciones de una historia*. Tesis para optar al grado de Magíster en Psicología Clínica, mención Psicoanálisis. Universidad Diego Portales.
- Foucault, M. (1991). *Enfermedad mental y personalidad*. Barcelona: Ediciones Paidós.
- Freijomil, A. (2010). Clío, entre Freud y Lacan: El gesto psicoanalítico en Michel de Certeau. En *Prohistoria*, año XIV, n° 14, pp. 75 – 100. Rosario.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología para neurólogos. En *Obras Completas*, volumen I. Buenos Aires - Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1896). Estudios sobre la histeria. En *Obras completas*. Volumen II. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. La interpretación de los sueños. En *Obras completas*. Volúmenes IV y V. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1905). Fragmento de análisis de un caso de histeria. En *Obras Completas*, Volumen VII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1913). Totem y tabú. Algunas concordancias en la vida anímica de los salvajes y de los neuróticos. En *Obras completas*, volumen XIII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras completas*, volumen XIV. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1915). Lo inconsciente. En *Obras Completas*, volumen XIV. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1919). Lo Ominoso. En *Obras completas*, volumen XVII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1920). Más allá del principio del placer. En *Obras completas*, volumen XVIII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores

- Freud, S. (1921). *Psicología de las masas y análisis del yo*. En *Obras completas*, volumen XVIII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1923). *El yo y el ello*. En *Obras completas*, volumen XIX. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1927). *Fetichismo*. En *Obras completas*, volumen XXI. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1939). *Moisés y la religión monoteísta*. En *Obras completas*, volumen XXIII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Freud, S. (1941). *Conclusiones, ideas, problemas*. En *Obras completas*, volumen XXIII. Buenos Aires – Madrid: Amorrortu editores.
- Gallo, J. (2005). *Subjetividad y Vínculo Social*. En *Antroposmoderno*, recurso web. http://antroposmoderno.com/antropo-articulo.php?id_articulo=784
- Garbarino, H. (2012). *Las diferentes concepciones psicoanalíticas de la angustia*. En *Revista uruguaya de psicoanálisis* (114), en línea.
- García, G. (2005). *Actualidad del trauma*. Buenos Aires, Argentina: Grama ediciones.
- García, S. (2005). *Trauma psíquico y método psicoanalítico*. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*. N° 100. http://www.apuruguay.org/revista_pdf/rup100/100-garcia.pdf
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Madrid: Alianza editorial.
- Ginzburg, C. (2008). *Mitos, emblemas, indicios: morfología e historia*. Editorial Gedisa. Barcelona, España.
- González, J. (2011). *Lugares de la memoria, lugares de lo irrepresentable*. En *Blogearte*. <http://www.blogearte.com/2011/12/lugares-de-la-memoria-lugares-de-lo.html>
- Gorelik, A. (2011). *La Memoria Material: Ciudad e Historia*. *Boletín del instituto de historia argentina y americana Dr. Emilio Ravignani*. N. 33. Buenos Aires. Recuperado de http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0524-97672011000100026#1
- Green, A. (2014). *¿Por qué las pulsiones de destrucción o de muerte?* Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Green, A. (2005). *La causalidad psíquica: entre naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Green, A. (2001a). *La nueva clínica psicoanalítica y la teoría de Freud. Aspectos fundamentales de la locura privada*. Buenos Aires: Amorrortu editores.

Green, A. (2001b). *El tiempo fragmentado*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

Green, A. (1999). *Narcisismo de vida, narcisismo de muerte*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

Green, A. (1995). *El trabajo de lo negativo*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu Editores.

Granieri, A. (2008). Puntos fundamentales del trabajo psicoanalítico sobre el trauma. En *Revista electrónica de psicoterapia: Clínica e investigación relacional*. Vol. 2 (2). Instituto de psicoterapia relacional. Recuperado de http://www.psicoterapiarelacional.es/Portals/0/eJournalCeIR/V2N2_2008/3A_Granieri_Puntos_cardinales_trauma_CeIR_V2N2.pdf

Grinberg, M. (2010). *Huellas de lo Traumático y sus efectos en la Subjetividad – Auschwitz*. Trabajo presentado en el XXVIII congreso “Transferencia, vínculo y alteridad”. Federación Psicoanalítica de América Latina FEPAL. http://fepal.org/nuevo/images/stories/Grinberg_Robinson.pdf

Hachet, P. (1997). Criptas y fantasmas en toxicomanía. En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., Rouchy, J. (Aut.). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (p. 113-139). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Halbwachs, M. (2004). *La memoria colectiva*. Zaragoza: Prensas universitarias de Zaragoza.

Humphreys, D. (2010). El exilio, la adolescencia y el sufrimiento identitario: pagar los platos rotos. En *Duelo, pérdida y separación: figuras del sufrimiento humano*. Valparaíso, Chile: Universidad Católica de Valparaíso.

Iglesias, M., Vivaldi, L., Álvarez, V., Núñez, C. (2014). *Centro cultural Mapocho: una historia por contar*. Santiago, Chile: Ceibo ediciones.

Jeftanovic, A. (2008). Reseña: Prismas de la Memoria. En *A Contra Corriente. Revista de historia social y literatura de América Latina*. Vol.5 N.2. 2008. 346 – 351. <http://www.ncsu.edu/project/acontracorriente>

Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Kaës, R., Faimberg, H., Enríquez, M., Baranes, J. (1996). *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones*. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu editores.

- Kijak, M. (2005). Efectos persistentes de los traumas sociales en las nuevas generaciones. Cambios en la imagen ética del hombre. En *Revista de psicoanálisis*. LXII, 2, 407-423. APA, Buenos Aires, Argentina. En <http://bibliotecadigital.apa.org.ar/greenstone/collect/revapa/index/assoc/20056202p0407.dir/REVAPA20056202p0407Kijak.pdf>
- Klein, M. (1948). *Sobre la teoría de la ansiedad y la culpa*. Psikolibro, versión electrónica recuperada de <https://docs.google.com/file/d/0B3biPk8dPbCxMUJzbmluYnhvT1U/edit>
- Kordon, D., Edelman, L. (2002). Impacto psíquico y transmisión inter y transgeneracional en situaciones traumáticas de origen social. En *Paisajes del dolor, senderos de esperanza. Salud mental y derechos humanos en el cono sur*. 109-128. EATIP (Argentina), GTNM/RJ (Brasil), CINTRAS (Chile), SERSOC (Uruguay). Buenos Aires, Argentina: Editorial Polemos.
- Lacan, J. (1975). *Seminario 21: Los incautos no yerran (Los nombres del padre)*. Versión electrónica recuperada de <http://www.bibliopsi.org/docs/lacan/26%20Seminario%2021.pdf>
- Lacan, J. (2007). *El seminario. Libro 10: la angustia*. Buenos Aires: editorial Paidós.
- Lacan, J. (2008). *El seminario. Libro 16: de un otro al otro*. Buenos Aires: editorial Paidós.
- Landa, J. (2001). El quiebre de la memoria. En *Identidades. Intervenciones y Conferencias. Coloquio Chileno-Francés de Psicoanálisis y Disciplinas afines*. Universidad Diego Portales. Santiago, Chile.
- Latour, B. (2008). *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Ediciones Manantial.
- Laurent, E. (2002). El revés del trauma. En *Virtualia. Revista digital de la escuela de la orientación lacaniana*. Año 2, número 6. <http://www.eol.org.ar/virtualia/006/pdf/el Laurent.pdf>
- Lazzara, M. (2007). *Los prismas de la memoria: narración y trauma en la transición chilena*. Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Lira, M. (2014). *II Seminario Santiago, desde la ciudad de Benjamín Vicuña Mackenna a los desafíos del siglo XXI*. Museo Nacional Benjamín Vicuña Mackenna, DIBAM. Santiago, Chile.
- Llanos, J., Valencia, M. (2005). Fragmentos y cotidianos. Hacia la generación de claves interpretativas para comprender la ciudad contemporánea. *Revista electrónica Diseño*

urbano y paisaje, año 2 n°5. Centro de Estudios Arquitectónicos, Urbanísticos y del Paisaje, Universidad Central. Santiago, Chile.

López, A. (2013). *El secreto de la fundación de Santiago. La sagrada función del cerro Santa Lucía y la fundación de Santiago*. Investigación presentada en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía. Rutas de Nuestra Geografía Sagrada. Santiago, Chile. En https://www.academia.edu/29508483/El_Secreto_de_la_Fundaci%C3%B3n_de_Santiago

Marinas, J. (2004). *La ciudad y la esfinge. Contexto ético del psicoanálisis*. Madrid: Editorial Síntesis.

Martínez-Bouquet, C. (2005). *Fundamentos para una teoría del psicodrama: contribución a una descripción de lo imaginario*. Segunda edición. Buenos Aires, Argentina: Siglo XXI editores.

Merleau-Ponty, M. (2010). *Lo visible y lo invisible*. Buenos Aires: Nueva Visión.

MINSAL (2015). *Plan nacional de salud mental. Propuesta 2016-2020*. Subsecretaría de salud pública, Ministerio de Salud, Chile. En http://colegiopsicologos.cl/web_cpc/wp-content/uploads/2015/10/Borrador-propuesta-PNSM-2015-2020.pdf

MINSAL (2014). *Diagnóstico de salud Región Metropolitana: análisis de la situación de salud de la Región Metropolitana con enfoques de determinantes sociales y económicos*. Secretaría Regional Ministerial de Salud de la Región Metropolitana. En <https://www.gobiernosantiago.cl/wp-content/uploads/2014/12/Seremi-de-Salud-Región-Metropolitana-Diagnóstico-de-Salud-de-la-Región-Metropolitana-2014-Diciembre-2014.pdf>

Montoya, V. (2007). *El mapa de lo invisible. Silencios y gramática del poder en la cartografía*. Bogotá: Universitas Humanística.

Mumford, L. (1992). *Técnica y civilización*. Madrid, España: editorial Alianza.

Nachin, C. (1997). Del símbolo psicoanalítico en la neurosis, la cripta y el fantasma. En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., Rouchy, J. (Aut.). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (p. 63-93). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Nora, P. (2009). *Pierre Nora en les lieux de mémoire*. Santiago: LOM Ediciones.

OCDE (2014). *Suicides. OECD Factbook 2014: Economic, Environmental and Social Statistics*, OECD Publishing. Organización Cooperación Desarrollo Económico. En <http://dx.doi.org/10.1787/factbook-2014-99-en>

Ochoa, D. (2010). *La imagen y la historia: de la representación a la memoria. El cine de Patricio Guzmán sobre la dictadura chilena*. Trabajo de Grado para optar al Título de Historiador. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana. Facultad de Ciencias Sociales. Carrera de Historia.

Olhagaray, N. (2009). *La historia a la vuelta de la esquina: convertir el tiempo en espacio para poder restituir la escena por la escenografía*. Recurso Web: <http://www.artesur.org/wp-content/uploads/2012/01/LA-HISTORIA-A-LA-VUELTA-.doc>

Ossa, C., Richard, N. (2004). *Santiago imaginado*. Bogotá: ediciones Armando Silva.

Parada, A. (2012). El cerro Santa Lucía en el imaginario chileno. En *Modern Languages and Cultures Faculty Publications*. Paper 1. The College at Brockport: State University of New York. http://digitalcommons.brockport.edu/mlc_facpub/1

Peirce, C. (1903). Tres tipos de razonamiento. En *Lecciones de Harvard sobre el pragmatismo*. P. 123-141. Recurso electrónico de C.S. Peirce en Español (2016). Grupo de Estudios Peirceanos, Departamento de Filosofía, Universidad de Navarra. Recuperado de <http://www.unav.es/gep/OnThreeTypesReasoning.html>

Pinilla, R., Rabe, A. (2010). Los Espacios de la Memoria en la Obra de Walter Benjamin. En *Constelaciones. Revista de teoría crítica*. N° 2. P. 289-300. Recuperado de <http://constelaciones-rtc.net/article/view/729/782>

Pommier, F. (2011). *Lo Extremo en Psicoanálisis*. Santiago de Chile: Ediciones del Departamento de Psicología, Universidad de Chile.

Rancière, J. (2009). *El reparto de lo sensible. Estética y política*. Santiago: LOM ediciones.

Rand, N. (1997). Invención poética y psicoanálisis del secreto en Le fantôme d'Hamlet de Nicolas Abraham. En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., Rouchy, J. (Aut.). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (p. 95-111). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Rand, N., Torok, M. (1997). La inquietante extrañeza de Freud ante El hombre de la arena de E. T. A. Hoffmann. En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., Rouchy, J. (Aut.). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (p. 35-61). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Rebolledo, J. (2015). *A la sombra de los cuervos: los cómplices civiles de la dictadura*. Santiago, Chile: Ceibo ediciones.

Recasens, A. (2014). Espacios, experiencias y recorridos interiores. *URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales*, 4 (1), 95-110. <http://www2.ual.es/urbs/article/view/recasens>

Rivera, P. (2013). *La transformación del cerro Santa Lucía (1872) por el intendente Vicuña Mackenna en relación a la gestión cultural*. Tesis para optar al grado de Licenciado en Artes con mención en Historia y Teoría del Arte. Facultad de Artes, Universidad de Chile. Santiago, Chile.

Rodríguez, J. (1999). *El palimpsesto de la ciudad: ciudad educadora*. En http://pueblosociedad.ucoz.es/_ld/0/43_ejemplo_latinoa.pdf

Rojas, S. (2015). Profunda superficie: Memoria de lo cotidiano en la literatura chilena. En *Revista chilena de literatura*. Número 89, 231-256.

Rouchy, J. (1997). En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., Rouchy, J. (Aut.). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (p. 165-195). Buenos Aires: Amorrortu editores.

Santa Cruz, G. (2010). Deseo de azar. En *Estéticas de la intemperie. Lecturas y acción en el espacio público*. P. 239-249. Santiago: ediciones Departamento de Artes Visuales, Facultad de Artes, Universidad de Chile.

Sepúlveda, M. (2010). El territorio y el testigo en la poesía chilena de la transición. En *Estudios filológicos* 45: 79-92. Recuperado de <http://www.scielo.cl/pdf/efilolo/n45/art07.pdf>

Simmel, G. (2001). El individuo y la libertad. Ensayo de crítica de la cultura. Las grandes urbes y la vida del espíritu. En *Revista de estudios sociales*. Número 10. 107-109. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Los Andes. Bogotá, Colombia. En <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=81501013>

Simmel, G. (2005). La metrópolis y la vida mental. En *Bifurcaciones. Revista de estudios culturales urbanos*. N° 4. Recuperado de http://www.bifurcaciones.cl/004/bifurcaciones_004_reserva.pdf

Simonetti, P. (1999). Santa Lucía. En *Vidas vulnerables*. P. 226-246. Santiago: La Otra Orilla.

Sotomayor, G., Stehberg, R., Cerda, J. (2016). Mapocho incaico norte. En *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*. Número 65, 109-135. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.

- Stehberg, R., Sotomayor, G. (2012). Mapocho incaico. En *Boletín del Museo Nacional de Historia Natural*. Número 61, 85-149. Santiago, Chile: Museo Nacional de Historia Natural.
- Sternbach, S. (2003). En los bordes: clínica actual y tramas vinculares. En Lerner, H. (Comp.). *Psicoanálisis: cambios y permanencias*. P. 181-208. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Tisseron, S. (2000). *El misterio de la cámara lúcida. Fotografía e inconsciente*. Salamanca, España: Ediciones universidad de Salamanca.
- Tisseron, S. (1997a). El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., Rouchy, J. (Aut.). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (p. 11-33). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Tisseron, S. (1997b). Las imágenes psíquicas entre las generaciones. En Tisseron, S., Torok, M., Rand, N., Nachin, C., Hachet, P., Rouchy, J. (Aut.). *El psiquismo ante la prueba de las generaciones. Clínica del fantasma* (p. 141-164). Buenos Aires: Amorrortu editores.
- Tracio, D. (2002). *Gramática – Comentarios antiguos*. Madrid: editorial Gredos.
- Traverso, E. (2007). *El Pasado. Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*. Madrid: Marcial Pons, ediciones jurídicas y sociales, S. A.
- Universidad de Chile (2012). *Coloquio internacional transdisciplinar en artes y psicoanálisis: malestar y destinos del malestar*. Convocatoria, Facultad de Artes, Facultad de Ciencias Sociales, Instituto de la Comunicación y la Imagen. Santiago, Chile. En http://www.artes.uchile.cl/documentos/convocatoria-coloquio-internacional-transdisciplinar-en-artes-y-psicoanalisis-malestar-y-destinos-del-malestar_85202_0_3049.pdf&cd=1&hl=en&ct=clnk&gl=cl
- Vicuña, B. (1874). *Álbum del Santa Lucía. Colección de las principales vistas, monumentos, jardines, estatuas i obras de arte de este paseo, dedicado a la Municipalidad de Santiago por su actual presidente B. Vicuña Mackenna*. Santiago, Chile: imprenta de la librería del Mercurio.
- Vicuña, B. (1872). *La transformación de Santiago. Notas e indicaciones respetuosamente sometidas al supremo gobierno y al congreso nacional, por el intendente de Santiago*. Santiago, Chile: imprenta de la Librería del Mercurio.
- Vicuña, M. (2009). *Un juez en los infiernos: Benjamín Vicuña Mackenna*. Santiago, Chile: Ediciones Universidad Diego Portales.

Vidal, I. (2010). Clínica de lo traumático: La función del analista. En *Psicoanálisis*, Vol. XXXII, N°2/3. Pp. 377-403. Recuperado de <http://biblioapdeba.no-ip.org/pgmedia/EDocs/2010-revista2-3-Vidal>

Viñar, M. (2011). El enigma del traumatismo extremo: notas sobre el trauma y la exclusión. Su impacto en la subjetividad. En *Revista uruguaya de psicoanálisis*. (113). 55-66. ISSN 1688.

Zamora, F. (2007). *Filosofía de la imagen. Lenguaje, imagen y representación*. DF, México: Universidad Nacional Autónoma de México, Escuela Nacional de Artes Plásticas (ENAP).

